



Apuntes
de
Escolar.com

Los reyes malditos

I

EL REY DE HIERRO

Maurice Druon

Titulo Original
Le roi de fer

Edición original
Del Duca, Plon

↑ 1965 by Atelier Littéraire Maurice Druon
Libraire Plon et Editions del Duca

↑ 1981 Javier Vergara Editor S. A.
Juncal 691, Buenos Aires, Argentina

**“La historia es una
novela que fue.”**

E. y J. De Goncourt

Los reyes malditos es una novela cuyos personajes han existido. Apoyada en una vasta recopilación de documentos, la obra revela – tal como si fuera un acontecimiento que estuviera ocurriendo hoy – los dramas políticos y apasionantes que opusieron a reyes y reinas, Papas, ministros, alta nobleza durante la tormentosa época que se inicia con el proceso a los Templarios y termina al comenzar la guerra de los cien años.

EL REY DE HIERRO, primer tomo del ciclo, tiene por figura central al rey Felipe el Hermoso, quién está decidido a luchar contra el enorme poder – que amenaza a la corona – acumulado por la orden de los caballeros Templarios. Felipe fue un monarca implacable, pero cuya voluntad estaba guiada por su deseo de lograr la unidad nacional.

En Francia, su país de origen, esta obra recibió una acogida excepcional, acumulándose edición tras edición. Se ha traducido a dieciséis lenguas.

Los reyes malditos se considera hoy en el mundo entero el más importante modelo de novela histórica que ha producido el siglo XX.

PROLOGO

Al comenzar el siglo XIV, Felipe IV, rey de legendaria belleza, reinaba en Francia como amo absoluto. Había domeñado el orgullo guerrero de los barones, había vencido a los flamencos sublevados, a los ingleses en Aquitania e incluso al papado, al que había instalado por la fuerza en Aviñón. Los parlamentos obedecían sus órdenes y los concilios respondían a la paga que recibían.

Para asegurar su descendencia contaba con tres hijos. Su hija habíase casado con el rey de Inglaterra. Seis reyes figuraban entre sus vasallos y la red de sus alianzas se extendía hasta Rusia.

Ninguna riqueza escapaba de sus manos. Etapa tras etapa, había gravado los bienes de la Iglesia, expoliado a los judíos y atacado al trust de los banqueros lombardos.

Para hacer frente a las necesidades del Tesoro practicaba la alteración de la moneda. Cada día el oro pesaba menos y valía más. Los impuestos eran agobiantes y la policía se multiplicaba. Las crisis económicas engendraban la ruina y el hambre que, a su vez, eran la causa de motines ahogados en sangre. Las revueltas terminaban en la horca del cadalso. Ante la autoridad real, todo debía inclinarse, doblarse o quebrarse.

Pero la idea nacional anidaba en la mente de este príncipe sereno y cruel, para quien la razón de Estado se sobreponía a cualquier otra. Bajo su reinado Francia era grande; y los franceses, desdichados.

Sólo un poder había osado resistirse: la Orden soberana de los Caballeros del Temple. Esta formidable organización, a la vez militar, religiosa y financiera debía a la Cruzadas, de las cuales había salido, su gloria y su riqueza.

La independencia de los templarios inquietó a Felipe el Hermoso, mientras que sus inmensos bienes excitaban su codicia. Instauró contra ellos el proceso más vasto que recuerda la historia. Cerca de quince mil hombres estuvieron sujetos a juicio durante siete años; y en este periodo se perpetraron toda clase de infamias.

Nuestro relato comienza al final del séptimo año.

PRIMERA PARTE
LA MALDICIÓN

I

LA REINA SIN AMOR

Un leño entero, sobre un lecho de brasas incandescentes, se consumía en la chimenea. Por las vidrieras verdosas, de reticulado de plomo, se filtraba un día de marzo, avaro de luz.

Sentada en alto sitial de roble, cuyo respaldo coronaban los tres leones de Inglaterra, la reina Isabel, esposa de Eduardo II con la barbilla apoyada en la palma de la mano, miraba distraídamente la lumbre del hogar.

Tenía veintidós años. Sus cabellos de oro recogidos en largas trenzas formaban como dos asas de ánfora a cada lado de su rostro.

Escuchaba a una de sus damas francesas, que le leía un poema de Iuque Guillermo de Aquitania:

Del amor no puedo hablar,
ni siquiera lo conozco,
porque no tengo el que quiero...

La voz cantarina de la dama de compañía se perdía en aquella sala demasiado grande para que una mujer pudiera vivir dichosa en ella.

Me ha pasado siempre igual,
de quien quién amo no gocé,
no gozo no gozaré...

La reina sin amor suspiró.

- ¡Qué conmovedoras palabras! – exclamó -

Diríase que han sido escritas para mí. ¡Ah! Terminaron los tiempos en que un gran señor como el duque Guillermo demostraba tanta destreza en la poesía como en la guerra.

¿Cuándo me dijisteis que vivió? ¿Hace doscientos años?

Se diría que ese poema fue escrito ayer... *(El más antiguo poeta francés conocido que escribió en romance vulgar, el duque Guillermo IX de Aquitania es una de las figuras más sobresalientes e interesantes de la Edad Media.*

Gran señor, gran amador y muy ilustrado, su vida e ideas fueron excepcionales par su época. El refinado fausto de que se rodeó en sus castillos dio origen a las famosas "cortes de amor".

Queriendo liberarse totalmente de la autoridad de la Iglesia, rehusó al papa Urbano II, que fue a visitarlo expresamente a sus estados, participar en la Cruzada. Aprovechó la ausencia de su vecino, el conde de Tolosa, para meter mano en sus tierras. Pero el relato de las aventuras lo incitó a emprender, poco más tarde, el camino de oriente, a la cabeza de una fuerza de 30,000 hombres que llevó hasta

Jerusalén.

Sus versos, de los que sólo nos han llegado once poemas, introdujeron en la literatura de los países latinos, principalmente en la francesa, un concepto idealizado del amor y de la mujer, desconocido hasta entonces. Son la fuente de la gran corriente de lirismo que atraviesa, irriga y fecunda toda nuestra literatura. La influencia de los poetas hispano-árabes se hace notar en este príncipe-trovador.)

Y reptó para sí:

Del amor no puedo hablar,
ni siquiera lo conozco...

Durante unos instantes permaneció pensativa.

- ¿Prosigo, señora? – preguntó la dama con el dedo apoyado en la página iluminada.

- No, amiga mía – respondió la reina -. Por hoy mi alma ha llorado bastante.

Se incorporó y cambió de tono:

- Mi primo Roberto de Artois me ha hecho anunciar su visita. Cuidad de que sea conducido a mi presencia en cuanto llegue.

- ¿Viene de Francia? Estaréis contenta, entonces, señora.

- Deseo estarlo... siempre que las noticias que me traiga sean buenas.

Entró otra dama, presurosa, con semblante de gran alegría. Su nombre de soltera era Juana de Jounville y habíase casado con sir Roger Mortimer, uno de los primeros barones de Inglaterra.

- Señora, señora – exclamó -, ha hablado.

- ¿De verdad? – preguntó la reina - ¿Y qué ha dicho?

- Ha golpeado la mesa y ha dicho... “¡Quiero!”

Una expresión de orgullo iluminó el hermoso semblante de Isabel.

- Traédmelo aquí – dijo.

Lady Mortimer salió de la estancia corriendo, y regresó poco después, con un niño de quince meses en los brazos, sonrosado, recordete que depositó a los pies de la reina. Vestía un traje color granate, bordado de oro, más pesado que él.

- De modo, meciere, hijo mío, que habéis dicho: “¡Quero!” – exclamó Isabel inclinándose para acariciarle la mejilla -. Me agrada que ésa haya sido vuestra primera palabra. Es palabra de rey.

El niño le sonreía y balanceaba la cabeza.

- ¿Y porqué lo ha dicho? – preguntó la reina.

- Porqué me resistía a darle un trozo de galleta que estaba comiendo – respondió lady Mortimer.

Isabel esbozó una rápida sonrisa que se apagó en seguida.

- Puesto que empieza a hablar – dijo -, pido que no se le anime a

balbucear y a pronunciar tonterías, como por lo común se hace con los niños. Poco me importa que sepa decir “papá” y “mamá”. Prefiero que conozca las palabras “rey” y “reina”.

En su voz había una gran autoridad natural.

- Ya sabéis, amiga mía – continuó -, qué razones me decidieron a elegiros para aya del niño. Sois sobrina nieta del gran Joinville, quien estuvo en la Cruzada con mi bisabuelo, monseñor san Luis. Sabréis enseñar a este niño que pertenece a Francia como a Inglaterra. (*En 1314 hacía 44 años que el rey San Luis había fallecido. Fue canonizado veintisiete años después de su muerte, reinando su nieto Felipe IV y ocupando el pontificado Bonifacio VIII*).

Lady Mortimer hizo una reverencia. En este momento se presentó la primera dama francesa, anunciando a monseñor el conde Roberto de Artois.

La reina se irguió en su sitio y cruzó las manos blancas sobre el pecho en actitud de ídolo. Su preocupación para conservar la majestuosidad de su porte no lograba envejecerla.

El andar de un cuerpo de noventa kilos hizo crujir el pavimento.

El hombre que entro medía casi dos metros de altura, tenía muslos semejantes a troncos de encina y manos como mazas. Sus botas rojas, de cordobán, estaban sucias de barro y mal cepilladas; el manto que pendía de sus hombros era lo suficientemente amplio para cubrir un lecho. Habría bastado una daga en su cintura para que tuviera el aspecto de hallarse aprestado para ir a la guerra. Su barbilla era redonda, su nariz corta, su quijada ancha y el pecho fuerte. Sus pulmones necesitaban más aire que la generalidad de los hombres. Aquel gigante contaba veintisiete años, pero su edad desaparecía bajo los músculos, lo que le hacía aparentar treinta y cinco.

Se quitó los guantes mientras se adelantaba hacia la reina, y dobló la rodilla con sorprendente agilidad para tal coloso.

Antes de que le hubieran invitado a hacerlo, ya se había incorporado.

- Y bien, Primo mío – dijo Isabel -. ¿Tuvisteis buena travesía?

- Execrable, señora, horrorosa – respondió Roberto -. Una tempestad como para echar tripas y alma. Creí llegada mi última hora, hasta el extremo de que decidí confesar mis pecados a Dios. Por fortuna, eran tantos, que al tiempo de decir la mitad ya llegábamos a destino. Guardo suficientes para el regreso.

Estallo en una carcajada que hizo retemblar las vidrieras.

- ¡Vive Dios! – prosiguió -. Mi cuerpo está hecho para recorrer la tierra y no para cabalgar aguas saladas. Si no hubiera sido por el amor que os profeso, prima mía, y por las cosas urgentes que debo deciros...

- Permitid que concluya – le interrumpió Isabel, mostrando al niño -. Mi hijo ha empezado a hablar hoy.

Luego se dirigió a lady Mortimer:

- Quiero que se habitúe a los nombres de sus deudos y que sepa, en cuanto sea posible, que su abuelo, Felipe el Hermoso, reina sobre Francia. Comenzad a recitar delante de él el Padre Nuestro y el Ave María, así como la plegaria a monseñor san Luis. Esas son cosas que deben adueñarse de su corazón aun antes de que su razón las comprenda.

No le desagradaba mostrar ante uno de sus parientes de Francia, descendiente a su vez de un hermano de san Luis, la manera como velaba por la educación de su hijo.

- Bella enseñanza daréis a ese jovencito – dijo Roberto de Artois.

- Nunca se aprende demasiado pronto a reinar – respondió Isabel.

El niño se divertía en caminar con el paso cauteloso y titubeante de las criaturas.

- ¡Y pensar que nosotros también hemos sido así! – dijo de Artois.

- Viédoos ahora, cuesta creerlo, primo mío – dijo la reina, sonriendo.

Por un instante, contemplando a Roberto de Artois pensó en los sentimientos de la mujer, pequeña y menuda que había engendrado aquella fortaleza humana, y miró a su hijo.

El niño avanzaba con las manos tendidas hacia el fuego, como si quisiera asir la llama con sus minúsculas manos. Roberto de Artois le cerró el paso, adelantando su bota roja. Nada asustado, el pequeño príncipe aferró aquella pierna que sus brazos penas lograban rodear, y se sentó en ella a horcajadas. El gigante lo elevó por los aires, tres o cuatro veces seguidas. El principito reía, encantado con el juego.

- ¡Ah, meciere Eduardo! – dijo de Artois -. Cuando seáis un poderoso príncipe, ¿osaré recordaros que os hice cabalgar en mi bota?

- Podréis hacerlo, primo mío – respondió Isabel -, podréis hacerlo siempre, si siempre seguís mostrándoos nuestro leal amigo... Que se nos deje solos, ahora – añadió.

Las damas francesas salieron, llevándose al niño que, si el destino seguía el curso normal, sería algún día Eduardo III de Inglaterra.

- ¡Y bien, señora! – dijo -. Para completar las buenas lecciones que dais a vuestro hijo, podréis enseñarle que Margarita de Borgoña, reina de Navarra, futura reina de Francia y nieta de san Luis, está en camino de ser llamada por su pueblo Margarita la Ramera.

- ¿De verdad? – dijo Isabel - ¿Era cierto, pues, lo que suponíamos?

- Sí, prima mía. Y no solamente Margarita. Lo mismo digo de vuestras otras dos cuñadas.

- ¿Juana y Blanca...?

- De Blanca estoy seguro. En cuanto a Juana...

Roberto de Artois esbozó un ademán de incertidumbre con su enorme mano.

- Es más hábil que las otras – agregó – pero tengo razones para juzgarla

una consumada zorra...

Dio unos pasos y se plantó para decir sin más:

- ¡Vuestros tres hermanos son unos cornudos, señora, cornudos como vulgares patanes!

La reina se había puesto de pie, con la mejillas levemente coloreadas.

- Si lo que decís es verdad, no he de tolerarlo – dijo – No permitiré tal vergüenza, ni que mi familia sea el hazmerreír de la gente.

- Tampoco los barones de Francia lo soportarán – respondió de Artois.

- ¿Tenéis nombres y pruebas?

De Artois respiró profundamente.

- Cuando el verano pasado vinisteis a Francia con vuestro esposo, para las fiestas las cuales tuve el honor de ser armado caballero, junto con vuestros hermanos... puesto que como ya sabéis, no se escatiman honores que nada cuestan, os confié mis sospechas y me confesasteis las vuestras. Me pedisteis que vigilara y que os informara. Soy vuestro aliado; hice lo uno y vengo a cumplir con lo otro.

- Decid: ¿qué averiguasteis? – preguntó Isabel, impaciente.

- En primer lugar, que ciertas joyas desaparecen del cofre de vuestra cuñada Margarita. Ahora bien, cuando una mujer se deshace de sus joyas en secreto, es para comprar algún cómplice o para pagar a algún galán. Su bellaquería está clara, ¿no os parece?

- En efecto. Pero puede fingir que las ha dado de limosna a la Iglesia.

- No siempre. No, si cierto prendedor, por ejemplo, ha sido cambiado a un mercader lombardo por un puñal de Damasco.

- ¿Descubristeis de qué cintura pendía ese puñal?

- ¡Ah no! – respondió de Artois -. Indagué, pero le perdí el rastro. Las pícaras son hábiles, os lo dije. Nunca, en mis bosques de Conches, he cazado ciervos tan diestros en confundir pistas y en tomar atajos.

Isabel se mostró decepcionada. Roberto de Artois, previendo lo que iba a decir, extendió los brazos.

- Aguardad, aguardad – prosiguió -. Soy buen cazador, y raramente se me escapa una pieza. La honesta, la pura, la casta Margarita ha hecho que le arreglen, como aposento, la vieja torre del palacio de Nesle. Dice que lo destina a lugar de retiro para sus oraciones. Sólo que se dedica a rezar justamente las noches en que vuestro hermano Luis está ausente. Y la luz brilla en la torre hasta muy tarde. Su prima Blanca y, algunas veces, Juana, se reúnen con ella. ¡Arteras, la doncellas! Si se interroga a una de las tres, se las compondría muy para decir: “¿Cómo? ¿De qué me acusáis? ¡Si no estaba sola!”...Una mujer pecadora se defiende mal, pero tres rameritas juntas forman una fortaleza. Y hay algo más: hete aquí que cuando Luis se ausenta, en esas noches en que la torre de Nesle está iluminada, se produce cierto movimiento en el ribazo, al pie de la torre, en

un lugar siempre desierto. Se ha visto salir de allí a hombres que no llevan hábito de monje y que habrían salido por otra puerta de haber venido a cantar los oficios. La corte calla, pero el pueblo comienza a murmurar, porque antes hablan los sirvientes que sus amos...

Mientras hablaba, se agitaba, gesticulaba, caminaba, hacía vibrar el suelo y hendía el aire con aletazos de su capa. El despliegue de su exceso de fuerza era un medio de persuasión para Roberto de Artois. Trataba de convencer con músculos al mismo tiempo que con las palabras; sumergía al interlocutor en un torbellino; y la grosería de su lengua, tan de acuerdo con su aspecto, parecía prueba de su ruda buena fe. Sin embargo, examinándolo con mayor atención, uno llegaba a preguntarse, si todo aquel movimiento no era fanfarria de titiritero, juego de comediante. Un odio implacable, tenaz, brillaba en las grises pupilas del gigante. La joven reina se empeñaba en conservar su claridad de juicio.

- ¿Hablasteis con mi padre? – dijo.

- Mi buena prima, conoces al rey Felipe mejor que yo. Cree tanto en la virtud de las mujeres, que sería preciso mostrarle a vuestras tres cuñadas acostadas con sus amantes para que consintiera en escucharme. Y no soy bien recibido en la corte desde que perdí mi proceso...

- Sé que cometieron una injusticia con vos, primo mío. Si de mí dependiera sería reparada.

Roberto de Artois se precipitó sobre la mano de la reina para posar en ella sus labios.

- Pero, debido justamente a ese proceso – agregó Isabel suavemente -, ¿no podría suponerse que actuáis ahora por venganza?

El gigante se incorporó de un salto.

- ¡Claro que actúo por venganza, señora!

Decididamente el enorme Roberto desarmaba a cualquiera. Uno creía tenderle una celada y cogerlo en falta, y él abría su corazón ampliamente, como un ventanal.

- ¡Me han robado la herencia de mi condado de Artois – exclamó – para entregársela a mi tía Mahaut de Borgoña...! ¡Maldita perra piojosa! ¡Ojalá reviente! ¡Ojalá la lepra carcoma su boca y el pecho se le vuelva carroña! ¿Y por que lo hicieron? ¡Porque a fuerza de astucias, de intrigas y de forzar la mano de los consejeros de vuestro padre con libras constantes y sonantes, mi tía logró casar a las dos rameras de sus hijas y a la ramera de la prima con vuestros tres hermanos!

Se puso a imitar un imaginario discurso de su tía Mahaut, condesa de Borgoña y de Artois, al rey Felipe el Hermoso.

- “Amado señor, pariente y compadre, ¿qué os parece si casarais a mi queridita Juana con vuestro hijo Luis? ¿No queréis? ¡Bien! Dadle a Margot, y luego Juana será para Felipe y mi dulce Blanquita para el

hermoso Carlos. ¡Qué dicha, que se amen todos a la vez! Luego, si me concedéis el Artois, propiedad de mi difunto padre, mi franco condado de Borgoña iría a manos de esasavecillas, a Juana, si os parece; así, vuestro hijo segundo se convierte en conde palatino de Borgoña y vos podéis empujarlo hacia la corona de Alemania. ¿Mi sobrino Roberto? ¡Dadle un hueso a ese perro! A ese patán le basta y sobra con el castillo de Conches y el condado de Beaumont.”

Y soplo malicias al oído de Nogaret, y cuanto mil maravillas a Marigny... Y caso a una, caso a dos y caso a tres... Y en cuanto está hecho, mis zorritas empiezan a maquinarse entre sí, a enviar mensajes, a procurarse galanes ya a ponerle hermosos cuernos a la corona de Francia... ¡Ah, señora!, si ellas fueran irreprochables, yo tascaría el freno. Pero portarse tan suciamente después de haberme perjudicado tanto; esas niñas de Borgoña sabrán lo que les cuesta; me vengaré en ellas de lo que la madre me hizo. *(El caso de la sucesión de los Artois, que es uno de los dramas de herencia más extraordinarios de la historia de Francia, y del cual hablaremos frecuentemente en este volumen y en los siguientes, se desarrolla así:*

En 1237, san Luis otorgó el condado de Artois a su hermano Roberto, que pasó así a ser Roberto I de Artois. Su hijo, Roberto II, casó con Amcia de Couternay, señora de Conches. De este matrimonio nacieron dos hijos: Felipe, muerto en 1298 de las heridas recibidas en la batalla de Furnes, y Mahaut, quien casó con Oton, conde palatino de Borgoña.

A la muerte de Roberto II, acaecida en 1302 en la batalla de Courtray, la herencia del condado fue reclamada a la vez por su nieto, Roberto III hijo de Felipe – nuestro héroe –, y por su tía Mahaut, quien invocaba una disposición del derecho consuetudinario de Artois.

En 1309 Felipe el Hermoso falló a favor de Mahaut. Esta, convertida en regente del condado de Borgoña a la muerte de su marido, había casado a sus dos hijas, Juana y Blanca, con Felipe y Carlos, segundo y tercer hijos de Felipe el Hermoso. La decisión que la favoreció fue, por tanto, inspirada en gran parte por esas alianzas que sumaban a la corona, en primer término, el condado de Borgoña, llamado Franco Condado, recibido en dote por Juana. Mahaut se convirtió pues, en condesa-par de Artois.

Roberto no se dio por vencido, y durante veinte años, con rara espereza, ya por acción jurídica, ya por acción directa, llevó contra su tía una lucha en la cual fue empleado cualquier procedimiento, tanto por una como por otra parte: delaciones, calumnias, falsos testimonios, brujerías, envenenamientos, agitación política, y que terminó trágicamente para Mahaut, trágicamente para Roberto, trágicamente para Inglaterra y Francia.

Por otra parte, en lo concerniente a la casa, o mejor casas de Borgoña, envueltas, como en todos los asuntos del reino, en éste de Artois, recordamos al lector que hubo en aquella época dos Borgoñas absolutamente distintas: la Borgoña-Ducado que formaba un palatinado importante del Santo Imperio. Dijon era capital del Ducado; Dole, del Condado.

La famosa Margarita de Borgoña, pertenecía a la familia ducal; sus primas y

cuñadas, Juana y Blanca a la casa Condal.)

Isabel permanecía pensativa bajo aquel huracán de palabras. De Artois se aproximó a ella y, bajando la voz, le dijo:

- A vos os odian.

- Es verdad que, por mi parte, no las he querido desde el principio y sin saber por qué – respondió Isabel.

- No las queréis porque son falsas, porque sólo piensan en el placer y porque carecen del sentido del deber. Pero ellas os odian porque están celosas de vos.

- Mi suerte no tiene nada de envidiable, sin embargo – dijo Isabel, suspirando -. Y su situación me parece más dulce que la mía.

- Sois reina, señora. Lo sois por vuestra alma y por vuestra sangre. Vuestras cuñadas, en cambio, podrán llevar corona; pero nunca serán reinas. Por eso os tratarán siempre como enemiga.

Isabel elevó hacia su primo sus bellos ojos azules, y de Artois sintió que esta vez había dado en el blanco. Isabel estaba definitivamente de su parte.

- ¿Tenéis los nombres de... en fin... de los hombres con quienes mis cuñadas...?

No se rendía al crudo lenguaje de su primo y se negaba a pronunciar ciertas palabras.

- Sin ellos nada puedo hacer – prosiguió -. Obtenedlos y os juro que iré a París con cualquier pretexto y que pondré fin a ese desorden. ¿En qué puedo ayudaros? ¿Habéis prevenido a mi tío Valois?

De nuevo se mostraba decidida, precisa, autoritaria.

- Me guardé muy bien – respondió de Artois. El señor de Valois es mi más fiel protector y mi mejor amigo; pero no sabe callar nada y proclamará a los cuatro vientos lo que queremos ocultar. Daría la alarma demasiado pronto y cuando quisiéramos atrapar a las pícaras, las hallaríamos puras como monjas.

- Entonces, ¿Qué proponéis?

- Dos cosas –dijo de Artois -. La primera, nombrar en la corte de Margarita una nueva dama enteramente de nuestra confianza, la cual nos tendrá al corriente de todo. He pensado en la señora de Comminges, que acaba de enviudar y a la que se le deben toda clase de consideraciones. Para ello nos servirá vuestro tío Valois. Hacedle llegar una carta, expresándole vuestro deseo. Monseñor tiene gran influencia sobre vuestro hermano Luis y hará que la señora de Comminges entre bien pronto en el palacio de Nesle. Así tendremos allí una persona adicta, y como decimos la gente de guerra: Vale más un espía dentro que un ejército fuera.

- Escribiré la carta y vos la llevaréis- dijo Isabel - ¿Y luego?

- Habrá que adormecer, al mismo tiempo, la desconfianza de vuestras

cuñadas con respecto a vos y halagarlas con hermosos presentes – prosiguió de Artois -. Presentes que puedan convenir del mismo modo a mujeres que a hombres y que les haréis llegar secretamente, sin dar cuenta de ello a vuestro padre, ni a los respectivos esposos, como un pequeño secreto de amistad entre vosotras. Margarita se deshace de sus joyas a favor de un galán desconocido; no sería, pues, extraño, que, tratándose de un regalo del cual no debe rendir cuentas, nos lo encontraremos prendido del cuerpo del mozo que buscamos. Suministrémosles ocasiones de imprudencia.

Isabel reflexionó durante algunos segundos; luego se acercó a la puerta y dio unas palmadas.

Apareció la primera dama francesa.

- Amiga mía – dijo la reina -, traedme la escarcela de oro que el mercader Albizzi me ha ofrecido esta mañana.

Durante la corta espera, Roberto de Artois se desprendió por fin de sus preocupaciones e intrigas y se decidió a examinar la sala donde se hallaba, los frescos religiosos en forma de casco de navío. Todo era nuevo, triste y frío. El mobiliario escaso.

- No es muy risueño el lugar donde vivís. Prima – dijo -. Creeríase una catedral y no un castillo.

- ¿Quiera Dios que no se me convierta en prisión! – respondió Isabel en voz baja -. ¡Cuánto añoro a Francia, muchas veces!

La dama francesa regresó, trayendo una bolsa de hilos de oro entretejidos, forrada de seda y con un cierre de tres piedras preciosas grandes como nueces.

- ¡Qué maravilla! – exclamó de Artois -. Justamente lo que necesitamos. Un poco pesado para adorno de una dama y demasiado delicado para mí; es exactamente el objeto que un jovencuelo de la corte sueña con colgarse de la cintura para llamar la atención.

- Encargaréis al mercader Albizzi que haga dos escarcelas parecidas a ésta – dijo Isabel a su dama -, y que me las envíe en seguida.

Luego, cuando ésta hubo salido, agregó, dirigiéndose a Roberto de Artois:

- De esa manera podréis llevároslas a Francia.

- Y nadie sabrá que habrán pasado por mis manos – dijo él.

Fuera resonaron gritos y risas. Roberto de Artois se aproximó a una de las ventanas. En el patio, un equipo de albañiles se disponía a izar una pesada piedra clave de bóveda. Unos hombres tiraban de la cuerda de una polea mientras otros, subidos a un andamiaje, se aprestaban a aferrar el bloque de piedra. La faena parecía realizarse en una atmósfera de buen humor.

- ¡Y bien! – exclamó de Artois -. Parece que al rey Eduardo sigue gustándole la albañilería.

Acababa de reconocer, en medio de los obreros, a Eduardo II, marido de Isabel, un hombre bastante apuesto, de unos treinta años de edad, cabellos ondulados, anchos hombros y fuertes caderas. Su traje de terciopelo estaba manchado de yeso. *(El rey Eduardo II fue el primer soberano de Inglaterra que llevó el título de Príncipe de Gales antes de su ascensión al trono. Según algunos historiadores, contaba tres días de edad cuando los señores galeses acudieron a su padre, Eduardo I, para pedirle que les diera un príncipe que pudiera comprenderlos y que no hablara ni inglés ni francés. Eduardo I dijo que iba a complacerles y les indicó a su hijo, que no hablaba aún lengua alguna.)*

- Hace más de quince años que comenzaron a reconstruir Westminster - dijo Isabel, colérica (pronunciaba Westmoustiers, a la francesa) -. Hace seis años, desde que me casé, que vivo entre paletas y mortero. ¡Lo que constguyen en un mes lo destruyen el otro! ¿No le gusta la albañilería, sino los albañiles! ¿Creéis que lo llaman “señor”? ¡No! Para ellos es Eduardo. Se burlan de él, y él está encantado. ¡Míralo! ¡Ahí lo tenéis!

En el patio, Eduardo II daba órdenes, apoyado sobre el hombro de un joven. Reinaba a su alrededor una sospechosa familiaridad.

- Creía - dijo Isabel - que había conocido lo peor con aquel caballero de Gabastón. Aquel bearnés insolente y jactancioso gobernaba de tal manera a mi marido que disponía del reino a su antojo. Eduardo le dio todas mis joyas de recién casada. ¡Debe de ser costumbre familiar que, de un modo u otro, las joyas de las mujeres vallan a parar a los hombres!

Teniendo a su lado a un pariente y amigo, Isabel se permitía, por fin, desahogar sus penas y humillaciones.

En realidad, las costumbres del rey Eduardo eran conocidas en toda Europa.

- Los barones y yo conseguimos abatir a Gabastón el año pasado; le cortaron la cabeza y me alegré de que su cuerpo fuera a pudrirse en los dominios de Oxford. ¡Pues bien!, he llegado a añorar al caballero de Gabastón. Porque desde aquel día, como para vengarse de mí, Eduardo atrae a palacio a los hombres más ruines e infames de su pueblo. Se le ve recorrer las tabernas del puerto de Londres, sentarse con truhanes, rivalizar en luchas con los descargadores y en carreras con los palafreneros. ¡Hermosos torneos los que nos ofrece! Entretanto, cualquiera manda en el reino, con tal que le organice sus bacanales y que participe en ellas. En este momento les ha tocado el turno a los barones de Despenser; el padre gobernando; el hijo sirviendo de mujer a mi esposo. En cuanto amí, Eduardo, ni se me acerca, y si por casualidad viene a mi cama, siento tal vergüenza s que permanezco absolutamente fría.

Había bajado la cabeza.

- Una reina es el súbdito más miserable del reino - prosiguió - si el rey no la ama. Asegurada la descendencia, su vida ya no cuenta. ¿Qué mujer de

barón, de burgués, o de villano soportaría lo que y debo soportar por ser reina? La última lavandera del reino tiene más derechos que y: puede pedirme ayuda...

- Prima, mi hermosa prima, y quiero brindaros mi ayuda – dijo Artois con vehemencia.

Ella alzó tristemente los hombros como si quisiera decir “¿Qué podéis hacer por mí?” Estaban frente a frente; Roberto la tomó por los brazos lo más suavemente que pudo, y murmuró:

- Isabel...

Ella posó sus manos sobre los brazos del gigante. Se miraron sobrecogidos por una turbación imprevista.

De Artois se sintió extrañamente conmovido, y oprimido por una fuerza que temía utilizar con torpeza. Sintió bruscamente el anhelo de consagrar su tiempo, su vida, su cuerpo y su alma a aquella reina frágil. La deseaba, con un deseo inmediato e incontenible, que no sabía cómo expresar. Sus gustos no lo inclinaban, por lo común, hacia las mujeres de calidad y el don de la galantería no se contaba entre sus virtudes.

- Muchos hombres agradecerían al cielo, de rodillas, lo que un rey desdeña, ignorando su perfección – dijo Roberto -. ¡Cómo es posible que a vuestra edad tan fresca y tan joven os veáis privada de las alegrías naturales? ¿Cómo es posible que esos dulces labios no sean besados? ¡Y estos brazos... este cuerpo...? ¡Ha, Isabel tomad un hombre, y que ese hombre sea yo..!

Ciertamente, decía con rudeza lo que quería y su elocuencia se parecía muy poco a la del duque Guillermo de Aquitania. Pero Isabel no separaba su mirada de la de él. La dominaba, la aplastaba con su estatura; olía a bosque, a cuero, a caballo y a armadura; no tenía la voz ni la apariencia de un seductor y, sin embargo, la seducía. Era un hombre de una pieza, un macho rudo y violento, de respiración profunda. Isabel sentía que su voluntad la abandonaba y sólo tenía un deseo: apoyar su cabeza contra aquel pecho de búfalo y abandonarse... apagar aquella gran sed... Temblaba un poco.

Se apartó de golpe.

- ¡No, Roberto! – exclamó -. No voy a hacer y lo que tanto reprocho a mis cuñadas. No puedo ni debo hacerlo. Pero cuando pienso en lo que me impongo, en lo que me niego, mientras ellas tienen la suerte de tener maridos que las aman... ¡Ah, no! Es preciso que sean castigadas!

Su pensamiento se encarnizaba con las culpables, ya que ella no se permitía la misma culpa.

Volvió a sentarse en el gran sitio de roble. Roberto de Artois se aproximó a ella.

- No, Roberto – dijo, extendiendo los brazos -. No os aprovechéis de ni

desfallecimiento; me enojaríais.

La extremada belleza, al igual que la majestad inspira respeto. El gigante obedeció.

Pero aquel momento jamás se borraría de la memoria de los dos.

“Puedo ser amada”, se decía Isabel. Y casi sentía gratitud hacia el hombre que le había dado la certeza.

- ¿Era eso todo lo que debíais comunicarme, primo? ¿No me traéis otras noticias? – dijo, haciendo un gran esfuerzo para dominarse.

Roberto de Artois, que se preguntaba si no había cometido error al no aprovechar la oportunidad, tardó algún tiempo en contestar.

- Sí, señora, os traigo también un mensaje de vuestro tío Valois.

El nuevo vínculo que se había creado entre ellos daba a sus palabras otras resonancias, y no podían estar completamente atentos a lo que decían.

- Los dignatarios del Temple serán juzgados muy pronto – continuó diciendo de Artois -. Y se teme que vuestro padrino, el gran maestre Jacobo de Molay, sea condenado a muerte. Vuestro tío Valois os pide que escribáis al rey par suplicarle clemencia.

Isabel no respondió. Había vuelto a su posición acostumbrada, la barbilla sobre la palma.

- ¡Cómo os parecéis a él, en este momento! – dijo de Artois.

- ¡A quién?

- Al rey Felipe, vuestro padre.

- Lo que decida mi padre, el rey, bien decidido está – respondió lentamente Isabel -. Puedo intervenir en lo concerniente al honor familiar; pero no pienso hacerlo con respecto al gobierno de un reino.

- Jacobo de Molay es un hombre anciano. Fue noble y grande. Si ha cometido faltas las ha expiado duramente. Recordad que os tuvo en sus brazos en la pila bautismal... ¡Creedme, va a cometerse un gran daño, por obra una vez más, de Nogaret y de Marigny! Al destruir el Temple, esos hombres salidos de la nada han querido atacar a toda la caballería francesa y a los altos barones...

La reina seguía perpleja; ostensiblemente el asunto era superior a su entendimiento.

- No puedo juzgar – dijo -. No puedo juzgarlo.

- Sabéis que tengo una gran deuda adquirida con vuestro tío Valois, y él me quedaría agradecido si obtuviera de vos esa carta. Además, la piedad nunca sienta mal a una reina; es sentimiento de mujer, y seríais alabada por ello. Algunos os reprochan vuestra dureza de corazón; así les daríais cumplida respuesta. Hacedlo por vos, Isabel, y hacedlo por mí.

Ella sonrió.

- Sois muy hábil, primo Roberto, a pesar de vuestro aire ceñudo. Escribiré esa carta y podréis llevároslo todo junto. ¿Cuándo partiréis?

- Cuando me lo ordenéis, prima.

-Supongo que las escarcelas estarán listas mañana. Muy pronto es.

La voz de la reina reflejaba cierto pesar. Se miraron de nuevo, y de nuevo ella se turbó.

-Esperaré vuestro mensaje para saber si debo partir hacia Francia. Adiós, primo. Volveremos a vernos durante la cena.

De Artois se despidió y la habitación, después que él salió, parecía extrañamente tranquila, como un valle tras la tempestad. Isabel cerró los ojos y permaneció inmóvil durante largo rato.

Los hombres llamados a desempeñar un papel decisivo en la historia de los pueblos ignoran a menudo qué destinos encarnan. Los dos personajes que acababan de sostener tan larga entrevista, una tarde de marzo de 1314, en el castillo de Westminster, no podían jamás imaginarse que, por el encadenamiento de sus actos se convertirían en los primeros artífices de una guerra entre Francia e Inglaterra que duraría mas de cien años.

II

LOS PRISIONEROS DEL TEMPLE

La muralla estaba cubierta de salitre. Una vaporosa claridad amarillenta comenzaba a descender hacia la sala cavada en el subsuelo.

El prisionero que dormitaba con los brazos plegados bajo el mentón se estremeció y se irguió bruscamente, huraño, palpitante. Durante un momento permaneció inmóvil, mirando la bruma de la mañana que se deslizaba por el tragaluz. Escuchaba. Nítidos, aunque ahogados por el espesor de los enormes muros, llagaban hasta él los tañidos de las campanas anunciando las primeras misas: campanas parisienses, de Saint Martín, de Saint Merry, de Saint Germain L'Auxerrois, de Saint Eustache y de Notre Dame, campesinas campanas de las cercanas aldeas de la Courtielle, de Clignancourt y de Montmartre.

El prisionero no percibió ruido alguno que pudiera inquietarlo. Era sólo la angustia lo que le había sobresaltado, aquella angustia que le sobrevení a cada despertar, así como en cada sueño tenía una pesadilla.

Cogió la escudilla de madera y bebió un gran trago de agua para calmar la fiebre que no lo abandonaba desde hacía ya muchos días. Después de beber, dejó que el agua se aquietara y se miró en ella, como en un espejo. La imagen que logró captar, imprecisa y oscura, era la de un centenario. Permaneció unos instantes buscando un resto de su antiguo aspecto en aquel rostro flotante, en aquella barba macilenta, en aquellos labios hundidos en la boca desdentada, en la nariz afilada, que temblaban en el fondo de la escudilla.

Se levantó lentamente y dio algunos pasos, hasta que sintió el tirón de la cadena que lo amarraba al muro. Entonces comenzó a gritar:

-¡Jacobos de Molay! ¡Jacobos de Molay! ¡soy Jacobos de Molay!

Nada le respondió, lo sabía; nada debía responderle.

Pero necesitaba gritar su propio nombre, para impedir que su espíritu se disminuyera en la demencia, para recordarse que había mandado ejércitos, gobernado provincias, ostentando un poder igual al de los soberanos y que, mientras conservara un soplo de vida, seguiría siendo, aun en aquel calabozo, el gran maestro de la Orden de los Caballeros del Temple. *(La soberana Orden de los Caballeros del Temple de Jerusalén fue fundada en 1128, para asegurar la custodia de los Santos Lugares de Palestina y proteger las rutas de peregrinaje.*

Su regla, recibida de san Bernardo, era severa. Les imponía castidad, pobreza y obediencia. No debían "mirar demasiado, rostro de mujer", ni "besar hembra; ni viuda, ni doncella, ni madre, ni hermana, ni tía, ni ninguna otra mujer". En la guerra debían aceptar el combate de uno contra tres y no podían ser rescatados con

dinero. Sólo les estaba permitida la caza del león.

Única fuerza militar bien organizada, estos monjes-soldados eran los cuadros permanentes de las hordas informes que se reunían en cada Cruzada. Colocados en la vanguardia de todos los ataques y en retaguardia de todas las retiradas, embarazados por incompetencia o las rivalidades de los príncipes que mandaban estos ejércitos improvisados, perdieron, en el lapso de dos siglos, más de 20,000 hombres en los campos de batalla, cifra considerable en relación con los efectivos de la Orden. Pero también cometieron hacia el fin funestos errores, de carácter estratégico.

Siempre fueron buenos administradores. Como se les necesitaba, el oro de Europa afluyó a sus cofres. Provincias enteras fueron confiadas a su cuidado. Durante un siglo aseguraron al gobierno efectivo de reino latino de Constantinopla. Viajaban por el mundo como amos, sin pagar impuestos, tributos ni peaje. Sólo obedecían al Papa. Tenían encomiendas en toda Europa y en todo el Medio Oriente, pero el centro de su administración estaba en París. Cuando las circunstancias los obligaron a dedicarse a la banca, la Santa Sede y los principales soberanos europeos tuvieron cuentas corrientes con ellos. Prestaban con garantía y adelantaban los rescates de los prisioneros. El emperador Balduino les dio, como fianza, la "Vera-Cruz".

Todo es desmesurado en el caso de los Templarios: expediciones, conquistas, fortuna... Todo, hasta la manera misma como fueron suprimidos. El pergamino que contiene la transcripción de los interrogatorios a que fueron sometidos en 1307, mide veintidós metros con veinte centímetros. Desde el extraordinario proceso, las controversias no han cesado jamás. Ciertos historiadores han tomado partido contra los acusados; otros, contra Felipe el Hermoso. No hay duda de que las imputaciones hechas a los Templarios fueron exageradas o falsas en gran parte; pero tampoco se puede negar que hubo entre ellos profundas desviaciones dogmáticas. Su larga estancia en Oriente los había puesto en contacto con ciertos ritos de la primitiva religión cristiana, con la religión islámica que ellos combatían, y con las tradiciones esotéricas del antiguo Egipto. La acusación de brujería, idolatría y de prácticas demoníacas se originó, por una confusión muy habitual en la inquisición medieval, a causa de sus ceremonias de iniciación.

El caso de los Templarios nos interesaría menos si no tuviera prolongaciones en la historia del mundo moderno. Es sabido que la Orden del Temple, inmediatamente después de su destrucción, fue reorganizada en forma de sociedad secreta internacional, y conocemos los nombres de los grandes maestros secretos hasta el siglo XVIII. Los Templarios son el origen de las cofradías, institución que aún subsiste. Necesitaban obreros cristianos en sus lejanas encomiendas y los organizaron de acuerdo con su propia filosofía, dándoles una regla llamada "deber". Estos obreros que no llevaban espada, vestían de blanco. Participaron en las cruzadas y edificaron, en el Medio Oriente, formidables ciudades según lo que se llama en arquitectura "aparejo de los cruzados". Adquirieron en esos lugares métodos de trabajo heredados de la antigüedad que sirvieron en Europa para levantar las iglesias góticas. En París, los cofrades vivían dentro del recinto del Temple o en el barrio vecino, donde disfrutaban de "franquicias" y que siguió siendo durante quinientos años el centro de los obreros iniciados.

La Orden del Temple, por medio de las cofradías, se relaciona con los orígenes de

la masonería, en la que encontramos huellas de sus ceremonias de iniciación y sus emblemas, que no sólo pertenecen a las antiguas compañías de obreros, sino que también, hecho mucho más sorprendente, se ven en los muros de ciertas tumbas de arquitectos del antiguo Egipto. Todo hace pensar, pues, que los ritos, emblemas y procedimientos de trabajo de ese período de la Edad Media fueron introducidos en Europa por los Templarios.)

Por un exceso de crueldad o de escarnio, se veía encerrado, lo mismo él que los principales dignatarios, en las salas bajas, transformadas en cárcel de la torre mayor del palacio del Temple, ¡en su propia casa matriz!

-¡Y fui y quien hizo construir esta torre! – murmuró el gran maestro, colérico, golpeando la muralla con el puño.

Su gesto le arrancó un grito; se había olvidado de que tenía el pulgar destrozado por las torturas. ¿Pero qué lugar de su cuerpo no se había convertido en una llaga o en asiento de un dolor? La sangre circulaba mal por sus piernas y sentía calambres desesperantes desde que lo habían sometido al suplicio de los boqueguies. Con las piernas atadas a unas tablas, había sentido hundirsele en las carnes las uñas de roble sobre las cuales sus torturadores golpeaban con mazos, mientras la voz fría, insistente, de Guillermo de Nogaret, guardasellos del reino, lo apremiaba a confesar. ¿Pero confesar qué...?, y se había desvanecido.

Sobre su carne lacerada, desgarrada, la suciedad, la humedad y la falta de alimentos, hicieron su obra.

Había padecido también, últimamente, el tormento de la garrucha, tal vez el más espantoso de todos los que sufriera. Ataron a su pie derecho el peso de ochenta kilos y por medio de una cuerda y de una polea, lo izaron, ¡a él, a un anciano!, hasta el techo. Y siempre con la voz siniestra de Guillermo de Nogaret: “Vamos, messire, confesad...” Y como se obstinara en negar, tiraron de él una y otra vez, más fuerte y más rápido, del suelo a la bóveda. Sintiendo que sus miembros se desgarraban, que le estallaba el cuerpo, comenzó a gritar que confesaría, sí, todo, cualquier crimen, todos los crímenes del mundo. Sí, los Templarios practicaban la sodomía entre ellos; sí, para entrar en la Orden debían escupir sobre la cruz; sí, adoraban a un ídolo con cabeza de gato; sí, se entregaban a la magia, a la hechicería, al culto del diablo; sí, malversaban los fondos que les habían fomentado una conspiración contra el Papa y el rey... ¿Y qué más, qué más?

Jacobo de Molay se preguntaba cómo había podido sobrevivir a todo aquello. Sin duda las torturas, sabiamente dosificadas, nunca habían sido llevadas hasta el extremo de hacerle correr peligro de muerte, y también porque la constitución de un viejo caballero hecho a la guerra tenía mayor resistencia de la que él mismo suponía.

Se arrodilló, con los ojos fijos en el rayo de la luz del respiradero.

-Señor, Dios mío – dijo -, ¿por qué pusisteis menos fuerza en mi alma que

en mi cuerpo? ¿He sido indigno de dirigir la Orden? No me evitasteis caer en la cobardía, evitad, Señor, que caiga en la locura. Ya no podré resistir mucho tiempo, siento que no podré.

Hacía siete años que estaba encadenado; sólo salía de la prisión para ser arrastrado ante la comisión inquisidora y sometido a toda clase de amenazas de legistas y presiones de teólogos. Con semejante trato, no era de extrañar que temiera volverse loco. A menudo había intentado domesticar una pareja de ratones que acudía todas las noches a roer los restos de su pan. Pasaba de la cólera a las lágrimas; de la crisis de devoción, al deseo de violencia; del enervamiento, a la furia.

-¡Lo pagarán! – se repetía -. ¡Lo pagarán!

¿Quién debía pagar? Clemente, Guillermo, Felipe, el Papa, el guardasellos, el rey... Morirían. Molay no sabía cómo, pero seguramente en medio de atroces sufrimientos. Tendrían que expiar sus crímenes. Remachaba sin cesar los tres nombres aborrecidos. Todavía de rodillas y con la barba alzada hacia el tragaluz, el gran maestre suspiró.

-Gracias, Señor, Dios mío, por haberme dejado el odio. Es la única fuerza que me sostiene.

Se incorporó con esfuerzo y volvió al banco de piedra empotrado en el muro, que le servía de asiento y de lecho.

¿Quién hubiera imaginado que llegaría a ese extremo?

Su pensamiento lo llevaba continuamente hacia su juventud, hacia el adolescente que fuera cincuenta años atrás, cuando descendió por las laderas de su Jura natal para correr gran aventura.

Como todos los segundones de la nobleza, había soñado con vestir el largo manto blanco con la cruz negra que era el uniforme de la Orden del Temple. El solo nombre de Templario evocaba entonces exotismo y epopeya; los navíos con las velas hinchadas singlando hacia Oriente sobre el mar azul, las cargas al galope en las arenas, los tesoros de Arabia, los cautivos rescatados, las ciudades tomadas y saqueadas, las fortalezas gigantes. Se decía también que los Templarios tenían puertos secretos donde embarcaban hacia continentes desconocidos...

Jacobo de Molay había realizado su sueño; había navegado y había habitado fortalezas rubias de sol, había marchado orgullosamente a través de ciudades lejanas, por calles perfumadas de especias e incienso, vestido con el soberbio manto, cuyos pliegues caían hasta las espuelas de oro.

Había ascendido en la jerarquía de la Orden mucho más de lo que nunca se habría atrevido a esperar, sobrepasando todas las dignidades, hasta que por fin sus hermanos lo eligieron para desempeñar la suprema función de gran maestre de Francia y de Ultramar, al mando de quince mil caballeros.

Todo para concluir en aquel sótano, en aquella podredumbre y desnudez. Pocos destinos mostraban tan prodigiosa fortuna seguida de tan gran decadencia...

Jacobo de Molay, con ayuda de un eslabón de su cadena, trazaba en el tabique del muro vagos diseños que figuraban las letras de "Jerusalem", cuando oyó pesados pasos y ruido de armas en la escalera que descendía hasta su calabozo.

La angustia volvió a oprimirlo, pero esta vez con motivo. La puerta rechinó al abrirse y, detrás del carcelero, Molay distinguió a cuatro arqueros con túnica de cuero y la pica en la mano. Delante de sus caras el aliento formaba tenues nubecillas de vapor.

-Venimos en vuestra busca, messire – dijo el jefe del pelotón.

Molay se levantó sin decir palabra.

El carcelero se acercó, y con grandes golpes de martillo y buril hizo saltar el pasador que unía la cadena a las anillas de hierro, que aprisionaban los tobillos del prisionero.

Este ajustó a sus hombros descarnados su manto de gloria, ahora simple harapo grisáceo cuya cruz negra se deshacía en girones sobre la espalda. Luego se puso en marcha. Aún le restaba a aquel anciano agotado, tambaleante, cuyos pies entorpecidos por el peso de los hierros subían los escalones de la torre cierta apostura del jefe guerrero que, desde Chipre, mandaba a todos los cristianos de Oriente.

"Señor Dios mío, dadme fuerzas – murmuraba en su fuero íntimo. Sólo un poco de fuerza." Para encontrarla iba repitiendo los nombres de sus tres enemigos Clemente, Guillermo, Felipe...

La bruma colmaba el vasto patio del Temple, encapuchaba las torrecillas del muro exterior, se deslizaba entre las almenas y acolchaba la aguja de la gran iglesia de la Orden.

Un centenar de soldados con las armas en el suelo se hallaban reunidos alrededor de una carreta abierta y cuadrada.

De más allá de las murallas llegaba el rumor de París y, algunas veces, el relincho de un caballo cruzaba los aires con desgarradora tristeza.

En medio del patio, messire Alán de Pareilles, capitán de los arqueros del rey, el hombre que asistía a todas las ejecuciones, que acompañaba a los condenados hacia los juicios y al palo del tormento, caminaba con paso lento impasible el rostro, con expresión de fastidio. Sus cabellos de color de acero le caían en cortos mechones sobre la frente cuadrada. Llevaba cota de malla, espada al cinto y sostenía su casco bajo el brazo.

Volvió la cabeza al oír que salía el gran maestro, y éste al verlo, sintió que palidecía, si aún era capaz de palidecer.

Por lo general no se desplegaba tanto aparato para los interrogatorios; nunca había carretas ni hombres armados. Algunos guardias del rey iban

en busca de los acusados para pasarlos en una barca al otro lado del Sena, comúnmente a la caída de la tarde.

-Entonces, ¿es cosa juzgada? – preguntó Molay al capitán de los arqueros.

-Lo es, messire – respondió éste.

-¿Sabéis cuál es el fallo, hijo mío? – dijo Molay, tras breve vacilación.

-Lo ignoro, meciere. Tengo orden de conducirlos a Notre Dame para escuchar la sentencia.

Hubo un silencio, y luego Jacobo de Molay volvió a preguntar:

-¿En qué día estamos?

-Hoy es lunes, después de san Gregorio.

La fecha correspondía al 18 de marzo de 1314. *(El calendario utilizado en la Edad Media no era el mismo que se emplea actualmente y variaba en los distintos países. En Alemania, España, Suiza y Portugal, el año oficial empezaba el día de Navidad; en Venecia, el 1° de marzo; en Inglaterra, el 25 de marzo; en Roma, tanto el 25 de enero como el 25 de marzo; en Rusia, en el equinoccio de primavera.*

En Francia el año oficial comenzaba por Pascua. Esta singular costumbre de tomar una fecha móvil como punto de partida del año (llamado método de Pascuas, método francés o método antiguo) determinaba que los años tuvieran una duración variable, entre trescientos treinta o cuatrocientos días. Algunos años tenían dos primaveras, unas el comienzo y otra al final.

Este método antiguo es fuente de innumerables confusiones y de grandes dificultades para establecer una fecha exacta.

De acuerdo con el antiguo calendario, el final del proceso de los Templarios tuvo lugar en 1313, puesto que Pascua el año 1314 cayó el 7 de abril.

Hacia 1564, durante el reinado de Carlos IX, penúltimo rey de la dinastía de los Valois, fue fijado el primero de enero como fecha de comienzo del año. Rusia adoptó el “método nuevo” en 1725, Inglaterra en 1752, y Venecia, la última en adoptarlo, lo hizo después de ser conquistada por Bonaparte.

Las fechas de este relato corresponden, naturalmente, al “método nuevo”.)

“¿Me llevan hacia la muerte?” – se preguntaba Molay.

De nuevo se abrió la puerta de la torre y, escoltados por guardias, hicieron su aparición otros tres dignatarios de la Orden, el visitador general, el preceptor de Normandía y el comandante de Aquitania.

También ellos tenían cabellos blancos, blancas barbas hirsutas y párpados entornados sobre enormes órbitas; sus cuerpos flotaban embutidos en los mantos harapientos.

Durante unos instantes permanecieron inmóviles, parpadeando como grandes pájaros nocturnos deslumbrados por la luz del día.

El primero en precipitarse para abrazar al gran maestro, enredándose en sus cadenas, fue el preceptor de Normandía, Godofredo de Charnay. Una larga amistad unía a ambos. Jacobo de Molay había apadrinado en su carrera a Charnay, diez años más joven que él, en quién veía a su sucesor.

Una profunda cicatriz cortaba la frente de Charnay. Era una huella de antiguo combate, en el que un golpe de espada le había desviado también la nariz. Aquel hombre rudo de rostro cincelado por la guerra hundió la frente en el hombro del gran maestro para ocultar sus lágrimas.

-Animo, hermano mío, ánimo – dijo éste, estrechándole en sus brazos-. Animo, hermanos míos – repitió luego al abrazar a los otros dos dignatarios.

Se acercó un carcelero.

-Messire, tenéis derecho a ser desherrados – dijo.

El gran maestro separó las manos con gesto amargo y fatigado.

-No tengo el denario – respondió.

Pues para que les quitaran las argollas a cada salida los Templarios debían pagar un denario de la cantidad que se les destinaba para pagar la innoble pitanza, el jergón de la celda y el lavado de la camisa. ¡Otra crueldad supletoria de Nogaret, muy acorde con sus procedimientos! Eran inculpados, no condenados, tenían pues derecho a una indemnización por su mantenimiento; pero estaba calculada de tal forma que ayunaban cuatro días de cada ocho, dormían sobre piedra y se pudrían en la suciedad.

El preceptor de Normandía sacó de un viejo bolso de cuero que pendía de su cintura los dos denarios que le quedaban y los arrojó al suelo, uno para sus hierros y otro para los del gran maestro.

-¡Hermano! – exclamó Jacobo de Molay, intentando impedírselo.

-Para lo que nos va a servir... – repuso Charnay -. Aceptadlos, hermano; no veáis en ello ningún mérito.

-Si nos deshierran, puede ser buena señal – dijo el visitador general -. Tal vez el Papa haya intercedido por nosotros.

Los pocos dientes y rotos que le quedaban le hacían emitir un silbido al hablar, y tenía las manos hinchadas y temblorosas.

El gran maestro se encogió de hombros y señaló los cien arqueros alineados.

-Preparémonos a morir, hermano – respondió.

-Ved lo que han hecho – gimió el comandante de Aquitania, recogiendo su manga.

-Todos hemos sido torturados – respondió el gran maestro.

Desvió la mirada, como lo hacía siempre que se le hablaba de torturas. Había cedido y firmado confesiones falsas y no se lo perdonaba.

Con los ojos recorrió el inmenso recinto, sede y símbolo del poderío del Temple.

“Por última vez”- pensó.

Por última vez contemplaba aquel formidable conjunto, con su torreón, su iglesia, sus edificios, casas, patios y huertos, verdadera fortaleza en pleno

París. *(El palacio del Temple, sus anexos, sus “cultivos” y las calles vecinas formaban el barrio del Temple que aún conserva este nombre. En la misma gran torre que sirvió de calabozo a Jacobo de Molay fue encarcelado Luis VI, cuatro siglos y medio después. Sólo salió de allí para ir a la guillotina. La torre desapareció en 1811.)*

Era allí donde los Templarios, desde hacía siglos, habían vivido, orado, dormido, juzgado, organizado y decidido sus lejanas expediciones; en ese torreón había sido depositado el tesoro del reino de Francia, confiado a su cuidado y administración. Allí habían hecho su entrada, después de las desastrosas expediciones de san Luis y la pérdida de Palestina y de Chipre, arrasando en pos de sí sus escuderos, los mulos cargados de oro, los corceles árabes y los esclavos negros.

Jacobo de Molay volvía a revivir aquel retorno de vencidos, que conservaba aún aire de epopeya.

“Nos habíamos vuelto inútiles y no lo sabíamos – pensaba el gran maestre -. Seguíamos hablando de cruzadas y de reconquistas... Tal vez conservábamos demasiada altanería y privilegios, sin que nada lo justificara.”

De milicia permanente de la Cristiandad se habían convertido en banqueros omnipotentes de la Iglesia de la realeza. Cuando uno tiene muchos deudores, adquiere rápidamente enemigos.

¡Ah, la maniobra real había sido bien llevada! El drama se inició el día en que Felipe el Hermoso pidió ingresar a la Orden, con la evidente intención de convertirse en gran maestre. El cabildo había respondido con una negativa tajante y sin apelación.

“¿Me equivoqué? – se preguntaba Jacobo de Molay por centésima vez -. ¿No fui demasiado celoso de mi autoridad? No, no podía proceder de otra manera; nuestra regla era terminante: ningún príncipe soberano podía gozar de mando en nuestra Orden.”

El rey Felipe jamás había olvidado aquella insultante repulsa. Comenzó a actuar con astucia, y siguió colmando de favores y de pruebas de amistad a Molay. ¿Acaso el gran maestre no era padrino de su hija Isabel? ¿No era, por ventura, el sostén del reino?

Pero pronto el tesoro real fue transferido del Temple al Louvre. Al mismo tiempo, se inició una sorda y venenosa campaña de denigración contra los Templarios. Se decía, y se hacía decir en los lugares públicos y en los mercados, que especulaban con la cosecha y que eran responsables del hambre; que pensaban más en acrecentar su fortuna que en reconquistar el Santo Sepulcro de mano de los paganos. Como usaban el rudo lenguaje de la milicia, se les tildaba de blasfemos. Se inventó la expresión “Jurar como Templario.” Y de la blasfemia y la herejía sólo hay un paso. Se decía que tenían costumbres contrarias a la naturaleza y que sus esclavos negros eran hechiceros...

“Claro que no todos nuestros hermanos olían a santidad y que a muchos la inactividad les perjudicaba.

Se decía, sobre todo, que durante las ceremonias de recepción obligaban a los neófitos a renegar de Cristo a escupir sobre la Cruz y que se les sometía a prácticas obscenas.

Con el pretexto de acallar estos rumores, Felipe había propuesto al gran maestro, por el honor de la Orden, iniciar una investigación.

“Y acepté – pensaba Molay -. Fui despreciablemente engañado... me mintieron.”

Pues un cierto día del mes de octubre de 1307... ¡Ah, cómo recordaba Molay aquel día!... “Era un viernes día 13... La víspera, todavía me abrazaba y me llamaba su hermano, otorgándome el primer lugar en el entierro de su cuñada, la emperatriz de Constantinopla...”

El viernes 13 de octubre de 1307, el rey Felipe, mediante una gigantesca redada policial preparada con mucha anticipación, hacía detener al alba a todos los Templarios de Francia, bajo inculpación de herejía, en nombre de la Inquisición. Y el mismo Nogaret había venido a apresar a Jacobo de Molay y a los ciento cuarenta caballeros de la casa matriz.

El grito de una orden hizo sobresaltar al gran maestro. Messire Alán de Pareilles hacía alinearse a sus arqueros. Se había puesto el yelmo; y un soldado sostenía su caballo y le presentaba el estribo.

-Vamos – dijo el gran maestro.

Los prisioneros fueron empujados hacia la carreta. Molay subió primero. El comandante de Aquitania, el hombre que había rechazado a los turcos en San Juan de Arce no salía de su aturdimiento; fue preciso izarlo. El hermano visitador movía los labios hablando a solas sin cesar. Cuando a Godofredo de Charnay le llegó el turno de subir, un perro invisible comenzó a aullar del lado de los establos.

Luego, tirada por cuatro caballos a la pesada carreta se puso en movimiento.

Se abrió el gran portal y se elevó un inmenso clamor.

Varios cientos de personas, todos los habitantes del barrio del Temple y de los barrios vecinos se apretujaban contra las paredes. Los arqueros de la vanguardia tuvieron que apelar a golpes de pica para abrirse camino.

-¡Paso a la gente del rey! – gritaban los arqueros.

Alán de Perilles dominaba el tumulto, erguido en su cabalgadura y con su sempiterna expresión impasible y ceñuda.

Pero al aparecer los Templarios, cesó el clamor en el acto. Ante el espectáculo de aquellos cuatro hombres viejos y desencarnados, que las sacudidas de la carreta lanzaban unos contra otros, los parisienses tuvieron un momento de mudo estupor, de espontánea compasión.

Luego se oyeron gritos de: “¡Muerte a los herejes!”, lanzados por guardias

reales mezclados entre la multitud. Entonces, aquellos que siempre están dispuestos a apoyar al poderoso y mostrar bravura cuando nada se arriesga, iniciaron su concierto de voces destempladas:

-¡A la hoguera!

-¡Ladrones!

-¡Idólatras!

-¡Miradlos! ¡Hoy no están tan orgullosos esos paganos! ¡A la hoguera!

Insultos, burlas y amenazas surgían al paso del cortejo. Pero la furia no era general. Gran parte de la multitud seguía guardando silencio, y ese silencio, por prudente que fuera, no resultaba menos significativo.

Pues en siete años el sentimiento popular había cambiado. Se sabía cómo había sido llevado el proceso. Muchos se habían topado con Templarios a la puerta de las iglesias, mostrando al pueblo los huesos quebrados en el potro de los tormentos. En varios pueblos de Francia se había visto morir a los caballeros por decenas en las hogueras. Se sabía que algunos eclesiásticos se habían negado a participar en el juicio y que fue necesario nombrar nuevos obispos, como el hermano del primer ministro, Marigny, para llevar a cabo la tarea. Se decía que el propio Papa Clemente V, había cedido contra su deseo, porque estaba en manos del rey y temía padecer la misma suerte de su predecesor, el Papa Bonifacio, abofeteado en su trono. Además, en aquellos años, el trigo no se había vuelto más abundante, el pan se había encarecido, y era preciso admitir que los Templarios no tenían la culpa.

Veinticinco arqueros, con el arco en banderola y la pica al hombro, marchaban delante de la carreta, veinticinco más iban a cada lado, y otros tantos cerraban el cortejo.

“¡AH, si aún nos quedara un ápice de fuerza en el cuerpo!”, - pensaba el gran maestro. A los veinte años hubiera saltado sobre un arquero, le habría arrancado la pica y hubiera intentado escapar o bien habría luchado hasta morir.

Detrás de él, el hermano visitador murmuraba entre sus dientes rotos:

-No nos condenarán. No puedo creer que nos condenen. Ya no somos peligrosos.

El comandante de Aquitania, en medio de su atontamiento murmuraba:

-¡Qué agradable es salir! ¡Qué agradable, respirar aire fresco! ¿Verdad, hermano?

El preceptor de Normandía posó la mano sobre el brazo del gran maestro.

-Messire – dijo en voz baja -, veo que en medio de la multitud algunas gentes lloran y otras de persignan. No estamos solos en nuestro calvario.

-Esas gentes pueden compadecernos; pero no pueden hacer nada por salvarnos – respondió Jacobo de Molay -. No. Busco otras caras.

El preceptor comprendió a qué última e insensata esperanza se aferraba

el gran maestre. Sin proponérselo también se dedicó a escrutar la multitud. Pues un cierto número de caballeros del Temple había escapado de la redada de 1307. algunos se refugiaron en los conventos, otros se enclaustraron y vivían en la clandestinidad, ocultos en la campiña y en los pueblos; otros huyeron a España, donde el rey de Aragón, negándose a cumplir las imposiciones del rey de Francia y del Papa, reconoció sus encomiendas a los Templarios y fundó con ellos una nueva Orden. Y restaban, por fin, aquellos que, después de un juicio ante los tribunales relativamente clementes, fueron confiados a la custodia de los Hospitalarios. Muchos de esos caballeros seguían vinculados entre sí y mantenían una especie de red secreta.

Y Jacobo de Molay se decía que tal vez...

Tal vez habían preparado una conspiración... tal vez en la esquina de Blancs-Manteaux, o en la calle de la Bretonnerie, o del claustro de Saint Merry, surgiera un grupo de hombres, que, sacando sus armas de debajo de las cotas, se abalanzara sobre los arqueros; mientras otros, apostados en las ventanas, arrojarían proyectiles. Un carro, lanzado al galope, podría bloquear el paso y acabar de sembrar el pánico...

“Mas, ¿por qué habrían de hacer nuestros antiguos hermanos tal cosa? – pensó Molay -. ¿Para liberar a su gran maestre que los ha traicionado, que ha renegado de la Orden, que ha cedido a las torturas...?”

No obstante, se obstinaba en observar a la multitud lo más lejos posible; pero sólo distinguía a padres de familia con sus niños sobre los hombros, niños que más tarde cuando se mentara delante de ellos a los Templarios, sólo recordarían a cuatro ancianos barbudos y temblorosos rodeados de soldados como públicos malhechores.

El visitador general seguía murmurando para sí, y el vencedor de San Juan de Arce no cesaba de repetir lo agradable que era dar un paseo por la mañana.

El gran maestre sintió que se formaba en su interior la misma cólera semidemente que lo asaltaba con frecuencia en la prisión, haciéndole gritar y golpear los muros. Seguramente ejecutaría un acto de violencia. No sabía qué... pero sentía la necesidad de realizarlo.

Admitía su muerte casi como una liberación, mas no acertaba a morir injustamente y mucho menos, deshonorado. El prolongado hábito de la guerra agitaba por última vez su sangre de anciano. Quería morir combatiendo.

Buscó la mano de Godofredo de Charnay, su amigo, su compañero, el último hombre fuerte que tenía a su lado, y la estrechó.

El preceptor, alzando los ojos, vio sobre las sienas hundidas del gran maestre las arterias que latían serpenteando como azules culebras.

El cortejo llegaba al puente de Notre Dame.

III

LAS NUERAS DEL REY

Un sabroso olor a harina tostada, a miel y a manteca perfumaba el aire en torno al azafate de mimbre.

-¡Calientes, barquillos calientes! ¡No todos los comerán! ¡Probadlos, burgueses, probadlos! ¡Barquillos calientes! – gritaba el buhonero, accionando detrás del horno al aire libre.

Lo hacía todo a la vez: estiraba la masa, retiraba del fuego las galletas cocidas, devolvía el cambio y vigilaba a los pilletes para impedirles sus raterías.

-¡Barquillos calientes!

Tan atareado estaba que no prestó atención al cliente cuya blanca mano depositó un denario sobre la tabla, en pago de una delgada galleta. Pero sí se fijó en que la misma mano dejaba el barquillo, que apenas mostraba la huella de un mordisco.

-¡Mal gusto tiene! – dijo atizando el fuego -. El se lo pierde: trigo candeal y manteca de Vaugirard...

De pronto se irguió y quedó boquiabierto, con la última palabra detenida en su garganta, al ver a quién se había dirigido. Un hombre de elevada estatura, de ojos inmensos e inmóviles, que llevaba caperuza blanca y túnica hasta las rodillas...

Antes de que pudiera esbozar una reverencia o balbucir una excusa el hombre de la caperuza se había alejado. El pastelero, con los brazos caídos, lo miraba perderse entre la multitud, mientras la hornada de barquillos amenazaba quemarse.

Las calles que comprendían el mercado de la ciudad, según decían los viajeros que habían recorrido África y Oriente, se parecían mucho en esos tiempos al zoco de una ciudad árabe. Igual bullicio incesante, iguales tiendas minúsculas pegadas unas a otras, iguales olores a grasa cocida, especias u cuero, igual parsimonia de los compradores y de los mirones, que a duras penas se abrían paso. Cada calle, cada callejón tenía su especialidad, su oficio particular; aquí los tejedores, cuyas lanzaderas corrían sobre los telares en la trastienda; allí los zapateros, claveteando sobre las hormas de hierro; más lejos los guarnicioneros tirando de las leznas, y los carpinteros moldeando patas de banquetas.

Había la calle de los pájaros, de las hierbas, de las legumbres, y la de los herreros, cuyos martillos resonaban sobre los yunques. Los orfebres se agrupaban a lo largo del muelle del mismo nombre, trabajando en torno de sus pequeños braceros.

Estrechadas franjas de cielo asomaban entre las casas hechas de madera y

de argamasa, con las fachadas tan próximas que de una ventana a otra era fácil darse la mano. Por todas partes el pavimento estaba cubierto de un fango maloliente, por el cual la gente, según su condición social, arrastraba los pies descalzos, las suelas de madera o los zapatos de cuero.

El hombre de altos hombros y caperuza blanca seguía avanzando lentamente por entre la turba, con las manos a la espalda, despreocupado, al parecer, de los empujones que recibía. Por otra parte, muchos le cedían el paso y lo saludaban. Respondía entonces con un leve movimiento de cabeza. Tenía figura de atleta; sus cabellos rubios, más bien rojos, sedosos, terminados por rizos que le caían casi hasta los hombros, enmarcaban su rostro regular, impasible, de una rara belleza de rasgos.

Tres guardias reales, vestidos de azul y llevando colgado del brazo el bastón terminado por la flor de lis, insignia de su cargo, seguían al paseante a cierta distancia sin perderlo de vista jamás, deteniéndose cuando él se detenía y reanudando la marcha al mismo tiempo que él. *(Los guardias (sergents en el original) eran funcionarios subalternos encargados de diferentes tareas de orden público y de la ejecución de la justicia. Su misión se confundía con la de los hujieres (guardianes de las puertas) y la de los maceros. Entre sus atribuciones se contaba la de preceder o escoltar al rey, los ministros, los miembros del Parlamento y profesores de la Universidad.*

La vara de los actuales agentes de policía francesa tiene su remoto origen en el bastón de los guardias de antaño. Así como la maza que llevan los maceros en las ceremonias universitarias.

En 1254 había sesenta guardias de este género adscritos a la policía de París.)

De pronto, un joven de jubón ceñido, arrastrado por tres grandes lebreles que llevaba atados a una correa, desembocó de una callejuela lateral y vino a chocar contra él, derribándolo casi. Los perros se enredaron y comenzaron a ladrar.

-¡Fijaos por donde camináis! – gritó el joven, con marcado acento italiano - . ¡Poco faltó para que me atropellarais los perros! Me habría gustado que os hubieran mordido.

Dieciocho años a lo sumo, bien moldeado a pesar de su pequeña talla, de ojos negros y fina barbilla, plantado en medio del callejón, levantaba la voz para hacerse el hombre.

Mientras desenredaba la trailla continuó:

-Non si puo vedere un cretino peggiore... (No se puede ver un cretino mayor)

Pero ya lo rodeaban los tres guardias reales. Uno de ellos lo tomó por el brazo y le murmuró un nombre al oído. Al instante, el joven se quitó el gorro y se inclinó con grandes muestras de respeto.

Se formó un pequeño grupo.

-En verdad, unos perros muy hermosos, ¿de quién son? – dijo el

paseante, midiendo al muchacho con sus ojos inmensos y fríos.

-De mi tío, el banquero Tolomei... para servirlos - respondió el joven, inclinándose de nuevo.

Sin decir más, el hombre de la caperuza blanca siguió su camino. Cuando se hubo alejado, así como sus guardias reales, la gente rodeó al joven italiano. Este no se había movido del lugar y parecía digerir mal su equivocación. Hasta los perros se mantenían expectantes.

-¡Vedlo, ya no está orgulloso! – se decían unos riendo.

-¡Por poco no derriba al rey, y encima casi lo insulta!

-Puedes irte preparando para dormir esta noche en la cárcel, muchacho, con treinta latigazos en el cuerpo.

El italiano hizo frente al coro de mirones:

-¿Y qué queráis? Jamás la había visto. ¿Cómo podía reconocerlo? Además, sabed, burgueses, que vengo de un país donde no hay rey que nos haga pegarnos a las paredes. En mi ciudad de Siena, cada uno puede ser rey a su debido momento. ¡Si alguien quiere algo de Guccio Baglioni, no tiene más que decirlo!

Había lanzado su nombre como un desafío. La orgullosa susceptibilidad de los toscanos ensombrecía su mirada. En la cintura levaba una daga cincelada. Nadie insistió; el joven hizo chasquear los dedos para despabilar a los perros y prosiguió su camino, menos seguro de lo que pretendía, preguntándose si su tontería no le acarrearía molestas consecuencias.

Pues acababa de atropellar al propio rey Felipe. El soberano, a quien nadie igualaba en poderío, solía pasearse por su ciudad, como un simple burgués, informándose acerca de los precios, gustando las frutas, tanteando telas, escuchando las opiniones de la gente... Le tomaba el pulso a su pueblo. Los forasteros que ignoraban quién era, se dirigían a él para pedirle una simple información. Cierta día, un soldado lo detuvo para reclamarle la paga. Tan avaro de palabras como de dinero, era raro que, a cada salida, pronunciara más de tres frases o gastara más de tres monedas.

El rey pasaba por el mercado de carnes cuando la campana mayor de Notre Dame comenzó a sonar, al mismo tiempo que se elevaba un gran clamor.

-¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!

El clamor se acercaba. La turba se agitó y las gentes comenzaron a correr. Un obeso carnicero salió de detrás de un mostrador, cuchillo en mano, gritando:

-¡Muerte a los herejes!

Su mujer le asió de la manga, y le dijo:

-¡Herejes? ¡No más que tú! ¡Quédate aquí haciendo tu oficio, que más te conviene, gran holgazán!

Se trabaron de la lengua; y en seguida se formó un corro en torno a ellos.

-¡Confesaros delante de los jueces! . seguía diciendo el carnicero.

-¿Los jueces? – replicó alguien -. Siempre hacen igual. Juzgan por la boca de los que pagan.

Todo el mundo comenzó a hablar a la vez.

-Los Templarios son unos santos. Siempre practicaron la caridad.

-Bien estaba sacarles el dinero; pero no atormentarlos.

-El rey era su principal deudor; acabados los Templarios, acabada la deuda.

-El rey ha hecho bien.

-El rey o los Templarios – dijo un aprendiz -, lo mismo da. Que los lobos se devoren entre sí; así no nos devorarán a nosotros.

En este momento una mujer se volvió, palideció, e indicó a los demás que se callaran. Felipe el Hermoso estaba detrás de ellos y los observaba con su mirada inmóvil y glacial. Los guardias se habían acercado a él, dispuestos a intervenir. En un instante el grupo se dispersó y sus componentes salieron a escape, exclamando a grandes voces:

-¡Viva el rey! ¡Mueran los herejes!

El semblante del rey no había cambiado de expresión. Se diría que no había oído nada. Si sorprender a la gente le causaba placer lo mantenía en secreto.

El clamor crecía sin cesar. El cortejo de los Templarios asomaba por el extremo de la calle, el rey, por el espacio abierto entre las casas, pudo ver durante unos instantes al gran maestro. De pie en la carreta, junto a sus tres compañeros, se mantenía erguido; ¡su aspecto era de mártir pero no de vencido!

Dejando que la turba se precipitara a contemplar el paso del cortejo, Felipe el Hermoso, con su mismo paso tranquilo, regresó a palacio por calles bruscamente vacías.

Bien podía el pueblo refunfuñar un poco y el gran maestro erguir su viejo cuerpo quebrado. Dentro de una hora habría terminado, y la sentencia, en general, sería bien recibida. Dentro de una hora quedaría colmada y rematada la obra de siete años.

El Tribunal Episcopal se había pronunciado: los arqueros eran numerosos, las guardias vigilaban las calles. Dentro de una hora el caso de los Templarios sería borrado de los asuntos públicos, y el poder real resultaría acrecentado y reforzado.

“Incluso mi hija Isabel estaría satisfecha. He atendido a su súplica y he contentado a todo el mundo; pero ya era tiempo de acabar con esto”, se decía el rey Felipe.

Regresó a su morada por la Galería Merciere.

El palacio, arreglado cien veces, en el transcurso de los siglos, sobre viejos fundamentos romanos, acababa de ser renovado totalmente por Felipe y considerablemente agrandado.

Corrían tiempos de reconstrucción, y los príncipes rivalizaban en ese punto. Lo que se estaba haciendo en Westminster había sido terminado ya en París.

De los antiguos edificios sólo quedó la Sainte Chapelle, construida por su abuelo san Luis. El nuevo conjunto de la Cité, con sus grandes torres blancas reflejándose en el Sena, era imponente, macizo, ostentoso.

Aunque Felipe era muy cuidadoso con los gastos menores, no tacañeaba cuando se trataba de afirmar la pujanza del Estado. Pero como no despreciaba el menor provecho, había concedido a los merceros, mediante el pago de una buena renta, el privilegio de vender en la gran galería del palacio, llamada por esa razón Galería Merciere, después Galería Marchande. *(Esa concesión, hecha a algunas corporaciones de mercaderes, de vender en la morada del soberano o en sus cercanías, parece porvenir de Oriente. En Bizancio, los mercaderes de perfumes gozaban del derecho de levantar tiendas frente a la entrada del palacio imperial, pues sus esencias era la cosa más agradable que pudiera llegar hasta las narices del "Basileus".)*

Este inmenso vestíbulo alto y ancho como una catedral de dos naves, provocaba la admiración de los visitantes. Sendos pilares servían de pedestal a las cuarenta estatuas de los reyes que se habían sucedido en el trono del reino de los francos, desde Faramundo y Moroveo. Frente a la estatua de Felipe el Hermoso se había levantado la de Enguerrando de Marigny, coadjutor y rector y rector del reino, el hombre que había inspirado y dirigido las obras.

La galería, abierta para todos, se había convertido en lugar de paseo, de citas de negocios y de encuentros galantes. Uno podía hacer allí sus compras y codearse al mismo tiempo con príncipes. Allí se decidía la moda. La multitud deambulaba incesantemente entre los azafates de los vendedores, bajo las grandes estatuas reales. Bordados, encajes, sedas, terciopelos y rasos; pasamanería, artículos de aderezo y pequeña joyería se amontonaban allí, tornasolaban y refulgían sobre los mostradores de encina, cuya trampa se quitaba por la tarde o se ponían sobre mesas de caballetes, o se colgaban en pértigas. Damas de la corte, burguesas y sirvientas iban de un escaparate a otro. Era un hervidero de discusiones, regateos, parloteos y risas, dominado todo por la charlatanería de los vendedores para cerrar el trato.

Abundaban los acentos extranjeros, sobre todo los de Italia y de Flandes.

Un mozo flacucho ofrecía pañuelos bordados, dispuestos sobre una harpillera de cáñamo en el mismo suelo.

-¡Ah, hermosas damas! – exclamaba -, ¿no os apena sonaros con los dedos o las mangas, cuando existen preciosos pañuelos ideados para tal fin, que podéis anudar graciosamente alrededor de vuestro brazo o de vuestra limosnera?

Poco más allá, otro entretenedor hacía juegos malabares con bandas de encajes de Malinas y las alzaba tan alto que sus blancos arabescos rozaban las espuelas de Luis el Gordo.

-¡Lo regalo, lo doy! A seis denarios la pieza. ¿Quién de vosotras no tiene seis denarios par hacerse pechos provocativos?

Felipe el Hermoso atravesó la Galería en toda su extensión. La mayoría de los hombres se inclinaban a su paso, y las mujeres esbozaban una reverencia. Sin darlo a entender, al rey le placía esa animación y las muestras de deferencia que recibía.

La grave campana de Notre Dame seguía tañendo; pero su sonido llegaba allí atenuado y disminuido.

Al final de la galería, no lejos de la gran escalinata, había un grupo de tres personas, dos mujeres muy jóvenes y un mozalbete, cuya belleza, presencia y prestancia atraían la discreta atención de los paseantes.

Las muchachas eran dos de las nueras del rey, a quienes el pueblo llamaba “las hermanas de Borgoña”. Se parecían poco. Juana, la mayor, casada con el hijo segundo de Felipe el Hermoso, tenía apenas veinte años. Era alta, esbelta y de cabellos de color entre castaño y ceniciento, con porte un poco estudiado y grandes ojos oblicuos como de lebre. Vestía con sobria simplicidad, casi rebuscada. Aquel día llevaba un largo vestido de terciopelo gris claro, con mangas ajustadas, sobre el cual lucía una sobrevesta bordeada de armiño hasta las caderas.

Su hermana Blanca, esposa de Carlos de Francia, el menor de los príncipes reales, era más pequeña, más torneada, más sonrosada, más espontánea. A sus dieciocho años conservaba todavía los hoyuelos de la niñez en las mejillas. Tenía cabellos de un rubio cálido, ojos de color castaño claro, muy brillantes; y sus dientes eran pequeños y transparentes. Vestirse representaba para ella más una pasión que un juego. Se entregaba a ello con cierta extravagancia que no siempre era de buen gusto. En la frente y en el cuello, las mangas y la cintura, exhibía la mayor cantidad de alhajas posible. Sus vestidos estaban siempre bordados con hilos de oro y perlas. Pero tenía tanta gracia, y parecía tan contenta de sí misma que se le perdonaba de buen grado esta tonta profusión.

El joven que estaba con las princesas vestía como un oficial de casa soberana.

Había una cuestión en este pequeño grupo sobre un asunto de cinco días, que se discutía a media voz con tendencia a agitación. “¿Acaso es

razonable atormentarse tanto por cinco días?”, preguntaba la condesa de Poitiers.

El rey surgió detrás de una columna que había ocultado su proximidad.

-Buenos días, hijas mías – dijo.

Los jóvenes callaron bruscamente. El hermoso muchacho hizo una profunda reverencia y se apartó un paso, con los ojos fijos en el suelo. Las dos jóvenes, luego de doblar la rodilla, se quedaron mudas, ruborizadas, un tanto confundidas. parecían tres personas sorprendidas en falta.

-¡Y bien, hijas mías! – agregó el rey -. Se diría que estoy de más en vuestra charla. ¿Qué estabais contando?

No le sorprendía la acogida. Estaba acostumbrado a ver a todo el mundo, aun a sus familiares más próximos, intimidados con su presencia. Un muro de hielo se alzaba entre él y los que lo rodeaban. Ya no se sorprendía; pero lo apenaba. Sin embargo, creía hacer todo lo posible para mostrarse asequible y amable.

Blanca fue la primera en recobrar su aplomo.

-Debéis perdonarnos, sire – dijo -. ¡Pero no es fácil repetir nuestras palabras!

-¿Por qué eso?

-Porque estábamos hablando mal de vos – respondió Blanca.

-¿De verdad? – dijo Felipe, no sabiendo si bromeaba.

Lanzó una ojeada al muchacho, quien, un poco apartado, parecía incómodo, y lo designó con la barbilla.

-¿Quién es ese doncel? – preguntó.

-Messire Felipe de Aunay, escudero de nuestro tío de Valois – respondió la condesa de Poitiers.

El joven volvió a saludar.

-¿No tenéis un hermano? – dijo, dirigiéndose al escudero.

-Sí, sire. Está al servicio de monseñor de Poitiers – respondió el joven Felipe de Aunay, enrojándose y con voz insegura.

-Eso es; siempre os confundo – dijo el rey.

Luego, volviéndose a Blanca:

-¿Y qué decíais de malo, hija mía?

-Juana y yo estábamos de acuerdo en no perdonaros, padre mío, pues van cinco noches seguidas que nuestros maridos nos descuidan, ya que los retenéis hasta muy tarde en las sesiones del consejo o los alejáis por asuntos del reino.

-Hijas mías, hijas mías, ésas no son palabras para decir en voz alta.

Era púdico por naturaleza y se decía que guardaba absoluta castidad, desde que había quedado viudo hacía nueva años. Pero no podía enojarse con Blanca. Su vivacidad, su alegría y su audacia para decirlo todo, lo desarmaban. Estaba divertido y perplejo a la vez. Sonrió, cosa que

raramente sucedía.

-¿Y qué dice la tercera? - Añadió.

Aludía a Margarita de Borgoña, prima de Juana y de Blanca, casada con el heredero del trono, Luis, rey de Navarra.

-¿Margarita? – exclamó Blanca -. Se encierra en su aposento, pone cara triste y dice que sois tan malvado como hermoso.

Otra vez volvió el rey a sentirse indeciso, preguntándose cómo debía tomar las últimas palabras. ¡Pero eran tan límpidas y tan cándida la mirada de Blanca! Era la única que se atrevía a bromear con él, que no temblaba en su presencia.

-¡Pues bien! Tranquilizad a Margarita y tranquilizaos, Blanca; Luis y Carlos os harán compañía esta noche. Hoy es buen día para el reino – dijo Felipe el Hermoso -. No se celebrará consejo esta noche. En cuanto a vuestro esposo, Juana, que ha ido a Dole y a Salins a vigilar los intereses de vuestro condado, no creo que tarde más de una semana.

-Entonces me preparo a festejar su vuelta – dijo Juana, inclinando su bella cabeza.

Para el rey Felipe, la conversación que acababa de sostener era muy larga. Volvió la espalda bruscamente a sus interlocutores y se alejó sin despedirse, hacia la gran escalera que conducía a sus habitaciones privadas.

-¡Uf! – dijo Blanca, con la mano sobre el pecho, viéndolo desaparecer -. De buena nos hemos librado.

-Creí desfallecer de miedo – dijo Juana.

Felipe de Aunay estaba rojo hasta la raíz de los cabellos, no ya de confusión, como poco antes, sino de cólera.

-Gracias por vuestras palabras al rey – dijo secamente a Blanca -. Son cosas muy agradables de oír.

-¿Y qué queríais? – exclamó Blanca. ¿Acaso vos lo hubierais hecho mejor? Os quedasteis pasmado y tartamudeante. Se nos vino encima sin que lo notáramos; tiene el oído más fino del reino. Por si había escuchado las últimas palabras, era la única manera de engañarlo. En lugar de recriminarme deberíais felicitarme, Felipe.

-No empecéis de nuevo – dijo Juana -. Caminemos, recorramos las tiendas, dejemos este aire de conspiradores.

-Messire – prosiguió Juana en voz baja -, os haré notar que vos y vuestros estúpidos celos son la causa de todo. Si no os hubierais puesto a gemir tan alto por los sufrimientos que os hace padecer Margarita, no habríamos corrido el riesgo de que el rey nos oyera.

Felipe conservaba su expresión sombría.

-En verdad – dijo Blanca -, vuestro hermano es más agradable que vos.

-Sin duda lo tratan mejor, de lo que me alegro por él – respondió Felipe -.

En efecto, soy un estúpido, al dejarme humillar por una mujer que me trata como un lacayo, que me llama a su lecho cuando la vienen ganas, que me aleja cuando le pasan, que me tiene días enteros sin dar señales de vida, y que finge no conocerme cuando se cruza conmigo. ¿Cuál es el juego, a fin de cuantas?

Felipe de Aunay, escudero de monseñor el conde de Valois, era desde cuatro años el amante de Margarita de Borgoña. La mayor de las nueras de Felipe el Hermoso. Y si osaba hablar de tal modo delante de Blanca de Borgoña, esposa de Carlos de Francia, era porque Blanca era la amante de su hermano, Gualterio de Aunay, escudero del conde de Poitiers. Y si podía descararse delante de Juana, Condesa de Poitiers, era porque ésta, aunque no era amante de nadie, favorecía, un poco por flaqueza y otro poco por diversión, las intrigas de las otras dos nueras reales, combinando entrevistas y facilitando encuentros.

Así, en aquel anticipo de primavera de 1314, el día mismo en que los Templarios iban a ser juzgados, cuando tan grave asunto era la principal preocupación de la corona, dos hijos del rey de Francia, el Mayor, Luis, y el menor Carlos, llevaban los cuernos, por obra y gracia de dos escuderos, pertenecientes uno a la casa de su tío, el otro a la de su hermano, y todo bajo la tutela de su hermana política, Juana, esposa constante, aunque benévola celestina, que sentía un turbio placer viviendo los amores ajenos.

-En todo caso, nada de torre de Nesle esta noche – dijo Blanca.

-Para mí no será distinta de las anteriores – respondió Felipe de Aunay -. Pero rabio al pensar que hoy, entre los brazos de Luis de Navarra, Margarita murmurará, sin duda, las mismas palabras...

-Amigo mío, vais demasiado lejos – dijo Juana con mucha altivez-. Hace un momento acusabais a Margarita, sin razón, de tener otros amantes. Ahora queréis impedir que tenga un marido. Los favores que os concede os hacen olvidar quién sois. Creo que mañana aconsejaré a nuestro tío que os envíe por algunos meses a su condado de Valois, donde tenéis vuestras tierras, para calmaros los nervios.

El hermoso Felipe se serenó de golpe.

-¡Ho, señora! ¡Creo que moriría! – murmuró.

Era más seductor de ese modo que encolerizado. Daban ganas de asustarlo, sólo por verle bajar las sedosas pestañas y temblar levemente su pálida barbilla. De pronto se había convertido en un ser tan desdichado, que ambas mujeres, olvidando su alarma, no pudieron contener una sonrisa.

-Decid a vuestro hermano Gualterio que esta noche suspiraré por él – dijo Blanca con la mayor dulzura del mundo.

No se podía saber si hablaba sinceramente.

-¿No convendría prevenir a Margarita acerca de lo que acabamos de oír?

– dijo de Aunay, un tanto vacilante -. En caso de que para esta noche hubiera previsto...

-Que Blanca haga lo que le parezca – dijo Juana -. No pienso encargarme más de vuestros asuntos. He sentido demasiado miedo. Algún día terminará mal y verdaderamente es comprometerme en serio por nada.

-Es cierto que tú no aprovechas las gangas – dijo Blanca -. Tu marido está ausente con mayor frecuencia que los nuestros. Si Margarita y yo tuviéramos esa suerte...

-No encuentro placer alguno en ello – replicó Juana.

-O no tienes coraje – dijo Blanca.

Es verdad que, aunque lo quisiera, no tengo tu habilidad para mentir, hermana mía. Estoy segura de que me traicionaría en seguida.

Dicho esto, Juana permaneció unos instantes meditabunda. No, no sentía deseos de engañar a Felipe de Poitiers, pero estaba cansada de pasar por gazmoña.

-Señora... – dijo Felipe de Aunay -. ¿No podríais encargarme un mensaje para vuestra prima?

Juana miró de soslayo al joven, con tierna indulgencia.

-¿No podéis pasaros un día sin ver a la bella Margarita? – respondió -. Bien, seré buena, compraré alguna alhaja para ella y se la llevaréis de mi parte. Pero es la última vez.

Se acercaron a una parada. En tanto que las dos mujeres elegían, y Blanca iba derecha a los objetos más caros. Felipe de Aunay pensaba en la súbita aparición del rey.

“Siempre que me ve, me pregunta mi nombre – se decía -. Esta es la sexta vez. Y nunca deja de aludir a mi hermano.”

Sintió una sorda aprensión y se preguntó por qué el rey le inspiraba tanto pavor. Sin duda, era su mirada. Aquellos grandes ojos inmóviles y de extraño color, entre gris y azul pálido, semejantes al hielo de los estanques en las mañanas de invierno, ojos que uno no cesaba de ver durante horas enteras, luego de cruzarse con ellos.

Ninguno de los tres jóvenes había notado la presencia de un hombre de alta estatura, con botas rojas, parado en la gran escalinata, que los vigilaba hacía unos instantes.

-Felipe, no llevo bastante dinero, ¿quieres pagar?

Las palabras de Juana arrancaron a Felipe de sus reflexiones. El joven obedeció en el acto. Juana había elegido para Margarita un cinturón de terciopelo con aplicaciones de filigrana de plata.

-¡Oh, querría uno igual! – dijo Blanca.

Pero tampoco ella tenía dinero, y Felipe debió pagar.

Siempre sucedía lo mismo cuando las acompañaba. Ellas prometían devolverle el dinero cuanto antes, pero pronto lo olvidaban y él era

demasiado galante para recordárselo.

-Cuidado, hijo mío – le había dicho su padre, el señor de Aunay -. Las mujeres más ricas son las más costosas.

Bien lo sabía su bolsillo. Mas no le importaba. Los Aunay eran ricos y sus posesiones en Vémars y de Aunay-les-Bondy, entre Pontoise y Luzarchez, les proporcionaban una buena renta.

Ya tenía su pretexto para correr al palacio de Nesle, donde vivían el rey y la reina de Navarra, al otro lado del río. Cruzando el puente de San Miguel, el camino era cosa de minutos.

Saludó a las dos princesas y salió de la Galería Merciere.

El señor de las botas rojas lo siguió con la mirada, mirada de cazador. Era Roberto de Artois, llegado hacía unos días de Inglaterra. Pareció reflexionar; luego bajó la escalinata, y a su vez, salió a la calle.

Fuera, la campana de Notre Dame había enmudecido. Sobre la isla de la Cité reinaba un silencio desacostumbrado, impresionante. ¿Qué pasaba en Notre Dame?

IV

NOTRE DAME ERA BLANCA

Los arqueros habían formado cordón para mantener a la multitud alejada del atrio. En todas las ventanas se apiñaban cabezas de curiosos.

La bruma se había disipado y un sol pálido alumbraba las blancas piedras de Notre Dame de París. El edificio había sido terminado hacía sólo setenta años y se trabajaba continuamente para embellecerlo. Poseía aún el brillo de lo nuevo, y la luz acentuaba el arco de sus ojivas, el encaje del rosetón central y hacía resaltar el hormiguelo de estatuas bajo los pórticos.

Se había hecho retroceder hasta las casas a los vendedores de aves que ofrecían su mercadería todas las mañanas, frente a la iglesia. El cacareo de las aves que se ahogaban en las jaulas desgarraba el silencio, el agobiante silencio que acababa de sorprender al conde de Artois al salir de la Galería Merciere.

El capitán Alán de Pareilles se mantenía inmóvil, frente a sus arqueros.

En lo alto de las gradas que conducían al atrio, estaban en pie los cuatro Templarios, de espaldas a la multitud y de cara al Tribunal Eclesiástico, instalado entre los abiertos batientes del gran portal. Obispos, canónigos y clérigos, se sentaban alineados en dos filas.

La gente señalaba con curiosidad a los tres cardenales, especialmente enviados por el Papa. Aquello significaba que la sentencia sería dada sin apelación ni curso ante la Santa Sede. Las miradas se dirigían después a Juan de Marigny, joven arzobispo de Sens, hermano del primer ministro, quien había dirigido el caso, junto con el gran inquisidor de Francia.

Una treintena de monjes, con hábito pardo unos, y blanco otros, permanecían en pie, detrás de los miembros del Tribunal. El único civil de la asamblea, el preboste de París, Juan Ployebouche, personaje de unos cincuenta años de edad, rechoncho y con el rostro contraído, parecía poco satisfecho de hallarse allí. Representaba el poder real y era el encargado de mantener el orden. Sus ojos saltaban de la multitud al capitán de los arqueros y de éste al joven arzobispo de Sens.

El sol trazaba arabescos con las mitras, los báculos, la púrpura de las vestes cardenalicias, el amaranto de los obispos, el armiño y terciopelo de las capuchas, el oro de las cruces pectorales, el acero de las cotas de malla y de las armas de la tropa. Ese centelleo, ese colorido, todo ese fulgor, hacía más violento el contraste con los acusados, para los cuales de había montado aquel gran aparato, cuatro Templarios harapientos que, apretados unos contra otros, parecían un grupo moldeado en ceniza.

Monseñor Arnaldo de Auch, cardenal-arzobispo de Albano, primer legado, leía en pie los considerandos del juicio. Lo hacía con lentitud y énfasis,

escuchándose, satisfecho de sí mismo y de su lucimiento ante un auditorio extranjero. A veces fingía horrorizarse por la enormidad de los crímenes que enunciaba. Luego recobraba su untuosa majestad para relatar un nuevo cargo, un nuevo delito.

-...Oídos los hermanos Gerardo de Passaje y Juan de Cugny, quienes afirman, igual que muchos más, haber sido forzados durante su recepción en la Orden a escupir sobre la Cruz, porque se les decía que era un simple trozo de madera y que el verdadero Dios estaba en el Cielo... Oído el hermano Guy Dauphin, a quien se indujo, si uno de sus hermanos superiores se sentía arrebatado por el tormento de la carne y quería saciarse con él, a consentir en todo lo que se le pidiera... Oído sobre ese punto el señor de Molay, quien en interrogatorio ha reconocido y confesado...

La multitud debía hacer esfuerzos para captar las palabras deformadas por el tono enfático. El legado se regodeaba con su lectura. El pueblo comenzaba a impacientarse.

A casa acusación, falso testimonio o confusión arrancada por la fuerza, Jacobo de Molay murmuraba para sí:

"Mentira... mentira... mentira..."

Lejos de aplacarse, la cólera, que hiciera presa del gran maestro durante el trayecto, crecía sin cesar. En sus descarnadas sienes la sangre batía cada vez con mayor fuerza.

Nada se había producido que viniera a detener el desarrollo de la pesadilla. Ningún antiguo Templario había surgido de entre la turba.

-...Oído el hermano Hugo de Payraud, quien reconoce haber obligado a los novicios a renegar de Cristo tres veces seguidas...

Hugo de Payraud era el hermano visitador. Volvió hacia Jacobo de Molay su rostro dolorido y murmuró:

-Hermano mío... ¿por ventura he dicho y alguna vez semejante cosa?

Los cuatro dignatarios estaban solos, abandonados del cielo y de los hombres, presos como en gigantescas tenazas, entre las tropas y el tribunal, entre la fuerza real y la fuerza de la Iglesia. Cada palabra del cardenal legado estrechaba el cerco.

¿Cómo no habían comprendido los comisiones inquisidoras a pesar de que se les había explicado mil veces, que la prueba de negación era impuesta a los novicios para asegurarse de su actitud si caían prisioneros de los musulmanes y eran obligados a abjurar?

El gran maestro sentía un loco deseo de saltar el cuello del prelado, abofetearlo, tirar al suelo su mitra y estrangularlo. Además, no solamente hubiera hecho trizas a aquel personaje, sino al joven Marigny, aquel presumido con mitra que adoptaba lánguidas posturas. Pero por encima de todo, hubiera querido castigar a sus tres verdaderos enemigos,

ausentes de la ceremonia: el rey, el guardasellos, el Papa...

La rabia de la impotencia hacía danzar un velo rojo ante sus ojos. Era preciso que sucediera algo... se apoderó de él un vértigo tan fuerte que temió desplomarse sobre las losas. Ni siquiera veía que igual furia dominaba a Charnay y que la cicatriz del preceptor de Normandía se había vuelto muy blanca en medio de la frente carmesí.

El legado hizo una pausa en su declamación. Bajó el largo pergamino, inclinó ligeramente la cabeza a derecha e izquierda hacia sus asesores, luego acercó de nuevo el pergamino a sus ojos, y sopló como para quitar una mota de polvo. Después reanudó la lectura:

-...Y considerando que los acusados lo han confesado y reconocido, los condenamos a prisión y al silencio por el resto de sus días, a fin de que obtengan la remisión de us faltas por las lágrimas del arrepentimiento. *In nomine Patris...*

El legado hizo lentamente la señal de la cruz y se sentó, lleno de soberbia, enrollando el pergamino que inmediatamente tendió a su clérigo.

La turba quedó perpleja. Después de semejante enunciado de crímenes, era tan lógico esperar la pena de muerte, que la condena a prisión perpetua, con sus cadenas y su régimen de pan y agua, parecía una sentencia benigna.

Felipe el Hermoso había medido bien el golpe. La opinión pública admitiría sin objeciones, casi plácidamente, ese punto final de una tragedia que la había sacudido durante siete años.

El primer legado y el joven arzobispo de Sens cambiaron una imperceptible sonrisa de connivencia.

-Hermanos míos – tartamudeó el hermano visitador general-. ¿He oído bien? ¡No nos matan! ¡Nos conceden perdón!

Sus ojos estaban llenos de lágrimas; sus manos hinchadas temblaban y su boca de dientes rotos se abría como si fuera a reír.

El espectáculo de aquella alegría espantosa fue la causa de todo.

De pronto, tronó una voz desde lo alto de las gradas:

-¡Protesto!

Sonó tan potente, que nadie pensó, en primer momento, que pudiera pertenecer al gran maestre.

-¡Protesto contra esa sentencia inicua y afirmo que los crímenes que nos atribuyen son imaginarios! – gritó Jacobo de Molay.

Un inmenso suspiro se elevó de la multitud. El Tribunal se inquietó. Los cardenales se miraban estupefactos. Nadie esperaba eso. Juan de Marigny se puso en pie de un salto. ¡Adiós posturas lánguidas! Estaba lívido, tenso, temblaba de cólera.

-¡Mentís! – gritó al gran maestre -. ¡Confesasteis ante la comisión!

Instintivamente, los arqueros apretaron sus filas, aguardando una orden.

-¡No soy culpable – prosiguió Jacobo de Molay -, sino de haber creído a vuestros embustes, amenazas y tormentos! ¡Afirmo ante Dios que nos escucha, que la Orden es inocente y santa!

Y, en efecto, Dios parecía oírle. Sus palabras lanzadas hacia el interior de la catedral, repercutían en las bóvedas y volvían en forma de eco, como si otra voz más poderosa, desde el fondo de la nave, repitiera sus palabras.

-¡Confesasteis la sodomía! – gritó Juan de Marigny.

-¡En el tormento! – replicó Molay.

“...En el tormento”, repitió la voz, que parecía nacer en el tabernáculo.

-¡Confesasteis la herejía!

-¡En el tormento!

“...En el tormento”, repitió el tabernáculo.

-¡Lo retiro todo! – dijo el gran maestro.

“...Todo...”, respondió como trueno la catedral entera.

Un nuevo interlocutor se unió a este extraño diálogo. Godofredo de Charnay, el preceptor de Normandía, apostrofaba al arzobispo de Sens:

-¡Abusasteis de nuestro desfallecimiento! – decía -. Somos víctimas de vuestras intrigas y de vuestras falsas promesas. ¡Vuestro odio y vuestra sed de venganza nos han perdido! Pero y afirmo, ante Dios, que somos inocentes, y los que dicen otra cosa mienten como bellacos.

Entonces se desató el tumulto. Los monjes, desde detrás del tribunal, comenzaron a proferir grandes voces:

-¡Herejes! ¡A la hoguera! ¡Al fuego los herejes!

Pero su clamor fue ahogado bien pronto. Con ese impulso generoso que pone al pueblo al lado del más débil y del valor en desgracia, la turba, en su mayoría tomaba partido por los Templarios. Mostraban el puño en alto a los jueces. De todos los rincones de la plaza llegaban alaridos. Aullaba la gente en las ventanas; aquello amenazaba convertirse en un motín.

A una orden de Alán de Pareilles, la mitad de los arqueros se había formado en cadena, dándose el bazo para resistir a la presión de la multitud, mientras los otros, pica en ristre les hacían frente.

Los guardianes reales golpeaban a diestro y siniestro en medio del gentío, con sus bastones de las flores de lis. Las jaulas habían sido volteadas y las aves, pisoteadas, dejaban escapar estridentes cacareos.

El tribunal estaba en pie, desconcertado. Juan de Marigny discutía con el preboste de París.

-No importa lo que hagáis, monseñor, pero ¡haced algo! – decía el preboste -. Hay que detenerlos. Nos arrollarán. No conocéis a los parisienses cuando se irritan.

Juan de Marigny, extendiendo el brazo, alzó su cayado episcopal para dar a entender que iba a hablar. Pero nadie quería escucharlo. Lo abrumaban a insultos.

¡Torturador! ¡Falso obispo! ¡Dios te castigará!

-¡Hablad, monseñor, hablad! – lo apremiaba el preboste.

Temía por su puesto y su pellejo; recordaba los motines de 1306, durante los cuales fueron saqueadas las casas de los burgueses.

-¡Declaramos relapsos (*El término “relapso”, del latín re-lapsus, recaído, se aplicaba a los inculpados que recaían en la herejía después de haber manifestado pública abjuración*) a los dos condenados! – exclamó el arzobispo, forzando inútilmente la voz -. Han reincidido en sus herejías; han rechazado la justicia de la iglesia; la Iglesia los rechaza y los remite a la justicia del rey.

Sus palabras se perdieron en medio de la batahola. Luego, como una bandada de enloquecidas gallinas, el Tribunal penetró en Notre Dame, cuyo portal fue cerrado al instante.

A una señal del preboste a Alán de Pareilles, un grupo de arqueros se precipitó a los peldaños, otros trajeron la carreta, y a golpes de mangos de pica, los condenados fueron obligados a subir a ella. Se dejaban llevar con gran docilidad. El gran maestro y el preceptor de Normandía se sentían a la vez exhaustos y en calma. Por fin estaban en paz consigo mismos. Los otros dos nada comprendían.

Los arqueros abrieron paso a la carreta, en tanto que el preboste Ployebouche daba instrucciones a sus guardias para que despejaran la plaza cuanto antes. Dio media vuelta, completamente desbordado.

-¡Conducid los prisioneros al Temple! – gritó Alán de Pareilles -. Yo corro a avisar al rey.

V

MARGARITA DE BORGONA, REINA DE NAVARRA

Entretanto, Felipe de Aunay había llegado al palacio de Nesle. Le habían pedido que aguardara en la antecámara de las habitaciones de la reina de Navarra. Los minutos no acababan de pasar, y Felipe se preguntaba si Margarita se hallaría con algún importuno o simplemente se complacía en hacerlo languidecer. Hubiera sido muy propio de ella. Y tal vez, después de una hora de pisotear, levantarse y sentarse, oíría decir que no podía recibirlo. Su irritación iba en aumento.

Cuatro años atrás, cuando empezaron sus relaciones, no habría procedido de ese modo. O quizá sí. Ya no lo recordaba. En el entusiasmo de la incipiente aventura en la que la vanidad contaba tanto como el amor, de buena gana hubiera caminado cinco horas a la pata coja para ver a su amante desde lejos, o para rozarle los dedos u oír un susurro que significara la promesa de otra entrevista.

Los tiempos habían cambiado. Las dificultades que son aliciente de un naciente amor resultan intolerables cuando han transcurrido cuatro años; y a menudo la pasión muere por lo mismo que la provocó. La perpetua incertidumbre de las citas, las entrevistas postergadas, las obligaciones de la corte, a todo lo cual se sumaban las rarezas de Margarita, habían impulsado a Felipe a una exasperación que sólo expresaba con sus reproches y su cólera.

Margarita parecía tomar las cosas muy de otro modo. Saboreaba el doble placer de engañar al marido y de atormentar al amante. Pertenecía a esa clase de mujeres que sólo renuevan su deseo ante el espectáculo de los sufrimientos que inflingen, hasta que ese mismo espectáculo las hastía.

No pasaba día sin que Felipe se dijera que un gran amor no prospera en el adulterio; ni un solo día dejaba de prometerse que terminaría con aquella relación tan hiriente. Pero era débil y cobarde, se encontraba aprisionado. Semejante al jugador que se empeña en salvar su pérdida, perseguía sus sueños de antaño, su vano presente, su tiempo perdido, su dicha pasada. No tenía coraje para levantarse de la mesa y decir: "Ya he perdido bastante."

Y allí estaba, transido de tristeza y despecho, aguardando que se dignaran hacerlo entrar.

Para distraer su impaciencia, miraba el ir y venir de los palafreneros en el patio de palacio, quienes sacaban los caballos para llevarlos a apacentar en el pequeño Pré-aux-Clercs, y a los cargadores que traían cuartos de reses y fardos de verdura.

El palacio de Nesle se componía de dos edificios unidos pero distintos; el

palacio propiamente dicho, de reciente construcción y la torre un siglo más antigua, que formaba parte del sistema de defensas construidas bajo Felipe-Augusto. Felipe el Hermoso había comprado el conjunto de la edificación, seis años atrás, al conde Amaury de Nesle, y los otorgó como residencia a su hijo mayor, el rey de Navarra. *(La torre der Nesle, antes torre de Hamelin, por el nombre del preboste de París que impulsó su construcción, y el palacio de Nesle ocupaban el actual emplazamiento del Instituto de Francia y el de la Moneda.*

El jardín limitaba a poniente con la muralla de Felipe-Augusto, cuyo foso, llamado por esta parte "foso de Nesle", sirvió de trazado a la calle de Mazarino. El conjunto fue dividido en Gran Nesle, Pequeño Nesle y Mansión Nesle. Posteriormente, se construyeron sobre sus diversas partes, los palacios de Nevers, de Guénégaud, de Conti y de la Moneda. La torre no fue destruida hasta 1663, para la construcción del Colegio Mazarino o de las Cuatro Naciones, adscrito al Instituto desde 1805.)

Entonces la torre había sido utilizada como sala de guardias y almacén. Margarita la hizo arreglar y amueblar para ella, según manifestaba, para retirarse allí algunas veces y dedicarse a la oración. Afirmaba que tenía necesidad de soledad, y como la sabía de carácter fantasioso, Luis de Navarra no se asombró por ello. Pero en realidad sólo había querido ese arreglo para poder recibir con mayor tranquilidad al apuesto Aunay.

Esto llenó de inigualable orgullo a su amante. Por amor a él una reina había transformado una fortaleza en cámara de amor.

Y cuando el hermano mayor de Felipe, Gualterio de Aunay, se convirtió en el amante de Blanca, la torre sirvió igualmente de secreto asilo a la nueva pareja. El pretexto resultaba fácil: Blanca venía a visitar a su prima y hermana política: Margarita sólo quería que la dejaran ser complaciente y cómplice.

Pero ahora, mientras Felipe contemplaba la enorme torre sombría, de techo almenado, ventanas estrechas y altas, que dominaba el río, no podía menos de preguntarse si otros hombres no pasarían con su amante las mismas noches turbulentas... ¿Acaso no autorizaban la duda esos cinco días sin dar señales de vida, cuando todo se prestaba a un encuentro?

Se abrió una puerta y una camarera lo invitó a seguirla. Esta vez estaba decidido a no dejarse embaucar. La camarera lo precedió por un largo corredor y luego desapareció. Felipe entró en una habitación baja de techo atestada de muebles, donde flotaba un persistente perfume que conocía muy bien. Era una esencia de jazmín que los mercaderes recibían de Oriente.

Felipe necesitó algunos minutos para acostumbrarse a la penumbra y al calor del ambiente. Un gran fuego ardía en la chimenea de piedra.

-Señora... – dijo.

Una voz surgió del fondo del cuarto, un poco ronca, como adormecida.

-Acercaos, messire.

¿Se atrevía a recibirlo en su cuarto, sin testigos? Al instante se vio tranquilizado y decepcionado: la reina de Navarra no estaba sola. Medio oculta por las cortinas del lecho bordaba una dama de compañía, con el mentón y el cabello aprisionados por las blancas tocas de viuda. Margarita estaba echada en la cama, vestida con un largo ropaje de casa con vueltas de piel, que dejaba ver sus pies desnudos, pequeños y regordetes. Recibir a un hombre con tal atuendo y en tal postura ya constituía, de por sí, una audacia.

Felipe se adelantó y adoptó un tono cortesano, desmentido por su rostro, para enunciar que la condesa de Poitiers lo enviaba en busca de noticias de la reina de Navarra, y le transmitía, junto con un presente, sus cariñosos saludos.

Margarita lo escuchó sin hacer movimiento no volver los ojos.

Era pequeña, de cabellos negros y de tez ambarina. Se decía que tenía el cuerpo mas hermoso del mundo, y por cierto, no era ella la última en hacerlo saber.

Felipe contemplaba aquella boca redonda, sensual, la barbilla corta partida por un hoyuelo, la carnosa garganta que el amplio escote dejaba a la vista, los brazos plegados y hacia arriba descubiertos por la generosa sisa. Felipe se preguntaba si Margarita no estaría completamente desnuda bajo la ropa de la cama.

-Dejad el presente sobre la mesa – dijo Margarita -. Lo veré en seguida.

Se desperezó, bostezó, y Felipe vio la lengua rosada, el paladar y los dientecillos blancos; bostezaba a la manera de los gatos.

Ni una sola vez había vuelto los ojos hacia él. Por el contrario, se sentía observado por la dama de compañía. Él no conocía, entre las acompañantes de Margarita, aquella viuda de largo rostro y penetrante mirada. Hizo un esfuerzo para contener su irritación, que crecía por momentos.

-¿Debo llevar – preguntó – alguna respuesta a madame de Poitiers?

Margarita se dignó por fin a mirar a Felipe. Tenía unos ojos admirables, oscuros y aterciopelados, que acariciaban las cosas y las personas.

-Decid a mi hermana política de Poitiers... – comenzó.

Felipe, que había cambiado de lugar, con nervioso ademán indicó a margarita que despidiera a la vieja. Pero Margarita no parecía comprender. Sonreía, aunque no a Felipe; sonreía al vacío.

-O mejor, no – continuó -. Le escribiré un mensaje que vos le entregaréis.

Luego se dirigió a la dama de compañía:

-Bien está por hoy. Es tiempo de que me vista. Id a preparar mis ropas.

La vieja dama pasó al cuarto contiguo, pero dejó la puerta abierta.

Margarita se levantó, dejando ver una bella, tersa rodilla y al pasar junto a

él le dijo, con un hilo de voz:

-Te amo.

-¿Por qué hace cinco días que no te he visto? – preguntó él de la misma manera.

-¡Qué hermosura! – exclamó Margarita extendiendo el cinturón que la había traído -. Juana tiene un gusto exquisito! ¡Cómo me deleita este presente!

-¿Por qué no te he visto? – repitió Felipe, en voz baja.

-Me vendrá de maravilla para mi nueva escarcela – replicó Margarita casi gritando -. Señor de Aunay, ¿podéis esperar a que escriba unas palabras de agradecimiento?

Se sentó en una mesa, tomó una pluma de ganso y un trozo de papel (El papel de algodón, que se considera un invento chino, en un principio “pergamino griego” porque los venecianos descubrieron su uso en Grecia, hizo su aparición en Europa hacia el siglo X. El papel de lino (o de trapo) fue importado, poco después, por los sarracenos de España. Las primeras fábricas de papel fueron establecidas en Europa durante el siglo XIII. Por razones de conservación y resistencia, el papel no se utilizaba jamás en documentos oficiales, pues éstos debían soportar “sellos colgantes”). Hizo a Felipe señal de que se acercara, y éste pudo leer en el papel. “¡Prudencia!”

Luego gritó a la dama de la pieza contigua:

-¡Señora de Comminges, id en busca de mi hija! No le he dado un beso esta mañana.

La dama de compañía se alejó.

-La prudencia – dijo entonces Felipe – es pretexto para alejar a un amante y acoger a otro. Yo se bien que me mentís.

Ella tenía una expresión de lasitud y de enervamiento.

-Y y creo que no comprendéis nada. Os ruego que seáis más prudente en vuestras palabras y miradas. Cuando los amantes comienzan a reñir o a cansarse traicionan su secreto ante los que los rodean. ¡Dominaos!

Margarita no decía esto sin motivo. Hacía días que sentía a su alrededor una sombra de sospecha. Luis de Navarra había aludido a los éxitos de ella y a las pasiones que levantaba; bromas de marido en las que la risa sonaba a hueco. ¿Habría notado alguien las impacencias de Felipe? Margarita estaba tan segura como de sí misma del portero y de la camarera de la torre, dos criados que había traído de Borgoña y a quienes aterrorizaba y cubría de oro al mismo tiempo. Pero nadie está cubierto de una imprudencia de palabras. Y luego aquella señora de Comminges, que la había puesto para complacer a monseñor de Valois, correteando por todas partes con su triste ropaje...

-¿Confesáis, pues, que estáis cansada? – dijo Felipe de Aunay.

-Sois fastidioso, ¿sabéis? – declaró Margarita -. Se os ama y todavía gruñís.

-Pues bien, esta noche no tendré ocasión de fastidiaros – respondió Felipe -. No se celebra consejo. El propio rey nos lo ha dicho, de modo que podéis satisfacer cómodamente a vuestro marido.

De no haber estado ciego de cólera, Felipe habría comprendido, por la cara que ella puso, que nada tenía que temer por ese lado.

-¡Y y me dedicaré a cualquier ramera! – agregó.

-¡Muy bien! – dijo Margarita -. Así podréis luego contarme como lo hacen esas mujeres. Me gustará.

Su mirada se había iluminado: se pasaba por los labios la punta de la lengua, irónica.

“¡Zorra!, ¡zorra!, ¡zorra!” pensaba Felipe. No sabía cómo tomarla; todo escurría sobre ella como el agua sobre el cristal.

Margarita se acercó a un cofre abierto y sacó un bolso que Felipe no le había visto nunca.

-Me irá a las mil maravillas – dijo Margarita pasando el cinturón por los anillos de oro y contemplándose, con el bolso en la cintura, ante un gran espejo de estaño.

-¿Quién te ha dado esa escarcela? – preguntó Felipe.

-Es un regalo de...

Iba a responder la verdad, ingenuamente. Pero lo vio tan crispado y lleno de sospechas, que no pudo resistir al deseo de divertirse con él.

-Es un regalo de... alguien – dijo.

-¿De quién?

-Adivina.

-¿Del rey de Navarra?

-¡Mi marido no es tan generoso!

-¿De quién, entonces?

-Adivina.

-Quiero saberlo. Tengo derecho a saberlo – dijo Felipe, furioso -. Es un regalo de un hombre, de un hombre rico y enamorado... porque tiene razones para estarlo.

Margarita continuaba mirándose en el espejo, aplicando la escarcela, ora contra una cadera ora contra la otra, ora en mitad de la cintura, y con este movimiento a ambos lados descubría y cubría la pierna.

-Fue Roberto de Artois – dijo Felipe.

-¡Oh, messire, me suponéis de muy mal gusto! – dijo ella -. Ese rústico que huele siempre a caza...

-El señor de Fiennes, entonces, que os ronda como a todas las mujeres – replicó Felipe.

Margarita ladeó la cabeza y adoptó una actitud pensativa.

-¿El señor de Fiennes? – dijo -. No había reparado en su interés por mí. Pero puesto que vos lo decís... Gracias por hacérmelo notar.

-¡Acabaré por enterarme!

-Cuando hayáis citado a toda la corte de Francia...

Iba a agregar: "Puede que penséis en la corte de Inglaterra", pero se vio interrumpida por el regreso de la señora de Comminges que empujaba delante de ella a la princesa Juana. La niña, de tres años, caminaba lentamente, enfundada en un bordado con perlas. No tenía de su madre más que la frente convexa, redonda, casi abombada. Pero era rubia, de nariz fina y larga y sedosas pestañas temblorosas, sobre los ojos. Tanto podía ser hija del rey de Navarra como de Felipe de Aunay. Tampoco en este punto Felipe pudo saber nunca la verdad. Margarita era demasiado hábil para traicionarse en un punto tan delicado. Cada vez que Felipe veía a la pequeña, se preguntaba: "¿Será mía?" Recordaba fechas, rebuscaba indicios, y pensaba que más adelante se vería forzado a inclinarse y a obedecer las órdenes de una princesa que tal vez era su hija y que quizás ascendería a los tronos de Navarra y Francia; pues Luis y Margarita no tenían por el momento otra descendencia.

Margarita alzó a la pequeña Juana y la besó en la frente, comprobando que tenía la carita fresca. Luego la entregó a la dama de compañía, diciendo:

-Ahora que la he besado, podéis llevárosla.

En la mirada de la señora de Comminges leyó que no la había engañado.

"Debo desembarazarme de esta vieja" pensó Margarita.

Entró otra dama preguntando si estaba allí el rey de Navarra.

-No es en mis aposentos donde, por lo general, se le encuentra a estas horas – dijo Margarita.

-Lo buscan por todas partes. El rey lo llama urgentemente.

-¿Se sabe el motivo? – interrogó Margarita.

-Creí comprender, señora, que los Templarios rechazaron la sentencia. El pueblo se agita en torno a Notre Dame y la guardia ha sido redoblada en todas partes. El rey ha convocado al consejo...

Margarita y Felipe se miraron. Se las había ocurrido la misma idea, que nada tenía que ver con los asuntos del reino. Tal vez los acontecimientos obligarían a Luis de Navarra a pasar parte de la noche en palacio.

-Puede que la jornada no termine de la manera prevista – dijo Felipe.

Margarita lo observó durante algunos segundos y se dijo que lo había hecho sufrir bastante. Felipe había recobrado su actitud respetuosa y distante, pero su mirada mendigaba felicidad. Emocionada, Margarita sintió que le renacía el deseo.

-Puede ser, messire – le dijo.

Se había restablecido la complicidad.

Estrujó el papel en el que había escrito: “prudencia”, y lo arrojó al fuego diciendo:

-Este mensaje no me agrada. Más tarde haré llegar otro a la condesa de Poitiers: espero tener cosas mejores que decirle. Adiós, messire.

Felipe era al salir una persona distinta de la que entró. Una sola palabra de esperanza le había devuelto la confianza en su amante, en sí mismo, incluso en la vida, y el final de la mañana le parecía radiante.

“¡Pero si me ama tanto!... Soy injusto con ella”, pensaba.

Cuando pasaba por la sala de guardia se cruzó con el conde de Artois que entraba. Se diría que el gigante le seguía la pista. Pero no era así; por el momento, de Artois tenía otros problemas.

-¿Está en casa monseñor el rey de Navarra? – preguntó a Felipe.

-¿Vinisteis a avisarlo?

-Sí – respondió Felipe, instintivamente.

Al instante pensó que esa mentira, fácilmente comprobable, era una tontería.

-Lo busco por el mismo motivo – dijo de Artois -. Monseñor de Valios querría hablar con él antes del consejo.

Se separaron. Este encuentro fortuito puso en guardia al gigante. “¿Será él?”, pensó de pronto, mientras atravesaba el patio. Una hora antes había visto a Felipe en la Galería Mereciere, en compañía de Juana y de Blanca. Ahora lo encontraba saliendo de los aposentos de Margarita...

“Este jovencito o le sirve de mensajero o es su amante de alguna de las tres. Si es así, no tardaré en saberlo...”

La señora de Comminges le informaría. Tenía además un hombre adicto, encargado de vigilar durante la noche los alrededores de la torre de Nesle. Las redes estaban tendidas. ¡Tanto peor para el pájaro de lindo plumaje, si se dejaba atrapar!

VI

EL CONSEJO DEL REY

Cuando el preboste de París, jadeante, se presentó ante el rey, lo halló de buen humor, Felipe el Hermoso se encontraba admirando a tres grandes lebreles que acababan de enviarle con la siguiente carta:

Señor: Un sobrino mío ha venido a confesarme, muy apenado por su falta, que estos tres lebreles que conducía os han atropellado a vuestro paso. Aunque indignos de seros ofrecidos, no es tanto mi mérito para conservarlos, puesto que han tocado a tan alto y poderoso señor. Me fueron enviados hace poco de Venecia. Os pido que los recibáis como muestra de devoción y humildad de vuestro servidor.

*Spinello Tolimei
Sienés*

-Hombre hábil, ese Tolomei – sed dijo Felipe el Hermoso.

Aunque tenía por costumbre rechazar todo presente, no se resistía a aceptar aquellos perros. Sus jaurías eran las más bellas del mundo, y constituía un halago a su única pasión obsequiarle con animales tan magníficos como los que tenía adelante.

Mientras el preboste explicaba lo sucedido en Notre Dame, Felipe el Hermoso seguía acariciando a los lebreles, abría sus fauces para examinar los blancos colmillos y el negro paladar y palpaba sus flancos. Importados de Oriente, sin duda.

Entre el rey y los animales, principalmente los perros, nacía en seguida un acuerdo tácito, secreto, misterioso. A diferencia de los hombres, los perros no le temían. El más grande de los lebreles posaba ya, por propia iniciativa, su cabeza sobre las rodillas del rey y contemplaba al nuevo amo.

-¡Bouville! – llamó Felipe el Hermoso.

Apareció Hugo de Bouville, primer chambelán del rey, hombre de unos cincuenta años de edad, cuyo negro cabello estaba surcado por blancos mechones lo que le daba un curioso aspecto de tordillo.

-Bouville, reunid inmediatamente al consejo interno – dijo el rey.

Luego hizo saber al preboste que cualquier disturbio que se produjera en París significaría su muerte, y lo despidió.

Felipe el Hermoso se quedó meditando en compañía de sus lebreles.

-Entonces, ¿qué vamos a hacer, Lombardo? – dijo acariciando la cabeza del gran lebel, y dándole así su nuevo nombre. Porque todo el mundo llamaba Lombardos indistintamente a todos los banqueros o comerciantes originarios de Italia. Y como el perro procedía de uno de ellos, el rey le impuso este nombre, como cosa natural.

Pronto se halló reunido el consejo, no en la gran Sala de Justicia que podía albergar a cien personas y que se utilizaba para los grandes consejos, sino en una pequeña habitación contigua, donde ardía el fuego en la chimenea.

Entorno a una larga mesa, los miembros de este restringido consejo habían tomado asiento para decidir la suerte de los Templarios. El rey se encontraba a la cabecera, con el codo apoyado en el brazo de su sitial, y la barbilla en la mano. A su derecha tenía a Enguerrando de Marigny, coadjutor y rector del reino, a Guillermo de Nogaret, el guardasellos; a Raúl de Presles, presidente del Parlamento de Justicia, y otros tres legistas: Guillermo Dubois, Miguel de Bourdenai y Nicolás le Loquetier. A su izquierda se hallaba el primogénito, el rey Luis de Navarra, a quien habían encontrado por fin, y Hugo de Bouville, el gran chambelán, y el secretario privado Millard. Dos sitios quedaban sin ocupar: el del conde de Poitiers, que se hallaba en Borgoña y el príncipe Carlos, hijo menor del rey, que había salido de caza por la mañana y al cual aún no habían podido encontrar. Faltaba también monseñor d Valois, enviado a llamar a su palacio, donde debía de estar intrigando, como siempre hacía antes de cada consejo. El rey había decidido comenzar sin él.

Enguerrando de Marigny habló el primero. Este todopoderoso ministro, todopoderoso por su profundo entendimiento con el soberano, no había nacido noble. Era un burgués llamado Le Portier antes de convertirse en el señor de Marigny. Su prodigiosa carrera la valía tanta envidia como respeto, y el título de coadjutor, creado para él lo convertía en la mano derecha del rey. Tenía cuarenta y nueve años, sólida figura, ancha quijada, piel granulosa y vivía con magnificencia gracias a la inmensa fortuna adquirida. Era el hombre de palabra más hábil en el reino y poseía una inteligencia política que sobrepasaba a su época.

Pocos minutos le bastaron para exponer un cuadro completo de la situación, según los muchos informes recibidos, entre ellos el de su hermano, arzobispo de Sens.

-La comisión eclesiástica os ha remitido al gran maestro y al preceptor de Normandía, sire – dijo -. Os está permitido disponer de ellos a vuestro antojo, sin atender a ninguna persona ni al mismo Papa. ¿Acaso no es lo mejor que podíamos esperar?

Lo interrumpió el ruido de la puerta que se abría. Monseñor de Valois, entró como un vendaval. Tras de esbozar una inclinación de cabeza hacia

el soberano, y sin preocuparse de averiguar lo que se había dicho, el recién llegado gritó:

-¡Qué oigo, hermano? ¿Al señor Le Portier de Marigny – recalca el apellido Le Portier – le parece que todo ha sido para bien? ¡Y bien, hermano mío! ¡Con poco se contentan vuestros consejeros! ¡Me pregunto cuándo hallarán que todo anda mal!

Dos años menor que Felipe el Hermoso, parecía el mayor y era tan agitado, como tranquilo el rey. Carlos de Valois, de gruesa nariz y mejillas rubicundas por la vida al aire libre y los excesos de la mesa, adelantaba el vientre, legítima panza, y vestía con suntuosidad oriental que en cualquier otro hubiera parecido ridícula. Había sido guapo.

Nacido tan cerca del trono de Francia, y sin haberse consolado de no haber ascendido a él, este príncipe embrollón había recorrido el universo en incesante búsqueda de otro trono donde sentarse. Adolescente aún, recibió la corona de Aragón que no pudo conservar. Después intentó reconstruir en provecho propio el reino de Arles. Luego fue candidato al imperio de Alemania, pero fracasó en el intento, viudo de una princesa de Anjou-Sicilia, fue emperador de Constantinopla por su nuevo matrimonio con Catalina de Courtenay, heredera del imperio latino de Oriente; pero sólo nominal, porque el verdadero emperador Andrónico II Paleólogo reinaba en Bizancio. Ahora mismo, este cetro ilusorio, a raíz de haber quedado viudo nuevamente, se le había escapado de las manos a favor de uno de sus yernos, el príncipe de Tarento. Sus mejores títulos de gloria eran la campaña relámpago de Guyena en el 97, y su campaña de Toscana, donde luchando con los güelfos contra los gibelinos, había devastado a Florencia y desterrado al poeta Dante. A raíz de su victoria el Papa Bonifacio VIII lo había nombrado conde de Romaña. Valois vivía al estilo de un rey, tenía su corte y su canciller propio. Detestaba a Engerrando de Marigny por mil razones, por su origen plebeyo, por su título de coadjutor, por su estatua colocada con la de los reyes en la Galería Merciere, por su política hostil a los grandes señores feudales, por todo. Valios, nieto de San Luis, no podía admitir que el reino fuera gobernado por un hombre surgido del pueblo. Aquel día vestía de azul y oro, del sombrero a los zapatos.

-Cuatro ancianos medio muertos – reemprendió -, cuyo destino, según nos habían dicho estaba resuelto, ponen en jaque ¡y de qué manera!, a la autoridad real, y todo anda bien. El pueblo escupe sobre el tribunal eclesiástico... ¡Valla tribunal! Reclutado por las circunstancias, convengamos en ello, pero al fin, tribunal de la Iglesia... todo anda bien. La multitud grita: “¡A muerte!”, pero ¿contra quién? ¡Contra los prelados, contra el preboste, contra los arqueros, contra vos, hermano mío!... y toda va bien. Pues bien, que sea así. ¡Alegrémonos; todo va bien!

Alzó sus hermosas manos cargadas de sortijas, y se sentó no en su sitio reservado, sino en la primera silla que halló a mano, al otro extremo de la mesa, para afirmar, con esta lejanía, su desacuerdo.

Engerrando de Marigny había permanecido de pie, con una mueca de ironía en la comisura de los labios.

-Monseñor de Valois debe estar mal informado – dijo tranquilo -. De los cuatro ancianos que menciona, solamente dos han protestado la sentencia que los condenaba. En cuanto al pueblo, mis informes me aseguran que la opiniones están harto divididas.

-¡Divididas! – gritó Carlos de Valois -. Pero ya es un escándalo que puedan estar divididas. ¿A quién le importa la opinión del pueblo? A vos, señor de Marigny, y se comprende el motivo. He aquí el resultado de vuestro hermoso invento de reunir burgueses, villanos y otros patanes para hacerles aprobar las decisiones del rey. ¡Ahora se arrojan el derecho de juzgar!

En cualquier tiempo y lugar siempre han existido dos partidos: el de la reacción y el del progreso. Ambas tendencias se enfrentaban en el consejo del rey. Carlos de Valois se consideraba jefe natural de los grandes barones. Encarnaba la reacción feudal y su evangelio político defendía ciertos principios con ensañamiento: el derecho de guerra privada entre los señores, el derecho de los grandes feudatarios (*Se llamaba feudatarios a los que tenían un feudo y debían, por lo tanto, fidelidad y homenaje al soberano,*) de acuñar moneda en sus territorios, el retorno al orden moral y legal de la caballería, y la sumisión a la Santa Sede como supremo poder de arbitraje. Todo ello, instituciones y costumbres heredadas de los siglos pasados pero que Felipe el Hermoso, inspirado por Marigny, había abolido o pugnaba por abolir.

Enguerrando de Marigny representaba el progreso. Sus grandes ideas eran la centralización del poder y de la administración, la unificación de la moneda, la independencia del poder civil con respecto a la autoridad religiosa, la paz exterior mediante la fortificación de ciudades estratégicas y de guarniciones permanentes, la paz interior por el robustecimiento de la autoridad y del intercambio. Sus disposiciones eran llamadas “la innovaciones”.

Pero la medalla tenía su reverso: aumento de la fuerza policial constituía un gasto considerable, lo mismo podía decirse de la construcción de las fortalezas.

Combatido de lleno por el poder feudal, Enguerrando se había esforzado por dar al rey el apoyo de una clase que, al desarrollarse, adquiría conciencia de su importancia: la burguesía. En varias ocasiones difíciles, principalmente a propósito de los conflictos con la Santa Sede, había convocado a los burgueses de París, juntamente con los barones y prelados, al palacio de la Cité. Otro tanto había hecho en las ciudades de

provincias. Tenía presente el ejemplo de Inglaterra, donde hacia medio siglo ya funcionaba la Cámara de los Comunes.

Claro está que la misión de estas primeras asambleas francesas no era discutir, sino escuchar las razones de las medidas adoptadas por el rey y aprobarlas. (A partir de esas asambleas instituidas por Felipe el Hermoso, los reyes de Francia tuvieron por norma recurrir a consultas nacionales que tomaron más tarde el nombre de Estados Generales, de donde surgieron, después de 1789, las primeras instituciones parlamentarias)

Por embrollón que fuera Valois, no tenía un pelo de tonto. No perdía una sola oportunidad para desacreditar a Marigny. Su oposición, sorda, durante mucho tiempo, se había convertido, desde meses atrás, en abierta lucha.

-Si los altos barones, de los cuales sois el más alto, monseñor – dijo Marigny -, se hubieran sometido de mejor grado a las ordenanzas reales, no habríamos tenido necesidad de apoyarnos en el pueblo.

-¡Hermoso apoyo, en verdad! – gritó Valois -. ¡Los motines de 1306, cuando el rey y vos mismos debisteis refugiarnos en el Temple... sí, os lo recuerdo, en el Temple... no os han servido de lección! Vaticino que, antes de mucho tiempo, si continuamos de ese modo, los burgueses prescindirán del rey para gobernar y serán vuestras asambleas las que redactarán las ordenanzas.

El rey callaba, apoyada la barbilla en la mano y los ojos muy abiertos, fijos delante de sí. Raramente parpadeaba, sus pestañas permanecían inmóviles por largo tiempo, y esto confería a su mirada la extraña fijeza que amedrentaba a todo el mundo.

Marigny se volvió hacia él como pidiéndole que usara su autoridad para detener una discusión que tomaba otros derroteros.

Felipe el Hermoso, alzando levemente la cabeza, dijo:

-Hermano mío, hoy se trata de los Templarios, no de las asambleas.

-Sea – dijo Valois, golpeando la mesa -. Ocupémonos de los Templarios.

-¡Nogaret! – murmuró el rey.

El guardasellos se puso en pie. Desde la iniciación del consejo ardía en una cólera que sólo esperaba el momento de manifestarse. Fanático del bien público y de la razón de Estado, el caso de los Templarios era su caso y a él aportaba una pasión sin límites ni descanso. Por otra parte, a ese proceso del Temple debía su alto cargo desde al dramático consejo de 1307 cuando habiendo rehusado el arzobispo de Narbona, Giles Aycelin, guardasellos real, sellar la orden de arresto de los Templarios, Felipe el Hermoso, sin decir palabra, tomó los sellos de manos del arzobispo para entregarlos a Nogaret, haciendo de este legista el segundo personaje de la administración real. Huesudo, moreno, carilargo, de ojos muy juntos, continuamente jugueteaba con sus ropas o se roía las uñas de sus chatos

dedos.

-Señor, la monstruosidad de lo ocurrido – comenzó diciendo con voz enfática y apresurada – prueba que cualquier indulgencia concedida a los secuaces del diablo es flaqueza que se vuelve contra vos.

-Es verdad – dijo Felipe el Hermoso, volviéndose hacia Valois-. La clemencia que vos me aconsejasteis, hermano mío, y que mi hija me pidió desde Inglaterra, no han producido buen fruto... Proseguid, Nogaret.

-Se les da a esos canes infectos una vida que no merecen, y en lugar de bendecir a sus jueces la aprovechan para insultar en seguida a la Iglesia y al rey. Los Templarios son herejes...

-Eran – subrayó Carlos de Valois.

-¿Decíais, monseñor? – preguntó Nogaret, impaciente.

-He dicho **eran**, messire, pues si la memoria no me falla, de los miles que contaban en Francia, y que vos habéis desterrado, encarcelado, atormentado o quemado, sólo cuatro os restan en vuestras manos... bastante molestos, os lo concedo, pues se atreven a proclamar su inocencia después de un proceso de siete años. Creo que antaño, messire de Nogaret, llevabais a cabo vuestra labor con mayor presteza, pues de un simple mojiçón hacíais desaparecer a un Papa.

Nogaret se estremeció, y su tez se oscureció aún más, bajo el pelo azul de la barba. Pues había sido él quien había conducido hasta el corazón del Lacio, la siniestra expedición destinada a deponer al anciano Bonifacio VIII, al final de la cual este Papa de ochenta y ocho años fue abofeteado, aun con la tiara pontificia. Nogaret fue excomulgado, y se necesitó toda la autoridad de Felipe el Hermoso sobre Clemente V para que le fuera levantada la sanción.

No era muy antiguo este penoso suceso, databa solamente de doce años y los adversarios de Nogaret no perdían ocasión de recordárselo.

-Bien sabemos, monseñor – replicó Nogaret -, que siempre habéis apoyado a los Templarios, sin duda contabais con sus huestes para reconquistar, aun a costa de la ruina de Francia, ese trono fantasma de Constantinopla en el que al parecer, no os habéis sentado.

Devolvía ultraje por ultraje; su tez recobró el color.

-¡Truenos! – rugió Valois, incorporándose y derribando su sillón.

Una zarabanda de ladridos que surgió de debajo de la mesa hizo sobresaltar a todos, excepto a Felipe el Hermoso y a Luis, el rey de Navarra, que se reían a carcajadas. Los ladridos provenían del gran lebril que el rey de Francia había retenido a su lado y que aún no estaba acostumbrado a esos arranques.

-Luis, callaos – dijo Felipe el Hermoso, clavando una mirada glacial en su hijo.

Luego hizo chasquear los dedos, diciendo: "¡Quieto Lombardo!", y acercó

a su cadera la cabeza del perro.

Luis de Navarra, a quien ya empezaban a llamar Luis Hutin, es decir, el Turbulento, Disputador, Confuso; y Luis la Brouille, Enredón, bajó la cabeza para sofocar su risa bobalicona. Tenía veinticinco años, pero mentalmente no pasaba de los quince. Tenía algunos rastros de su padre; pero su mirada era débil y huidiza. Sus cabellos eran de color desvaído.

-Sire – dijo Carlos de Valois solemnemente, después de que Bouville, el chambelán, le hubiera alzado la silla -. Dios es testigo de que nunca soñé en otros intereses y otra gloria que los vuestros.

Felipe el Hermoso volvió sus ojos hacia él y Carlos de Valois se sintió menos firme en su discurso. Sin embargo, prosiguió:

-En vos únicamente pienso, hermano mío, cuando veo destruir aquello que forjó el poder del reino. Sin el Temple, refugio de la caballería, ¿cómo podríais emprender una cruzada, si fuera menester?

Marigny se encargó de responder.

-Bajo el sabio gobierno de nuestro rey – dijo -, no se ha emprendido ninguna cruzada, justamente porque la caballería estaba tranquila, monseñor, y no fue necesario llevarla allende los mares para que desahogara sus ardores.

-¿Y la fe, messire?

-El oro rescatado de manos de los Templarios ha acrecentado más considerablemente el Tesoro, monseñor, que el gran comercio que se hacía bajo las oriflomas de la fe. Las mercaderías también circulan sin las cruzadas.

-¡Habláis como un descreído, messire!

-¡Hablo como servidor del reino, monseñor!

El rey dio un ligero golpe sobre la mesa.

-Hermano mío – dijo otra vez -, hoy nos ocupamos de los Templarios... Os pido vuestro consejo.

-Mi consejo... ¿mi consejo? – repitió Valois, cogido de sorpresa.

Se hallaba siempre dispuesto a reformar el universo, pero nunca a dar una opinión precisa.

-¡Pues bien, hermano mío! Que aquellos que han bien el caso – desambrigny y a Nogaret – os inspiren el modo de terminarlo. En cuanto a mí...

E hizo el gesto de Pilatos.

El guardasellos y el canciller cambiaron una mirada.

-Luis... vuestro consejo – dijo el rey.

Luis de Navarra se sobresaltó y tardó un rato en responder.

-¿Y si confiamos esos Templarios al Papa? – dijo por fin.

Callaos – dijo el rey, y cambió con Marigny una mirada de conmisericordia.

Devolver al gran maestro al Papa equivalía a comenzar de nuevo, reabrir la causa en cuanto a fondo y forma, renunciar al desentendimiento tan

duramente arrancado a los concilios, anular siete años de esfuerzos, reiniciar los debates...

“¡Y pensar que ese imbécil, esa pobre mente incompetente va a sucederme en el trono! – se decía Felipe el Hermoso -, ¡en fin, esperemos que de aquí a entonces haya madurado!”

un chaparrón de marzo crepité sobre los vidrios reticulados de plomo.

-¡Bouville! – llamó al rey.

El gran chambelán, todo devoción, obediencia, fidelidad y afán de agrandar, no tenía espíritu de iniciativa. Como de costumbre, se preguntaba cuál sería la respuesta que Felipe el Hermoso desearía escuchar.

-Reflexiono, sire, reflexiono – respondió.

-¿Vuestro consejo, Nogaret? – dijo el rey.

-Que aquellos que han caído en la herejía sufran el castigo de los herejes... y sin dilación – respondió el guardasellos.

-¿Y el pueblo? – preguntó Felipe el Hermoso dirigiéndose a Marigny.

-Su inquietud casará en cuanto dejen de existir los que la causan – dijo el coadjutor.

Carlos de Valois intentó un último esfuerzo.

-Considerad, hermano mío, que el gran maestre tenía el rango de príncipe soberano. Tocar su cabeza es atentar contra el principio que protege las cabezas reales.

La mirada del rey le cortó la palabra.

Hubo una pausa de pesado silencio. Luego, Felipe el Hermoso pronunció su sentencia:

-Jacobo de Molay y Godofredo de Charnay serán quemados esta tarde en el islote de los Judíos, frente al jardín de palacio. La rebelión ha sido pública, el castigo será también público. Messire de Nogaret redactará el decreto. He dicho.

Se puso en pie, y todos los presentes lo imitaron.

-Quiero que asistáis al suplicio, señores, y que también esté presente nuestro hijo Carlos. Que se le avise.

Luego llamó:

-¡Lombardo!

Y salió seguido del perro.

En este consejo, en el que participaron dos reyes, un exemperador, un virrey y muchos dignatarios, dos grandes señores de la milicia y de la Iglesia al mismo tiempo, eran condenados a morir en la hoguera. Pero en ningún momento se tuvo la sensación de que se trataba de vidas humanas; solo principios.

-Sobrino mío – dijo Carlos de Valois a Luis el Turbulento -, hoy hemos asistido al fin de la caballería.

VII

LA TORRE DEL AMOR

Había caído la noche. La brisa traía olores de tierra mojada, de fango y de savia, y arrastraba nubarrones negros en el cielo sin estrellas.

Una barca acababa de separarse de la orilla, a la altura de la torre del Louvre, y avanzaba sobre el Sena, cuyas aguas relucían como una vieja coraza bien enlustrada.

Dos pasajeros estaban sentados en la popa, con el rostro hundido en sus amplios mantos.

-¡Qué tiempo éste! –dijo el barquero que movía lentamente los remos -. Por la mañana se despierta uno con una bruma que no le deja ver ni a dos pasos; hete aquí que luego a la **tercia** aparece el sol. Entonces uno se dice: ya está la primavera encima. Nada de eso; empieza a llover y no para hasta las **vísperas**. Y ahora el viento que se levanta y que a buen seguro va a soplar con fuerza... ¡Qué tiempo éste!... *(En la Edad Media, la designación del tiempo era mucho menos precisa que en la actualidad; se usaba la división eclesíástica de: **prima, terciá, sexta, nona y vísperas**.*

*La **prima** comenzaba hacia las seis de la mañana, con la **tercia** se designaban las horas de la media mañana. La **nona** era el mediodía y la mitad de la jornada. Las **vísperas** (con distinción entre altas y bajas vísperas) indicaban el final del día hasta la puesta del sol.)*

-De prisa, buen hombre – dijo uno de los pasajeros.

-Se hace lo que se puede. Soy viejo, ¿sabéis? Cincuenta y tres cumpliré para San Miguel. No soy fuerte como vos – respondió el barquero.

Vestía unos harapos y parecía complacerse en adoptar un tono quejumbroso.

A corta distancia, hacia la izquierda, se veían unas luces saltarinas sobre el islote de los Judíos y, más lejos, las ventanas iluminadas de palacio. Por ese lado había gran movimiento de barcas. *(Este islote, río abajo en la punta de la **isla de la Cité**, conocido antiguamente por isla de las Cabras, se llamó después **isla de los Judíos**, a raíz de las ejecuciones de judíos parisienses allí efectuadas.*

Unido a otro islote vecino y a la isla misma, para construir el Puente Nuevo, forma hoy el jardín de Vert-Galant.)

-Entonces, ¿no vais a ver cómo se asan los Templarios? – prosiguió el barquero -. Parece que el rey irá con sus hijos. ¿Es verdad?

-Así parece – dijo el pasajero.

-Y las princesas... ¿estarán también?

-No lo sé..., sin duda – dijo el pasajero volviendo la cabeza, para dar a entender que no le interesaba proseguir la conversación.

Luego se dirigió en voz baja a su compañero.

-Este hombre no me gusta. Habla demasiado.

El otro pasajero se encogió de hombros con indiferencia y después de un momento de silencio, murmuró:

-¿Quién te avisó?

-Juana, como siempre – respondió el primero.

-¡Querida condesa Juana, cuántos favores le debemos!

A cada golpe de remo se aproximaba la torre de Nesle, alta mole negra erguida contra el negro cielo.

El mayor de los dos pasajeros posó la mano sobre el brazo de su compañero.

-Gualterio – murmuró -. Esta noche me siento feliz, ¿y tú?

-Yo también, Felipe me siento a gusto.

Así, hablaban los hermanos de Aunay, Gualaterio y Felipe, mientras acudían a la cita que Blanca y Margarita les habían dado en cuanto se enteraron de que el rey retendría a sus maridos aquella noche. Y la condesa de Piotiers, celestina una vez más, se había encargado de transmitir el mensaje.

Felipe de Aunay a duras penas contenía su alegría. Habíase extinguido su angustia de la mañana y sus sospechas le parecían vanas. Margarita lo había llamado; Margarita lo esperaba; en breve la tendría en sus brazos y se comprometía a ser el amante más tierno, el más feliz y ardiente que pudiera hallarse.

La barca se arrimó al talud sobre el que se elevaba el enorme muro de la torre. La última crecida del río había dejado una capa de limo.

El barquero tendió el brazo a los dos jóvenes para ayudarlos a saltar a la tierra.

-Entonces, buen hombre, recuerda lo convenido. Nos aguardas sin alejarte y sin dejarte ver – dijo Gualterio.

-Toda la vida, si queréis, mi joven señor, puesto que me pagáis por ello – respondió el barquero.

-Con la mitad de la noche bastará – dijo Gualterio.

Le dio una moneda de plata, doce veces el valor del viaje, y le prometió otra para el regreso. El barquero saludó con una profunda reverencia.

Cuidando de no resbalar ni enfangarse demasiado, los dos hermanos salvaron la corta distancia que los separaba de una poterna, a la que golpearon según una señal convenida. La puerta se abrió.

Una camarera que llevaba un cabo de vela en la mano, los hizo pasar, y luego de haber echado el cerrojo, los presidió por una escalera de caracol. La gran habitación redonda donde los hizo entrar sólo estaba iluminada por los reflejos de un fuego de leños, en luna chimenea de campana, reflejos que se iban a perder en el entrecruzado de las ojivas del techo.

Al igual que en el cuarto de Margarita, flotaba allí un olor a esencia de

jazmín que lo impregnaba todo: las telas recamadas de oro que cubrían los muros, los tapices, las rústicas pieles esparcidas sobre los lechos bajos, según la moda oriental.

Las princesas no se hallaban presentes y la criada salió, diciendo que iba a anunciarles su llegada.

Los dos jóvenes se despojaron de sus mantos y acercándose a la chimenea, extendieron sus manos hacia el calor de las llamas.

Gualterio de Aunay era veinte meses mayor que su hermano Felipe, al cual se asemejaba mucho, pero era más bajo, más sólido y más rubio. Tenía el cuello grueso, las mejillas sonrosadas y tomaba la vida de manera festiva. No tenía, como su hermano, accesos de pasión o de desánimo. Estaba casado, y bien, con una Montmorency de la cual tenía y tres hijos.

-Siempre me pregunto – dijo mientras se calentaba – por qué Blanca me ha tomado por amante e incluso por qué ha tomado uno. Lo de Margarita es fácil de explicar; basta ver a Luis de Navarra con su mirada gacha, sus pies lerdos y su pecho hundido y mirarte a ti, para comprenderlo al instante. Además, hay otras cosas que nosotros sabemos...

Hacia alusión a ciertos secretos de alcoba, al escaso vigor amoroso del joven rey de Navarra y al odio sordo que existía entre ambos esposos.

-Pero lo de Blanca no lo comprendo – prosiguió Gualterio de Aunay -. Su marido es apuesto, más que y... sí. Felipe, no protestes, lo es; Carlos es más guapo, se parece en todo al rey, su padre... La ama y creo que, a pesar de todo lo que diga, también ella lo ama. Entonces ¿por qué? Aprovecho mi suerte, pero no veo la razón. ¿Será porque no quiere ser menos que su prima?

Se oyó un sordo ruido de pasos y cuchicheos en el corredor que unía la torre con el palacio, y aparecieron las dos princesas.

Felipe se adelantó hacia Margarita, pero se detuvo. Acababa de ver en la cintura de su amante la escarcela que tanto lo había irritado aquella mañana.

-¿Qué tienes, mi hermoso Felipe? – preguntó Margarita tendiéndole los brazos y ofreciéndole su boca -. ¿No eres feliz?

-Bien sabes que sí – respondió él fríamente.

-¿Qué pasa, ahora? ¿qué nueva mosca...?

¿Lo haces para molestarme? –preguntó Felipe señalando la escarcela.

Ella rió con voz cantarina.

-¡Celoso mío! ¡Qué tonto eres y cuánto me gustas! ¿No has comprendido que lo hacía por jugar? Pero te la doy, si eso ha de tranquilizarte.

Y desprendió rápidamente la escarcela de su cintura. El joven esbozó un gesto de protesta.

-Mirad este loco – continuó ella -, que se sulfura con la más mínima

apariciencia.

Y engrosando la voz, imitaba la cólera de Felipe:

-¡Un hombre! ¿Quién es? ¡Lo quiero saber!... ¿Es Roberto de Artois...? ¿Es el señor de Fiennes...?

Nuevamente la risa brotó de su garganta.

-Me la envió una parienta, señor desconfiado, ya que queréis saberlo. Y Blanca y Juana recibieron otro igual. Si fuera presente d amor, ¿te lo podría regalar? Ahora lo es, para ti.

Avergonzado y satisfecho a la vez, Felipe de Aunay admiraba la escarcela que Margarita le había puesto en las manos casi a la fuerza.

Volviéndose a su prima, Margarita agregó:

-Blanca, enseña a Felipe tu escarcela. Y le he dado la mía.

Y al oído de Felipe murmuró:

-Apuesto que dentro de un momento, tu hermano habrá recibido el mismo presente.

Blanca se había recostado en uno de los lechos del rincón más oscuro de la pieza; Guelterio estaba a su lado, rodilla en tierra, cubriéndole de besos la garganta y los manos.

Incorporándose a medias, con voz fatigada y un poco ausente por la espera del placer, preguntó:

-¿No es muy imprudente, Margarita lo que has hecho?

-No – respondió Margarita -, nadie lo sabe, y nosotras no las habíamos llevado todavía. Bastará advertir a Juana. Y además, el regalo de una bolsa ¿no es la mejor manera de agradecer a estos gentiles hombres el servicio que nos hacen?

-Entonces – exclamó Blanca -, no quiero que mi amante sea menos ni vaya menos engalanado que el tuyo.

Y desató su escarcela, que Gualterio aceptó sin muchos miramientos, puesto que su hermano ya lo había hecho.

Margarita miró a Felipe como diciendo: “¿No te lo había anunciado?” Felipe sonrió.

Nunca podría descifrarla ni explicarse su conducta. ¿Era la misma mujer que aquella mañana, cruel u coqueta, se ingeniaba para hacerle morir de celos, y la que ahora, al ofrecerle un regalo de ciento cincuenta libras, se echaba en sus brazos, sumisa, tierna, casi temblorosa?

-Si te amo tanto - murmuró -, creo que es porque no te comprendo.

Ningún otro cumplido podía proporcionarle mayor placer a Margarita. Se lo agradeció hundiéndole los labios en el cuello. Luego se apartó y aguzando el oído dijo:

-¿Oís?, los Templarios. Los conducen a la hoguera.

Con mirada brillante y el rostro animado por una turbia curiosidad, arrastró a Felipe hasta la ventana, una alta tronera tallada como embudo en el

espesor de los muros, y abrió la estrecha vidriera. Un gran rumor de turba penetró en la estancia. -¡Blanca, Gualterio, venid a ver! – llamó Margarita. Pero Blanca respondió con un gemido de gozo: -¡Ah, no! No quiero moverme, estoy muy bien.

Entre las dos princesas y sus amantes hacia mucho que había desaparecido todo pudor y estaban habituados a entregarse, unos delante de otros, a todos los juegos de la pasión. Y Blanca desviaba la mirada y ocultaba su desnudez en los rincones de la sombra, Margarita por lo contrario, experimentaba doble placer al contemplar el amor de los demás, así como ofrecerse a sus miradas.

Por el momento, a ésta última la retenía el espectáculo que se desarrollaba en medio del Sena. Allá abajo, en el islote de los Judíos, cien arqueros dispuestos en círculo mantenían en alto sus antorchas encendidas. Y las llamas, vacilantes por el viento, formaban una concavidad luminosa, en la que se veía con nitidez la enorme pira levantada y los ayudantes del verdugo que apilaban los haces de leña. Más acá de la fila de los arqueros, el islote, destinado por lo general a pasto de ganado, estaba colmado de gente. Muchas embarcaciones, cargadas de personas que querían presenciar el suplicio surcaba el río.

Después de zarpar de la orilla derecha, una barca más pesada que las demás y con hombres armados a bordo acababan de atrancar en el islote. Dos altas siluetas grises, tocadas con extraños sombreros, descendieron precedidas de un monje que portaba una cruz. Entonces el rumor de la turba se convirtió en clamor. Casi al mismo tiempo se iluminó una galería de la torre llamada del Agua, construida en la esquina del jardín del palacio, y en ella se perfilaron algunas sombras. El rey y su consejo acababan de ocupar sus sitios.

Margarita se puso a reír, con una risa larga y aguda que no tenía trazas de terminar.

-¿Por qué te ríes? – preguntó Felipe.

-Porqué Luis está allí – respondió ella -, y si fuera de día podría verme.

Sus ojos relucían; sus rizos negros danzaban sobre su frente pronunciada. Con rápido movimiento descubrió sus hermosos hombros ambarinos y dejó caer al suelo las ropas, hasta quedar completamente desnuda, como si quisiera, a través de la distancia y de la noche, mofarse del marido a quien detestaba. Atrajo sobre sus caderas las manos de Felipe.

En el fondo de la sala, Blanca y Gualterio yacían uno junto al otro, en indistinto abrazo. El cuerpo de Blanca tenía reflejos nacarados.

Allá abajo, en el centro del río, iba creciendo el griterío. Los Templarios eran atados a la pira a la cual se iba a aplicar el fuego dentro de un momento.

El aire nocturno hizo estremecer a Margarita que se aproximó a la chimenea y permaneció un momento con la mirada fija en las llamas, exponiéndose al ardor de las brasas, hasta que la caricia del calor se hizo insoportable. Las llamas proyectaban reflejos danzantes sobre su piel.

-Arderán, se abrazarán... – dijo con voz jadeante y ronca -. Mientras tanto nosotros...

Sus ojos buscaban en el corazón del fuego infernales imágenes que alimentaran su placer.

Se volvió bruscamente de cara a Felipe, y se ofreció a él, de pie, como las ninfas legendarias se ofrecían a los deseos de los faunos.

En el muro, su sombra se proyectaba, inmensa, hasta las ojivas del techo.

VIII

“OS CITO ANTE EL TRIBUNAL DE DIOS”...

El jardín de palacio sólo estaba separado del islote de los Judíos por un delgado brazo de río. La pira había sido levantada, encarada a la galería real de la torre del Agua.

Los curiosos no cesaban de afluir a ambas orillas del Sena y el islote mismo desaparecía bajo las pisadas de la multitud. Los barqueros hacían su agosto.

Pero la tropa estaba bien alineada. Los guardias deshacían cualquier grupo. Piquetes de hombres armados se hallaban apostados en los puentes y en las bocas de todas las calles que afluían al río.

-Marigny – dijo el rey a su coadjutor, que se hallaba a su lado -, podéis felicitar al preboste.

La agitación que por la mañana se temía que acabara en revuelta, terminaba convertida en fiesta popular, en regocijada apoteosis, en trágica diversión ofrecida por el rey a su capital. Reinaba una atmósfera de feria. Los truhanes se mezclaban con los burgueses que habían acudido con sus familias: las busconas, acicaladas y teñidas, habían abandonado las callejuelas de detrás de Notre Dame, donde ejercían su comercio, y los chiquillos se deslizaban por entre las piernas de la gente para ver el espectáculo desde primera fila. Algunos judíos, apretujados en tímidos grupos y con la divisa amarilla sobre sus mantos, se disponían a contemplar un suplicio que por esta vez no les estaba destinado. Hermosas damas con sobrevestas forradas de piel, deseosas de emociones fuertes se apretaban contra sus galanes y lanzaban intermitentes chillidos nerviosos.

Casi hacía frío; de vez en cuando, una ráfaga estremecía la luz de la antorchas que proyectaban rojos jaspeados sobre el río.

Messire Alán de Pereilles, con la visera del casco levantada y su sempiterna cara de fastidio montaba su corcel delante de los arqueros.

Alrededor de la pira de leña, preparada para la hoguera, que sobrepasaba la altura de un hombre, el verdugo y sus ayudantes, vestidos y encapuchados de rojo, se enfadaban acomodando los haces.

En lo alto de la pira, el gran maestro de los Templarios y el preceptor de Normandía habían sido atados a sendos postes, uno junto al otro. Cubría sus cabezas la infamante mitra de papel de los herejes.

Un monje alzaba hacia ellos una gran cruz en una larga pértiga y les dirigía las últimas exhortaciones. La multitud calló para escuchar lo que decía.

-Dentro de un instante compareceréis ante Dios – gritaba el monje -. Aún

es tiempo de que confeséis vuestras culpas y os arrepintáis... Por última vez os conjuro...

En lo alto los condenados, inmóviles entre el cielo y la tierra, agitada la barba por el viento, no respondieron.

-Rehúsan confesarse; no se arrepienten – murmuraban los presentes.

El silencio se hizo más denso, más profundo. El monje se había arrodillado y mascullaba unas oraciones en latín. El verdugo tomó de manos de uno de sus ayudantes el blandón de estopa encendida y lo hizo girar varias veces sobre su cabeza para avivar la llama.

Un niño echó a llorar, y se oyó chasquear una bofetada.

El capitán Alán de Pareilles se volvió hacia el palco real como aguardando una orden, y todas las cabezas se volvieron hacia el mismo lado. Quedó en suspenso la respiración.

Felipe el Hermoso estaba en pie contra la balaustrada con los miembros del consejo alineados a ambos lados, inmóviles. Bajo la luz de las de las antorchas parecían un bajorrelieve esculpido en el flanco de la torre.

También los condenados habían elevado sus ojos hacia la galería. La mirada del rey y la del gran maestre se cruzaron, se midieron, se enzarzaron, se retuvieron. Nadie podía saber qué sentimientos y recuerdos cruzaban en aquel momento la mente de los dos enemigos... Pero la turba percibió instintivamente que algo grandioso, terrible y sobrehumano acontecía en aquella muda confrontación entre los dos príncipes de la tierra: todopoderoso uno; y otro, que lo había sido.

¿Se humillaría por fin Jacobo de Molay e imploraría piedad? Y el rey Felipe el Hermoso, con un gesto de postrera clemencia, ¿concedería gracia a los condenados?

El rey hizo un ademán y en su mano se vio chisporrotear una sortija. Alán de Pareilles repitió el gesto en dirección al verdugo, y éste hundió el blandón de estopa entre los haces de la hoguera. Un inmenso suspiro escapó de miles de pechos, suspiró entremezclado de alivio y de horror, de turbio gozo, de espanto, de angustia, de repulsión y de placer.

Numerosas mujeres lanzaron un chillido. Algunos niños ocultaron el rostro entre el vestido de sus padres. Una voz de hombre gritó:

-¡Ya te dije que no vinieras!

El humo comenzó a elevarse en espesas espirales, que una ráfaga de viento empujó hacia la galería.

Monseñor de Valois comenzó a toser de la manera más ostensible. Retrocedió hasta Nogaret y Marigny y dijo:

-Si esto sigue así, nos ahogaremos antes de que vuestros Templarios se hayan quemado. Por lo menos podríais haber puesto leña seca.

Nadie dio oídos a su observación. Nogaret, con los músculos en tensión y la mirada ardiente, saboreaba ásperamente su triunfo. Aquella hoguera

esa la coronación de siete años de luchas y de viajes agotadores, de millares de palabras pronunciadas para convencer, de millares de páginas escritas para probar. “Arded, quemaos”, pensaba. “Bastante tiempo me habéis tenido en jaque. Mía era la razón, y vuestra es la derrota.”

Enguerrando de Marigny, imitando la actitud del rey, se forzaba en permanecer empasible y en considerar este suplicio como una necesidad del poder. “Era preciso, era preciso”, se repetía. Pero viendo morir a aquellos hombres, no podía dejar de pensar en la muerte, en su muerte. Los dos condenados ya no eran obstrucciones políticas.

Hugo de Bouville oraba a hurtadillas.

El viento cambió de dirección y la humareda, cada momento más espesa y alta, rodeó a los condenados, y los ocultó casi a la multitud. Se oyó toser y carraspear a los dos ancianos, sujetos a sus respectivos postes.

Luis de Navarra se echó a reír estúpidamente, frotándose los ojos enrojecidos.

Su hermano Carlos, el menor de los hijos del rey desviaba la vista. El espectáculo le resultaba visiblemente penoso. Tenía veinte años; era esbelto, rubio y sonrosado, y los que conocieron a su padre a la misma edad, decían que se le parecía de una manera notable, aunque era menos vigoroso y menos autoritario, como una réplica disminuida de un gran modelo. Tenía la apariencia, pero le faltaba el temple y los dones del carácter.

-Acabo de ver luz en tu casa, en la torre – dijo a Luis a media voz.

-Es la guardia, seguramente, que también quiere alegrarse la vista.

-De buen grado les cedería mi lugar – murmuró Carlos.

-¿Cómo? ¿No te divierte ver asarse al padrino de Isabel? – preguntó Luis de Navarra.

-Es verdad que Molay era padrino de nuestra hermana – murmuró Carlos.

-Luis, callaos – dijo el rey.

Para disipar el malestar que lo invadía, el joven príncipe Carlos se esforzó por concentrar su pensamiento en su objeto placentero. Se puso a soñar con su mujer, Blanca, con la maravillosa de Blanca, con el cuerpo de Blanca, con sus delicados brazos que se tenderían hacia el dentro de poco, para hacerle olvidar esa atroz visión. Pero no pudo evitar que se interpusiera un doloroso recuerdo: los dos hijos que Blanca le había dado habían muerto recién nacidos, dos criaturas que veía ahora inertes, en sus bordados pañales. ¿Tendría la suerte de que Blanca tuviera otros hijos y de que viviesen?

Los gritos de la turba lo sobresaltaron. Las llamas acababan de brotar de la leña. A una orden de Alán de Pareilles, los arqueros apagaron sus antorchas en la hierba y la noche quedó iluminada solamente por la hoguera.

Las llamas alcanzaron primero al preceptor de Normandía. Hizo un patético gesto de retroceso cuando las lenguas de fuego comenzaron a lamerlo, y su boca se abrió como si tratara de respirar el aire que huía de él. A pesar de las ligaduras, su cuerpo casi se dobló en dos.

Cayó la mitra de papel y se consumió en un instante. El fuego iba envolviéndolo. Luego, una nube de humo gris lo engulló. Cuando se hubo disipado, Godofredo de Charnay ardía, gritando y jadeando, y tratando de desprenderse de aquel poste fatal que temblaba sobre su base. Se veía que el gran maestro lo alentaba, pero la turba rugía con tal fuerza para sobreponerse al horror, que no pudo percibirse más que la palabra "hermano", pronunciada dos veces.

Los ayudantes del verdugo corrían de un lado para otro dándose empujones, en busca de nuevos haces de leña, y atizando la fogata con largos garfios de hierro.

Luis de Navarra, cuyo pensamiento funcionaba siempre con retraso, preguntó a su hermano:

-¿Estás seguro de que había luz en la torre de Nesle? Y no la veo.

Y por un momento una preocupación pareció cruzar su mente.

Enguerrando de Marigny se había cubierto los ojos con la mano para protegerse del fulgor de las llamas.

-¡Hermosa imagen del infierno nos dais, Nogaret! – dijo monseñor de Valois -. ¿Acaso pensáis en vuestra vida futura?

Guillermo de Nogaret no respondió.

La hoguera se había convertido en horno y Godofredo de Charnay no era más que un objeto ennegrecido. Crepitante, henchido de burbujas, se deshacía lentamente en cenizas, se volvía ceniza.

Algunas mujeres se desvanecieron. Otras se acercaron presurosas a la ribera, para vomitar casi en las mismas narices del rey. La turba, después de tanto griterío, se había calmado. Algunos comenzaban a extasiarse porque el viento se obstinaba en soplar del mismo lado de modo que el gran maestro no había sido tocado aún. ¿Cómo podía resistir tanto tiempo? A sus pies, la hoguera parecía intacta.

Luego, de pronto, un hundimiento en el brasero hizo que las llamas, reavivadas, brincaran hacia él.

-¡Ya está! ¡Ahora le toca a él! –gritó Luis de Navarra.

Los grandes y fríos ojos de Felipe el Hermoso tampoco pestañeaban en ese momento.

De pronto, la palabra del gran maestro atravesó la cortina de fuego, y como si se dirigiera a todos y a cada uno de los presentes prodújoles el efecto de una bofetada en pleno rostro. Con irresistible fuerza, como la había hecho en Notre Dame, Jacobo de Molay gritó:

-¡Oprobio, oprobio! ¡Estáis viendo morir a inocentes! ¡Caiga el oprobio

sobre vosotros! ¡Dios os juzgará!

Las llamas lo flagelaron, quemando su barba, calcinaron en un segundo la mitra de papel e iluminaron sus blancos cabellos.

La multitud aterrorizada, había enmudecido. Se diría que estaban quemando a un loco profeta.

De su boca en llamas tronó espantosa su voz:

-¡Papa Clemente!... ¡Caballero Guillermo de Nogaret!... ¡Rey Felipe!...

¡Antes de un año y os emplazo para que comparezcáis ante Dios, para recibir vuestro justo castigo!... ¡Malditos, malditos! ¡Malditos hasta la decimotercera generación de vuestro linaje!

Las llamas penetraron en la boca del gran maestro y sofocaron su último grito. Luego, durante en tiempo que pareció interminable, se debatió contra la muerte.

Por fin se dobló en dos. Rompióse la cuerda que lo sujetaba, y Jacobo de Molay se hundió en la fogata, y sólo se vio su mano que permanecía alzada entre las llamas. Y así estuvo aquella mano hasta quedar completamente ennegrecida.

Aterrorizada por la maldición, la turba permanecía clavada en su lugar, toda hecha suspiros, murmullos, espera, consternación, angustia. Todo el peso de la noche y del horror había caído sobre ella; el último crepitar de las brasas la hacía estremecer, y las tinieblas invadían la luz menguante de la hoguera.

Los arqueros instaban a la gente, pero nadie se decidía a alejarse.

-No nos maldijo a nosotros, sino al rey – susurraban.

Y las miradas se dirigían hacia la galería. Felipe seguía apoyado contra la balaustrada. Miraba la negra mano del gran maestro clavada en la ceniza. Una mano quemada, sólo esto quedaba de la ilustre Orden de los Caballeros del Temple. Pero aquella mano había quedado inmobilizada en un gesto de anatema.

-¡Bien hermano mío! – dijo monseñor de Valois con aviesa sonrisa -. Supongo que estaréis contento.

Felipe el Hermoso se volvió.

-No, hermano, no estoy contento – dijo -. He cometido un error.

Valois se alborozó, dispuesto a gozar de su triunfo.

-Entonces, ¿reconocéis...?

-Sí, he cometido un error. Antes de quemarlos debí arrancarles la lengua.

Y seguido de Nogaret, de Marigny y de su chambelán, bajó la escalera de la torre para regresar a sus habitaciones.

Ahora, la pira era una masa gris, con algunas estrellas de fuego que saltaban y pronto se extinguían. La galería estaba llena de humo e invadida por el acre olor a carne quemada

-Esto apesta – dijo Luis de Navarra -. Realmente apesta. Vámonos.

El joven príncipe Carlos se preguntaba si en los brazos d Blanca conseguiría olvidar.

IX

LOS SALTEADORES

Los hermanos de Aunay, que acababan de salir de la torre de Nesle, vacilaban, indecisos, en el limo y escrutaban la oscuridad.

Su barquero había desaparecido.

-Te dije que el hombre no me gustaba – dijo Felipe -. No debimos confiar.

.-Le di demasiado dinero – respondió Gualterio -. El muy tuno habría juzgado que se había ganado la jornada y se había ido a ver el suplicio.

-¡Ojalá sólo se trate de eso!

-¿Y qué otra cosa podría ser?

-No lo sé. Pero me da mala espina. El hombre se nos ofrece para cruzar el río, quejándose de que no había ganado nada en todo el día, le decimos que aguarde y se va.

-¿Qué queráis? No podíamos elegir; era el único.

-Justamente – dijo Felipe -. Además, hacía demasiadas preguntas.

Afinó el oído para intentar percibir cualquier ruido de chapoteo de remos; pero sólo se oía el rumor del río y el más disperso de la gente que regresaba a sus casas en París. Más allá, en el islote de los Judíos, que desde el día siguiente comenzaría a ser llamado el islote de los Templarios, todo se había apagado. El olor a humo se entremezclaba con el rancio del Sena.

-No nos queda otro remedio que regresar a pie – dijo Gualterio. Nos enfangaremos las calzas hasta los muslos, pero, con todo, valía la pena.

Avanzaron a lo largo de la muralla del palacio de Nesle, dándose el brazo para evitar un resbalón.

-Me pregunto quién se las habrá dado – dijo Felipe.

-¿Qué cosa?

-Las escarcelas.

-¡ah, todavía piensas en eso! – respondió Gualterio -. Te confieso que a mí no me preocupa en absoluto. ¿Qué importa la procedencia, si el regalo te gusta?

Al mismo tiempo acariciaba la escarcela que pendía de su cintura, sintiendo bajo sus dedos el relieve de las piedras preciosas.

-No debe de ser alguien de la corte – replicó Felipe -. Margarita y Blanca no se hubieran arriesgado a que nos vieran con esas joyas. A menos... que hayan fingido que se las han regalado, y las hayan pagado de su bolsillo.

Ahora estaba dispuesto a atribuir a Margarita cualquier delicadeza de espíritu.

-¿Qué prefieres? – preguntó Gualterio -. ¿Saber o tener?

Felipe iba a responder, cuando sonó un apagado silbido delante de ellos. Sobresaltados, ambos echaron mano a la daga; un encuentro en tal lugar y a tal hora era, seguramente, un mal encuentro.

-¿Quién va? – preguntó Gualaterio.

Oyeron otro silbido y ni siquiera tuvieron tiempo de ponerse en guardia.

Seis hombres, surgidos de la noche, se alzaron sobre ellos. Tres de los asaltantes atacaron a Felipe, y sujetando sus brazos contra la pared, le impidieron servirse de la daga. Los tres restantes cumplían igual faena con Gualterio. Este había derribado a uno de los agresores, o mejor dicho, uno de los agresores se había desplomado al esquivar uno de los golpes de su daga. Pero los otros dos sujetaron a Gualterio de Aunay por la espalda y, retorciendo su muñeca, le obligaron a soltar el arma. Felipe sintió que trataban de robarle la escarcela.

Imposible pedir socorro. Si los guardias del palacio de Nesle acudían, podían luego exigirles que explicaran su presencia en aquel lugar. Ambos decidieron callar. Era preciso salir del trance por sí mismos, o sucumbir.

Felipe, arqueado contra el muro, se debatía con la energía de la desesperación. No quería que le quitaran la escarcela. De pronto, el objeto se había convertido en su más preciado tesoro y estaba decidido a todo para no perderlo. Gualterio se sentía más inclinado a parlamentar. Que les robaran, pero que los dejaran con vida. Porque lo más probable era que arrojaran sus cadáveres al Sena después de despojarlos de cuantas prendas de valor llevaran.

En este momento surgió otra sombra de la noche.

Uno de los agresores lanzó un grito.

-¡Alerta compañeros, alerta!

El recién llegado se había arrojado al centro mismo de la refriega. Su espada refulgía como un relámpago.

-¡Tunos!, ¡canallas!, ¡patanes! – gritaba con su poderosa voz, distribuyendo golpes al azar.

Los forajidos huían como moscas ante sus molientes.

Como uno de ellos quedara al alcance de su mano libre, lo asió del cuello y lo alzó contra el muro. El grupo entero huyó a toda prisa. Se oyó el ruido de la precipitada carrera a lo largo de los fosos y luego reinó el silencio.

Jadeando, vacilante, Felipe se acercó a su hermano.

-¿Herido? – preguntó.

-No – dijo Gualterio, sin aliento, frotándose el hombro -. ¿Y tú?

-Tampoco yo. Es un milagro haber salido con vida.

Al mismo tiempo se volvieron hacia su salvador que venía hacia ellos enfundando su espada. Era muy alto, fornido, potente; las ventanas de su nariz dejaban escapar un soplido de bárbaro.

-¡Y bien, messire! – dijo Gualterio -. Os estamos muy agradecidos. Sin

vos, no habríamos tardado en flotar en el río, panza al cielo. ¿A quién debemos el honor?

El hombre se reía de manera estentórea, aunque un poco forzada. Luego la luna de entre las nubes y los dos hermanos reconocieron al conde Roberto de Artois.

-¿Eh? ¡Pardiez, monseñor, sois vos!... – exclamó Felipe.

-¿Eh? ¡Por el diablo, jovencitos! – respondió el hombre -. ¡También y os reconozco! ¡Los hermanos de Aunay! – exclamó -. Los más apuestos mozos de la corte. ¡Voto al diablo que no lo esperaba!... Pasaba por la orilla, oí el ruido que hacíais, y me dije: “Algún pacífico burgués está en apuros” Hay que reconocer que París está infestado de pillos. Lo que es ese Ployebouche como preboste... ¡Mejor sería llamarlo Poyecull!... (*Juego de palabras harto comprensible para ser traducido*) (*Nota de la autora*) ¡Más se preocupa de lamer los escarpines de Marigny que de sanear la ciudad!

-¡Monseñor – dijo Felipe -, no sabemos como agradeceremos...

-No tiene importancia – dijo Roberto de Artois, que trastabilló -. ¡Ha sido un placer! El impulso natural de todo gentilhombre es acudir en socorro de los desvalidos. Pero la complacencia es mayor si se trata de señores de nuestro conocimiento. Estoy encantado de haber conservado a mis primos Valois y Poitiers sus mejores escuderos. Es una pena, sin embargo, que estuviera tan oscuro. ¡Pardiez! Si la luna se hubiera mostrado antes, me habría gustado destripar a alguno de esos bribones. No me atreví a hacerlo por temor a horadaros... Pero, decidme, donceles, ¿qué diablos buscáis en este fangal?

-Nos... paseábamos – dijo Felipe de Aunay.

El gigante estalló en una carcajada.

-¡Os paseabais! ¡Bonito lugar y bonita hora para ello!... Paseabais con el barro hasta las nalgas. ¡Ah, los jóvenes! Siempre la respuesta pronta... Amoríos, ¿verdad? ¡Asuntos de mujeres! – dijo jovialmente, aplastando otra vez el hombro de Felipe -. ¡Siempre con los calzones en llamas! Bella edad la vuestra...

De pronto vio las escarcelas que centelleaban a la luz de la luna.

-¡Ah, pillastres! – exclamó -. ¡Con los calzones en llamas, pero a buen precio! Hermoso adorno, donceles míos, hermoso adorno.

Sopesaba la escarcela de Gualterio.

_Flecos de oro, trabajo fino... italiano, o quizás inglés. Y flamante... No hay paga de escudero que permita tales lujos. ¡No andaban errados los salteadores!

Se agitaba, gesticulaba, sacudía a empellones a los jóvenes. En la penumbra se le veía como un figurón rojizo, enorme, alborotador, licencioso. Comenzaba a atacar los nervios de ambos hermanos. Pero, ¿cómo decir a un hombre que acababa de salvarte la vida que no se

entrometa en lo que no le concierne?

-El amor vale la pena, mocitos – prosiguió diciendo, en tanto que echaba a andar en medio de los dos -. Preciso será creer que vuestras amantes son de alcurnia y muy generosas... ¡Ah, estos pillastres de Aunay! ¿Quién lo hubiera creído?

-Monseñor se equivoca – dijo Gualterio fríamente -. Las escarcelas son recuerdos de familia...

-Justamente, de eso estaba seguro – dijo de Artois -. ¡De una familia a quien acabáis de visitar, cerca de media noche, bajo los muros de la torre de Nesle! Bien, bien, callaremos. Y os lo apruebo, mocitos. ¡Hay que guardar el buen nombre de las damas con quienes uno se acuesta! Id en paz. Y no salgáis más de noche con toda vuestra joyería encima.

Soltó otra carcajada, aplastó a ambos hermanos, uno contra otro en un amplio abrazo y los dejó plantados allí mismo, inquietos, contrariados, sin darles tiempo de reiterarle su gratitud. Franqueó el puentecillo sobre el foso, y se alejó por los campos en dirección de Saint Germain-des-Prés. Los hermanos de Aunay remontaron hacia la puerta Buci.

-Más nos valdría que no contara a la corte dónde nos encontró – dijo Gualterio -. ¿Crees que será capaz de mantener cerrada la boca?

-Claro está que sí – dijo Felipe -. No es mal sujeto. La prueba es que sin su boca, como dices, y sin sus manazas, no estaríamos aquí. No seamos ingratos; por lo menos tan pronto.

-Además, también nosotros hubiéramos podido preguntarle qué hacía él por estos parajes.

-Juraría que andaba tras alguna buscona. Ahora debe de encaminarse hacia el burdel – dijo Felipe.

Se equivocaba. Roberto de Artois sólo había dado un rodeo por el Pre-aux-Clercs. Al poco rato, volviendo a la ribera, andaba por las ceercanías de la torre de Nesle.

De Artois emitió el mismo silbido corto que presidió a la batahola.

Seis sombras, como antes, se separaron de la pared, más una séptima que se alzó de una barca. Pero ahora las sombras mantenían una actitud respetuosa.

-Buen trabajo – dijo de Artois -. Sucedió como y lo había pedido. Toma, Carl-Hans – agregó, llamando al jefe de los bribones -, repartíos esto. Le arrojó una bolsa.

-Monseñor, me propinasteis un fuerte golpe en el hombro – dijo uno de los salteadores.

-¡Bah! Estaba incluido en la paga – respondió de Artois riendo -. Desapareced, ahora. Si vuelvo a necesitaros, os avisaré.

Luego subió a la barca, que lo aguardaba y que se hundió bajo su peso. El hombre que asía los remos era el mismo barquero que condujera a los

hermanos de Aunay.

-Entonces, monseñor, ¿estáis satisfecho? – preguntó.

Había perdido el tono quejumbroso, parecía diez años más joven, y no escatimaba sus fuerzas.

-¡Completamente, mi viejo Lormet! Has desempeñado tu papel a las mil maravillas – dijo el gigante -. Ahora sé lo que quería saber.

Se echó hacia atrás en la barca, extendió las monumentales piernas y dejó que su gran zarpa pendiera sobre el agua negra.

SEGUNDA PARTE
LAS PRINCESAS ADULTERAS

I

LA BANCA TOLOMEI

Maese Spinello Tolomei adoptó una expresión altamente reflexiva y luego, bajando la voz, como si temiera que alguien estuviera escuchando detrás de la puerta, dijo:

-¿Dos mil libras de adelanto? ¿Os conviene esta cantidad, monseñor?

Su ojo izquierdo estaba cerrado; su ojo derecho brillaba, inocente y tranquilo.

Aunque hacía años que se había establecido en Francia, no había podido desprenderse de su acento italiano. Era un hombre grueso, con doble papada y tez morena. Sus cabellos grises, cuidadosamente recortados, caían sobre el cuello de su traje fino de paño, bordeado de piel y estirado en la cintura sobre su vientre en forma de pera. Cuando hablaba, alzaba sus manos regordetas y puntiagudas, y las frotaba suavemente, una contra otra. Sus enemigos aseguraban que el ojo abierto era el de la mentira y que mantenía cerrado el de la verdad.

Aquel banquero, uno de los más poderosos de París, tenía modales de obispo. Al menos en este momento en que se dirigía a un prelado.

El prelado era Juan de Marigny, hombre joven y delgado, elegante, el mismo que la víspera, en el tribunal episcopal formado ante el portal de Notre Dame, se había hecho notar por sus posturas lánguidas antes de enfurecerse contra el gran maestro. Hermano de Enguerrando de Marigny y arzobispo de Sens, de quien dependía la diócesis de París, intervenía de cerca en los asuntos del reino. *(En la división de jurisdicciones eclesiásticas establecida en la alta Edad Media, París sólo figuraba como obispado. Por esto no aparece entre las veintiuna "metrópolis" del imperio enumeradas en el testamento de Carlomagno. París dependía y siguió dependiendo hasta el siglo XVII de la archidiócesis de Sens. El obispo de París era sufragáneo del arzobispo de Sens; es decir, que las decisiones y sentencias pronunciadas por el primero podían tener recurso ante el segundo.*

París no fue arzobispado hasta el reinado de Luis XIII.)

-¿Dos mil libras? – preguntó a su vez.

Fingió arreglar sobre sus rodillas la preciosa tela de su veste violeta, para ocultar la feliz sorpresa que le causaba la cifra dada por el banquero.

-Por mi fe, que esa cifra me conviene bastante – respondió fingiendo indiferencia -. Preferiría, pues, que las cosas quedaran arregladas lo antes posible.

El barquero lo acechaba como un gato acecha a un hermoso pájaro.

-Podemos hacerlo ahora mismo – respondió.

-Muy bien – dijo el joven arzobispo -. ¿Y cuándo queréis que os traiga los...?

Se interrumpió pues había creído oír ruido detrás de la puerta. Todo estaba tranquilo. Sólo se percibían los rumores habituales de la mañana en la calle de los Lombardos, los gritos de los afiladores de cuchillos, de los vendedores de agua, de cebollas, berros, requesón y carbón de leña... “¡Leche, comadres, leche...!” ¡Tengo queso fresco de Champagne!... ¡Carbón! ¡Un saco por un denario!... A través de las ventanas de tres ojivas, construidas según la moda de Siena, la luz iluminaba suavemente los ricos tapices de los muros con motivos guerreros, los muebles de roble encerado, el gran cofre reforzado con hierro...

-¿Los... objetos? – dijo Tolomei concluyendo la frase del obispo-. Como mejor os convenga, monseñor, como mejor os convenga.

Se había acercado a una larga mesa de trabajo, colmada de plumas de ganso, de pergaminos enrollados, de tablillas y esténciles. Sacó dos bolsas del cajón.

-Mil en cada una – dijo -. Tomadlas ahora mismo si así lo deseáis. Estaban preparadas para vos. Tened a bien, monseñor, firmarme este recibo...

Tendió a Juan de Marigny una hoja de papel y una pluma de ganso.

-De buena gana – dijo el arzobispo tomando la pluma sin quitarse los guantes.

Pero al firmar tuvo una leve vacilación. En el recibo estaban enumerados los “objetos” que debería entregar a Tolomei, para que el los negociara: material de iglesia, copones de oro, cruces preciosas, armas raras, cosas todas ellas provenientes de los bienes de los Templarios y guardadas en su archidiócesis. Aquellos bienes debían haber ido a parar parte al tesoro real y parte a la Orden de los Hospitalarios. El joven arzobispo, por consiguiente, cometía un desfalco, una malversación monda y lironda, y sin pérdida de tiempo. ¡Poner la firma al pie de esa lista cuando el gran maestre había sido quemado la noche anterior!...

-Preferiría... – dijo.

-¿Qué los objetos no fueran vendidos en Francia? – dijo el banquero de Siena -. Por supuesto, monseñor, *non sono pazzo*, como se dice en mi país, no estoy loco.

-Me refería... a este recibo.

-Nadie más que yo lo verá. Redunda tanto en mi interés como en el vuestro. Nosotros, los banqueros, somos un poco como curas, monseñor. Vos confesáis las almas; nosotros, las bolsas, y también estamos obligados al secreto. Y puesto que estos fondos sólo servirán para alimentar vuestra inagotable caridad no diré ni una palabra. Sólo es por si ocurriera alguna desgracia, tanto a mí como a vos, que Dios nos guarde...

Se persignó, y, rápidamente, bajo la mesa hizo los cuernos con los dedos de la mano izquierda.

-¿No os pesará mucho? – prosiguió, señalando las bolsas, como si el

asunto ya estuviera zanjado.

-Gracias, mis criados aguardan abajo – respondió el arzobispo.

-Entonces... aquí... os lo ruego dijo Tolomei, señalando con el dedo el lugar donde debía firmar el arzobispo.

Este no podía echarse atrás. Cuando uno se ve obligado a buscarse cómplices, fuerza es que tenga confianza en ellos.

-Por otra parte, monseñor, bien veis por el monto de la suma, que no quiero aprovecharme de vos. Muchas serán las penas y pocos los beneficios. Pero quiero favoreceros porque sois hombre poderoso y la amistad de los poderosos es más preciosa que el oro.

Había dicho esto con un acento bonachón, más su ojo izquierdo seguía cerrado.

“Al fin y al cabo el buen hombre tiene razón”, se dijo Juan de Marigny.

Y firmó el recibo.

-A propósito, monseñor – dijo Tolomei -. ¿Sabéis cómo recibió el rey los lebreles que le mandé ayer?

-¡Ah! ¿Cómo? ¿Procede, pues, de vos ese gran lebrél que no lo abandona nunca y al que él llama “Lombardo”?

-¿Lo llama “Lombardo”? Me alegro de saberlo.

El rey es hombre de ingenio – dijo Tolomei, riendo -. Figuraos, monseñor, que ayer por la mañana...

Iba a contar la historia cuando llamaron a la puerta. Apareció un dependiente para anunciar que el conde Roberto de Artois pedía ser recibido.

-Bien, lo veré – dijo Tolomei, despachando con un ademán al dependiente. Juan de Marigny puso cara de disgusto.

-Preferiría... no encontrarme con él – dijo.

-Claro, claro... – replicó el banquero, con voz suave -. Monseñor de Artois es un gran charlatán.

Agitó una campanilla. Al poco rato, se movió una colgadura y entró en la pieza un joven, vestido con ajustado jubón. Era el muchacho que a la víspera había estado a punto de derribar al rey de Francia.

-Sobrino mío – le dijo el banquero -, acompaña a monseñor sin pasar por la galería, cuidando de que no se encuentre con nadie. Y llévale esto hasta la calle – agregó, poniéndole las bolsas de oro en los brazos -. ¡Hasta la vista, monseñor!

Maese Spinello Tolomei hizo una profunda reverencia para besar la amatista que el prelado lucía en su dedo. Luego apartó la colgadura.

Cuando Juan de Marigny hubo salido, el banquero de Siena volvió a su mesa, tomó el recibo que el otro había firmado y lo plegó cuidadosamente.

-¡Coglione! – murmuró -. *Vanesio, ladro, ma soprattutto coglione. (Vanidoso, ladrón, pero sobre todo majadero)*

Ahora su ojo izquierdo estaba abierto. Metió el documento en el cajón y

salió a recibir al otro visitante.

Descendió a la planta baja y atravesó la gran galería iluminada por diez ventanas, donde estaban instalados los mostradores. Pues Tolomei no era solamente banquero, sino también importador y comerciante en raras mercancías de todas clases, desde especias y cueros de Córdoba, hasta paños de Flandes, tapices de Chipre bordados de oro, y esencias de Arabia.

Una decena de dependientes se ocupaban de los clientes que entraban y salían sin cesar. Los contadores hacían sus cálculos con ayuda de unos tableros especiales, colocados sobre cajas, donde apilaban fichas de cobre. La galería entera resonaba con el sordo zumbido del comercio.

Mientras avanzaba rápidamente, el obeso banquero de Siena saludaba a alguno, rectificaba alguna cifra, zamarreaba a un empleado o hacía rechazar, con un *niente* pronunciado entre dientes, una demanda de crédito.

Roberto de Artois estaba inclinado sobre un mostrador de armas del Levante y sopesaba un puñal damasquinado.

El gigante se volvió con brusco movimiento cuando el banquero le apoyó la mano sobre su brazo, y adoptó el aire rústico y jovial que por lo general tenía.

-Decid, pues – dijo Tolomei -. ¿Me necesitáis?

-Sí – dijo el gigante -. Dos cosas tengo que pedir.

-La primera, imagino, es dinero.

-¡Chitón! – gruñó de Artois -. ¿Acaso debe enterarse todo París, usurero de mis tripas, de que os debo una fortuna? Vallamos a conversar a vuestras habitaciones.

Salieron de la galería. Una vez en su gabinete y cerrada la puerta, Tolomei dijo:

-Monseñor, si venís por un nuevo préstamo, me temo que no sea posible.

-¿Por qué?

-Mi querido monseñor Roberto – replicó Tolomei con aplomo -. Cuando entablasteis proceso contra vuestra tía Mahaut, por la herencia de Artois, y pagué los gastos. Y perdisteis...

-Fue una infamia, lo sabéis bien – exclamó de Artois -. Lo perdí por las intrigas de esa perra de Mahaut... ¡Ojalá reviente!... ¡Hato de pillos! Se le dio el Artois para que el Franco-Condado volviera a la corona por intermedio de su hija. Mercado de canallas. Pero si hubiera justicia, y sería par del reino y el más rico barón de Francia. ¡Y lo seré, Tolomei, lo seré!

Su enorme puño golpeaba la mesa.

-Os lo deseo, mi buen amigo- dijo Tolomei siempre calmadamente -. Pero, entretanto, tenéis perdido el proceso.

Había abandonado sus modales de iglesia y usaba con de Artois mayor

familiaridad que con el arzobispo.

-De todos modos recibí la castellanía de Conches, y la promesa de condado de Beaumont-le-Roger, con cinco mil libras de renta – dijo el gigante.

-Pero lo del condado no ha prosperado, y no me habéis reembolsado los gastos; al contrario.

-No consigo hacerme pagar mis rentas. El tesoro me debe años atrasados.

-De los cuales habéis pedido en préstamo buena parte. Necesitasteis dinero para reparar la techumbre de Conches y los establos...

-Se habían incendiado – dijo Roberto.

-Y luego necesitasteis dinero para mantener a vuestros partidarios en Artois.

-¿Qué haría sin ellos? Gracias a esos fieles amigos, gracias a Fiennes, a Souastre, a Caumont y a los demás, ganaré mi causa alguna vez, si es preciso con las armas en la mano... Además, decidme maese banquero...

Ahora el gigante cambió de tono, como si estuviera harto de jugar al escolar reprendido. Tomó al banquero del traje con el pulgar y el índice y comenzó a levantarlo en vilo suavemente.

-...Decidme..., me pagasteis mi proceso, mis establos y todo el condenado resto, de acuerdo; pero, ¿acaso no realizasteis alguna operación gracias a mí? ¿Quién os anunció hace siete años que los Templarios iban a ser atrapados como conejos en vivir y os aconsejó pedirles préstamos que jamás tuvieseis que devolver? ¿Quién os anunció la baja de la moneda, cosa que os permitió invertir todo vuestro oro en mercaderías que luego vendisteis a doble precio? ¿Eh? ¿Quién?

Pues Tolomei, fiel a la tradición de la alta banca, tenía sus informantes en los consejos de gobierno, y uno de los principales era Roberto de Artois, amigo y comensal del hermano del rey, Carlos de Valois, miembro del consejo privado, que nada le ocultaba.

Tolomei se zafó, desarrugó el pliegue de su traje y dijo, con el párpado izquierdo perpetuamente entornado:

-Lo reconozco, monseñor, lo reconozco. Me habéis informado muy útilmente en estos últimos tiempos... Pero, ¡ay!...

-¿Por qué, ay?

-¡Ay! Los beneficios obtenidos gracias a vos están muy lejos de compensar las sumas que os he adelantado.

-¿Es verdad eso?

-Verdad es, monseñor – dijo Tolomei con la cara más inocente.

Mentía y estaba seguro de poder hacerlo impunemente, porque Roberto de Artois, hábil para las intrigas, entendía muy poco de cálculos de dinero.

-¡Ah! – exclamó éste, despechado.

Se rascó el pellejo y movió la barbilla de izquierda a derecha.

-De todos modos... Los Templarios... Debéis estar muy contento esta mañana – dijo.

-Sí y no, monseñor, sí y no. Hacía mucho tiempo ya que no hacían mal a nuestro negocio. ¿A quién le tocará el turno ahora? A nosotros. Los Lombardos, como se nos llama... No es fácil el oficio de mercader de oro. Y no obstante, nada podría hacerse sin nosotros... A propósito – agregó Tolomei -, ¿os informó monseñor de Valois si se iba a cambiar de nuevo el curso de la libra parisís, como he oído decir?

-No, no, nada de eso – respondió de Artois, quien no se apartaba de su propia idea -. Pero esta vez tengo sujeta a Mahaut. Está en mis manos porque tengo a sus hijas y a su sobrina. Voy a retorcerles el pescuezo... crac... como a dañinas comadreas.

El odio endurecía sus rasgos, componiéndole una máscara casi hermosa. Se había acercado otra vez a Tolomei:

“Para vengarse es capaz de cualquier cosa... De todos modos estoy dispuesto a darle quinientas libras...” Luego dijo:

-¿De qué se trata?

Roberto de Artois bajó la voz. Sus ojos brillaban.

-Las zorritas tienen sus amantes y desde anoche sé quiénes son ellos. ¡Pero punto en boca! No quiero que se sepa... aún.

El banquero reflexionaba. Se lo había dicho, pero no lo había creído.

-¿Y de qué puede servir eso? – preguntó.

-¿Servirme? – gritó de Artois -. Vamos, banquero, ¿imagináis qué vergüenza? La futura reina de Francia y sus cuñadas pilladas como bellacas con sus mequetrefes... ¡Es un caso de escándalo jamás oído! Las dos familias de Borgoña están hundidas en el cieno hasta las narices; Mahaut perderá todo su favor en la corte; desaparecerán las herencias, junto con las esperanzas de la corona. ¡Y yo hago reabrir el proceso, y lo gano!

Se paseaba por la estancia y sus pasos hacían vibrar el pavimento, los muebles, los objetos.

-¿Y seréis vos quien de a conocer tal vergüenza? – dijo Tolomei -. ¿Iréis a ver al rey?

-No, maese, no. No me escuchará; no y, sino otra persona más indicada para hacerlo... Pero que no está en Francia... Y esto es lo segundo que venía a pedir. Necesitará alguien de toda confianza y poco conocido para que fuera a Inglaterra con un mensaje.

-¿Para quién?

-Para la reina Isabel.

-¡Ah, vamos! – murmuró el banquero.

Hubo un silencio durante el cual no se oía más que el ruido de la calle.

-Es verdad que doña Isabel tiene fama de no profesar gran afecto a sus

hermanas políticas de Francia – dijo por fin Tolomei, quien no necesitaba saber más para enterarse de cómo había tramado Artois su intriga -. Vos sois buen amigo suyo y tengo entendido que estuvisteis allí hace pocos días.

-Regresé el viernes pasado y en seguida puse manos a la obra.

-Pero, ¿por qué no enviar a doña Isabel uno de vuestros hombres o un caballero de monseñor de Valois?

-Mis hombres son conocidos y también los de monseñor de Valois. En este país donde todo el mundo vigila a todo el mundo, bien pronto se desbaratarían mis planes. He pensado que sería más conveniente un mercader, un mercader en quien se pueda tener confianza, claro está. Tenéis a muchas personas que viajan por vuestra cuenta. Por otra parte, el mensaje no contendrá nada que pueda inquietar al portador.

Tolomei miró cara a cara al gigante, meditó un momento y, por fin, agitó la campanilla de bronce.

-Trataré de seros útil una vez más – dijo.

La colgadura se apartó y apareció el mismo joven que había acompañado al arzobispo. El banquero lo presentó.

.Guccio Baglioni, mi sobrino recién llegado de Siena. No creo que los prebostes y guardias de nuestro amigo Marigny lo conozcan aún... aunque por la mañana – agregó Tolomei a media voz, mirando al joven con fingida severidad -, se hizo notar por una bella proeza frente al rey de Francia... ¿Qué os parece?

Roberto de Artois examinó a Guccio.

-¡Buena planta! – dijo, riendo -. Bien formado, panatorrilla delgada, talle fino, ojos de trovador. ¿Lo enviaréis e él, Tolomei?

-Es mi otro yo... – dijo el banquero -. Menos grueso y más joven. Un tiempo fui como él, figuraos, pero ahora soy el único que lo recuerda.

-Si lo ve el rey Eduardo, que sabemos cómo es, corremos el riesgo de que ese jovencito no regrese.

El gigante soltó una carcajada, y tío y sobrino lo corearon.

-Guccio – dijo Tolomei, cesando de reír -, conocerás Inglaterra. Partirás mañana con el alba. En Londres visitarás a nuestro primo Albizzi, y con su ayuda irás a Westminster para entregar a la reina, y sólo a ella, el mensaje que monseñor escribirá para ti. Más tarde te explicaré mejor lo que debes hacer.

-Preferiría dictar – dijo de Artois -. Me las compongo mejor con la espada que con vuestras condenadas plumas de ganso.

Tolomei pensó: “Y además, el mozo desconfía. No quiere dejar rastro.”

-Como gustéis, monseñor.

Y tomó al dictado la siguiente carta:

Las cosas que habíamos intuido son verídicas y más vergonzosas de lo que pueda suponerse. Sé de quiénes se trata y tan bien los he descubierto que no lograrán escapar si nos damos prisa. Pero sólo vos tenéis el poder suficiente para llevar a cabo lo que pensamos. Poned término con vuestra venida a tanta villanía que ennegrece el honor de vuestros parientes más próximos. No tengo más deseo que ser vuestro servidor en cuerpo y alma.

-¿La firma, monseñor? – preguntó Guccio.

-Hela aquí – dijo de Artois tendiendo al joven una sortija de plata, que sacó de la bolsa. Llevaba otra igual en el pulgar, pero de oro -. Entregarás esto a doña Isabel... Ella comprenderá... Pero, ¿estás seguro de poder verla en cuanto llegues?

-¡Bah! Monseñor – dijo Tolomei -, no somos del todo desconocidos para los soberanos de Inglaterra. Cuando el año pasado vino el rey Eduardo con doña Isabel, tomó en préstamo a nuestro grupo veinte mil libras. Para procurárselas nos asociamos todos y aún no nos las ha devuelto.

-¿También él? – exclamó de Artois -. A propósito, banquero, ¿y qué hay de mi primer pedido?

-¡Ah, monseñor, jamás podré resistirme a vos! – dijo Tolomei suspirando.

Fue a buscar una bolsa de quinientas libras que le entregó, diciendo:

-Añadiremos esto a vuestra cuenta, así como el viaje de vuestro mensajero.

-¡Ah, banquero, banquero! - exclamó Roberto de Artois con una amplia sonrisa que iluminó su cara -. Eres un amigo. Cuando haya reobrado mi condado paterno, haré de ti mi tesorero.

-Así lo espero, monseñor – dijo el otro, inclinándose.

-Y si no, te llevaré conmigo a los infiernos, para que me consigas el favor del diablo.

El gigante salió, casi sin poder pasar por la puerta, haciendo saltar la bolsa en la mano como una pelota.

-Tío, ¿le habéis dado dinero otra vez? – dijo Guccio moviendo la cabeza con aire de reprobación -. Sin embargo, dijisteis que...

-Guccio mío, Guccio mío – respondió suavemente el banquero (y ahora sus dos ojos estaban bien abiertos) -, recuerda siempre esto, los secretos que nos revelan los grandes de este mundo son los intereses que nos rinde el dinero que les prestamos. Esta mañana, monseñor Juan de Marigny y monseñor de Artois me han dado garantías que valen más que el oro y que sabremos negociar a su debido tiempo. Y en cuanto al oro... veremos de recuperar una parte.

Permaneció un momento pensativo y luego dijo:

-A tu retorno de Inglaterra darás un rodeo. Pasarás por Nauphle-le-Vieux.

-Bien, tío – respondió Guccio sin entusiasmo.

-Nuestro representante no consigue cobrar una suma que nos deben los castellanos de Cressay. El padre acaba de morir. Los herederos rehúsan pagar. Según parece, nada tienen ya.

-¿Y qué hacer si no tienen nada?

-¡Bah! Les quedan paredes, una tierra, tal vez parientes. Les basta con tomar prestado en otra parte lo que nos deben. Si no pagan, te vas al preboste de Montesquieu, haces embargar y obligas a vender. Es duro, lo sé; pero un banquero deba habituarse a ser duro. No hemos de tener piedad con los pequeños clientes, o no podremos servir a los grandes.

¿En qué piensas, *figlio mío*?

-En Inglaterra, tío – respondió Guccio.

El retorno por Neauphle le parecía una tarea penosa, pero la aceptaba de buen grado. Su curiosidad, sus sueños de adolescente volaban ya hacia Londres. Iba a cruzar el mar por vez primera... La vida de un mercader lombardo era agradable y reservaba hermosas sorpresas. Viajar, recorrer los caminos, llevar mensajes a los príncipes...

El anciano contempló a su sobrino con expresión de profunda ternura. Guccio era el único afecto de su astuto y gastado corazón.

-Vas a hacer un hermoso viaje y te envidio-le dijo -. Pocas personas tienen, a tu edad, oportunidad de ver tantos países. Instrúyete, husmea, huronea, míralo todo, haz hablar y habla poco. Cuidado con el que te ofrece de beber; no des a las mujeres más dinero del que valen y no olvides descubrirte ante las procesiones... Y si te cruzas con un rey en tu camino, procura que esta vez no me cueste un caballo o un elefante.

-¿Es verdad, tío – preguntó Guccio, sonriendo -, que doña Isabel es tan hermosa como dicen?

II

LA RUTA DE LONDRES

Hay personas que sueñan permanentemente con viajes y aventuras para darse ante los demás y ante sí mismas aires de héroes. Luego cuando están en pleno baile y sobreviene en peligro, se ponen a pensar: “¿Necesitaba realmente venir a meterme en esto? ¡Qué idea más estúpida he tenido!” Ese era el caso del joven Guccio Baglioni. Nada había deseado como conocer el mar; pero ahora que navegaba por él, hubiera dado cualquier cosa por estar en otra parte.

Era la época de las mareas equinocciales y pocos navíos habían levado anclas aquel día. Haciendo un poco el bravucón por los muelles de Calais, espada al cinto y capa recogida al hombro, Guccio había encontrado por fin un patrón de barco que consintió en embarcarlo. Partieron por la tarde y la tormenta se levantó en cuanto dejaron el puerto. Encerrado en un recinto bajo el puente, cerca del mástil mayor (el lugar donde esto se mueve menos, había dicho el patrón) y en un barco de madera adosado a la pared a guisa de litera, Guccio se disponía a pasar la peor noche de toda su vida.

Las olas golpeaban el barco con topetazos de carnero, y Guccio sentía que el mundo se balanceaba a su alrededor. Rodaba del banco al suelo y se debatía largo rato en la oscuridad total, ora chocando contra el maderamen, ora contra los cabos endurecidos por el agua o contra las cajas mal sujetas que caían con estrépito y trataba de aferrarse a invisibles cosas huidizas bajo sus manos. Entre dos resoplidos de la borrasca. Guccio oyó el crepitar de las velas y de grandes masas de agua que se abatían sobre el puente. Se preguntaba si la tripulación entera no habría sido barrida y sería él el único sobreviviente a bordo de un abandonado navío. Lanzado por el viento contra el cielo, para ser proyectado luego hacia los abismos.

“Seguramente moriré – se decía Guccio -. ¡Qué estupidez acabar así, a mi edad, tragado por el mar! ¡No volveré a ver París ni Siena ni mi familia! ¡No volveré a ver el sol! ¡Por qué no habré esperado un par de días en Calais? ¡Qué estúpido he sido! Si salgo con vida, *per la Madonna* que me quedo el Londres. Me haré descargador, faquín, cualquier cosa, pero jamás vuelvo a pisar un barco.”

Por fin rodeó con ambos brazos la base del mástil, y de rodillas, en la oscuridad, fuertemente agarrado, tembloroso, con el estómago revuelto y completamente calado, permaneció allí aguardando su fin y prometiendo exvotos a Santa María delle Nevi, a Santa María della Scala, a Santa María del Carmine –es decir, a todas las iglesias de Siena que conocía.

Con el alba, la tormenta se calmó. Guccio, agotado, miró a su alrededor. Las cajas, las velas, las anclas, los cabos se amontonaron en espantoso desorden y, en el fondo del barco, bajo el pavimento de tablas, se veía una capa de agua.

Se abrió la escotilla que daba acceso al puente y una voz ruda gritó:

-¡Hola, *signior!* ¿Habéis podido dormir?

-¿Dormir? – respondió Guccio con voz llena de rencor. Poco faltó para que me encontrarais muerto.

Le arrojaron una escalera de cuerda y lo ayudaron a subir al puente. Una ráfaga de aire frío lo envolvió, haciéndolo temblar bajo sus ropas mojadas.

-¿No pudisteis advertirme que habría tormenta? – dijo Guccio al patrón del barco.

-¡Bah, caballero!, es cierto que ha sido mala la noche; pero parecíais tener tanta prisa... Además, para nosotros es cosa corriente. Ahora estamos ya cerca de la costa.

Era un anciano robusto de pelo gris cuyos ojillos negros miraban a Guccio de manera un tanto burlona.

Tendiendo el brazo hacia una línea blanquecina que surgía de la bruma, el viejo marino agregó:

-Allí esta Dover.

Guccio suspiró y se ajustó la capa al cuerpo.

-¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar?

El otro se encogió de hombros y respondió:

-Unas dos o tres horas, no más, porque el viento sopla del Levante.

Sobre el puente yacían tres marineros, rendidos por la fatiga. Otro, colgado del brazo del timón, mordía un trozo de carne salada sin apartar los ojos de la proa del navío y de la costa de Inglaterra.

Guccio se sentó junto al viejo marino, al abrigo de una pequeña mampara de tablas que cortaba el viento, y a pesar del día, del frío y del oleaje, se quedó dormido.

Cuando despertó, el puerto de Dover se ofrecía ante su vista con su dársena rectangular y sus hileras de casas bajas, de muros rústicos y techos cubiertos de piedras. A la derecha del desembarcadero se elevaba la casa del "sheriff", vigilada por hombres armados. En el muelle con sus cobertizos colmados de mercaderías, hormigueaba una bulliciosa multitud. La brisa traía olores de pescado, de alquitrán y de madera podrida. Algunos pescadores transitaban con sus redes y sus pesados remos al hombro. Unos chiquillos empujaban por el suelo sacos más grandes que ellos.

El barco, arriadas las velas, entró en la dársena a remo.

La juventud recupera pronto sus fuerzas y sus ilusiones. Los peligros superados sólo sirven para darle mayor confianza en sí misma y para

impulsarla a nuevas empresas. El sueño de dos horas había bastado a Guccio para hacerle olvidar sus temores nocturnos. Poco faltaba para que se atribuyera todo el mérito de haber dominado la tempestad; veía en ello un signo de su buena suerte. De pie sobre el puente, una postura de conquistador, con la mano aferrada a un cabo, miraba con apasionada curiosidad el reino de Isabel.

El mensaje de Roberto de Artois cosido a las ropas y la sortija de plata en el índice le parecían las prendas de un gran porvenir. Iba a penetrar en la intimidad del poder, conocería a reyes y reinas, sabría el contenido de los tratados más secretos. Se adelantaba a los acontecimientos con embriaguez: ya se veía como prestigioso embajador, confidente escuchado de los poderosos de la tierra, ante quien se inclinaban los más altos personajes. Participaría en el consejo de los príncipes... ¿Acaso no tenía un ejemplo en sus compatriotas Biccio y Musciato Guardi, los famosos financieros toscanos, a quienes los franceses llamaban Biche y Mouche, (*“Cervatilla” y “mosca”, pero también, popularmente, “golfa” y “pinta”. N de la T.*) y que fueron durante más de diez años tesoreros, embajadores y validos del austero Felipe el Hermoso? El lograría aún más. Y algún día se narraría la historia del ilustre Guccio Baglioni, que se había iniciado en la vida derribando casi al rey de Francia, en una esquina de París... Ya el rumor del puerto llegaba hasta él como una aclamación.

El viejo marino arrojó una planchada para unir el muelle con el barco. Guccio pagó el pasaje y dejó el mar por la tierra firme.

Como no transportaba mercadería, no tuvo que pasar por la aduana. Al primer chiquillo que se ofreció para llevar su equipaje le pidió que lo condujera a casa del Lombardo del lugar.

Los banqueros y mercaderes italianos de esta época poseían su propia organización de correos y transporte. Formados en grandes “compañías” que llevaban el nombre de su fundador, tenían factorías en las principales ciudades y puertos. Dichas factorías eran a la vez sucursales de banca. Oficina privada de correos y agencia de viajes.

El agente de la factoría de Dover pertenecía a la “compañía” Albizzi. Se alegró de recibir al sobrino del jefe de la “compañía” Tolomei y lo trató lo mejor que pudo. Le dieron con qué lavarse; sus ropas fueron secadas y planchadas; le cambiaron el oro francés por oro inglés y le sirvieron una abundante comida en tanto que le preparaban un caballo.

Mientras comía, Guccio contó, atribuyéndose un papel importante, cuán terrible tormenta había soportado.

Había también un hombre llegado la víspera. Llamado Boccaccio, viajante por cuenta de la “compañía” Bardi. Venía también de París, donde había asistido al suplicio de Jacobo de Molay y con sus propios oídos había escuchado la maldición. Para describir la tragedia se servía de una ironía

precisa y macabra que encantó a los comensales italianos. Este personaje, de unos treinta años, era de rostro inteligente y vivo, labios delgados y mirada que parecía divertirse con todo. Puesto que iba también a Londres, Guccio y él decidieron hacer el camino juntos.

Partieron hacia el medio día.

Recordando los consejos de su tío, Guccio hizo hablar a su compañero, quien, por otra parte, no quería otra cosa. El signor Boccaccio parecía haber corrido mucho. Había estado en todas partes, en Sicilia, Venecia, España, Flandes, Alemania y hasta en Oriente, y había salido con bien de muchas aventuras. Conocía las costumbres de esos países, tenía su opinión personal sobre el valor comparado de las religiones, despreciaba bastante a los monjes y detestaba a la inquisición. Al parecer, las mujeres le interesaban en gran manera. Daba a entender que las había frecuentado mucho; y de muchas de ellas, unas oscuras y otras ilustres, sabía gran cantidad de curiosas anécdotas. Poco caso hacía de su virtud, y su lenguaje se sazónaba, al hablar de ellas, con imágenes que dejaban a Guccio meditabundo. Espíritu libre el tal señor Boccaccio y muy por encima del nivel común.

-Si hubiera tenido tiempo – dijo a Guccio – me habría gustado poner por escrito esta cosecha de historias y de ideas recogidas a lo largo de mis viajes.

-¿Por qué no lo hacéis, *signor*? – respondió Guccio.

El otro suspiró como si confesara un sueño incumplido.

-Troppo tardi. Uno no se hace escritor a mi edad – dijo -. Cuando el oficio de uno es ganar oro, después de los treinta años no se puede hacer otra cosa. Además si escribiera todo esto, quién sabe, tal vez correría el riesgo de ser quemado.

Este viaje, estribo contra estribo, a través de una hermosa campiña verde con un compañero lleno de interés, encantó a Guccio. Aspiraba con placer el aire primaveral, las herraduras de los caballos parecían a sus oídos una feliz canción y pensaba tan bien de sí mismo como su hubiera compartido las aventuras de su compañero.

Por la noche se detuvieron en una posada. Los altos en el camino inducen a la confianza. Con un jarro de godala delante, cerveza fuerte aromatizada con jengibre, pimienta y clavo, el señor Boccaccio contó a Guccio que tenía una amante francesa de quien le había nacido un niño el año anterior, bautizado con el nombre de Giovanni. (*Ese niño sería más tarde el ilustre Boccaccio, autor del Decamerón*)

-se dice que los niños nacidos fuera del matrimonio son más listos y vigorosos que los otros – hizo notar Guccio sentenciosamente, pues disponía de algunas trivialidades para nutrir la conversación.

-Sin duda alguna. Dios les otorga dones de espíritu y de cuerpo para compensarles por lo que les quita en herencia y respeto – respondió el

signor Boccaccio.

-En todo caso, este niño tendrá un padre que podrá enseñarle muchas cosas.

-A menos que no le guarde rencor por haberlo traído al mundo en tan malas condiciones – dijo el viajante de los Bardi.

Durmieron en el mismo cuarto. Al amanecer reanudaron la marcha. Jirones de bruma se adherían aún a la tierra. El señor Boccaccio callaba: no era hombre de amaneceres.

Hacía fresco y el cielo se aclaró pronto. Guccio descubría a su alrededor una campiña cuya gracia lo hechizaba. Los árboles todavía estaban desnudos, pero el aire olía a savia y la tierra verdeaba ya de hierba fresca y tierna. Innumerables setos cortaban el campo y las colinas. El paisaje, con sus valles orlados de florestas, el resplandor verde y azul del Támesis entrevisto desde lo alto de un monte, una jauría seguida por un grupo de caballeros, todo seducía a Guccio. “La reina Isabel tiene en verdad un hermoso reino”, se repetía.

A medida que pasaban las leguas, aquella reina ocupaba mayor lugar en sus pensamientos. ¿Por qué no agradarle al mismo tiempo que cumplía su misión? La historia de los príncipes y de los imperios ofrecía numerosos ejemplos de cosas más sorprendentes. “Por ser reina, no es menos mujer”, se decía Guccio. “Tiene veintidós años y su esposo no la ama. Los señores ingleses no han de atreverse a cortejarla por temor a disgustar al rey. En tanto que y, mensajero secreto que ha desafiado la tempestad para venir hasta aquí..., doblo la rodilla en tierra, la saludo con un gran vuelo de mi sombrero..., beso el ruedo de su vestido...,”

Ya pulía las palabras con las cuales colocaría su corazón, su astucia y su brazo al servicio de la joven reina de cabellos de oro... “Señora, no soy noble, mas si un libre ciudadano de Siena que vale tanto como cualquier hidalgo. Tengo dieciocho años y es mi *caro* deseo contemplar vuestra belleza y ofrendaros mi alma y mi sangre.”

-Estamos a punto de llegar – dijo el *signor* Boccaccio.

Se hallaba ya en los arrabales de Londres sin que Guccio se hubiera dado cuenta de ello. Las casas se espesaban a lo largo de la ruta. Había desaparecido el buen aroma del bosque: el aire olía a turba quemada.

Guccio miraba en derredor, con sorpresa. Su tío Tolomei le había hablado de una ciudad extraordinaria y sólo veía una interminable sucesión de aldeas compuestas de construcciones de negros muros, callejuelas sucias por donde pasaban flacas mujeres cargadas con pesados fardos, niños andrajosos y soldados de mala catadura.

De pronto, junto con un grupo de gente, caballos y carros, los los viajeros se encontraron frente al puente de Londres. Dos torres cuadradas guardaban su entrada, y entre ellas, por la noche, se tendían cadenas, y

se cerraban con enormes puertas. Lo primero que Guccio observó fue una cabeza humana, ensangrentada, clavada en una de las picas que erizaban las puertas. Los cuervos revoloteaban en torno a aquel rostro de cuencas vacías.

-La justicia de los reyes de Inglaterra ha funcionado esta mañana – dijo el *signor* Boccaccio -. Así terminan aquí los criminales o los que son llamados de ese modo para desembarazarse de ellos.

-Curiosa Acogida para los extranjeros – dijo Guccio.

-Una manera de prevenirles de que no llegan a una ciudad de florecillas y ternuras.

Este puente era, por entonces, el único tendido sobre el Támesis. Formaba una verdadera calle construida encima del agua, y sus casas de madera, apretadas unas contra otras, albergaban toda clase de tiendas.

Veinte arcos de dieciocho metros de altura, sostenían aquella extraordinaria edificación. Cien años casi habían sido precisos para construirlo, y los londinenses lo mostraban con orgullo.

Un agua turbia remolineaba alrededor de las arcadas; en las ventanas se secaba ropa blanca y las mujeres vaciaban sus baldes en el río.

Comparado con el puente de Londres, el Ponte Vecchio de Florencia le parecía a Guccio un juguete; y el Arno, al lado del Tamesis, sólo un arroyo. Lo hizo notar así a su compañero.

-De todos modos, somos nosotros quienes enseñamos todo a los otros pueblos – respondió éste.

Tardaron un tercio de hora en cruzar el puente, tan densa era la multitud, y tan tenaces los mendigos que se les colgaban de las botas.

Al llegar a la orilla opuesta, Guccio vio, a su derecha, la torre de Londres cuya enorme masa blanca se recortaba sobre el cielo gris. Luego, en pos del *signor* Boccaccio, penetró en la ciudad. El ruido y la animación que reinaban en las calles, el rumor de voces extranjeras, el cielo plomizo, el pesado olor de humo que flotaba sobre la ciudad, los gritos que salían de las tabernas, la audacia de las descaradas mujeres, la brutalidad de los escandalosos soldados, todo sorprendió a Guccio.

Al cabo de unos trescientos pasos, los viajeros doblaron a la izquierda y desembocaron en la Lombard Street, donde los banqueros italianos tenían sus establecimientos. Las casas eran de aspecto exterior modesto, de un piso o dos a lo sumo, pero muy bien cuidadas, con puertas lustrosas y rejas en las ventanas. El *signor* Boccaccio dejó a Guccio delante del banco Albizzi. Los dos compañeros de viaje se separaron con grandes muestras de amistad, se felicitaron mutuamente por el placer de la buena compañía y prometieron volver a verse muy pronto en París.

III

WESTMINSTER

Master Albizzi era un hombre alto, enjuto, de larga cara morena, con espesas cejas y mechones de cabellos negros que asomaban por debajo de su bonete. Recibió a Guccio con plácida benevolencia y afabilidad de gran señor. En pie, con su flaco cuerpo ceñido por un traje de terciopelo azul oscuro, la mano sobre el escritorio, Albizzi tenía la presencia de un príncipe toscano.

En tanto que intercambiaban los cumplidos de rigor, la mirada de Guccio iba de los altos siales de roble a las colgaduras de Damasco, de los taburetes con incrustaciones de marfil a las ricas alfombras que cubrían el suelo, de la monumental chimenea a los hachones de plata maciza. Y el joven no podía evitar hacer una rápida evaluación: “Esos tapices... sesenta libras cada uno, seguramente; los hachones, el doble; la casa, si cada habitación está a la altura de ésta, vale tres veces más que la de mi tío...” “Pues aunque soñara con ser embajador y caballero andante de la reina, Guccio no olvidaba que era mercader, hijo, nieto y biznieto de mercaderes. -Debisteis haber embarcado en uno de mis navíos... porque también somos armadores..., y tomar el camino de Boulogne – dijo *master* Albizzi -. De este modo, primo mío, habríais hecho una travesía más confortable.

Hizo servir hipocrás, un vino aromatizado que se bebía comiendo almendras garapiñadas. Guccio explicó el objeto de su viaje.

-Vuestro tío Tolomei, a quien mucho estimo, sabe lo que hace al enviaros a mí – dijo Albizzi jugueteando con el grueso rubí que llevaba en la mano derecha -. Uno de mis principales clientes y más agradecidos se llama Hugo Despencer. Por él arreglaremos la entrevista.

-¿Os referís al íntimo amigo del rey Eduardo? – inquirió Guccio.

La amiga, queréis decir, la favorita del rey. No, hablo del padre. Su influencia es más velada, pero igualmente grande. Se sirve hábilmente de la desfachatez del hijo, y si las cosas siguen como van, pronto gobernará el reino.

-Pero es la reina a quien quiero ver, no al rey.

-Mi joven primo – le explicó Albizzi con una sonrisa -. Aquí, como en todas partes, hay quienes, no perteneciendo a uno ni a otro partido, juegan a ambas cartas. Yo sé lo que puedo hacer.

Llamó a su secretario y escribió rápidamente unas líneas en un papel que selló.

-Iréis a Westminster hoy mismo, después de comer, primo mío – dijo cuando hubo despachado al secretario portador del billete -, y espero que la reina os concederá audiencia. Para todos seréis un mercader de piedras

preciosas y orfebrería, venido expresamente de Italia y recomendado por mí. Al presentarle las alhajas a la reina, podréis cumplir vuestra misión. Fue hasta un gran cofre, lo abrió y sacó una caja de madera preciosa con herrajes de cobre.

-Aquí tenéis vuestras credenciales – agregó.

Guccio levantó la tapa: sortijas con piedras centelleantes, pesados collares de perlas, un espejo cercado de esmeraldas y diamantes alternados, reposaban en el fondo de la caja.

-Y si la reina quisiera adquirir alguna de estas joyas, ¿qué debo hacer?

Albizzi sonrió.

-La reina no os comprará nada directamente, pues no tiene dinero reconocido y se le vigilan los gastos. Si desea algo, me lo hará saber. El mes pasado le hice confeccionar tres escarcelas que aún no se me han pagado.

Después de la comida, por cuyo menú Albizzi se excusó diciendo que era de cada día, pero resultó digno de las mejores mesas señoriales, Guccio se encaminó a Westminster. Lo acompañaba un lacayo del banco, especie de guardia de corps con aspecto de búfalo, quien llevaba el cofre atado con una cadena a la cintura.

El corazón de Guccio rebosaba de orgullo. Iba con la barbilla en alto y gran aplomo, contemplando la ciudad como si fuera a convertirse en su propietario al día siguiente.

El palacio, imponente por sus gigantescas proporciones, aunque sobrecargado de florituras, le pareció de bastante mal gusto, comparado con los que en aquellos años se construían en Toscana y especialmente en Siena. “Esta gente anda escasa de sol y sin embargo parecen hacer todo lo posible para impedir el paso del poco que tienen”, pensó.

Entró por la puerta de honor. Los soldados de la guardia se calentaban alrededor de un fuego de gruesos troncos. Un escudero se aproximó.

-¿Signor Baglioni? Os aguardan. Voy a conducirlos – dijo en francés.

Escoltado siempre por el lacayo con el cofre de las joyas, Guccio siguió al escudero. Atravesaron un patio rodeado de arcadas, luego otro, subieron una amplia escalera de piedra y penetraron en las habitaciones. Las bóvedas eran muy altas y llenas de extraños ecos. A medida que avanzaban por una sucesión de salas heladas y oscuras, Guccio se esforzaba vanamente por conservar su bella apariencia; pero se sentía disminuido de tamaño. Guccio vio un grupo de hombres jóvenes cuyos ricos atavíos y trajes guarnecidos de pieles le llamaron la atención; en el costado izquierdo de cada uno de ellos brillaba el puño de una espada. Era la guardia de la reina.

El escudero dijo a Guccio que aguardara y lo dejó allí, en medio de los gentilhombres que lo examinaban con aire zumbón y cambiaban

observaciones que él no comprendía. De pronto, Guccio se sintió invadido por una sorda angustia. ¿Y si se producía algún imprevisto? ¿Y si en esa corte que sabía desgarrada por las intrigas, pasaba por sospechoso? ¿Y si antes de ver a la reina se abalanzaban y descubrían el mensaje?

Cuando el escudero regresó en su busca y le tiró de la manga, Guccio se sobresaltó. Tomó el cofre de manos del criado de Albizzi, mas, en su prisa, olvidó que estaba atado por una cadena a la cintura del hombre, quien al recibir el tirón fue proyectado hacia delante. Hubo risas, y Guccio sintió que se cubría de ridículo. Tanto fue así que entró en las habitaciones de la reina humillado, petrificado y se halló ante ella antes de haberla visto.

Isabel estaba sentada. Una mujer joven, de cara larga y rígida postura, se hallaba en pie a su lado. Guccio hincó la rodilla en tierra y en vano buscó un cumplido que no acudió a su mente. La presencia de una tercera persona acababa de ahuyentar sus bellas esperanzas. Se había figurado - ¿cómo pudo imaginarlo? - que la reina estaría sola.

La reina habló primero:

-Lady Despenser - dijo -, veamos las joyas que nos trae este joven italiano, y si son tan maravillosas como dicen.

El nombre de Despenser acabó de turbar a Guccio. ¿Qué podía hacer una Despenser en las habitaciones de la reina?

Habiéndose levantado a un gesto de la reina, abrió el cofre y se lo presentó. Lady Despenser le dedicó apenas una mirada y dijo con voz displicente:

-Son muy hermosas, en efecto, señora, pero no son para nosotras; no podríamos comprarlas.

La reina hizo un gesto de mal humor:

-Entonces, ¿por qué me ha presionado vuestro suegro para que recibiera a este mercader?

-Creo que para favorecer a Albizzi; pero ya le debemos demasiado a éste para comprar más cosas.

-Sé, señora - dijo entonces la reina -, que vos, vuestro marido y todos vuestros parientes veláis con tanto cuidado la fortuna del reino, que bien podría creerse que es vuestra. Pero aquí, tendréis que tolerar que disponga de mis bienes particulares, o la menos de lo que me han dejado. Por otra parte, me admira, madame, que cuando viene a palacio algún forastero o algún mercader, mis damas francesas se hallen alejadas como por casualidad, a fin de que vuestra madre política o vos misma podáis hacerme compañía de tal modo que parece vigilancia. Imagino que si estas mismas alhajas fueran presentadas a mi esposo o al vuestro, uno y otro encontrarían la forma de adornarse con ellas, como no osarían hacerlo las mujeres.

El tono era tranquilo y frío, pero en cada palabra se traslucía el

resentimiento de Isabel contra la abominable familia que, al mismo tiempo que ridiculizaba a la corona, entraba a saco en el tesoro. Pues no solamente los Despenser, padre y madre, se aprovechaban del abyecto amor que el rey profesaba a su hijo, sino que la propia mujer de éste consentía en el escándalo y le prestaba su apoyo.

Vejada por la andanada, Eleanor Despenser se levantó y se retiró a un rincón de la sala aunque sin dejar de observar a la reina y al joven sienés. Guccio, recobrando en parte el aplomo que era natural y que tanto y tan extrañamente le faltaba aquel día, osó por fin mirar a la reina. Había llegado el instante de darle a entender que la compadecía por sus desdichas y que sólo deseaba servirla. Mas encontró tal frialdad, tal indiferencia, que se le heló el corazón. Sus ojos azules tenían la misma fijeza helada que los de Felipe el Hermoso. ¿Cómo declarar a semejante mujer: “Señora, os hacen sufrir, y yo quiero amaros”?

Lo único que Guccio pudo hacer fue indicar el gran anillo de plata que había colocado en un rincón del cofre, y decir:

-Señora, ¿me concederéis el favor de examinar esta sortija y mirar su grabado?

La reina tomó la sortija, reconoció los tres castillos de Artois grabados en el metal y miró a Guccio.

-Me agrada – dijo -. ¿Tenéis otros objetos tallados por la misma mano?

Sacando de sus ropas el mensaje, dijo Guccio:

-Aquí están los precios.

-Acerquémonos a la luz para que yo los vea mejor – dijo Isabel.

Se levantó y acompañada de Guccio fue hasta el derrame de una ventana donde pudo leer el mensaje a su entera satisfacción.

-¿Regresáis a Francia? - murmuró luego.

-Cuando os plazca ordenármelo, señora – respondió Guccio en el mismo tono.

-Decid entonces a monseñor de Artois que estaré en Francia dentro de poco tiempo y que todo se hará como habíamos convenido.

Su semblante se había animado un poco. Concentraba toda su atención en el mensaje y ninguna en el mensajero. No obstante, la preocupación real por pagar bien a los que la servían le hizo agregar:

-Diré a monseñor de Artois que os recompense por vuestros afanes mejor de lo que yo podría hacerlo en este momento.

-El honor de veros y de servirlos, señora, constituye ciertamente mi mejor recompensa.

Isabel agradeció con un leve movimiento de cabeza, y Guccio comprendió que entre una biznieta de monseñor san Luis y el sobrino de un banquero había una distancia infranqueable.

En voz bien alta, de manera que la Despenser pudiera oírla, la reina lo

despidió diciendo:

-Os habré saber por Albizzi lo que decida con respecto a estas joyas.

Adiós, maese.

Y lo despidió con un gesto.

IV

EL CREDITO

A pesar de la cortesía de Albizzi, que lo invitó a permanecer en Londres varios días, Guccio partió a la mañana siguiente muy temprano, bastante irritado consigo mismo. No obstante, había cumplido perfectamente su misión, y por este lado sólo elogios merecía. Pero no se perdonaba, como libre ciudadano de Siena que era y, por tanto, igual a cualquier gentilhombre de esta tierra, haberse dejado impresionar por la presencia de una reina. Pues era inútil engañarse: nunca podría negarse a sí mismo que le había faltado la palabra, al verse frente a la reina de Inglaterra, la cual ni siquiera lo había honrado con una sonrisa. “¡Al fin y al cabo es una mujer como todas! ¿Por qué he temblado?”, se decía enfadado. Mas cuando se decía esto, estaba ya lejos de Westminster.

No habiendo encontrado compañero como a la ida, hacía solitario su camino, remachando su despecho. Tal estado de ánimo no lo abandonó durante todo el viaje de retorno y fue exasperándolo a medida que pasaban las leguas.

Porque no tuvo en la corte de Inglaterra la acogida esperada, porque por su linda cara no le habían rendido honores de príncipe, cuando pisó tierra de Francia se había formado la opinión de que los ingleses eran una nación bárbara. En cuanto a la reina Isabel, si era desdichada, si su marido se mofaba de ella, bien merecido lo tenía. “¡Valla! ¡Uno atraviesa el mar, arriesga su vida, y se lo agradecen menos que si fuera lacayo! Esa gente ha aprendido a darse grandes ínfulas, pero no tienen sentimientos y desprecian la mejor dedicación. No deben sorprenderse si son tan mal queridos y tan bien traicionados.”

La juventud no renuncia fácilmente a sus ansias de grandeza. Por las mismas rutas que por las que la semana anterior se creía ya embajador y amante real, Guccio se decía rabiosamente: “Ya me vengaré.” Con quién y cómo no lo sabía aún, mas necesitaba desquitarse.

Y en primer lugar, puesto que el destino y el desdén de los reyes querían que fuese un banquero lombardo, demostraría serlo como rara vez se había visto. Un banquero poderoso, audaz y retorcido, un prestamista despiadado. ¿Su tío le había encargado que pasara por la factoría de Neauphle-le-Vieux para cobrar un crédito? ¡Pues bien! No sospechaban los deudores la tormenta que se les venía encima.

Tomando por Pontoise para desviarse a través de la Isla-de-Francia, Guccio llegó a Neauphle el día de san Hugo.

La factoría de Tolomei estaba en una casa contigua a la iglesia, en la plaza de la ciudad. Guccio entró como dueño, se hizo mostrar los libros de

registro y amonestó a todo el mundo. ¿Para qué servía el factor principal? ¿Sería acaso que él, Guccio Baglione, el propio sobrino del director de la “compañía”, tuviera que molestarse por cada crédito o dificultad? Ante todo, ¿quiénes eran esos castellanos de Cressay, deudores de trescientas libras? Se le informó: el padre había muerto. Sí, eso Guccio lo sabía. ¿Y luego? Tenía dos hijos de veinte y veintidós años. ¿Qué hacían? Cazaban... Evidentemente, unos holgazanes. Había también una hija de dieciséis años... Seguramente fea. Decidió Guccio... Y luego la madre, que dirigía la casa desde la muerte del señor de Cressay. Gentes de buena cuna, pero arruinadas por completo. ¿Cuánto valían el castillo y las tierras? Entre ochocientas y novecientas libras. Poseían un molino y una treintena de siervos.

-¿Y con esto no conseguís hacerlos pagar? – exclamó Guccio -. ¡Ya veréis si conmigo dura mucho esta situación! ¿Cómo se llama el preboste de Montfort? *(Los prebostes eran funcionarios reales que acumulaban funciones repartidas hoy entre los prefectos, jefes de subdivisiones militares, comisarios de distrito, agentes del Tesoro, del fisco y del registro. No hace falta decir que no eran queridos. Pero ya entonces, en algunas regiones, compartían sus atribuciones con los recaudadores de impuestos.)* ¿Portefruit? Bien. ¡Si para esta tarde no han pagado, voy en busca del preboste y los hago embargar! ¡Eso es!

Montó de nuevo a caballo y partió al trote hacia Crassay, como si fuera a conquistar, él solo, una plaza fuerte. “Mi oro o el embargo... mi oro o el embargo”, se repetía. “Tendrán que encomendarse a Dios o a sus santos”. Cressay, a una media legua de Neauphle, era una aldea construida en un costado del valle, al borde del Mauldre, arroyo que puede saltarse de un salto de caballo.

El castillo que Guccio divisó no era, en realidad, más que una casa solariega bastante deteriorada, sin foso, puesto que el arroyo le servía de defensa, con torres bajas y aledaños fangosos. La pobreza y la mala conservación eran evidentes. Los techos se desplomaban en muchas partes; el palomar parecía desguarnecido; los muros, llenos de musgo, tenían grietas y en los bosques cercanos los profundos claros dejaban adivinar abundantes talas.

“Peor para ellos. Mi oro o el embargo”, se repetía Guccio al flanquear la puerta.

Pero alguien había tenido la misma idea antes que él, y ése era precisamente el preboste Portefruit.

Había un gran trajín en el patio. Tres guardias reales, esgrimiendo el bastón de la flor de lis, enloquecían con sus órdenes a algunos siervos harapientos y los obligaban a reunir el ganado, a juntar los bueyes y a traer del molino los sacos de grano que eran arrojados dentro del carro de la alcaldía. Los gritos de los guardias, las corridas de los aterrizados labriegos, los balidos de unas veinte ovejas, los cacareos de las aves de

corral, producían una magnífica batahola.

Nadie se ocupó de Guccio; nadie acudió a sujetar su caballo, cuya brida él mismo ató a una anilla. Un viejo campesino, le dijo simplemente:

-La desgracia ha caído sobre esta casa. Si el amo estuviera presente, reventaría por segunda vez. ¡No hay justicia!

La puerta de la mansión estaba abierta y por ella salían los gritos de una violenta discusión.

"Parece que llego en mal día", pensó Guccio, cuyo mal humor se acrecentaba.

Subió las gradas del pórtico y, guiándose por las voces, penetró en una sala larga y oscura con muros de piedra y techo de vigas.

Una jovencita, a quien no se tomó el trabajo de mirar, le salió al encuentro.

-Vengo por negocios y quisiera hablar con la señora de Cressay – dijo él.

-Soy María de Cressay. Mis hermanos están ahí y mi madre también – respondió la jovencita con voz titubeante, indicando el fondo de la estancia

-. Pero ahora están muy ocupados...

-No importa, aguardaré – dijo Guccio.

Y para afirmar su decisión, se plantó delante de la chimenea y aproximó su bota al fuego, a pesar de que no sentía frío.

En el otro extremo de la sala se agitaba de firme. Entre sus dos hijos, barbudo uno, lampiño el otro, altos y coloradotes ambos, la señora de Cressay se forzaba por hacer frente a un cuarto personaje, a quien Guccio reconoció en seguida como el preboste Portefruit en persona.

La señora de Cressay, doña Eliabel para todos los del lugar, tenía ojos brillantes, pecho amplio y llevaba sus cuarentena de abundantes carnes muy bien enfundadas en sus vestidos de viuda. (El uniforme de viuda de la nobleza, muy parecido al de las religiosas, constaba de una larga veste negra, sin adornos ni joyas, de una toca blanca que cogía cuello y mentón y de un velo blanco sobre los cabellos.)

-Señor preboste – gritaba -, mi esposo se endeudó en la guerra del rey, donde ganó más magullones que provecho, en tanto que la propiedad, sin hombre, andaba a la buena de Dios. Hemos pagado siempre nuestros tributos y ayudado a la iglesia. Decidme, ¿quién hizo más en toda la comarca? ¡Y todo para engordar a gentes de vuestra laya, messire Portefruit, cuyos abuelos andaban descalzos por estos contornos, y para eso venís a saquearnos!

Guccio miró en torno. Algunas banquetas rústicas, dos sillas de respaldo, bancos pegados a los muros, cofres y un gran camastro con cortina que dejaba entrever el colchón de paja, constituían el mobiliario. Encima de la chimenea pendía un viejo escudo descolorido, sin duda la enseña de guerra del señor de Cressay.

-Me quejaré al conde de Dreux – proseguía diciendo doña Eliabel.

-El conde de Dreux no es el rey y yo cumplo órdenes reales – respondió el preboste.

-No os creo, señor preboste. No creo que el rey ordene que se trate como a malhechores a quienes poseen título de caballería hace doscientos años. ¿O quizás las cosas no andan bien en el reino?

-¡Por lo menos dadnos tiempo! – dijo el hijo barbudo -. Pagaremos mediante pequeñas sumas.

-Terminemos esta discusión. Os he concedido tiempo suficiente, y no habéis pagado – interrumpió el preboste.

Tenía brazos cortos, cara redonda y voz cortante.

-Mi labor no consiste en escuchar vuestras quejas, sino en reembolsar las deudas – prosiguió diciendo -. Debéis aún el Tesoro trescientas treinta libras. Si no las tenéis, tanto peor. Cojo y vendo.

Guccio pensó: “Este hombre habla con el mismo lenguaje que yo me disponía a usar. Cuando haya cumplido con su misión no quedará nada. Decididamente ha sido un mal viaje. ¿No sería mejor intervenir enseguida?

Le ponía de mal humor ver al preboste llegado en mala hora, que le ganaba por la mano.

La jovencita que había salido a recibirlo no estaba lejos de allí. La miró mejor. Era rubia, con hermosos cabellos ondulados que le salían de la cofia, de tez luminosa, grandes ojos oscuros y cuerpo fino, esbelto, bien formado. Guccio tuvo que reconocer que la había juzgado precipitadamente.

María de Cressay, por su parte, parecía muy incomoda porque un forastero asistiera a la escena. No era cosa de todos los días que un joven caballero, de rostro agradable y cuya vestimenta anunciaba riqueza, pasara por aquellos campos. ¡Qué mala suerte que aquello sucediera cuando la familia se mostraba en su peor aspecto!

La discusión proseguía en el otro extremo de la sala.

-¿No basta con haber perdido al esposo y tener que pagar además seiscientas libras para conservar su casa? ¡Me quejaré al conde de Derux! – repetía doña Eliabel.

-Os hemos entregado ya doscientas setenta, que tuvimos que pedir prestadas – añadió el hijo barbudo.

-Embargarnos es reducirnos al hambre, es vendernos, es querer nuestra muerte – dijo es segundo hijo.

-Órdenes son órdenes – replicó el preboste -. Conozco mi derecho. Hago el embargo y haré la venta.

Vejado, como actor desposeído de su papel, Guccio dijo a la chica:

-Este preboste me resulta odioso. ¿Qué quiere de vosotros?

-No lo sé, ni tampoco lo saben mis hermanos. Poco comprendemos de

esas cosas – respondió María de Cressay -. Dice que es por la sucesión, después de la muerte de nuestro padre.

-¿Y por eso reclama seiscientas libras? – dijo Guccio arrugando el entrecejo.

-¡Ah, señor, la desgracia ha caído sobre nosotros! – murmuró ella.

Sus miradas se cruzaron, se retuvieron por un instante, y Guccio creyó que la joven iba a echarse a llorar. Pero no. Soportaba con entereza la adversidad y sólo por pudor desvió sus hermosas pupilas de color oscuro. Guccio reflexionaba. De pronto, dando un gran rodeo a la sala, Guccio de plantó ante el agente de la autoridad y exclamó.

-¡Permitid, señor preboste! ¿No estaréis a punto de cometer un robo?

Estupefacto, el preboste le hizo frente y le preguntó quién era.

-No viene a cuento – replicó Guccio -. Desead mejor no enteraros demasiado pronto si tenéis la desdicha de que vuestras cuentas no sean justas. Pero tengo algunas razones para interesarme en la sucesión de Cressay. Dignaos decirme en cuánto estimáis esta propiedad.

Como el otro intentara imponerle su autoridad y amenazara con llamar a sus guardias, Guccio prosiguió:

-¡Cuidado! Habláis con un hombre que hace cinco días era huésped de la señora reina de Inglaterra y que tiene poder para presentarse mañana ante el señor Enguerrando de Marigny, a fin de hacerle conocer el comportamiento de sus prebostes. Responded, *messire*... ¿cuánto vale esta propiedad?

Sus palabras causaron gran efecto. El preboste se turbó al oír el nombre de Marigny, la familia callaba, atenta, asombrada. Guccio tenía la impresión de haber crecido un palmo.

-El bailiazgo estimó a Cressay un valor de tres mil libras – respondió por fin el preboste.

-¿Tres mil, habéis dicho? Exclamó Guccio -. ¿Tres mil libras esta casa de campo en tanto el palacio de Nesle, uno de los más hermosos de París y morada de monseñor el rey de Navarra, esta tasado en cinco mil libras? Se estima caro en vuestro bailiazgo.

-Están las tierras.

-El total vale novecientas libras a lo sumo, y lo sé de buena fuente.

El preboste tenía en la frente, encima del ojo izquierdo, un defecto de nacimiento, una gruesa fresa que se ponía violácea por el efecto de la emoción. Y Guccio, mientras hablaba, fijaba los ojos en dicha fresa, cosa que acababa por hacerle perder al preboste su presencia de ánimo.

-¿Queréis decirme, ahora, cuáles son los derechos reales sobre la transmisión de bienes?

-Cuatro sueldos por cada libra registrada en el bailiazgo.

-Mentís en grande, *messire* Portefruit. El impuesto es de dos sueldos para

los nobles, en todos los bailiazgos. No sois el único en conocer la ley; yo también la sé. Este hombre se aprovecha de vuestra ignorancia para embaucaros como un tunante – dijo Guccio, dirigiéndose a la familia Cressay -. Afirma que actúa en nombre del rey, pero no os dice que se ha cobrado ya el impuesto y que, después de pagar al Tesoro del rey lo que prescriben las ordenanzas, se echará al bolsillo lo restante. Y si os hace vender, ¿quién comprará, no por tres mil libras, sino por mil quinientas o, incluso, por la deuda, el castillo de Cressay?

¿No seréis vos, *messire* preboste, quién tiene esa hermosa intención? Toda la irritación de Guccio, todo su rencor y su cólera hallaban ahora donde volcarse. Se acaloraba al hablar; había encontrado, por fin, la oportunidad de ser importante, de hacerse respetar y jugar al hombre fuerte. Pasándose alegremente al bando que venía a atacar asumía la defensa de los débiles y se presentaba como desfacedor de entuertos. En cuanto al preboste, su gruesa cara redonda se había vaciado de sangre y sólo la fresa violeta, encima del ojo, se destacaba como una mancha oscura. Agitaba los cortos brazos con movimientos de pato. Protestó de su buena fe. No era él quien había hecho las cuentas. Podía haberse cometido un error... sus asistentes o bien los del bailiazgo.

-¡Muy bien! Reharemos vuestras cuentas – dijo Guccio.

En un momento le demostró que los Cressay sólo debían, todo junto, por principal e intereses, cien libras y unos sueldos.

-Y ahora, ¡dad orden a vuestros guardias para que desaten los bueyes, lleven de vuelta el trigo al molino y dejen en paz a esta honrada gente!

Y asiendo al preboste por el cuello de su traje lo llevó hasta la puerta. El otro obedeció y gritó a los guardias que había un error que era necesario verificar, que regresarían en otro momento y que, por ahora, dejaran todo en su lugar. Creía que la cosa había terminado, pero Guccio lo condujo de nuevo al centro de la sala, y le dijo:

-Y ahora, devolvednos ciento setenta libras.

Pues Guccio había tomado de tal modo partido por los Cressay, que ya decía “nosotros” al defender su causa.

El preboste se desgañitó de furia, mas Guccio lo calmó en seguida.

-¿No acabo de oír que habíais percibido anteriormente doscientas libras?

Los hermanos asintieron.

-Entonces, señor preboste... ciento setenta libras – dijo Guccio, alargando la mano.

El gordo Portefruit quiso resistirse. Lo pagado pagado estaba. Sería preciso examinar las cuentas del prebostazgo. Por otra parte, no llevaba tanto oro encima. Volvería más tarde.

-Más os valdrá que tengáis ese oro con vos. ¿Estáis seguro de no haber cobrado alguna suma en el día de hoy? Los recaudadores del señor de

Marigny son eficientes – declaró Guccio -. Os conviene concluir este negocio al momento.

El preboste dudó unos instantes. ¿Llamar a sus guardias? El joven tenía aspecto vivaz y llevaba su buena espada al cinto. Además, estaban los dos hermanos de Cressay, de sólida talla, cuyas armas de caza estaban al alcance de sus manos, sobre un cofre. Seguramente los labriegos se sumarían a sus amos. Más valía no aventurarse en aquel asunto, sobre todo con el nombre de Marigny suspendido sobre su cabeza. Se rindió, y sacando de entre sus ropas una gruesa bolsa contó y entregó el exceso de lo percibido. Sólo entonces Guccio lo dejó ir.

-¡Recordaremos vuestro nombre, *messire* Portefruit! – le gritó desde la puerta.

Y regresó riendo ampliamente, y mostrando sus dientes hermosos, blancos y bien alineados.

Al instante, la familia lo rodeó colmándolo de bendiciones, tratándolo como a su salvador. En el entusiasmo general, la bella María de Cressay tomó la mano de Guccio y la llevó a sus labios; después, pareció aterrada de su acción.

Guccio, encantado consigo mismo, se sentía a sus anchas en el nuevo papel, se había conducido de acuerdo con el ideal mismo de la caballería: era el caballero andante que llega a un castillo desconocido para socorrer a la joven doncella afligida y proteger de los malvados a la viuda y a los huérfanos.

-Pero, en fin, ¿quién sois, señor, y a quién debemos tanto? – dijo Juan de Cressay, el que llevaba la barba.

-Me llamo Guccio Baglioni. Soy sobrino del banquero Tolomei, y vengo por el crédito.

Cayó el silencio en la estancia. Toda la familia se miró presa de angustia y consternación. Guccio se sintió como despojado de una bella armadura.

Doña Eliabel fue la primera en recobrarse. Prestamente arrebañó el oro dejado por el preboste y, componiendo una sonrisa de circunstancias, dijo, con voz jovial, que ante todo ella insistía en que su bienhechor les hiciera el honor de compartir su cena.

Comenzó a afanarse, mandó a sus hijos a diferentes tareas, y reuniéndolos luego en la cocina, les dijo:

-Cuidado, de todos modos es un Lombardo. Es preciso desconfiar de esa gente, sobre todo, cuando os han prestado un servicio. ¡Cuán lamentable es que vuestro padre tuviera que recurrir a ellos! Mostremos a éste, que por otra parte tiene buen aspecto, que no disponemos de dinero, mas procedamos de tal forma que no olvide que somos nobles.

Por fortuna, el día anterior los hijos habían cazado abundantes provisiones. Se retorció el cuello a algunas aves, y de este modo se pudo

confeccionar el doble servicio de cuatro platos que exigía la etiqueta señorial. El primero constó de un caldo ligero a la alemana, huevos fritos, ganso, guiso de conejo y una liebre asada; el segundo, de una cola de jabalí con salsa, un capón, leche agria y carne blanca.

Comida sencilla, pero que representaba una variante de las gachas de harina y lentejas con tocino, con que la familia, a semejanza de los campesinos, se contentaba con harta frecuencia.

Todo ello llevó tiempo para ser preparado. Subieron de la bodega aguamiel, sidra, y hasta los últimos frascos de un vino ya un poco picado; la mesa fue puesta sobre caballetes en la gran sala, contra uno de los bancos. Un mantel blanco caía hasta el suelo, y los comensales lo recogían a la altura de sus rodillas para poder enjugarse las manos con él. Había escudillas de estaño para cada dos personas. Las fuentes se depositaban en el centro de la mesa y todos se servían de ellas con la mano.

Tres campesinos, que por lo general se ocupaban del corral, se encargaron del servicio. Oían un poco a puerco y a conejera.

-Nuestro escudero trinchante – dijo doña Eliabel en tono de excusa e ironía, designando al cojo que cortaba rebanadas de pan, gruesas como piedras de amolar, sobre las cuales se comía la carne -. Debo aclararos, *signor* Baglioni, que su oficio es cortar leña. Eso explica que...

Guccio comió u bebió en abundancia. El escanciador tenía la mano pesada y se hubiera dicho que daba de beber a los caballos.

La familia impuso a Guccio a hablar, lo que no resultó difícil. El joven se puso a relatar la trempestad del canal de la Mancha, con tal énfasis, que sus huéspedes dejaron la cola de jabalí en la salsa. Se explayó con todo, con los acontecimientos del día, con el estado de los caminos, con el puente de Londres, con los Templarios, con Italia, con la administración de Marigny...

De creer en sus palabras, era íntimo de la reina de Inglaterra, y tanto insistió sobre el misterio que envolvía su misión, que cualquiera hubiera creído que iba a estallar una guerra entre ambos países. "No puedo decirlo más, pues es un secreto del reino y no me pertenece." Cuando uno se luce delante de un grupo, acaba de convencerse a sí mismo, y Guccio, viendo las cosas de otra manera que por la mañana, consideraba su viaje como un gran triunfo.

Los hermanos Cressay, buenos muchachos aunque no muy listos, que jamás se habían alejado diez leguas del solar natal, contemplaban con admiración y envidia a aquel mozo, menor que ellos, que ya había visto y hecho tanto.

Doña Eliabel, un poco apretada dentro de su vestido, se complacía en mirar con ternura al joven toscano, y, no obstante su prevención contra los

Lombardos, hallaba gran encanto en los cabellos rizados, en los dientes relucientes, en las negras pupilas y aun en su hablar ceceante. Habilidosamente lo adulaba con cumplidos.

“Guardate de las lisonjas”, le había dicho a menudo Tolomei a Guccio. “La lisonja es el mayor peligro para un banquero. Uno difícilmente se resiste al elogio, y por ello más te vale un ladrón que un lisonjero”; pero esa noche Guccio paladeaba los elogios como si bebiera aguamiel.

En realidad, hablaba principalmente por María de Cressay; esa jovencita no le quitaba los ojos de encima y alzaba hacia él sus hermosas pestañas doradas. Tenía una manera de escuchar, con los labios entreabiertos como una granada madura, que inspiraba a Guccio el deseo de hablar.

Cuando se vive apartado, uno ennoblece fácilmente a las personas. Para María, Guccio es como un príncipe extranjero que estuviera de viaje. Representaba lo imprevisto, lo inesperado, lo imposible soñado con harta frecuencia que llama de golpe a la puerta, dotado de un rostro, un cuerpo bellamente vestido y una voz.

El arrobamiento que leía en la mirada y en los rasgos de María de Cressay hizo que Guccio la considerara muy pronto como la más hermosa moza que viera en el mundo y la más deseable. A su lado, la reina de Inglaterra le parecía fría como una losa sepulcral. “Si compareciera en la corte, vestida como es debido – se decía -, sería la más admirada al cabo de una semana.”

Cuando se enjugaron las manos todos estaban un poco ebrios y había caído la noche.

Doña Eliabel decidió que el joven no podía partir a aquella hora, y le rogó que aceptara un lecho, por modesto que fuera.

Le aseguró que su cabalgadura estaba bien cuidada en los establos. El caballero andante continuaba existiendo y Guccio hallaba esta vida estupenda.

Muy pronto, doña Eliabel y su hija se retiraron. Los hermanos Cressay condujeron al viajero a la habitación destinada a los huéspedes. La cual parecía no haber sido usada en mucho tiempo. Apenas acostado, Guccio cayó en el sueño, pensando en una boca parecida a una granada madura sobre la cual apretaba sus labios para beber todo el amor del mundo.

V

LA RUTA DE NEAUPHLE

Lo despertó una mano que se posó suavemente sobre su hombro. Estuvo a punto de cogerla y apretarla contra su mejilla...

Abriendo un ojo, vio ante sí la abundante pechera y el rostro sonriente de doña Eliabel.

-¿Habéis dormido bien, señor?

Era claro día. Guccio, un tanto confuso, aseguró que había pasado la mejor noche del mundo y que tenía prisa por asearse y vestirse.

-¡Me avergüenza verme así delante de vos! – dijo.

Doña Eliabel llamó al labriego cojo que había servido la mesa la noche anterior, y le ordenó que avivara el fuego y trajera un cuenco de agua caliente y algunas “telas”, es decir, toallas.

-Antaño teníamos en el castillo una buena estufa, con una habitación de baños y otra para sudar – dijo ella -, pero se caía a pedazos, pues databa de los tiempos del abuelo de mi difunto y nunca tuvimos bastante para ponerla en buen estado. Ahora sirve para guardar la leña. ¡Ah, la vida no es fácil para nosotros, la gente del campo!

“Ya comienza a trabajar por el crédito”, se dijo Guccio.

Tenía la cabeza algo pesada por el vino de la víspera. Preguntó por Pedro y Juan de Cressay. Habían salido de caza al alba. Con mayor vacilación inquirió por María. Doña Eliabel explicó que su hija había debido ir a Neauphle a efectuar algunas compras para la casa.

-Yo voy a salir para allá ahora mismo – dijo Guccio -. De haberlo sabido, la hubiera conducido en mi caballo y le habría evitado la pena del camino.

Guccio se preguntó si la castellana no había alejado deliberadamente a su gente, para quedar a solas con él. Tanto más que cuando el cojo trajo la vasija, de cuyo contenido derramó un buen tercio sobre el piso, doña Eliabel no se movió de la pieza y se puso a calentar las “telas” ante el fuego. Guccio aguardaba a que se retirara.

-Lavaos, mi joven señor – dijo ella -. Nuestras criadas son tan torpes que os arañarían al secaros. Y lo menos que puedo hacer es ocuparme de vos.

Tartamudeando frases de agradecimiento, Guccio se decidió a desnudarse hasta la cintura, y evitando mirar a la dama, se roció con agua tibia la cabeza y el torso. Era bastante delgado, como es frecuente a su edad, pero bien formado en su pequeña talla. “Menos mal que no ha hecho traer una cuba; a lo mejor hubiera tenido que meterme de cuerpo entero y desnudo ante sus ojos. Esta gente del campo tiene maneras muy curiosas.”

Cuando hubo terminado, ella se le acercó con las toallas calientes y se puso a secarlo. Guccio pensaba que partiendo en seguida y a galope, todavía podría encontrar a María por el camino de Neauphle o en el burgo. -¡Qué hermosa piel tenéis, señor! – dijo de pronto doña Eliabel con voz un poco temblorosa -. Muchas mujeres podrían envidiar esta suavidad... e imagino que habrá muchas que la apetezcan. Este hermoso color moreno ha de parecerles agradable.

Al mismo tiempo le acariciaba la espalda con la punta de los dedos a lo largo de las vértebras. La caricia hizo cosquillas a Guccio, que se volvió, riendo.

Doña Eliabel respiraba agitadamente. Su mirada era turbia y una rara sonrisa modificaba su semblante. Guccio se puso rápidamente la camisa.

-¡Ah! ¡Qué hermosa es la juventud!... – prosiguió diciendo doña Eliabel -. Al veros, apuesto que la disfrutáis bien y que sacáis provecho de las licencias que otorga.

La señora de Cressay calló un instante; luego, en el mismo tono de voz, le preguntó:

-Y bien, mi señor, ¿qué pensáis hacer con nuestro crédito?

“Ya salió”, se dijo Guccio.

-Podéis pedirnos lo que os plazca – continuó ella -. Sois nuestro bienhechor y os bendecimos. Si queréis el oro que habéis hecho devolver a ese tunante de preboste, vuestro es, llevadlo; cien libras, si queréis. Pero bien veis nuestro estado, y nos habéis demostrado que tenéis corazón.

Al mismo tiempo lo contemplaba mientras él abotonaba sus calzas, circunstancia que no resultaba muy adecuada para discutir asuntos de negocios.

-Quien nos salva no puede perdernos – continuó diciendo doña Eliabel -. Vosotros, los de la ciudad, no sabéis cuán angustiada es nuestra situación. Si no hemos pagado todavía a vuestro banco es porque no pudimos hacerlo. La gente del rey nos saquea, vos lo habéis comprobado. Los siervos no trabajan como antaño. Desde las ordenanzas (*Las ordenanzas de Felipe el Hermoso sobre la liberación de los siervos en ciertos baillazgos y sensecalías. Se habla de ello en los últimos capítulos.*) del rey Felipe, que los incita a rescatarse, la idea de su liberación les trabaja la cabeza; nada se obtiene de ellos y esos palurdos están dispuestos a considerarse de la misma raza que vos y que yo.

Hizo una pequeña pausa, que permitiera al joven Lombardo apreciar todo lo que ese “vos” y “yo” tenía de lisonjero para él.

-Agregad a eso que hemos tenido dos años de malas cosechas. Pero bastará, lo que quiera Dios, que la próxima sea buena...

Guccio, que sólo tenía la idea de encontrarse con María, trató de eludir la cuestión.

-No soy yo sino mi tío quién decide –dijo.

Pero se sabía ya derrotado.

-Podrías convencer a vuestro tío que no es una mala inversión. No encontrará deudores más honrados. Conocednos un año más, y os pagaremos cumplidamente los intereses. Hacedlo por mí y os quedaré muy agradecida – dijo doña Eliabel, asiendo las manos de Guccio.

Luego, con ligera turbación, agregó:

-Sabed, gentil señor, que desde vuestra llegada, ayer, ¡vaya, tal vez no debería decirlo, pero tanto da!, siento afecto por vos y no hay cosa que de mí dependa que no hiciera para veros contento.

Guccio no tuvo presencia de ánimo suficiente para decirle: “Pues bien, pagad la deuda, y me veréis contento.”

Era evidente que la viuda estaba dispuesta a pagar más bien con su persona, u uno podía preguntarse si se aprestaba al sacrificio para alargar el crédito o si utilizaba el crédito para tener oportunidad de sacrificarse.

Y como buen italiano, Guccio pensó que sería placentero poseer a la madre y a la hija. Doña Eliabel tenía aún sus encantos, sus manos eran suaves y acariciadoras, y su pecho, aunque abundante, parecía conservar su firmeza. Pero sólo podía representar una diversión de propina por la que no había que perder la otra presa.

Guccio se arrancó de las obsequiosidades de doña Eliabel, asegurándole que se esforzaría por arreglar el asunto, mas para ello era preciso que corriera a Neauphle y hablara con el factor.

Salió al patio, se encontró con el cojo, a quien apremió para que le ensillara el caballo, montó y partió hacia el burgo. No vio rastro de María por el camino. Mientras galopaba, se preguntaba si verdaderamente la jovencita era tan hermosa como la viera la víspera, si no se habría equivocado con respecto a las promesas que había creído leer en sus ojos y por si todo aquello, que tal vez sólo fueran ilusiones de sobremesa, valía la pena de apresurarse tanto. Pues existen mujeres que cuando miran a uno parecen entregarse desde el primer momento, y luego resulta que es su expresión natural. Miran un árbol o un mueble de la misma manera y al fin nada conceden.

Guccio no vio a María en la plaza del burgo. Lanzó una ojeada a las callejuelas, entró en la iglesia, permaneció solamente el tiempo de persignarse y comprobar que no estaba allí y luego se dirigió a la factoría. Allí acusó a los dependientes de haberle informado mal. Los Cressay eran gente de calidad, solventes y honorables. Era preciso prolongarles el crédito. En cuanto al preboste. Era un rematado canalla... Mientras gritaba Guccio no dejaba de mirar por la ventana. Los empleados movían la cabeza al contemplar a aquel joven loco, que se desdecía hoy de lo dicho ayer y pensaban que sería una gran pena si el banco llegaba a caer en sus manos.

-Puede que venga a menudo; esta factoría necesita ser vigilada de cerca – les dijo, a manera de despedida.

Saltó a la silla y los guijarros volaron bajo las herraduras. “Tal vez haya tomado por un atajo”, se decía. “En ese caso la encontraré en el castillo, pero será difícil verla a solas.”

A poco de salir del burgo divisó una silueta que caminaba de prisa en dirección a Cressay, y reconoció en ella a María. Entonces, de golpe, oyó que los pájaros cantaban, notó que brillaba el sol y que en todos los árboles habían brotado tiernas hojitas. A causa de aquel vestido que caminaba entre dos verdes praderas, la primavera, desconocida por Guccio desde hacía tres días, acababa de florecer para él.

Acortó el paso del caballo al alcanzar a María. Ella lo miró, no con la sorpresa de encontrarlo, sino como si acabara de recibir el más hermoso presente del mundo. La marcha había coloreado su rostro y Guccio la halló más bella aún de lo que le había parecido la noche anterior.

Le ofreció llevarla a la grupa. Sonrió ella al asentir y sus labios volvieron a abrirse como un fruto. Guccio acercó su caballo al talud y se inclinó para ofrecer a María su brazo y su hombro. La joven era ligera, montó ágilmente y partieron al paso. Caminaron un rato en silencio. A Guccio le faltaba el habla. Charlatán como era, de pronto no encontraba nada que decir.

Sintió que María apenas osaba agarrarse a él para sostenerse. Le preguntó si estaba acostumbrada a montar de ese modo a caballo.

-Con mi padre y mis hermanos... solamente – respondió ella.

Nunca se había encontrado así, flanco contra espalda con un extraño. Se animó un poco y se afirmó fuertemente sobre los hombros del joven.

-¿Tenéis prisa por llegar? – preguntó él.

Ella no respondió y Guccio guió su caballo por un sendero.

-Vuestro país es hermoso – prosiguió tras nuevo silencio -, tan hermoso como mi Toscana.

No era sólo cumplido de enamorado. Guccio descubría, con embeleso, la dulzura de la campiña de la Isla-de-Francia. Su mirada se perdía en la azulada lejanía, en el horizonte de colinas cuya línea se hundía en la niebla, luego volvía a la hierva tupida de las praderas de los aledaños, a las grandes manchas de un verde más claro de los cultivos de cebada recién cosechada y a los setos de majuelo donde se abrían las yemas.

¿Qué torres eran aquellas que se veían hacia el sur, en el límite del paisaje, destacándose en medio de las ondulaciones verdes? María tuvo que hacer un esfuerzo para responder que eran las torres de Monfort-l’Amauri.

Experimentaba una mezcla de angustia y felicidad que le impedía hablar y pensar. ¿Adónde conducía aquel sendero? No lo sabía. ¿Hacia qué la

llevaba aquel caballero? Tampoco lo sabía. Obedecía a algo que aún no tenía nombre, más fuerte que el temor de lo desconocido, más fuerte que los preceptos de la familia y las recomendaciones del confesor. Se sentía a merced de una voluntad extraña. Sus manos se crispaban un poco más sobre aquella capa, sobre la espalda de aquel hombre que en aquel momento, representaba, en medio de su zozobra, lo único cierto del universo.

El caballo, que iba a rienda suelta, se detuvo por propia cuenta para comer un retoño.

Guccio se apeó, tendió los brazos a María y la depositó en tierra. Pero no la soltó, y dejó las manos en torno a su cintura, que se asombró de encontrar tan estrecha y delgada. La jovencita permaneció inmóvil, prisionera, inquieta, entre las manos que la aferraban. Guccio comprendió que le era preciso hablar, pero sólo acudieron a sus labios las palabras italianas para expresar el amor:

-Ti voglio bene, ti voglio tanto bene.

A María le bastó oír el tono de su voz para comprender el significado de lo que decía.

Bajo el sol, y viéndola de tan cerca, Guccio notó que las pestañas no eran doradas como le pareció a la víspera. María era castaña con reflejos rojizos, con tez de rubia y grandes ojos azules oscuros de amplio dibujo bajo el arco de las cejas. ¿De dónde provenía, pues, aquel brillo dorado que emanaba de ella? A cada instante, María se volvía a los ojos de Guccio más exacta, más real, y esa realidad mostraba su belleza cada vez con mayor perfección. La apretó más estrechamente entre sus brazos, y deslizó su mano, despacio, lentamente, a lo largo de la cadera, luego del corpiño, para seguir descubriendo la verdad de aquel cuerpo.

-No... – murmuró ella, apartándole la mano.

Pero como temiera decepcionarlo, volvió un poco el rostro hacia el suyo. Había entreabierto los labios y sus ojos estaban cerrados... Guccio se inclinó sobre aquella boca, sobre aquel fruto que tanto codiciaba. Permanecieron así largo rato, unidos uno al otro, en medio del piar de los pájaros, los ladridos lejanos de los perros y el gran latido de la naturaleza que parecía levantar la tierra bajo sus pies.

Cuando sus labios se separaron, Guccio observó el tronco negro y retorcido de un negro manzano que crecía cerca de allí y el árbol le pareció hermoso y lleno de vida, como no había visto otro hasta aquel día. Una urraca saltaba por la cebada naciente; el mozo de la ciudad estaba sorprendido de aquel beso en pleno campo.

-Habéis venido; por fin habéis venido – murmuraba María.

Quizo él volver a besarla, pero ella lo apartó.

-No, es preciso regresar – dijo.

Tenía la certeza de que el amor había entrado en su vida y por el momento se sentía colmada. No deseaba nada más.

Cuando de nuevo se halló en la grupa del caballo, detrás de Guccio, pasó el brazo en torno al pecho del joven sienés, posó la cabeza sobre el hombro y se abandonó de este modo al ritmo de la cabalgadura, unida al hombre que Dios le había enviado.

Paladeaba el milagro y sentía lo absoluto. Ni por un momento pensó que Guccio podía estar en un estado de ánimo diferente del suyo, ni que el beso que habían cambiado pudiera tener para él un significado distinto del que ella le atribuía.

Sólo se enderezó y adoptó la postura conveniente, cuando los techos de Cressay aparecieron en el valle.

Los dos hermanos habían regresado de la caza. A doña Eliabel no le satisfizo ver aparecer a María en compañía de Guccio. Aunque se esforzaran en no dejarlo traslucir, ambos jóvenes mostraban un semblante de felicidad que despechó a la gruesa castellana y le inspiró duros pensamientos sobre su hija. Pero no osó hacer ninguna observación en presencia del joven banquero.

-Encontré a vuestra hija María y le rogué que me hiciera conocer los contornos de vuestra heredad – dijo Guccio -. Poseéis una tierra rica.

Luego agregó:

-He ordenado que posterguen vuestro crédito hasta el año próximo. Espero que mi tío lo apruebe. ¡No se puede rehusar nada a tan noble dama!

Doña Eliabel cloqueó un poco y adoptó un aire de discreto triunfo.

Renovaron a Guccio sus muestras de gratitud, mas cuando anunció su intención de partir, nada hicieron por retenerlo. El joven lombardo era un caballero encantador y les había prestado un gran servicio... Pero, al fin y al cabo, no lo conocían. El crédito había sido prolongado y esto era esencial. Doña Eliabel no tendría que hacer gran esfuerzo para convencerse de que sus encantos personales habían ayudado a ello.

La única persona que deseaba de verdad que Guccio se quedara no podía ni osaba decirlo.

Para disipar la vaga tirantez que se produjo, obligaron a Guccio a llevarse un cuarto de cabrito muerto por los hermanos, y le hicieron prometer que volvería. El lo aseguró mirando a María.

-Volveré por el crédito, estad seguros de ello – dijo con voz jovial que quería disimular sus sentimientos.

Una vez atado su equipaje a la montura, trepó de nuevo a su caballo.

Viéndolo alejarse bajando hacia el Mauldre, la señora de Cressay lanzó un hondo suspiro y dijo a sus hijos, menos para ellos que para dejar volar sus ilusiones.

-Hijos míos, vuestra madre sabe aún cómo hablar a los jóvenes. Con éste realicé una buena faena. Si no llego a hablarle a solas, hubierais visto cuán áspero de volvía.

María había entrado ya en la casa por temor a traicionarse.

Galopando por la ruta de París, Guccio se consideraba un irresistible seductor a quien le bastaba presentarse en los castillos para cosechar corazones. Tenía grabada en su mente la imagen de María en el campo de manzanos, cerca de la ribera. Y se proponía regresar a Neauphle muy pronto, tal vez dentro de pocos días.

Llegó a la calle de los Lombardos a la hora de cenar, y habló con su tía Tolomei hasta hora avanzada. Este aceptó, sin más, las explicaciones que Guccio le dio respecto al crédito. Tenía otras preocupaciones en la mente pero pareció interesarse mucho por los manejos del preboste Portefruit.

Durante toda la noche, en sueños, Guccio tuvo la sensación de que sólo podía pensar en María. A la mañana siguiente ya pensaba en ella poco menos.

Conocía en París a dos esposas de mercaderes, lindas burguesitas de veinte años, que no se mostraban esquivas con él. Al cabo de días había olvidado su conquista de Neauphle.

Pero los destinos se forjan lentamente y nadie sabe cuál de sus actos sembrados al azar ha de germinar para desarrollarse como un árbol. Nadie podía imaginar que el beso cambiado a orillas del Mauldre conduciría a la bella María hasta la cuna de un rey.

En Cressay, María empezaba a esperar.

VI

LA ARUTA DE CLERMONT

Veinte días después. La pequeña villa de Clermont-de-l'Oise era centro de una extraordinaria animación. Desde el castillo hasta las puertas de la ciudad, desde la iglesia al presbostazgo, la gente se empujaba por las calles y tabernas con alegre rumor. Todas las ventanas lucían las colgaduras de las procesiones. Porque los pregoneros habían anunciado toda la mañana, que monseñor Felipe, conde de Poitiers, segundo hijo del rey, y su tío, monseñor de Valois, vendrían para recibir, en nombre del soberano, a su hermana y sobrina la reina Isabel de Inglaterra.

Esta, que había desembarcado tres días antes en tierra de Francia, hacía su camino a través de Picardía. Había salido de Amiens aquella mañana y, si todo andaba bien llegaría a Clermont hacia media tarde. Dormiría allí y al día siguiente, sumada su escolta de Inglaterra a la de Francia, iría a Pontoise, donde su padre, Felipe el Hermoso, la aguardaba en el castillo de Maubuisson.

Poco antes de vísperas, prevenidos de la pronta llegada de los príncipes franceses, el preboste y el capitán de la villa salieron por la Puerta de París para presentarles las llaves. Felipe de Poitiers y Carlos de Valois, cabalgando a la cabeza de la comitiva, recibieron la bienvenida y entraron en Clermont.

Tras ellos avanzaban más de cien gentileshombres, escuderos, lacayos y soldados, cuyos caballos levantaban una gran polvareda.

Una cabeza descollaba sobre todas las demás: la del colosal Roberto de Artois. A caballero gigante, cabalgadura gigante. Este colosal señor, montado sobre un enorme percherón tordillo, con sus botas y capa rojas y cota de malla de seda roja atraía poderosamente las miradas. En tanto que muchos caballeros mostraban huellas de fatiga, él se mantenía erguido en su silla de montar, como si acabara de emprender la marcha.

En realidad, desde la salida de Pontoise, Roberto de Artois se sostenía fresco y lozano gracias a la aguda sensación de venganza. Era el único que conocía el verdadero motivo del viaje de la reina de Inglaterra; el único que sabía el futuro desarrollo de los acontecimientos. Y de ello extraía, por adelantado, un placer violento y secreto.

Durante todo el trayecto no había cesado de vigilar a Gualterio y a Felipe de Aunay, que formaban parte del cortejo, el primero como escudero de la casa de Poitiers, el otro como escudero de Carlos de Valois. Los dos jóvenes estaban encantados con el viaje y con la pompa real. En su afán de brillar, habían colgado de la cintura de sus atavíos de gala, con toda inocencia y vanidad, las bellas escarcelas, obsequio de sus amantes.

Cada vez que miraba esas limosneras, Roberto de Artois sentía en su pecho los embates de una alegría cruel; y apenas podía contener su risa. “Vamos, hermosos patitos, mis queridos majaderos”, se decía, “sonreíd pensando en los hermosos senos de vuestras queridas, no dejéis de pensar en ellos, pues a buen seguro que no volveréis a tocarlos. Respirad el aire de este día, pues no creo que gocéis de muchos más”.

Al mismo tiempo, jugueteando con su presa como un tigre feroz que escondiera sus uñas, saludaba a los hermanos Aunay con gesto cordial y les dirigía sus chanzas en alta voz. Desde que los había salvado del falso asalto de la torre de Nesle, los dos le demostraban amistad, pues se consideraban sus deudores.

Cuando el cortejo se detuvo, invitaron a Roberto a beber en su compañía una jarra de vino en la bodega de una posada.

.Por vuestros amores – brindó, levantando su cubilete -, y conservad bien el sabor de este vinillo.

Por la calle principal circulaba una densa multitud que dificultaba el avance de los caballos. La brisa agitaba suavemente las multicolores colgaduras que adornaban las ventanas. Un mensajero, llegado al galope, anunció que el cortejo de la reina de Inglaterra estaba a la vista; en seguida se produjo un gran alboroto.

.Reunid a nuestra gente – ordenó Felipe de Poitiers a Gualterio de Aunay. Luego, volviéndose a Carlos de Valois:

-Hemos llegado a tiempo, tío mío – le dijo.

Carlos de Valois, vestido completamente de azul, un tanto congestionado por la fatiga, se contentó con inclinar la cabeza. De buena gana hubiera renunciado a aquella cabalgadura, que le había puesto de mal humor.

El cortejo avanzaba por la ruta de Amiens.

Roberto de Artois se adelantó y se puso a la altura de Valois. Aunque desposeído de su patrimonio de Artois, no dejaba de ser primo del rey y su lugar estaba en el rango de las primeras coronas de Francia. Mirando la mano de Felipe de Poitiers cerrada sobre las riendas de su negro caballo, Roberto pensaba: “Por ti, mi flaco primo, para darte el Franco-Condado, me quitaron mi Artois. Pero antes de que concluya el día de mañana recibirás una herida de la cual no se recobra fácilmente el honor ni la fortuna de un hombre”.

Felipe, conde de Poitiers y marido de Juana de Borgoña, tenía veintiún años. Por su físico y por su manera de ser se diferenciaba del resto de la familia real. No era hermoso y dominador como su padre, no obeso e impetuoso como su tío. Salió a su madre: delgado de cuerpo y de rostro, de alta talla y miembros extrañamente largos, tenía gestos siempre medidos, voz precisa, un tanto seca; todo en él, la sencillez de los vestidos, la medida cortesía de sus frases, indicaba una naturaleza

reflexiva, decidida, en la que la cabeza triunfaba sobre los impulsos del corazón. Representaba en el reino una fuerza con la cual era preciso contar.

Ambos cortejos se encontraron a una legua de Clermont. Cuatro heraldos de la casa de Francia agrupados en medio del camino elevaron sus largas trompetas, y lanzaron graves sonidos. Los ingleses respondieron con otros instrumentos parecidos, pero de una tonalidad más aguda. Se adelantaron los príncipes, y la reina Isabel, menuda y erguida sobre su jaca blanca, recibió la breve bienvenida de boca de su hermano, Felipe de Poitiers. Después, Carlos de Valois vino a besar la mano de su sobrina. Cuando le llegó el turno al conde de Artois, éste saludó a su prima con gran inclinación de cabeza y con una mirada supo darle a entender que no había obstáculos en el desarrollo de sus maquinaciones.

Mientras intercambiaban cumplidos, preguntas y noticias, las dos escoltas aguardaban y se observaban. Los caballeros franceses juzgaban los trajes de los ingleses; estos, inmóviles y dignos y con el sol dándoles en los ojos, llevaban orgullosamente sobre la pechera las armas de Inglaterra. Aunque la mayoría franceses de origen y de nombre, se les veía preocupados por hacer un buen papel en tierra extraña. *(Desde finales del siglo XI, con el establecimiento de la dinastía normanda, la nobleza de Inglaterra era, en su mayor parte, de origen francés. Constituida en un principio por los barones normandos compañeros de Guillermo el Conquistador, y renovada después por los Angevinos y Aquitanios de los Plantagenet, esta aristocracia conservó la lengua y costumbres de origen.)*

*En el siglo XIV, el francés seguía siendo el idioma habitual de la corte, así lo atestigua el : **Honni soit qui mal y pense** pronunciado por el rey Eduardo III en Calais, al atar la liga de la condesa de Salisbury; dicho que se convirtió en la divisa de lo orden de la Jarretera.*

La correspondencia de los reyes se redactaba en francés, y muchos señores ingleses tenían entonces, feudos en los dos países.

Hacemos notar, en este punto de nuestro relato, que el rey Eduardo II vino a Francia dos veces en sus primeros dos años de vida. En el primer viaje, el año 1313, estuvo a punto de morir asfixiado en la cuna por el humo de un incendio que se produjo en Maubuisson. Nosotros relatamos aquí el segundo, efectuado sólo con su madre.)

De la gran litera pintada de azul y oro que seguía a la reina se elevó la voz de un niño.

-Hermana mía – dijo Felipe de Poitiers -, ¿habéis traído, pues, de nuevo a nuestro sobrino? ¿No es muy duro para una personita tan joven?

-Me guardaría de dejarlo en Londres sin mí – respondió Isabel.

Felipe de Poitiers y Carlos de Valois le preguntaron por el objeto de su venida. Ella contestó simplemente que quería ver a su padre, y ambos comprendieron que nada más sabrían, por el momento.

Isabel, algo fatigada del viaje descendió de la jaca y se instaló en la gran

litera portada por dos mulas con arneses de terciopelo. Ambas escoltas reanudaron la marcha hacia Clermont.

Aprovechando que Poitiers y Valois cabalgaban a la cabeza del cortejo, Roberto de Artois colocó su caballo a la par de la litera.

-Estáis más bella cada vez que os veo, prima mía – dijo.

-No mintáis. No puedo estar más bella, después de una semana de camino y de polvo – respondió la reina.

-Cuando se os ha amado en el recuerdo, durante largas semanas, sólo se ven vuestros ojos y no el polvo.

Isabel se hundió en los cojines. De nuevo se sentía presa de aquella singular flaqueza que la había dominado en Westminster, frente a Roberto. “¿Será verdad que me ama?”, pensaba, “¿o bien me dirige simplemente sus cumplidos a como lo hará con cualquier otra mujer?” Por entre las cortinas de la litera veía, al costado del caballo tordillo, la inmensa bota roja y la espuela de oro del conde de Artois. Veía el muslo del gigante cuyos músculos se destacaban bajo la tela, y se preguntaba si cada vez que se hallaba frente a aquel hombre, experimentaría la misma turbación, el mismo deseo de abandono. Hizo un esfuerzo por dominarse. No estaba allí para pensar en sí misma.

-Primo mío – dijo -, aprovechemos el momento en que podemos hablar y ponedme rápidamente al corriente de lo que tenéis que decirme.

En pocas palabras y fingiendo que le comentaba el paisaje, él le contó lo que sabía y lo que había hecho, la vigilancia de que había rodeado a las princesas reales, el asalto cerca de la torre de Nesle.

¿Quiénes son esos hombres que así deshonran a la corona de Francia? – preguntó Isabel.

-Cabalgan a poca distancia de vos. Forman parte de la escolta que os sigue.

Le informó brevemente sobre los hermanos de Aunay, sobre sus feudos, su parentela y sus alianzas.

-Quiero verlos – dijo Isabel.

Roberto llamó a los hermanos a grandes voces.

-¡La reina se ha fijado en vosotros! – les dijo, haciéndoles un guiño.

Las caras de los Aunay irradiaron orgullo y placer.

El gigante los acercó a la litera como si quisiera hacer la fortuna de ambos, y en tanto que los mozos saludaban con una reverencia. Bajando la cabeza hasta el cuello de sus cabalgaduras, dijo con fingida cordialidad:

-señora, ved aquí a Gualterio y a Felipe de Aunay, los más leales escuderos de vuestro hermano y vuestro tío. Les recomiendo a vuestra benevolencia. E cierto modo son mis protegidos.

Isabel examinó fríamente a los dos hermanos, y se preguntó qué tenían en su cara o en su persona que hubiera podido desviar de su deber a hijas de

rey. Eran apuestos, no cabía duda, pero la belleza masculina incomodaba un poco a Isabel. De pronto vio las escaleras en la cintura de Isabel. De pronto vio las escarcelas en la cintura de los dos caballeros y su mirada fue de ellas a los ojos de Roberto. Este le sonrió brevemente. Ya podía volver a la sombra. No necesitaba hacer el desagradable papel de delator ante la corte. “Buen trabajo, Roberto, buen trabajo”, se decía.

Los hermanos Aunay, con la cabeza llena de ensueños, regresaron a su puesto en la comitiva.

Con las campanas al vuelo de todas las iglesias de Clermont, de todas las capillas, de todos los conventos, subían de la pequeña villa llena de alegría, prolongados clamores de bienvenida dirigidos a la hermosa reina de veintidós años, que traía a la corte de Francia la más inesperada desdicha.

VII

DE TAL PADRE, TAL HIJA

Un candelabro de plata esmaltada, rematado por un grueso cirio rodeado de una corona de velas, alumbraba la mesa repleta de pergaminos que el rey acababa de examinar. Al otro lado de los ventanales se hundía el parque en el crepúsculo; e Isabel, de cara a la noche, observaba cómo las sombras iban cubriendo los árboles.

Desde la época de Blanca de Castilla, Maubuisson, en las cercanías de Pontoise, era morada real. Felipe lo había convertido en uno de sus lugares habituales. Tenía afición a ese señorío, encerrado entre altas murallas, por su parque y su abadía, donde unas monjas benedictinas llevaban una vida apacible, entregadas a los oficios. El castillo era grande, pero Felipe el Hermoso apreciaba su tranquilidad.

-Allí me aconsejo a mí mismo – había declarado cierto día a sus familiares. Isabel había llegado después del mediodía, al término de su viaje. Se había enfrentado a sus tres cuñadas. Margarita, Juana y Blanca con rostro risueño, y había respondido con voz de circunstancias a sus palabras de bienvenida.

La cena había sido breve. Y ahora Isabel se hallaba encerrada con su padre en la sala donde a él le gustaba aislarse. El rey Felipe la miraba con helada expresión que dedicaba a cualquier criatura humana, así fuera su propio hijo. Aguardaba a que ella hablara, mas Isabel no osaba hacerlo. “Le haré tanto daño”, pensaba. Y de pronto, de resultas de estar enfrente a su padre, de aquel parque, de aquellos árboles, de aquel silencio, Isabel se sintió invadida de un ramalazo de recuerdos de la infancia, y una amarga compasión de sí misma apretó su garganta.

-Padre mío – dijo -, padre mío, soy desdichada. ¡Ah! ¡Cuán lejana me parece Francia desde que soy reina de Inglaterra! ¡Cómo hecho de menos los días que se fueron!

Estaba luchando contra la tentación de las lágrimas.

-¿Acaso habéis emprendido este viaje para comunicarme esto? – dijo el rey serenamente.

-¿A quién sino a mi padre puedo confesar que no soy feliz?

El rey miró hacia la ventana, ahora oscura, cuyos cristales hacía vibrar el viento, luego a las velas y por fin al fuego.

-Ser feliz... – dijo lentamente -. ¿Y qué es la felicidad, hija mía?, sino ajustarse al propio destino.

Estaban sentados frente a frente en siales de roble.

-Soy reina, es verdad – dio Isabel en voz baja -, pero, ¿acaso se me trata como tal?

-¿Os han causado algún daño?

Su pregunta no implicaba ignorancia: sabía demasiado lo que ella respondería.

-¿Ignoráis, acaso, con quién me casasteis? – dijo ella -. Acaso es marido aquél que deserta de mi lecho desde el primer día? ¿Lo es aquél que a quien ni los cuidados, ni las deferencias, ni las sonrisas que provienen de mí, arrancan una sola palabra? ¿Aquel que huye de mí como si estuviera leprosa y distribuye, no entre favoritas sino entre hombres, padre mío, jentre hombres!, los favores que a mí me niega?

Felipe el Hermoso estaba enterado de todo ello desde hacía mucho tiempo y desde hacía mucho tiempo tenía preparada su respuesta.

-No te case con un hombre- dijo -, sino con un rey. No os sacrificué por error. ¿Tengo que enseñaros, Isabel, que nos debemos a nuestro estado y que no hemos nacido para abandonarnos a nuestros dolores humanos? No vivimos nuestras propias vidas sino la de nuestros reinos, y sólo en esto podemos buscar nuestra satisfacción... en ajustarnos a nuestro destino.

Al hablar, se había acercado al candelabro y la luz hacía resaltar los marfileños relieves de su rostro.

"Sólo hubiera podido amar a un hombre como él", pensó Isabel, "y jamás amaré porque no encontraré otro igual". Y luego, en voz alta, exclamó:

-No he venido a Francia a llorar por mi desgracia, padre mío; pero os agradezco que me hayáis recordado ese respeto de sí mismo que conviene a las personas reales; y que, para nosotros, nada ha de contar la felicidad. Ojalá que a vuestro alrededor todos pensarán igual que vos.

-¿Por qué habéis venido?

Ella tomó aliento.

-Porque mis hermanos se han casado con tres zorras, padre mío, porque li he sabido y soy tan ávida como vos de defender el honor.

Felipe el Hermoso suspiró.

-Sé que no amáis a vuestras cuñadas, pero lo que os separa...

-Lo que me separa, padre mío, es la honestidad.

Sé ciertas cosas que os han ocultado. Escuchadme, pues no traigo solamente palabras. ¿Conocéis al joven Gualterio de Aunay?

-Son dos hermanos a quienes siempre confundo. Su padre estuvo conmigo en Flandes. Ese de quien me habláis casó con Inés de Montmorercy, ¿no es cierto?, y está con mi hijo Poitiers, en calidad de escudero...

-Está también con vuestra nuera, Blanca, pero en otro menester. Su hermano menor, Felipe, que está al servicio de mi tío Valois...

-Sí – dijo el rey -, ya sé...

Un ligero pliegue horizontal marcaba su frente desprovista ordinariamente

de toda arruga.

-¡Pues bien! Este está con Margarita, a quien elegisteis para que sea un día reina de Francia. En cuanto a Juana, no se le conoce amante; pero por lo menos se sabe que encubre los placeres de su hermana y de su prima, protege las visitas de los galanes a la torre de Nesle y cumple a maravilla un oficio que tiene un nombre muy antiguo... Y sabed que toda la corte habla de esto, excepto vos.

Felipe el Hermoso alzó la mano.

-¿Vuestras pruebas, Isabel?

-Las hallaréis al cinto de los hermanos de Aunay. Allí veréis, colgando, las limosneras que envié el mes pasado a mis cuñadas, las cuales reconocí ayer sobre esos gentiles hombres, en la escolta que me acompañó aquí. No me ofende el poco aprecio que vuestras nueras hacen de mis obsequios. Pero tales joyas entregadas a escuderos no pueden ser sino pago de un servicio. Imaginad vos cuál. Si necesitáis otros hechos creo poder suministrarlos fácilmente.

Felipe el Hermoso miró a su hija.

Había lanzado su acusación sin vacilar, sin flaquear, con algo de determinado e irreductible en sus pupilas, en lo que se reconoció a él mismo. En verdad, era hija suya.

El rey se levantó y permaneció largo rato en pie ante la ventana.

-Venid dijo al fin -. Vamos a sus habitaciones.

Abrió la puerta, atravesó una habitación oscura y empujó otra puerta que daba al camino de ronda. De golpe, el viento de la noche los envolvió, y agitó e hizo flotar tras ellos sus amplios ropajes. Las ráfagas sacudían las pizarras de la techumbre. De abajo subía olor a tierra húmeda. Al paso del rey y de su hija se levantaban los soldados a lo largo de las almenas.

Las habitaciones de las tres nueras estaban en la otra ala del castillo. Cuando se halló frente a la puerta de las princesas, Felipe el Hermoso se detuvo un instante. Escuchó. Risas y chillidos de alegría llegaban a él a través de la hoja de roble. Miró a Isabel.

-Es preciso – dijo.

Isabel inclinó la cabeza en silencio y el rey abrió la puerta.

Margarita, Juana y Blanca lanzaron un grito de sorpresa, y su risa se cortó en seco.

Se entretenían jugando con unos títeres con los que reconstruían una escena inventada por ellas. La cual arreglada por un titiritero las divirtió mucho; pero irritó al rey.

Los títeres reproducían a los principales personajes de la corte. El pequeño escenario representaba la cámara del monarca donde estaba acostado en un lecho bajo dosel de oro. Monseñor de Valois llamaba a la puerta y pedía hablar con su hermano. Hugo de Bouville el chambelán,

respondía que el rey no podía verlo y que había prohibido que lo molestaran. Monseñor de Valois se alejaba furioso. Acudían luego las figuras de Luis de Navarra y de su hermano Carlos. Bouville daba respuesta a los hijos del rey. Por último, precedido de tres guardias con sendos mazos, se presentaba Enguerrando de Marigny. Al instante se le abrió la puerta de par en par, diciéndole: “Sed bien venido, monseñor, el rey tiene grandes deseos de veros.”

Esta sátira de las costumbres de la corte había irritado grandemente a Felipe el Hermoso, quien prohibió que se repitiera; pero las jóvenes princesas lo desobedecían en secreto y se divertían mucho más sabiendo que estaba prohibido.

Variaban el texto y lo enriquecían con innovaciones y burlas, sobre todo cuando manejaban las figuras que representaban a sus respectivos maridos.

Al entrar el rey e Isabel, se sintieron como escolares cogidos en falta.

Rápidamente, Margarita cogió una sobrevesta que yacía sobre una silla y se la tiró encima para cubrir su escote demasiado amplio. Blanca echó para atrás su cabellera, desprendida al simular el enojo del tío Valois.

Juana, que era la que conservaba más la calma, dijo con viveza:

-Hemos terminado, *Sire*, hemos terminado. Lo habéis podido oír todo sin sentirnos ofendido. En seguida arreglaremos las cosas.

Y dio unas palmadas.

-¡Hola! Comminges, Beaumont...

-Es inútil que llaméis a vuestras damas – dijo secamente el rey.

Apenas había mirado el juego; las miraba a ellas. La más joven, Blanca, tenía dieciocho años; las otras dos, veintiuno. Las había visto crecer, embellecerse, desde que llegaron a la corte a los doce o trece años para casarse con sus hijos. Pero no parecían haber adquirido más sensatez de la que tenían entonces. Jugaban aún con muñecas. ¿Sería verdad lo que había dicho Isabel? ¿Podía albergarse tan gran malicia femenina en aquellos seres que le seguían pareciendo criaturas? “Tal vez no conozco a la mujeres”, se dijo.

-¿Dónde están vuestros esposos? – preguntó.

-En la sala de armas, *Sire* – dijo Juana.

-Ya veis, no he venido solo – dijo el rey -. A menudo decís que vuestra cuñada no os quiere. Sin embargo, me he enterado de que os ha hecho a cada una de vosotras un muy hermoso presente...

Isabel vio extinguirse la luz de los ojos de Margarita y de Blanca.

-¿Queréis mostrarme esas limosneras que habéis recibido de Inglaterra? – prosiguió diciendo Felipe el Hermoso lentamente.

El silencio que siguió abrió un profundo abismo. De un lado estaban Felipe el Hermoso, Isabel, la corte, los barones, el reino; del otro, tres mujeres

culpables y descubiertas para las cuales empezaba una espantosa pesadilla.

-¿Y bien hijas mías! – dijo el rey -. ¿Por qué ese silencio?

Continuaba mirándolas fijamente, con aquellos ojos inmensos cuyos párpados jamás se encontraban.

Por fin habló Juana:

-Dejé la mía en París.

-Yo también, yo también – dijeron las otras dos, al instante.

Felipe el Hermoso. Lentamente se encaminó hacia la puerta. Sus nueras. Lívidas observaban sus movimientos.

La reina Isabel se había recostado contra la pared, y respiraba agitadamente.

El rey sin volverse exclamó:

-Puesto que dejasteis las limosneras en París, enviaremos a dos escuderos que vayan a buscarlas inmediatamente.

Abrió la puerta, llamó a un guardia y le dio la orden de ir en busca de los hermanos de Aunay.

Blanca no resistió más. Se dejó caer sobre un taburete, vacía de sangre la cabeza, detenido el corazón, y su frente se inclinó hacia un lado, como si fuera a desplomarse al suelo. Juana la sacudió con fuerza para obligarla a recobrarla.

Margarita, con sus pequeñas manos morenas, retorció maquinalmente el cuello de un títere.

Isabel no se movía. Sentía sobre sí las miradas de Margarita y Juana. Le pesaba su papel de delatora, y de pronto experimentó una gran fatiga. “Seguiré hasta el final”, pensó.

Los hermanos de Aunay entraron presurosos, confundidos, empujándose casi, en su deseo de servir y de hacerse valer.

Isabel extendió la mano.

-Padre mío – dijo -, estos caballeros parecen haber adivinado vuestro deseo puesto que traen colgadas de su cintura las limosneras que queríais ver.

Felipe el Hermoso se volvió hacia sus nueras.

-¿Podéis explicarme por qué esos escuderos se adornan con los regalos que os ha hecho vuestra cuñada?

Nadie respondió.

Felipe de Aunay miró asombrado a Isabel, como un perro que no comprende por qué es apaleado, y luego volvió sus ojos hacia su hermano mayor en busca de protección. Gualterio tenía la boca entreabierta.

-¡Guardia! ¡Al rey! – gritó Felipe el Hermoso.

Su voz erizó los cabellos de todos los presentes y repercutió, insólita y terrible, a través del castillo y de la noche. Hacía diez años, desde la

batalla de Mons- en-Pévèle, exactamente, en la que había reagrupado sus tropas y forzado la victoria, que no se le había oído gritar. Nadie recordaba que tuviera tal fuerza en su garganta. Por otra parte, fue la única palabra que pronunció de ese modo.

-¡Llamad a vuestro capitán! – dijo a uno de los hombres que acudieron.

A otros les mandó que se quedaran a la puerta.

Se oyó una fuerte galopada por el camino de ronda, y apareció *messire* Alán de Pareilles con la cabeza descubierta, terminando de ajustar su uniforme.

-*Messire* Alán – dijo el rey – cuidaos de esos dos escuderos. Calabozo y cadenas. Tendrán que responder ante mi justicia.

Gualterio de Aunay quiso encontrar una salida.

-*Sire* – balbuceó -, *Sire*...

-Basta – dijo Felipe el Hermoso -. Desde ahora os dirigiréis al señor de Nogaret. *Messire* de Paireilles – prosiguió -, las princesas permanecerán bajo vuestra custodia hasta nuevo aviso. Prohíbo que ninguna de ellas salga de aquí. Prohíbo que nadie, ni sus criadas, ni sus parientes, ni aún sus mismos maridos penetren en esta sala o hablen con ellas. Vos me responderéis.

Por sorprendentes que fueran tales órdenes, Alán de Paireilles las escuchó sin pestañear. El hombre que había arrestado al gran maestro de los Templarios no podía asombrarse por nada. La voluntad del rey era su única ley.

-Veamos, caballeros... – apremió a los hermanos de Aunay, señalándoles la puerta.

Al ponerse en marcha, Gualterio dijo por lo bajo a su hermano:

-Oremos, hermano mío, todo está perdido...

Y luego, sus pasos, confundidos con los de los soldados, fueron apagándose sobre las losas.

Margarita y Blanca escucharon aquellos pasos que se llevaban sus amores, su honor, su fortuna, su vida entera. Juana se preguntaba si lograría disculparse alguna vez. Bruscamente, Margarita arrojó al fuego el muñeco destrozado.

Blanca estaba a punto de desvanecerse de nuevo.

-Ven, Isabel – dijo el rey.

Salieron. La joven reina de Inglaterra había ganado: mas se sentía cansada y extrañamente conmovida, porque su padre le había dicho: "Ven, Isabel." Era la primera vez que la tuteaba desde su infancia.

Rehicieron el camino por el corredor de ronda. El viento empujaba desde el este enormes nubes oscuras. El rey pasó por sus habitaciones y tomando un candelabro de plata se fue en busca de sus hijos.

Su enorme sombra se hundió en la escalera de caracol. El corazón le

pesaba dentro del pecho, y ni siquiera sentía gotear la cera en su mano.

VIII

MAHAUT DE BORGÑO

Hacia medianoche, dos caballeros, que habían tomado parte en la escolta de Isabel se alejaban del castillo de Maubuisson: eran Roberto de Artois y su fiel e inseparable Lormet, a la vez criado, escudero de armas, compañero de ruta, confidente y ejecutor de cualquier faena.

Desde que Roberto había tomado su servicio a Lormet huido de la casa de los condes de Borgoña por algún asunto “de orca” no se había apartado de él ni un minuto ni un jeme. Era asombroso ver aquel hombrecito regordeta, encorvado y ya encanecido, preocuparse en todo momento por su joven y gigantesco amo y seguirlo paso a paso, secundarlo en cualquier empresa, como había hecho recientemente en la celada tendida a los hermanos Aunay.

Clareaba el día cuando los dos jinetes llegaron a las puertas de París. Pusieron los sudorosos caballos al paso y Lormet bostezó su buena docena de veces. A sus cincuenta años resistía mejor que un joven escudero las largas cabalgatas, pero lo abatía la falta de sueño.

En la plaza de Greve se realizaba la habitual reunión de jornaleros en busca de trabajo. Capataces de los astilleros reales y patronos de barcos circulaban entre los grupos concertando peones, cargadores, y mozos de cuerda. Roberto de Artois atravesó la plaza y tomó por la calle de Mauconseil donde vivía su tía, Mahaut de Artois.

-Verás, Lormet – dijo el gigante -. Quiero que esa perra oiga su desdicha por mi boca. Se acerca uno de los momentos más placenteros de mi vida. Quiero ver la condenada facha que pone mi tía cuando le cuente lo que pasa en Maubuisson. Quiero que vaya a Pontoise y que contribuya a su ruina; que rebuzne ante el rey y que reviente de despecho.

Lormet lanzó un largo bostezo.

-Reventará, monseñor, reventará. Estad seguro de ello – dijo -, hacéis todo lo posible para eso.

Llegaron al espléndido palacio de los condes de Artois.

-¿No es una villanía que ella viva en este gran palacio que construyó mi abuelo? – prosiguió Roberto -. ¡Yo soy quién debería vivir aquí!

-Viviréis, monseñor, viviréis.

-y te nombraré portero, con cien libras al año.

-Gracias, monseñor – respondió Lormet como si ya tuviera el alto cargo y el dinero en el bolsillo.

Artois saltó de su percherón, arrojó las bridas a Lormet y asió la aldaba con la que descargó unos golpes como para tirar la puerta abajo.

Se abrió el claveteado batiente para dar paso a un guardián de elevada

estatura. Bien despierto, que llevaba en la mano un garrote como el brazo. -¿Quién va? – preguntó el guardián, indignado ante tanto alboroto.

Pero Roberto de Artois lo apartó de un empujón y entró en el palacio. Una decena de criados y sirvientes se afanaban en la limpieza matinal de la morada. Roberto, empujando a todos, subió al piso de las habitaciones, y lanzó estentóreo:

-¡Ah de la casa!

Acudió un lacayo, muy asustado con un balde en la mano.

-¡Mi tía, Picard! ¡Necesito ver a mi tía inmediatamente!

Picard, de ralos cabellos y cabeza chata, depositó su balde en el suelo y dijo:

-Está comiendo, monseñor.

-¡Bueno! ¡No me opongo! ¡Comunícale mi llegada, a prisa!

Roberto de Artois iba componiendo rápidamente en su rostro una máscara de pesar y de angustia, mientras seguía al lacayo hasta la habitación.

La condesa Mahaut de Artois, par del reino, ex-regente del Franco-Condado, era una robusta mujer de unos cuarenta y cinco años, de sólida estructura, cuerpo macizo y fuertes caderas. Su rostro bajo la gordura daba impresión de fuerza y voluntad. Tenía la frente alta, ancha y combada, los cabellos aún castaños, los labios con demasiado bozo y la boca roja.

Todo era grande en aquella mujer: sus rasgos, sus miembros, su apetito, su cólera, su avidez, sus emociones y el ansia de poder. Con energía de soldado y tenacidad de legista manejaba su corte de Arrás, como había manejado la de Dole, vigilando la administración de sus territorios, exigiendo la obediencia de sus vasallos, manejando la fuerza ajena y aniquilando sin piedad al enemigo descubierto.

Doce años de lucha con su sobrino le habían enseñado a conocerle bien. Cada vez que surgía una dificultad, cuando los señores de Artois se insubordinaban, cuando una villa protestaba contra los impuestos, Mahaut podía estar segura de que Roberto estaba detrás de ello.

-Es un lobo salvaje, un gran lobo falso y cruel – decía ella -. Pero yo tengo la cabeza más firme y sé que acabará por destruirse a sí mismo, a fuerza de emprender demasiadas cosas.

Hacía meses que apenas se dirigían la palabra y sólo se veían, por obligación, en la corte.

Aquella mañana, sentada ante una mesita puesta a los pies de la cama, Mahaut consumía, tajada tras tajada, un pastel de liebre que constituía el principio de su comida del despertar.

Así Roberto se esforzaba por fingir inquietud y tristeza, ella, al verlo entrar, simuló naturalidad e indiferencia.

-¡Vaya! Os veo muy despierto a hora tan temprana, mi sobrino. ¡Llegáis

como la tormenta! ¿A qué se debe tanta prisa?

-¡Tía, tía mía! – exclamó Roberto -. ¡Todo está perdido!

Mahaut, sin cambiar de actitud, se echó tranquilamente al colete un jarro de vino de Artois, color de rubí, proveniente de sus tierras y cuyo sabor prefería a cualquier otro.

-¿Qué habéis perdido, Roberto? ¿Otro proceso? – preguntó.

-Tía, os juro que no es éste el momento de zaherirnos con ironías. La desdicha que se abate sobre nuestra familia no admite bromas.

-¡Qué desdicha para uno puede serlo para el otro? – dijo Mahaut, con tranquilo cinismo.

-Tía, estamos en manos del rey.

Mahaut dejó traslucir cierta inquietud en su mirada. Se preguntaba qué trampa le estaría tendiendo y el porqué de ese preámbulo.

Con su ademán acostumbrado, se recogió las mangas enseñando un brazo grueso y carnoso. Luego, golpeando la mesa con la mano, llamó:

-¡Thierry!

-Tía, no podría hablar delante de nadie que no seáis vos – exclamó Roberto -. Lo que tengo que deciros concierne a nuestro honor.

-¡Bah! Podéis decir todo delante de mi canciller.

Ella desconfiaba y quería tener un testigo.

Por unos instantes ellos se midieron con la mirada; ella a la expectativa, el deleitándose con la comedia que representaba. “Llámalos, anda, llama a todo el mundo y que se enteren”, pensaba.

Resultaba curioso ver a aquellos dos seres, que tantos rasgos tenían en común, a aquellos dos de la misma sangre que tanto se asemejaban entre sí y tanto se detestaban.

Se abrió la puerta y apareció Thierry de Hirson. Canónigo capitular de la catedral de Arrás, canciller de Mahaut en la administración de Artois y también un poco amante de la condesa, aquel hombrecito rechoncho, de cara redonda y nariz puntiaguda y blanca, no estaba desprovisto de prestancia y autoridad.

Saludó a Roberto y le dijo, mirándole con los párpados casi cerrados, lo que obligaba a echar la cabeza muy atrás.

-Es raro que nos visitéis, monseñor.

-Al parecer, mi sobrino tiene una gran desgracia que contarme – dijo Mahaut.

-¡Ay de mí! – profirió Roberto, dejándose caer en una silla.

Se tomaba su tiempo; Mahaut comenzaba a dar muestras de impaciencia.

-Tía, en otro tiempo hemos tenido nuestras diferencias – prosiguió.

-Mucho más que eso, sobrino: ruines querellas que terminaron mal para vos.

-Cierto, cierto, y Dios es testigo de que os he deseado todo el mal de este

mundo.

Volvía a utilizar su treta favorita: demostrar una sencilla franqueza y confesar sus aviesas intenciones, para disimular el arma que tenía en la mano.

-Pero jamás os hubiera deseado esto – prosiguió -, jamás. Pues vos me sabéis buen caballero y firme en todo lo que atañe al honor.

-Pero, ¿qué ha ocurrido? ¡Habla ya! – gritó Mahaut.

-Vuestras hijas, mis primas, están convictas de adulterio y arrestadas por orden del rey. Y Margarita con ellas.

Mahaut no se sobresaltó al instante. No lo creía.

-¿Quién te ha contado ese cuento?

-Lo sé por mí mismo, tía; y toda la corte está enterada. Sucedió a la caída de la noche.

Se regodeaba en hacer consumir a Mahaut contándole el asunto gota a gota y solamente lo que quería.

-¿Y ellas han confesado? – preguntó Thierry de Hirson, mirando siempre por debajo de los párpados.

-No lo sé – respondió Roberto -. Pero los jóvenes de Aunay confiesan en este momento en manos de vuestro amigo Nogaret.

-Mi amigo Nogaret... – repitió lentamente Thierry de Hirson. Aunque fueran inocentes, con él saldrán más negras que la pez.

-Tía – continuó Roberto -, en plena noche he hecho las diez leguas de Pontoise a París para venir a avisaros, pues nadie pensaba en ello. ¿Creéis todavía que me traen malos sentimientos?

En la dramática incertidumbre en que se hallaba, Mahaut alzó los ojos hacia su gigantesco sobrino y pensó. “Tal vez sea capaz de un buen gesto.”

Luego, con acento de enfado, le dijo:

-¿Quieres comer?

Por estas simples palabras comprendió Roberto que había sido verdaderamente herida.

Cogió de la mesa un faisán frío, lo rompió con las manos en dos pedazos y le hincó el diente. Súbitamente, vio que su tía cambiaba de color. Un rojo escarlata invadía su garganta, por encima del escote bordeado de armiño, luego el cuello y la parte inferior de la cara. La sangre se le subía a la cabeza hasta ponerla de color carmesí. La condesa Mahaut se llevó la mano al pecho.

-“¡Ya está!” pensó Roberto. “¡Ahora revienta! ¡Va a reventar!”

Se equivocó. La condesa se puso en pié, barriendo de la mesa el pastel de liebre, los jarros y las fuentes de plata, que cayeron al suelo con estrépito.

-¡Zorras! – aullaba -. ¡Con todo lo que hice por ellas! ¡Con los matrimonios

que les arreglé!... ¡Dejarse atrapar como bellacas! ¡Pues bien! ¡Que lo pierdan todo! ¡Que las encierren, que las empalen, que las cuelguen!
El canónigo-canciller no se inmutó. Estaba habituado a los furores de la condesa.

-Ved, justamente es lo que yo pensaba – dijo Roberto con la boca llena -. ¡Mal os han agradecido vuestros afanes!...

-¡Debo ir a Pontoise al momento! – dijo Mahaut sin escucharlo. Tengo que verlas y decirles lo que deben responder.

-Dudo que lo logréis, tía. Están incomunicadas y nadie puede...

-Entonces hablaré con el rey. ¡Beatriz! ¡Beatriz! – llamó dando unas palmadas.

Se movió una colgadura y una soberbia joven de unos veinte años de edad, morena, alta, de pecho redondo y firme, entró sin prisa. En cuanto la vio Roberto, se sintió atraído por ella.

-Beatriz, lo has oído todo, ¿verdad? – preguntó Mahaut.

-Sí, señora – respondió la joven con voz un poco burlona, que arrastraba el final de las palabras -. Estaba detrás de la puerta, como de costumbre.

Esta curiosa lentitud que tenía en el hablar, la tenía también en la manera de andar y de mirar. Daba la sensación de una ondulante voluptuosidad. De una anormal placidez, pero la ironía le bailaba en los ojos, enmarcados por largas pestañas negras. La desdicha ajena, sus luchas y sus dramas seguramente le complacían.

-Es la sobrina de Thierry – dijo Mahaut a su sobrino, señalándola -. La he hecho primera doncella de compañía.

Beatriz de Hirson contemplaba a Roberto de Artois con disimulado pudor. Era obvio que sentía curiosidad por conocer a aquel gigante, de quien había oído hablar como de un malhechor.

-Beatriz – prosiguió Mahaut -, haz que preparen mi litera y que ensillen seis caballos. Salimos para Pontoise.

Beatriz seguía mirando a Roberto a los ojos, como si nada hubiera oído. Había en ella algo de irritante y turbio. Inspiraba a los hombres, desde el primer momento, un sentimiento de inmediata complicidad, como si estuviera dispuesta a no ofrecer ninguna resistencia. Pero a la vez, les obligaba a preguntarse si era completamente estúpida o si se burlaba socarronamente de ellos.

“¡Qué mujer! Sería buen pasatiempo para la noche”, pensaba Roberto mientras ella se alejaba sin prisa.

Del faisán sólo quedaba un hueso que arrojó al fuego. Ahora sentía sed. Tomó el jarro del que Mahaut se había servido y trasegó un buen trago.

La condesa se paseaba por el cuarto de lado a lado arremangándose.

-No os dejaré sola este día, tía – dijo de Artois -. Os acompañaré. Es un deber familiar.

Mahaut alzó hacia él los ojos. Todavía sospechaba. Por fin se decidió a tenderle ambas manos.

-Me has hecho mucho daño, Roberto y apuesto que me harás mucho más. Pero debo reconocer que hoy te has portado como un buen muchacho.

IX

LA SANGRE DE REYES

Comenzaba a penetrar el día en los sótanos largos y bajos de techo del viejo castillo de Pontoise, donde Nogaret acababa de interrogar a los hermanos de Aunay. Se oyó cantar un gallo, luego dos, y una bandada de gorriones pasó junto a los tragaluces que habían abierto para renovar el aire. En la pared chisporroteaba una antorcha, agregando su acre olor al de los cuerpos torturados. Guillermo de Nogaret dijo con voz cansada:

-La antorcha.

Uno de los verdugos se apartó del muro contra el cual se apoyaba para descansar, y tomó de un rincón una antorcha nueva. Encendió su extremo pegándola a las brasas de un trébede, en que enrojecían los hierros, ahora ya innecesarios, de la tortura. Luego quitó de su soporte la antorcha gastada, que apagó y la sustituyó por la nueva. Luego volvió a su lugar, junto a su compañero. Los dos "atormentadores" como se les llamaba, mostraban los ojos cercados de rojo por la fatiga. Sus brazos, velludos y musculosos, manchados de sangre, pendían a lo largo de sus delantales de cuero. Olían mal.

Nogaret se levantó del taburete donde había estado sentado durante el interrogatorio y su delgada silueta dibujó una sombra temblorosa sobre las piedras grisáceas.

Del extremo del sótano llegó un jadeo entrecortado por sollozos; los hermanos Aunay parecían gemir con una sola voz.

Nogaret se inclinó sobre ellos. Los dos rostros tenían una extraña semejanza. La piel era del mismo gris, con regueros húmedos, y sus cabellos, pegados por el sudor y la sangre, revelaban la forme del cráneo. Un continuo temblor acompañaba a los gemidos, que brotaban de sus labios desgarrados.

Gualterio y Felipe de Aunay habían sido primero niños y luego jóvenes felices. Habían vivido para sus placeres y sus deseos, sus ambiciones y sus vanidades. Como todos los adolescentes de su rango siguieron la carrera de las armas; pero nunca habían sufrido sino pequeños males o aquellos que inventa la fantasía. Hasta ayer participaban en el cortejo de los poderosos, y cualquier esperanza les parecía legítima. Había transcurrido una sola noche, y ahora eran sólo dos animales despedazados, y si aún se sentían capaces de desear, no deseaban más que el aniquilamiento.

Sin muestra alguna de compasión ni siquiera de desagrado, Nogaret observó un momento a los jóvenes y se enderezó. El sufrimiento y la sangre de los demás, los insultos de sus víctimas, su odio y desesperación

no lo inmutaban en absoluto. Tal tranquilidad, que era una disposición natural en él, le ayudaba a servir los superiores intereses del reino. Tenía la vocación del bien público, como otros la tienen para el amor.

Vocación, ése es el nombre noble de una pasión. Aquel espíritu de plomo y hierro no conocía dudas ni límites cuando se trataba de satisfacer a la razón de Estado. Para él nada contaban los individuos; él mismo, muy poco.

Hay en la Historia un linaje singular, siempre renovado, de fanáticos del orden. Consagrados a un ídolo absoluto y abstracto, las vidas humanas no sol para ellos de ningún valor, si obstaculizan el dogma de las instituciones, y se diría que han olvidado que la colectividad a la que sirven está compuesta de hombres.

Nogaret, al torturar a los hermanos de Aunay, no oía siquiera sus quejas; eliminaba, simplemente, causas de desorden.

“Los Templarios fueron más duros”, se dijo. No había tenido para ayudarles más que los torturadores locales, y no necesitó los de la Inquisición de París.

Sintió un pinchazo en los riñones y vago dolor le invadió la espalda. “Es el frío”, murmuró. Hizo cerrar el tragaluz y se aproximó al trébede donde aún había brasas. Extendió las manos y las frotó una contra otra; luego se friccionó los riñones gruñendo.

Los dos verdugos, apoyados aún contra la pared, parecían dormir.

Sobre la estrecha mesa donde había escroto, él mismo, toda la noche – pues el rey ordenó que no usase secretario ni escribano – comprobó las hojas del interrogatorio, las arregló en una carpeta de vitela y luego suspiró, se dirigió a la puerta y salió.

Entonces los atormentadores acudieron junto a Gualterio y Felipe de Aunay, y trataron de hacerlos incorporar. Como no pudieron lograrlo, tomaron en sus brazos aquellos cuerpos que habían torturado y los llevaron, como si fueran dos niños enfermos, a un calabozo cercano.

Del viejo castillo de Pontoise, que sólo se utilizaba como capitanía y prisión, a la residencia real de Maubuisson, había una media legua. Nogaret la recorrió a pie, escoltado por guardias de la alcaldía. Marchaba con paso rápido, al aire frío de la mañana cargado de perfumes del bosque.

Sin responder al saludo de los arqueros, atravesó el patio de Maubuisson y entró en el edificio, ajeno a los cuchicheos y al aspecto de vela mortuoria de los chambelanes y gentiles hombres reunidos en la sala de guardia.

-¡El rey! – pidió.

Un escudero se precipitó para acompañarle a sus habitaciones, y el guardasellos se halló cara a cara con la familia real.

Felipe el Hermoso estaba sentado, apoyado el codo en el brazo de su

sitial, y el mentón en la mano. Azulencas ojeras enmarcaban sus ojos. A su lado estaba Isabel; las dos trenzas doradas que encuadraban su rostro, acentuaban la dureza de sus rasgos. Ella era la artífice de la desgracia. Parecía compartir la responsabilidad del drama; y por ese extraño vínculo que une al delator con el culpable, se sentía como acusada.

Monseñor de Valois repiqueteaba nerviosamente sobre la mesa y movía la cabeza como si algo le oprimiera la garganta. También asistía a la reunión el segundo hermano del rey, o mejor, hermanastro, monseñor Luis de Francia, conde de Evereux, de aspecto tranquilo y ropas sin ostentación.

Estaban finalmente, unidos en su común infortunio, los tres principales interesados, los tres hijos del rey, los tres esposos sobre los cuales acababa de abatirse la catástrofe y el ridículo: Luis de Navarra, sacudido por accesos nerviosos; Felipe de Poitiers, rígido por el esfuerzo que hacía para mantener la calma; y Carlos, por último, con su hermoso semblante de adolescente, asolado por el primer pesar de su vida.

-¿Han confesado, Nogaret? – preguntó el rey.

-¡Ay, señor! Es algo vergonzoso, horroroso y han confesado.

-Léenoslo.

-“Nos, Guillermo de Nogaret, caballero, secretario general del reino y guardasellos de Francia, por la gracia de nuestro amado *Sire*, el rey Felipe IV, y por orden del mismo, hoy veinticuatro de abril de mil trescientos catorce, entre media noche y hora prima, en el castillo de Pontoise y con la ayuda de los atormentadores de dicha villa hemos oído, sobre un cuestionario previo, a los *sires* Gualterio de Aunay “bachiller” ante el monseñor Felipe, conde de Poitiers, y Felipe de Aunay escudero de monseñor Carlos, conde de Valois...” *(El aspirante (bachiller), en la antigua jerarquía feudal, estaba entre el caballero y el escudero. Este título se aplicaba ora a los gentiles-hombres que no tenían medios de hacer una leva, es decir, una tropa personal, ora a los jóvenes señores que aspiraban a ser armados caballeros. El escudero, literalmente, era el que llevaba el escudo al caballero; pero el hombre se usaba indistintamente como término genérico para designar a bachilleres y varlets. Estos eran jóvenes asentados con un señor para hacer el aprendizaje de caballeros.)*

A Nogaret le gustaba el trabajo bien hecho. Ciertamente los dos de Aunay habían empezado negando, pero el guardasellos tenía una manera de llevar los interrogatorios ante la cual no podían durar mucho tiempo los escrúpulos de la galantería. Obtuvo de los jóvenes confesión completa y circunstanciada. Tiempo en que empezaron las aventuras de las princesas, fechas de los encuentros, las noches en la torre de Nesle, nombres de los criados cómplices, todo, en fin, lo que para los culpables había representado pasión, fiebre y placer estaba expuesto, enumerado, consignado y detallado en la minuta del interrogatorio.

Isabel no se atrevía a mirar a sus hermanos, y ellos mismos dudaban de

mirarse entre sí. Durante casi cuatro años habían sido engañados, envilecidos, vilipendiados, deshonrados. Cada palabra de Nogaret los agobiaba de desdicha y vergüenza.

Luis de Navarra estaba dándole vueltas a un pensamiento terrible, que le había nacido al oír las fechas. “Durante los seis primeros años de matrimonio no tuvimos hijos – se decía -. Y tuvimos uno cuando ese Felipe de Aunay se acostó con Margarita... En ese caso, ¡la pequeña Juana...” y nada oyó ya, porque no cesaba de repetirse: “¡Mi hija no es mía...! ¡mi hija no es mía!” La sangre zumbaba en su cabeza.

El conde de Poitiers se esforzaba en no perder una palabra de la lectura. Nogaret no había podido arrancar de los hermanos Aunay la confesión de que la condesa Juana tuviera un amante, ni hacerles pronunciar un nombre. Ahora bien, después de todo lo que habían confesado, era de creer que si hubieran conocido tal hombre, su hubiera existido, ellos lo habrían denunciado. Lo cual no quitaba que hubiera representado un papel infame. Felipe de Poitiers reflexionaba.

-“Considerando haber aclarado suficientemente la causa, y hecha inaudible la voz de los prisioneros, hemos decidido cerrar el interrogatorio, para dar parte al rey nuestro Sire”

Nogaret había concluido. Recogió sus papeles y esperó.

Al cabo de unos instantes, Felipe el Hermoso levantó el mentón de la palma de la mano.

-Messire Guillermo – dijo -, nos habéis informado claramente sobre cosas dolorosas. Cuando hayamos juzgado, destruiréis eso – señalaba el pergamino -, a fin de que no quede rastro alguno fuera del secreto de nuestras memorias.

Nogaret se inclinó y salió.

Hubo un largo silencio, luego alguien de improviso gritó.

-¡No!

Era el príncipe Carlos que se había puesto en pie. Repitió: “¡No!” como si la verdad le resultara imposible de admitir. Su barbilla temblaba, sus mejillas estaban teñidas de rojo y no lograba contener las lágrimas.

-Los Templarios... – dijo alucinado.

-¿Qué queréis decir? – preguntó Felipe el Hermoso.

No le agradaba que le recordaran el episodio demasiado reciente.

Sonaba todavía en sus oídos, como en los de todos los presentes menos Isabel, la voz del gran maestro: “¡Malditos hasta la decimotercera generación de vuestro linaje...!”

Pero Carlos no pensaba en la maldición.

-Aquella noche – tartamudeaba -, aquella noche estaban juntos...

-Carlos – dijo el rey : Habéis sido un esposo débil, fingid al menos que sois un príncipe fuerte.

Fue la única palabra de aliento que el joven recibió de su padre.

Monseñor de Valois no había dicho nada aún. Para él representaba una penitencia permanecer callado tan largo rato. Aprovecho el momento para estallar.

-¡Por todos los santos! – gritó -. ¡Cosas extrañas acaecen en el reino y bajo el mismo techo del rey! La caballería se extingue, señor y hermano mío, y con ella todo honor.

Y a renglón seguido pronunció una larga diatriba, que bajo su apariencia de embrollada perorata, destilaba abundante perfidia. Para Valois todo guardaba relación: los consejeros del rey, Marigny a la cabeza, abatían las órdenes de caballería, pero la moral pública se derrumbaba con el mismo golpe. Los legistas, “nacidos de la nada”, intentaban no sé que nuevo derecho sacado de las instituciones romanas, para reemplazar al bueno y antiguo derecho feudal: el resultado no se había hecho esperar. En tiempos de las cruzadas se podía dejar solas a las mujeres durante largos años. Sabían guardar el honor y ningún vasallo se hubiera atrevido a arrebatárselas a sus señores. Ahora todo era escándalo y licencia. ¿Cómo? ¡Hasta dos simples escuderos...!

-Uno de ellos pertenece a vuestra casa, hermano – le interrumpió secamente el rey.

-¡De la misma manera que el otro pertenece a la de vuestro hijo! – repitió Valois, señalando al conde de Poitiers.

Este abrió sus largas manos.

-Cualquiera de nosotros puede ser engañado por la criatura en quien ha depositado su confianza – dijo.

-¡Por eso mismo! – exclamó Valois, que de todo sacaba partido -. Por eso mismo no hay crimen mayor para un vasallo que cometer seducción y rapto de honor con la mujer de su señor. Los escuderos de Aunay han debido...

-Dalos por muertos, hermano – interrumpió el rey, con un pequeño gesto a la vez negligente y tajante, que equivalía a la más larga sentencia; y continuó -: Lo que debemos hacer ahora, es fijar la suerte de las princesas adúlteras... Hermano mío, permitid que antes interrogue a mis hijos... Hablad, Luis.

En el momento de abrir la boca, Luis de Navarra sufrió un acceso de tos y dos manchas rojas aparecieron en sus pómulos. Se hallaba poseído por la cólera, y su ahogo fue respetado.

-¡Pronto dirán que mi hija es bastarda! – exclamó cuando recobró al aliento -. ¡Eso dirán! ¡Bastarda!

-Luis, si sois el primero en gritarlo – dijo el rey, descontento -, los demás no se privarán de repetirlo.

-En efecto, en efecto – dijo Carlos de Valois, que no había pensado en ello

aún, y cuyos grandes ojos azules brillaron bruscamente con una extraña luz.

-¿Por qué no gritarlo si es cierto? – repitió Luis, perdiendo el dominio de sí mismo.

-Luis, callaos – dijo el rey de Francia, golpeando la mesa -. Dignaos deciros, solamente, cuál es el castigo que queréis para vuestra esposa.

-¡Que muera! – respondió el Turbulento -. ¡Ella y las otras dos! ¡Las tres! ¡Que mueran, que mueran, que mueran!

Profería estas palabras con los dientes cerrados, y cortaba el aire con sus manos como si cortara cabezas.

Entonces Felipe de Poitiers, pidiendo a su padre la palabra con una mirada, dijo:

-El dolor os nubla la mente, Luis. Sobre Juana no pende tan gran pecado como sobre Margarita y Blanca. Ciertamente es muy culpable por haber favorecido su extravío, y ha desmerecido mucho. Pero *messire* de Nogaret no ha logrado pruebas de que haya traicionado el matrimonio.

-¡Hacedla atormentar por él y veréis si no confiesa! – gritó Luis -. ¡Ha ayudado a ensuciar mi honor y el de Carlos, y si nos amáis le daréis el mismo trato que a las otras dos rameras!

Felipe de Poitiers se tomó su tiempo.

-Aprecio vuestro honor, Luis – dijo al fin -, pero no menos el Franco-Condado.

Los presentes se miraron entre sí, y Felipe prosiguió diciendo:

-Vos tenéis a Navarra en derecho, Luis, porque proviene de nuestra madre y tendréis, quiera Dios que sea lo más tarde posible, a Francia. Por mi parte, yo sólo tengo a Poitiers, que nuestro padre hizo la merced de darme, y ni siquiera soy par del reino. Pero por Juana soy conde palatino de Borgoña y señor de Salins, de cuyas minas de sal procede la mayor parte de mis rentas. Que Juana sea, pues, encerrada en un convento el tiempo que se juzgue necesario, por toda la vida si es preciso al honor de la corona, pero que no se toque su vida.

Monseñor Luis de Evreux, callado hasta aquel momento, aprobó a Felipe.

-Mi sobrino tiene razón – dijo, convencido pero sin énfasis -. La muerte es un grave trance que será un gran tormento para cada uno de nosotros, y que no debemos dictar para nadie, en nuestra cólera.

Luis de Navarra le lanzó una mirada de odio.

La familia se hallaba, desde largo tiempo atrás, escindida en dos. Carlos de Valois contaba con el afecto de sus sobrinos Luis y Carlos, débiles y sugestionables, que quedaban boquiabiertos ante su facundia, el prestigio de su vida aventurera y sus tronos perdidos. Felipe de Poitiers, por lo contrario, estaba de lado del conde de Evreux, personaje tranquilo y recto, reflexivo, carente de ambición, y que se conformaba con sus tierras

normandas que administraba inteligentemente.

Por lo tanto, nadie se sorprendió de que apoyara la posición de su sobrino preferido; su afinidad con él era conocida.

Más sorprendente fue la actitud de Valois quien, después del furibundo discurso pronunciado, volvió grupas y, dejando a su querido Luis de Navarra en la estacada, se declaró también en contra de la pena de muerte. El convento le parecía un castigo demasiado suave para las culpables; por lo tanto aconsejaba la reclusión en una fortaleza, a prisión perpetua; e insistía sobre la palabra: 'perpetua'.

Tal mansedumbre en el exemperador titular de Constantinopla no era en modo alguno la expresión de una disposición natural. No podía ser más que el resultado del cálculo, y dicho cálculo lo había establecido cuando Luis de Navarra pronunció la palabra: 'bastarda'. En efecto...

En efecto, ¿cuál era el estado de la descendencia real? Luis de Navarra no tenía otro heredero que la niña Juana, tachada desde hacía un momento de sospecha de ilegitimidad, lo cual podría obstaculizar su posible ascensión, al trono. Carlos no tenía descendencia pues los hijos de Blanca habían muerto al nacer. Felipe de Poitiers tenía tres hijas, sobre las cuales podía rebotar el escándalo... Ahora bien, si las esposas culpables eran ejecutadas, los tres príncipes se apresurarían a contraer nuevo matrimonio, y habría abundantes posibilidades de que tuvieran descendencia. En tanto que si las princesas eran encarceladas para el resto de su vida, quedarían impedidos para contraer nuevas nupcias, y por lo tanto asegurarse descendencia.

Carlos era imaginativo. Como esos capitanes que, al partir para la guerra, sueñan con la posibilidad de que muera toda la oficialidad superior a ellos, y se ven ya elevados al mando del ejército; el hermano del rey, mirando el pecho hundido de su sobrino Luis y la delgadez de su sobrino Felipe de Poitiers, pensaba que la enfermedad podía causar imprevistos desastres. Además, estaban los accidentes de caza, los torneos, las caídas de caballo... y no era la primera vez que un tío sucedía a sus sobrinos.

-¡Carlos! – dijo el hombre de los párpados inmóviles, quien por el momento, era el único y verdadero rey de Francia.

Valois se estremeció como si temiera que hubieran leído su pensamiento. Pero Felipe el Hermoso no se dirigía a él sino a su hijo menor.

El joven príncipe separó las manos de su rostro. Estaba llorando.

-¡Blanca, Blanca!, ¿cómo es posible, padre? ¿Cómo pudo hacer cosa semejante? – gemía -. ¡Me decía que me amaba...! ¡Me lo demostraba tan bellamente!

Isabel tuvo un gesto de impaciencia y menosprecio. "¡Ah, ese amor de los hombres por el cuerpo que han poseído!", pensaba. "Esa facilidad con que se tragan todas las mentiras, con tal de no perder la mujer que desean!"

-Carlos – insistió el rey, como si hablara con un débil mental - ¿qué aconsejas que se haga con vuestra esposa?

-No lo sé, padre, no lo sé. Quiero ocultarme, quiero marcharme, quiero retirarme a un convento.

Estaba a punto de pedir que lo castigaran a él porque su esposa lo había engañado.

Felipe el Hermoso comprendió que no obtendría más de ellos. Miraba a sus hijos como si no los hubiera visto nunca; reflexionaba sobre el orden de la primogenitura, y se decía que a veces la naturaleza hace flaco servicio al tronco. ¿Cuántas tonterías sería capaz de cometer, una vez sentado en el trono, ese irreflexivo, impulsivo y cruel Luis, su hijo mayor? ¿Qué sostén podría representar para él su hermano menor, que se desmoronaba al primer drama? El mejor dotado para reinar era, sin duda, el segundo, Felipe, pero se veía que Luis no lo escucharía.

-Isabel, tu consejo – preguntó a su hija en voz baja inclinándose hacia ella.

-La mujer que haya pecado – dijo ella -, debe ser apartada para siempre de la transmisión de la sangre real. Y el castigo debe ser conocido por el pueblo, para que sepa que el crimen es castigado más severamente en la mujer o hija del rey que en la mujer del ciervo.

-Bien pensado – dijo el rey.

De todos sus hijos, ella hubiera sido el mejor soberano.

-El fallo será dado antes de vísperas – dijo el rey levantándose.

Y se retiró para consultar su última decisión, como siempre, con Marigny y Nogaret.

X

EL JUICIO

Durante todo el trayecto de París a Pontoise, la condesa Mahaut, en el interior de su litera, no había cesado de pensar en la manera de aplacar la ira del rey. Pero le costaba gran esfuerzo fijar sus ideas. La dominaban demasiados pensamientos, la agitaban demasiados temores, demasiada cólera contra la locura de sus hijas, contra la estupidez de sus maridos, contra la imprudencia de sus amantes, contra todos los que por ligereza, ceguera o sensualismo, amenazaban con socavar el edificio de su poderío. ¿Qué sería de Mahaut, madre de princesas repudiadas? Estaba decidida a echarle todas las culpas a la reina de Navarra. Margarita no era hija suya. Para salvar a sus hijas acusaría de mal ejemplo y enseñanza...

Roberto de Artois conducía la comitiva a buen paso, como si quisiera dar pruebas de un gran celo. Se complacía en ver al canónigo-canciller dando botes sobre su montura y, sobre todo, oír los gemidos de su tía. Cada vez que de la gran litera sacudida por las mulas se escapaba un lamento, Roberto, como por azar, hacía forzar la marcha. De modo que la condesa lanzó un suspiro de alivio cuando aparecieron por fin, por encima de las copas de los árboles, las torrecillas de Maubuisson.

En seguida la comitiva entró en el patio del castillo. Reinaba allí un gran silencio, roto por los pasos de los arqueros.

Mahaut descendió de la litera y preguntó al oficial de guardia.

-¿Dónde está el rey?

-Dicta justicia, madame, en la sala capitular.

Seguida de Roberto, de Thierry de Hirson y de Beatriz, Mahaut se dirigió a la abadía. A pesar de su fatiga caminaba con paso firme y ligero.

Bajo la fría bóveda, que cobijaba de ordinario los rezos de las monjas, estaba ahora toda la corte de Francia, inmóvil ante su rey.

Cuando entró la condesa Mahaut, algunas filas de cabezas se volvieron, y un murmullo recorrió la sala. Nogaret suspendió la lectura.

Mahaut vio al rey, con la corona en la cabeza y el cetro en la mano, e inmóvil la mirada.

En el tremendo ejercicio de la justicia que estaba cumpliendo, Felipe el Hermoso parecía ausentarse de este mundo, o mas bien, parecía comunicar con un universo más vasto que el mundo visible.

La reina Isabel, Marigny, Carlos de Valois, Luis de Evereux, así como los tres príncipes y muchos grandes barones permanecían sentados a ambos lados. Al pie del estrado, se veía a tres jóvenes monjes, con el cráneo rapado, arrodillados sobre las baldosas y con la cabeza gacha. Alán de Pareilles se mantenía en pie un poco apartado, cruzadas las manos sobre

los gavilanes de la espada.

“Gracias a Dios, llego a tiempo – se dijo Mahaut -, deben de estar juzgando algún caso de brujería o sodomía.”

Se dispuso a subir al estrado, donde era natural que tomara asiento por su condición de par del reino. De pronto, sintió que le flaqueaban las piernas. Uno de los arrodillados penitentes había alzado la cabeza: era Blanca, su hija. ¡Los tres monjes, eran, pues, las tres princesas a quienes habían rapado y vestido con un sayal! Mahaut se tambaleó, y profirió un sordo grito como si la hubieran golpeado en pleno vientre. Maquinalmente, se apoyó en su sobrino, porque era el que estaba más cerca de ella.

-Demasiado tarde, tía, llegamos demasiado tarde – dijo Roberto, saboreando su venganza.

El rey hizo una señal al guardasellos, y éste prosiguió su lectura.

-“...y por dichos testimonios y confesiones, habiendo sido convictas de adulterio las dichas damas Margarita, esposa de monseñor el rey de Navarra, y Blanca, esposa de monseñor Carlos, serán encarceladas en la fortaleza de Château-Galliard por el resto de los días que plazca a Dios concederles.”

-Por vida... son condenadas por vida... – murmuró Mahaut.

-“Doña Juana, condesa palatina de Borgoña y esposa de monseñor de Poitiers – prosiguió Nogaret -, en consideración a que no ha sido convicta de haber cometido falta contra el matrimonio y que no puede imputársele tal crimen, mas habiéndose probado su complicidad y complacencia culpable, será encerrada en el torreón de Dourdan por el tiempo necesario para su arrepentimiento y que al rey le plazca.

Hubo un instante de silencio durante el cual Mahaut pensó, mirando a Nogaret: “El ha sido. Ese perro lo ha hecho todo, su rabia por espiar, denunciar y torturar. Me la pagará, me la pagará con su pellejo.”

Pero el guardasellos no había terminado su lectura: -“Los señores Gualterio y Felipe de Aunay, habiendo faltado gravemente contra el honor y traicionando el vínculo feudal, cometiendo adulterio con personas de majestad real, serán enrodados, despellejados vivos, castrados, decapitados y colgados en público cadalso, en Pontoise, la mañana que seguirá al día de hoy. Así lo ha determinado nuestro muy sabio, muy poderoso y muy amado rey.”

Las princesas se habían estremecido al oír los suplicios que aguardaban a sus amantes. Nogaret enrolló su pergamino y el rey se puso en pie. La sala comenzó a vaciarse en medio de un prolongado murmullo que se elevaba entre aquellos muros acostumbrados a la oración... La condesa Mahaut vio que todos se apartaban de ella y evitaban su mirada. Quiso ir hacia sus hijas, pero Alán de Pareilles le cerró el paso.

-No, señora – le dijo -. El rey no ha autorizado más que a sus hijos, si ellos

lo desean, a oír de sus esposas su despedida y su arrepentimiento. Ella buscó entonces al rey, pero éste había salido ya, lo mismo que Luis de Navarra y Felipe de Poitiers.

De las tres esposas sólo se había quedado Carlos. Se acercó a Blanca. -Yo no sabía... Yo no quería... ¡Carlos! – dijo ésta rompiendo en sollozos. La navaja había dejado pequeñas placas rojas en la rapada cabeza. Mahaut se mantenía a distancia, sostenida por su canciller y su dama de compañía.

-¡Madre! – le gritó Blanca -, decid a Carlos que yo no sabía, y que me perdone.

Juana de Poitiers se pasaba las manos por las orejas, que tenía un poco separadas, como si no pudiera acostumbrarse a sentir las destapadas. Apoyado en un pilar, cerca de la puerta, Roberto de Artois, con los brazos cruzados, contemplaba su obra.

-¡Carlos, Carlos! – repetía Blanca.

En ese momento, se elevó la voz dura de Isabel de Inglaterra.

-Nada de flaquezas. Carlos, portaos como un príncipe – dijo.

Estas palabras desencadenaron la furia de la tercera condenada Margarita de Borgoña.

-¡Nada de flaquezas, Carlos! ¡No tengáis piedad! – gritó -. ¡Imidad a vuestra hermana Isabel que no puede comprender los impulsos del amor! ¡Sólo tiene odio y hiel en el corazón! ¡Sin ella nunca os hubierais enterado de nada! ¡Pero me odia, os odia, nos odia a todos!

Isabel miró a Margarita con fría cólera.

-Que Dios perdone vuestros crímenes – dijo.

-¡Antes perdonará mis crímenes que hará de ti una mujer dichosa! Le lanzó Margarita.

-Soy reina – repitió Isabel -. Si no conozco la felicidad, tengo por lo menos un cetro y un reino que respeto.

-¡Y yo, si no he conocido la felicidad, he conocido el placer, que vale por todas las coronas del mundo! Por eso, nada lamento...

erguida frente a su cuñada, que llevaba diadema, Margarita, con la cabeza rapada, rostro demacrado por la fatiga y las lágrimas, conservaba aún fuerzas suficientes para insultar, para herir, para abogar por su cuerpo.

-Hubo para mí una primavera – dijo con voz oprimida y jadeante -, hubo para mí el amor de un hombre, su calor y su fuerza, el gozo de poseer y ser poseída... ¡Todo eso que tú no conoces, que te mueres por conocer y que jamás conocerás! ¡Ah! ¡No debes resultar muy agradable en la cama para que tu marido prefiera buscar el placer en mozalbetes...!

lívida, aunque incapaz de responder, Isabel hizo una señal a Alán de Pareilles.

-¡No! – exclamó Margarita -. Nada tienes que decir a *messire* de Pareilles.

Ha obedecido mis órdenes otras veces y quizá tenga que volverlo a hacer algún día. Marchará cuando yo se lo ordene.

Volvió la espalda e hizo señal al jefe de los arqueros de que estaba dispuesta. Las tres condenadas salieron de la sala, atravesaron, bajo escolta, el patio, y regresaron a la estancia que les servía de cárcel.

Cuando Alán de Pareilles cerró la puerta tras ellas, Margarita se arrojó a la cama e hincó los dientes en las sábanas.

-¡Mis cabellos, mis hermosos cabellos! – sollozaba Blanca.

Juana de Poitiers se esforzaba por recordar cómo era el torreón de Dourdan.

XI

EL SUPPLICIO

El alba tardó en llegar para aquellos que debieron pasar la noche sin reposo, sin olvido y sin esperanza.

En la celda de la alcaldía de Pontoise, los hermanos de Aunay, tendidos uno junto al otro sobre un jergón de paja, aguardaban la muerte. Por orden del guardasellos les habían prodigado cuidados. Por ello sus llagas no sangraban ya, su corazón latía con más fuerza y había retornado un poco de vigor a su carne destrozada. Así sufrirían más y mejor el terror de los suplicios a que estaban condenados.

En Maubuisson, ni las princesas condenadas, ni sus tres esposos, ni Mahaut, ni el propio rey durmieron aquella noche. Tampoco durmió Isabel, obsesionada por las palabras de Margarita.

Por lo contrario, Roberto de Artois, tras veinte largas leguas de cabalgar, se dejó caer, sin ni siquiera sacarse las botas, sobre la primera cama que encontró en las habitaciones de los huéspedes. Lormet, poco antes de prima, tuvo que sacudirlo para que no le faltara el placer de ver la salida de sus víctimas.

En el patio de la abadía, esperaban tres grandes carretas con colgaduras negras, y messire Alán de Pareilles hacía alinear, a la rosácea claridad del alba, a los sesenta caballeros, con perniles de cuero, cotas de malla y cascos de hierro, que formarían la escolta del convoy, primero hacia Dourdan y luego a Normandía.

Tras una ventana del castillo miraba la condesa Mahaut de Artois, con la frente apoyada contra el vidrio y los amplios hombros sacudidos con un repentino estremecimiento.

-¿Lloráis, señora? – le preguntó Beatriz de Hirson, con su hablar arrastrado.

-Eso también puede llegarme a mí – respondió Mahaut, con voz ronca.

Después, como vio a Beatriz vestida, arreglada, peinada y con capa, Mahaut agregó:

-¿Sales, pues?

-Sí señora; iré a ver el suplicio... si lo permitís.

La plaza de Martroy, en Pontoise, donde iba a realizarse la ejecución de los Aunay, hervía ya de público cuando llegó Beatriz. Burgueses, campesinos y soldados habían fluido desde el amanecer. Los propietarios de las casas cuyas fachadas daban a la plaza habían alquilado a buen precio sus ventanas, donde de veían cabezas apretadas en varias filas.

Los pregoneros habían gritado, la noche anterior, en todos los rincones de la villa... “enrodados, despellejados vivos, castrados, decapitados...” El

hecho de que los condenados fueran jóvenes, nobles y ricos, y sobre todo, que su crimen hubiera sido un gran escándalo de amor desarrollado dentro de la familia real, excitaba la curiosidad y la imaginación del pueblo. Durante la noche habían elevado el entablado; se alzaba a dos metros sobre el suelo y aguantaba dos ruedas colocadas horizontalmente y un tajo de encina. Detrás se levantaban las horcas.

Dos verdugos. Los mismos del interrogatorio de los hermanos de Aunay, pero vestidos ahora con sobrevesta y capuchones rojos, subieron por la pequeña escala a la plataforma. Detrás de ellos dos ayudantes traían unos cofres negros que contenían los instrumentos de la tortura. Uno de los verdugos hizo girar las ruedas que chirriaron. La gente se echó a reír como si aquello fuera una gracia de titiritero. Se decían bromas, se repartían codazos y comenzó a circular de mano en mano una bota de vino de la que bebieron los verdugos entre aplausos de todos.

Cuando, rodeada por arqueros, apareció la carreta que conducía a los hermanos de Aunay, el clamor fue elevándose a media que se distinguía mejor a los condenados. Ni Gualterio ni Felipe se movían. Unas cuerdas los sujetaban a los postes de la carreta, sin las cuales no hubieran podido tenerse en pie. Las limosneras brillaban en su cintura sobre las calzas desgarradas.

Les acompañaba un sacerdote que había acudido para recibir sus tartamudeantes confesiones y sus últimas voluntades. Agotados, palpitantes, atontados, parecían no tener conciencia de lo que sucedía. Los ayudantes de los verdugos los subieron al entablado y los despojaron de sus ropas.

Al verlos desnudos, entre las manos de los verdugos, la multitud presa de histerismo, prorrumpió en alaridos. Un torrente de frases groseras y de obscenos comentarios se desató sobre la plaza, mientras ambos gentiles-hombres eran echados y atados a las ruedas, cara al cielo. Luego todos aguardaron.

Así transcurrieron varios minutos. Uno de los verdugos se sentó sobre el tajo y el otro probó el filo del hacha. La multitud comenzaba a impacientarse, a hacer preguntas, a armar bullicio.

Pronto comprendieron el motivo de la espera. Tres carretas a las que habían quitado a medias las colgaduras negras hicieron su entrada en la plaza. Por supremo refinamiento en el castigo, Nogaret, de acuerdo con el rey, había dado orden de que las princesas asistieran al suplicio.

El interés de los espectadores se vio repartido entre los dos condenados desnudos y las princesas reales prisioneras y rapadas. Hubo un movimiento de la masa que los arqueros tuvieron que contener.

Cuando divisó el entablado, Blanca se desvaneció.

Juana, aferrada a los barrotes de la carreta, gritaba a la multitud:

-¡Decidle a mi esposo, decidle a monseñor Felipe que soy inocente!

Hasta ese momento se había mantenido firme, pero sus nervios terminaron por quebrarse. Los mirones se la mostraban unos a otros riendo, como a fiera de circo en su jaula. Las arpías la insultaban.

Sólo Margarita de Borgoña tenía el valor de mirar, y los que la observaban de cerca pudieron preguntarse, si no experimentaba un atroz y espantoso placer al ver expuesto ante los ojos de todos al hombre que iba a morir por haberla poseído.

Cuando los verdugos alzaron sus mazas para romper los huesos de los condenados Margarita gritó: "Felipe!", con voz que no era de dolor.

Las mazas se abatieron, se oyeron crujir los huesos, y el cielo se apagó para los hermanos de Aunay. Primero rompieron sus piernas y muslos, después los verdugos hicieron dar media vuelta a las ruedas y las mazas cayeron sobre el antebrazo y brazo de los condenados. Los golpes repercutían en los radios y los cubos; las maderas crujían tanto como los huesos.

Después los verdugos, aplicando las torturas según el orden prescrito, empuñaron los instrumentos férreos de múltiples garfios y arrancaron a grandes jirones la piel de los dos cuerpos.

Salpicaba la sangre y chorreaba sobre la plataforma y uno de los verdugos tuvo que secarse los ojos. Este suplicio probaba abundantemente que el color rojo, reglamentario para los verdugos, era completamente necesario. "...enrodados, despellejados vivos, castrados, decapitados..." Aunque les quedara un soplo de vida a los hermanos de Aunay, toda la sensibilidad y toda conciencia había huido de ellos.

Una ola de histeria agitó a la concurrencia cuando los verdugos de largos cuchillos de carnicero, mutilaron a los dos amantes culpables. La gente se empujaba para ver mejor. Las mujeres gritaban a sus maridos:

-¡Eso para que tomes ejemplo, calavera!

-¡Merecerías otro tanto!

-¡Ya ves lo que te espera!

Raramente tenían los verdugos ocasión de hacer una tan completa demostración de sus talentos delante de un público tan entusiasta. Cambiaron entre sí una mirada y, con movimiento ajustado de malabaristas, lanzaron al aire los objetos de la culpa.

Un gracioso gritó, señalando a las princesas con el dedo:

-¡A ellas deberíais dárselos!

Y el público se echó a reír.

Los ajusticiados fueron bajados de las ruedas y arrastrados al tajo. Dos veces brilló la hoja del hacha. Después los ayudantes llevaron hasta las horcas lo que quedaba de Gualterio y de Felipe de Aunay, de aquellos dos bellos escuderos que, dos días antes, caracoleaban por el camino de

Clermont; dos cuerpos rotos, sanguinolentos, sin cabeza y sin sexo, que atados por debajo de las axilas, fueron izados al palo de la horca.

Inmediatamente, a una orden de Alán de Pareilles, reanudaron la marcha las tres carretas negras rodeadas por los caballeros de casco de hierro; y los soldados de la alcaldía empezaron a hacer desalojar la plaza.

La multitud se dispersaba lentamente, todos querían pasar cerca del entablado para echar la última mirada. Luego, en pequeños grupos, haciendo comentarios, se volvían quién a su herrería, quién a su establo, éste a su tenducho, aquél a su jardín, para reemprender tranquilamente su vida de cada día.

Pues en aquellos siglos, en que dos tercios de los niños morían en la cuna y la mitad de las mujeres, de parto; cuando las epidemias hacían estragos entre la población, cuando la enseñanza de la Iglesia preparaba principalmente para la muerte, cuando las obras de arte: crucifixiones, martirios, enterramientos, juicios finales, ofrecían constantemente la representación de la partida, la idea de la muerte era familiar a los espíritus, y sólo la muerte de una forma excepcional podía conmoverlos un momento.

Ante un puñado de obstinados mirones y mientras los ayudantes lavaban los instrumentos, los dos verdugos se repartían los despojos de sus víctimas. En efecto, por costumbre, tenían derecho a todo lo que encontraban sobre los ajusticiados de la cintura a los pies. Esto era aparte de la ganancia de su cargo.

Así, las limosneras enviadas por la reina de Inglaterra fueron a parar, ganga inesperada, a las manos de los verdugos de Pontoise.

Una hermosa muchacha morena, vestida como hija de nobles más que como burguesa, se aproximó a ellos y, en voz baja con acento un tanto lánguido, les pidió que le dieran la lengua de uno de los ajusticiados.

-Dicen que es bueno para los males de mujer – dijo -. La de cualquiera de ellos, lo mismo me da.

Los verdugos la miraron con suspicacia, preguntándose si no habría brujería en ello. Puesto que era cosa sabida que la lengua de un ahorcado sobre todo si lo había sido en viernes, servía para evocar al diablo. ¿Tendría igual utilidad la lengua de un decapitado?

Pero como Beatriz mostraba una reluciente moneda de oro en la mano, aceptaron, fingiendo sujetar mejor una de las cabezas, le quitaron lo que se les pedía.

-¿No queréis más que lengua? – dijo, guasón, el más grueso de los verdugos -. Porque por otro tanto podríamos daros también el resto.

Decididamente, no había habido nada normal en aquella ejecución.

Tres carretas avanzaban lentamente por el camino de Poissy. En la última, una mujer con cabeza rapada, en cada pueblo que pasaban, se obstinaba

en gritar a los campesinos que salían a su puerta:

-¡Decid a monseñor Felipe que soy inocente! ¡Decidle que no lo he avergonzado!

XII

EL MENSAJERO DEL CREPÚSCULO

Mientras la sangre de los Aunay se secaba sobre la amarilla tierra de la plaza de Martroy, donde durante varios días acudieron los perros a husmear, Maubuisson se recobraba lentamente de la pesadilla.

Los tres hijos del rey no se dejaron ver en todo el día. Nadie fue a visitarlos, aparte de los gentiles-hombres destinados a su servicio.

Mahaut había intentado, en vano, que la recibiera Felipe el Hermoso. Nogaret le declaró que el rey trabajaba y que deseaba no ser molestado. "Es él, ese dogo, pensaba Mahaut, quien lo ha tramado todo y ahora me impide poder llegar hasta su amo."

Todo confirmaba a la condesa en la idea de que el guardasellos era el principal artífice de la pérdida de sus hijas y de su desgracia personal.

-Quedaos con Dios, *messire* de Nogaret. Que él se apiade de vos – le dijo en son de amenaza, antes de subir a la litera para marchar a París.

Otras pasiones e intereses agitaban a Maubuisson. Los familiares de las princesas confinadas trataban de anudar otra vez los hilos invisibles del poder y de la intriga, aunque fuese renegado de las amistades que la víspera les enorgullecían. Las agujas del miedo, de la vanidad y de la ambición se ponían en movimiento para tejer, sobre nuevo cañamazo, la tela brutalmente desgarrada.

Roberto de Artois tuvo la habilidad de no airear su triunfo; esperaba recoger los frutos. Pero ya se desplazaban hacia él los miramientos que antes se dirigían al clan de Borgoña.

Por la noche fue invitado a la cena del rey, y en eso se vio que volvía a gozar del favor real.

Cena frugal, de duelo casi, a la que asistieron solamente los hermanos del rey, su hija, Marigny, Nogaret y Bouville. Era agobiador el silencio en la sala larga y estrecha donde fue servida. Incluso Carlos de Valois callaba; y el lebreñ Lombardo, como si intuyera la pesadumbre de los comensales, se había alejado de los pies de su amo para ir a tenderse delante de la chimenea.

Roberto de Artois procuraba insistentemente encontrar los ojos de Isabel; pero Isabel demostraba la misma insistencia en rehuirlo. Habiendo fustigado, juntos, pasiones culpables, no quería dar a su gigante primo, muestra alguna de ser accesible a las mismas tentaciones. No aceptaba más complicidad que la de la justicia.

"El amor no está hecho para mí, se decía ella, me tengo que resignar." Pero le faltaba confesarse a sí misma que se resignaba mal.

En el momento en que, entre servicio y servicio, los escuderos cambiaban

las rebanadas de pan, entró lady Mortimer trayendo en brazos al pequeño príncipe Eduardo, para que éste diera a su madre el beso de las buenas noches.

-Señora de Joinville – dijo el rey llamando a lady Mortimer por su nombre de soltera -: traedme a mi único nieto.

Los asistentes notaron la manera como pronunció la palabra “único”.

Tomó al niño en sus brazos y lo contempló durante largo rato, estudiando la carita inocente, sonrosada y redonda de graciosos hoyuelos.

¿De quién se mostraría hijo en los rasgos y en el carácter? ¿De su tornadizo padre, sugestionable y depravado, o de su madre, Isabel? “Por el honor de mi sangre, pensaba el rey, desearía que fueses semejante a ella; pero para dicha de Francia, ¡haga el cielo que seas solamente hijo de tu débil padre!” Porque la cuestión sucesoria se le presentaba perentoriamente. ¿Qué pasaría si un príncipe de Inglaterra tenía un día oportunidad de reclamar el trono de Francia?

-Eduardo, sonreíd a vuestro señor abuelo – dijo Isabel.

El bebé no parecía sentir miedo alguno de la mirada real. De pronto, alargando su manita, la hundió en los cabellos dorados del monarca y tiró de un mechón rizado.

Felipe el Hermoso sonrió. Los comensales lanzaron un suspiro de alivio; todos se apresuraron a soltar la risa, u por fin osaron hablar.

Concluida la comida, el rey despidió a todo el mundo con excepción de Marigny y de Nogaret fue a sentarse junto a la chimenea, y permaneció callado largo rato. Sus consejeros respetaron su silencio.

-Los perros son criaturas de Dios; pero ¿tienen conocimiento de Dios? – preguntó súbitamente.

-*Sire* – respondió Nogaret -, sabemos mucho acerca de los hombres, puesto que también nosotros lo somos; pero muy poco, del resto de la naturaleza.

Felipe el Hermoso calló de nuevo, procurando arrancar el secreto de los ojos leonados cercados de rojo del gran lebrell echado delante de él con el hocico entre las patas. El perro movía a veces los párpados; el rey, no.

Como acaece con frecuencia e los hombres poderosos, después que han tomado trágicas responsabilidades, el rey Felipe meditaba acerca de los problemas misteriosos y vagos, buscando la certeza de un orden donde se inscribieran si error su vida y sus actos.

Por fin se volvió y dijo:

-Enguerrando, creo que hemos obrado bien. Mas, ¿adónde va el reino? Mis hijos no tienen herederos.

Marigny respondió:

-Los tendrán si vuelven a tomar mujer, *Sire*...

Ante Dios ya la tienen.

-Dios puede borrar... – dijo Marigny.

-Dios no obedece a los señores de la tierra.

-El Papa puede liberarlos – dijo Marigny.

La mirada del rey se volvió entonces hacia Nogaret.

-El adulterio no es motivo de anulación de matrimonio – dijo en seguida el guardasellos.

-No obstante no nos queda otro recurso – dijo Felipe el Hermoso -. Y no debo tener en cuenta la ley común, así esté ella en manos del Papa. Un rey puede morir en el momento menos pensado. No puedo esperar posibles viudedades para asegurar la sucesión real.

Nogaret alzó su mano grande, delgada y chata.

-Entonces, *Sire* – dijo -, ¿por qué no habéis hecho ejecutar a vuestras nueras, dos al menos?

-LO hubiera hecho, desde luego – respondió fríamente el rey – si con ellos no me hubiera enajenado, evidentemente, la voluntad de las dos Borgoñas. La sucesión del trono es, ciertamente importante, pero la unidad del reino no lo es menos.

Marigny manifestó su aprobación con la cabeza, silenciosamente.

-Messire Guillermo – prosiguió el rey -, iréis, pues, al Papa Clemente, y deberéis convencerle de que el matrimonio de un rey no es lo mismo que el de un hombre ordinario. Mi hijo Luis es mi sucesor; él debe ser el primer desligado.

-Pondré en ello todo mi celo, *Sire* – respondió Nogaret – pero no dudéis de que la duquesa de Borgoña hará todo lo posible para obstaculizar ante el Santo Padre.

Se oyó galopar en las cercanías del castillo, después el rechinar de las barras y los herrajes de la puerta principal. Marigny, acercándose a la ventana, dijo:

-El Santo Padre nos debe demasiado, y ante todo la tiara, para no escuchar nuestras razones. El derecho canónico ofrece bastantes motivos...

Los cascos del caballo sonaron sobre los adoquines del patio.

-Un mensajero, *Sire* – dijo Marigny -. Parece haber recorrido un largo camino.

-¿De quién es? – dijo el rey.

-No lo sé, no distingo sus armas... *(Los correos encargados de los mensajes oficiales se llamaban 'chevaucheurs'. Los príncipes soberanos, los papas, los grandes señores y los principales dignatarios civiles o eclesiásticos, todos tenían sus propios correos que llevaban el traje con sus armas. Los correos reales tenían el derecho de prioridad de requisición para procurarse caballos de refresco en el curso de su misión. Estos mensajeros podían hacer, relevándose, jornadas de cien kilómetros.)* Convendría también – continuó Marigny – amonestar a monseñor Luis, no vaya a estropear su propio asunto, por cualquier rareza

de carácter.

-Yo me ocuparé de eso, Enguerrando – dijo el rey.

En este momento entró Hugo de Bouville.

-*Sire*, un mensajero de Carpentras, y pide ser recibido por vos mismo.

-Que pase.

-Correo del Papa – dijo Nogaret.

La coincidencia no tenía que sorprenderlos. Entre la Santa Sede y la corte la correspondencia era frecuente, casi diaria.

El mensajero, mozo alto, fornido y ancho de espaldas, de unos veinticinco años, venía cubierto de polvo y barro. La cruz y la llave, primorosamente bordadas sobre la cota de amarillo y negro, indicaban un servidor del papado. Sostenía en la mano izquierda su chapeo y el bastón insignia de su cargo. Avanzó hacia el rey, hincó la rodilla en tierra, y desató de su cintura la caja de ébano y plata que contenía el mensaje.

-*Sire* –dijo -, el Papa Clemente ha muerto.

Los asistentes se sobresaltaron por igual. El rey y Nogaret principalmente. Se miraron y palidieron. El rey abrió la caja de ébano, sacó la carta y rompió el sello que era del cardenal Arnaldo de Auch. Leyó atentamente, como para asegurarse de la veracidad de la noticia.

-El Papa hechura nuestra pertenece ya a Dios – murmuró tendiendo el pergamino a Marigny.

-¿Cuándo sucedió? – preguntó Nogaret.

-Hace seis días – respondió Marigní - . la noche del 19 al 20.

-Un mes después – dijo el rey.

-Sí, *Sire*, un mes después... – recalcó Nogaret.

Habían hecho a la vez el mismo cálculo. El 18 de marzo, el gran maestre de los Templarios le había gritado, entre las llamas: “Papa Clemente, caballero Guillermo, rey Felipe, antes de un año os emplazo ante el tribunal de Dios...” Y he aquí que el primero ya estaba muerto.

-Dime – prosiguió el rey dirigiéndose al mensajero e indicándole que se levantara -, ¿cómo murió nuestro Santo Padre?

-*Sire*, el Papa Clemente estaba con su sobrino, *messire* de Got, en Carpentras, cuando fue acometido por fiebres y angustias. Entonces dijo que quería volver a Guyena, para morir donde había nacido, en Villandraut; pero no pudo hacer más que la primera jornada y se tuvo que quedar en Roquemaure, cerca de Châteauneuf. Los físicos lo probaron todo para curarlo, hasta le hicieron comer esmeraldas trituradas, que, al parecer, es el mejor remedio para el mal que padecía. Pero de nada sirvió. Le sobrevino un ahogo. Los cardenales estaban a su alrededor. No sé más. – Y se cayó.

-Vete – le dijo el rey.

Salió el mensajero. En la sala no se oía más que el susurro de la

respiración del gran lebrel que dormía ante el fuego.

El rey y Nogaret no osaban mirarse.

“¡Será posible, verdaderamente – pensaban -, que estemos maldecidos...?”

Y ahora la palidez del rey era impresionante, y bajo su amplia veste real, su cuerpo tenía la helada rigidez de los yacentes.

TERCERA PARTE
LA MANO DE DIOS

I

LA CALLE DE LOS BORBONESES

No tardó más de ocho días el pueblo de París para tejer en torno a la condena de las tres princesas adúlteras una leyenda de lasciva y crueldad. Con imaginación callejera u jactancia de tendero, éste afirmaba saber la verdad de primera mano por un compadre suyo que llevaba los comestibles a la torre de Nesle, aquél tenía un primo en Pontoise... La imaginación popular se apoyaba sobre todo en Margarita y le asignaba un papel extravagante. Ya no se le atribuía un amante a la reina de Navarra, sino diez, cincuenta, uno por noche... Todos miraban, con multitud de historias una especie de temerosa fascinación, la torre de Nesle ante la cual velaba la guardia día y noche para ahuyentar a los curiosos. Porque el asunto no había terminado. Se encontraron varios cadáveres en aquellos parajes, y se decía que el heredero del trono atormentaba a los criados para hacerles confesar lo que supieran de la desvergüenza de su mujer, y más tarde tiraba sus cuerpos al Sena.

Una mañana, hacia tercia, la bella Beatriz de Hirson salió del palacio de Artois. Era a principios de mayo y el sol jugueteaba en los vidrios de las ventanas. Sin apresurarse, Beatriz recorría su camino satisfecha de sentir la caricia del viento tibio en la frente. Saboreaba el olor de la naciente primavera y sentía placer en provocar las miradas de los hombres, sobre todo si éstos eran de humilde condición.

Entró en el barrio de san Eustaquio y llegó a la calle de los Borboneses. Allí tenían su despacho los escribanos públicos así como también los comerciantes en cera, que fabricaban tablas de escribir al mismo tiempo que cirios, candelas y encáusticos. Pero en algunas trastiendas, a precio de oro y con infinitas precauciones, se vendían los ingredientes necesarios para la brujería: polvo de serpiente, sapos machacados, cerebros de gato, lenguas de ahorcados, pelos de ramerías, así como también toda clase de plantas, cogidas en el momento preciso de la luna, para fabricar filtros de amor o venenos con que "fulminar" al enemigo. La llamaban también "calle de las brujas" a aquella estrecha vía donde el diablo, en derredor de la cera, ejercía su comercio de materia prima de los sortilegios.

Con aire desenvuelto y mirada huidiza, Beatriz de Hirson penetró en una tienda cuya muestra era un gran cirio de palastro pintado.

La tienda era estrecha de fachada, larga, baja y sombría. Del techo pendían cirios de todos los tamaños, y sobre anchas tablas clavadas en los muros, haces de candelas se alineaban junto a los panes pardos, rojos o verdes que se utilizaban para los sellos. El aire olía fuertemente a cera y cualquier objeto resbalaba un poco en las manos.

El mercader, un viejecillo tocado con un bonete de lana cruda, hacía sus cuentas con ayuda de un ábaco. Al entrar Beatriz, una amplia sonrisa desdentada hendió su rostro.

-Maese Engelberto – dijo Beatriz -, vengo a pagaros el gasto de la casa de Artois.

-Buena idea, mi hermosa doncella, buena idea. Porque el dinero, estos días, corre más aprisa hacia fuera que hacia adentro. Mis proveedores quieren cobrar al momento. Y luego viene la “maltôte” que nos estrangula. Cuando vendo por una libra, tengo que pagar un denario. El rey gana más que yo sobre mi trabajo. *(El término ‘maltôte’ – del bajo latín mala tolta, mal quitado o mal tomado – fue adoptado por el pueblo para designar un impuesto sobre las transacciones, instituido por Felipe el Hermoso. Consistía en una tasa de un denario por libra sobre el precio de las mercancías vendidas. Dicha tasa de 0.50 por ciento sobre la libra de Tours y de 0.33 sobre la parisís, desencadenó graves motines y dejó el recuerdo de una medida financiera abrumadora.)*

Buscó entre las tablillas de cuentas la correspondiente a la casa de Artois, y se la acercó a sus ojillos de ratón.

-Aquí veo cuatro libras y ocho sueldos, si no me he equivocado, y cuatro denarios – se apresuró a añadir, porque se había acostumbrado a cargar al comprador la dichosa “maltôte” de la que tanto se quejaba.

-Yo cuento seis libras – dijo dulcemente Beatriz, poniendo dos escudos sobre el mostrador.

-¡Ah! He aquí una buena costumbre. Así deberían hacer todos.

Se llevó las monedas a los labios, luego agregó con un guiño de complicidad.

-Sin duda, queréis ver a vuestro protegido. Estoy satisfecho porque es servicial y habla poco... ¡Maese Everardo!

El hombre que entró, procedente de la trastienda, cojeaba. Tenía unos treinta años, era delgado, aunque fornido, de rostro huesudo, y párpados hundidos y oscuros.

En seguida, maese Engelberto recordó una diligencia urgente.

-Echad el cerrojo tras de mí. Estaré ausente una hora – dijo al cojo.

Este, cuando quedaron solos, cogió a Beatriz de las muñecas.

-Venid – le dijo.

La joven lo siguió al fondo de la tienda, pasó por debajo de una cortina que él alzó y halló en el depósito donde maese Engelberto guardaba los panes de cera en bruto, los toneles de sebo y los paquetes de machas. También se veía un estrecho jergón tendido entre una vieja arca y la salitrosa pared.

-Mi castillo, mi señorío, la comandancia del caballero Everardo – dijo con amarga ironía, señalando con ademán circular el sombrío y sórdido habitáculo -. Pero es mejor que la muerte, ¿verdad?

Luego, tomando a Beatriz por los hombros, la atrajo hacia sí:

-Y tú vales más que la eternidad – susurró.

La voz de Everardo era tan apresurada, como lenta y serena la de ella. Beatriz sonreía con la expresión habitual con que se burlaba vagamente de los hombres y de las cosas. Experimentaba un perverso deleite al sentir que había seres que dependían de ella. Por otra parte, aquel hombre estaba doblemente a su merced.

Lo había encontrado una mañana, como fiera acosada, en un rincón de la cuadra de la mansión de Artois, tembloroso y desfallecido de miedo y de hambre. Antiguo Templario de una comandancia del norte de Francia, el tal Everardo había logrado evadirse de la prisión, la noche anterior al día en que iba a ser quemado. Escapó de la hoguera; pero no de la tortura. Recuerdo de los tres interrogatorios y de sus torturas era aquella pierna torcida para siempre, y el desvarío de su mente. Puesto que le habían roto los huesos para hacerle confesar prácticas demoníacas de las cuales era inocente, decidió, por represalia, entregarse al diablo. Al aceptar el odio perdido de la fe.

Soñaba sólo con brujerías, aquelarres y hostias profanadas. La calle de los Borboneses era su apropiado lugar. Beatriz lo colocó en casa de Engelberto que lo alojaba, lo alimentaba y, sobre todo, le proporcionaba una coartada ante el preboste. Así, Everardo, en su seboso antro, se creía verdadera encarnación de poderes satánicos, y se entregaba a esperanzas de venganza y visiones de lujuria.

Sin el tic nervioso que frecuentemente le deformaba bruscamente la cara, no hubiera estado desprovisto de cierto rudo atractivo. Su mirada tenía ardor y brillantez. Mientras recorría febrilmente con sus manos el cuerpo de Beatriz, complaciente siempre, ésta dijo:

-Debes estar contento. El Papa ha muerto.

-Sí... Sí... – dijo Everardo con alegría salvaje en la mirada -. Sus físicos le hicieron comer esmeraldas trituradas. ¡Buen revientatripas! Quienes quiera que sean, esos médicos cuentan con mi amistad. Comienza a cumplirse la maldición del gran maestre. Ya ha caído uno. La mano de Dios golpea rápidamente, cuando ayuda la mano del hombre.

-Y también la del diablo – dijo ella, sonriendo.

No parecía darse cuenta de que él le había levantado la falda. Los dedos barnizados de cera del ex Templario acariciaban un hermoso muslo firme, terso, cálido.

-¿Quieres ayudar a dar otro golpe? – prosiguió diciendo ella.

-¿A quién?

-A tu peor enemigo... al hombre a quien debes tu cojera.

-Nogaret... – murmuró Everardo.

Retrocedió un poco y la contracción deformó tres veces su rostro.

Ella se acercó entonces.

-Puedes vengarte si lo deseas – dijo -. ¿Acaso no es aquí donde se provee de luz? ¿No le vendéis las velas?

-Sí – dijo él.

-¿Cómo están hechas?

-Son candelas muy largas, de cera blanca con mechas que reciben un tratamiento especial para que despidan poco humo. También utiliza para su palacio largos cirios amarillos que llaman de legista. Estos los emplea solamente cuando dedica la noche a escribir. Quema dos docenas por semana.

-¿Estás seguro?

-Su portero viene a buscarlas por gruesas – y señaló un estante -; mira, su próxima provisión está ya lista, y la de Marigny al lado, y la de Millard, secretario del rey. Con ellas alumbran los crímenes que fabrica su mente. ¡Ojalá pudiera escupirles encima el veneno del diablo!

Beatriz seguía sonriendo.

-Puedo procurártelo – dijo -. Conozco el medio de envenenar una bujía.

-¿Es posible? – preguntó Everardo.

-Quien durante una hora respira su llama no vuelve a ver otra sino la del infierno. Es un veneno que no deja rastro y no tiene remedio.

-¿Cómo lo sabes?

-¡Ah... eso! – dijo Beatriz, moviendo los hombros y entornando los párpados como si coqueteara -. Es un polvo que basta con mezclarlo a la cera...

-¿Y por qué deseas tú que Nogaret...? – preguntó Everardo.

Contoneándose con coquetería, ella respondió:

-Quizá, porque además de ti, hay otras gentes que también quieren vengarse. Nada arriesgas.

Everardo reflexionó un instante. Su mirada se volvió más aguda, más reluciente.

-En tal caso, apresurémonos – dijo, atropellándose al hablar -. Es posible que deba marcharme muy pronto. Sobre todo, no lo repitas... pero el sobrino del gran maestro, *messire* Juan de Lonwy, ha comenzado a reunirnos. También él juró vengar la muerte de *messire* de Molay. No hemos muerto todos, a pesar del perro de Nogaret. Días pasados recibí la visita de uno de mis antiguos hermanos, Juan del Pré, quien me avisó que estuviera preparado para ir a Langres. Sería hermosa cosa llevar al señor de Longwy como presente el alma de Nogaret... ¿Cuándo podría tener esos polvos?

-Aquí están – dijo calmamente Beatriz, abriendo su escarcela.

Tendió a Everardo un saquito que contenía dos sustancias mal mezcladas, una gris, cristalina, y la otra blancuzca.

-Esto es ceniza – dijo Everardo señalando el polvillo gris.

-Sí – respondió Beatriz -, la ceniza de la lengua de un hombre asesinado por Nogaret... La puse a secar en un horno a medianoche. Es para atraer al diablo. Esto es serpiente de Faraón (*Este veneno debía de ser el sulfacianuro de mercurio. Dicha sal se produce, por combustión, el ácido sulfúrico, vapores mercuriales y compuestos cianhídricos que pueden provocar una intoxicación a la vez cianhídrica y mercurial.*

Casi todos los venenos de la Edad Media tenían como base el mercurio, substancia preferida por los alquimistas.

El hombre de “Serpiente de Faraón” designó, más tarde, un juguete de niño en cuya composición entraba dicha sal.) – dijo, indicando el polvillo blanco -. Sólo mata al arder.

-¿Y dices que poniendo estos polvos en una candela...?

Beatriz bajó la cabeza, asegurándolo. Everardo dudó un momento, su mirada iba des saquito a Beatriz.

-Pero es preciso que se haga delante de mí – dijo ella.

El antiguo Templario fue en busca del hornillo, y atizó los carbones. Luego sacó una de las bujías preparadas para el guardasellos, la puso en un molde u la hizo ablandar. Por último practicó una hendidura en la mitad, a lo largo de la bujía y derramó en su interior el contenido del saquito.

La joven masculaba a su alrededor palabras de conjuro, en las que se oyó tres veces el nombre de Guillermo. Luego, el molde fue puesto al fuego, y después, en un cubo lleno de agua para enfriar la bujía.

La candela, rehecha, no presentaba signo alguno de la operación.

-Para un hombre habituado al manejo de la espada no es mal trabajo – dijo Everardo con semblante cruel, contento de sí mismo.

Y repuso la candela en el lugar de donde la había sacado, diciendo:

-Esperamos que sea buena mensajera de la eternidad.

La bujía envenenada, en medio del paquete, sin que nada la diferenciara de las otras, era algo semejante al premio mayor de una macabra lotería.

¿Qué día la sacaría de allí el criado encargado de reponer las velas en los candelabros del guardasellos real? Beatriz sonrió levemente, pero ya Everardo retornaba a su lado y la rodeaba con sus brazos.

-Puede que sea la última vez que nos veamos.

-Tal vez sí... tal vez no... – respondió ella.

Él la llevó hacia el camastro.

-¿Cómo hacías para conservarte casto cuando eras Templario? – preguntó Beatriz.

-Nunca pude conseguirlo – respondió él con voz sorda.

Entonces la hermosa Beatriz levantó los ojos a las vigas de las que pendían cirios de iglesia, y se dejó dominar por la sensación de que el diablo la poseía.

Por otra parte, ¿acaso Everardo no era cojo?

II

EL TRIBUNAL DE LAS SOMBRAS

Todas las noches, *messire* de Nogaret, legista, caballero y guardasellos, trabajaba hasta muy tarde en su gabinete, como lo había hecho durante toda su vida. Y todas las mañanas. La condesa de Artois se enteraba de que su enemigo había sido visto en perfecta salud, al parecer, dirigiéndose a buen paso, con las carpetas bajo el brazo, al palacio del rey. La condesa miraba entonces duramente a su doncella de compañía.

-Tened paciencia, señora... es una gruesa, son doce docenas... A razón de dos por semana...

Pero la paciencia no era la característica de Mahaut, que empezó a desconfiar de los poderes mortíferos de la serpiente de Faraón. Además, a saber si la candela envenenada había llegado a su destino, o si había sido cambiada por error, o si el criado la había dejado caer y se había roto precisamente aquella. Para tener seguridad, debería haberla puesto ella misma en el candelabro.

-La lengua no se puede equivocar, señora – aseguraba Beatriz.

Mahaut creía poco en brujerías.

-Costosos manejos y pobres resultados. Por de pronto, un buen veneno – refunfuñaba – se administra por la boca y no por el humo.

Pero con todo, cuando Beatriz le llevaba cada noche el candelero, no dejaba de preguntarle con su poco de inquietud:

-¿No serán las candelas del legista?

-¡No, señora, no! – respondía Beatriz.

Pero una mañana de mayo, Nogaret, en contra de lo que le era habitual, llegó tarde al consejo. Entró en la sala cuando el rey ya estaba sentado.

Nogaret, inclinándose profundamente ofreció sus excusas. Le sobrevino un vértigo y tuvo que agarrarse a la mesa.

La cuestión más urgente era la elección del Papa. La sede pontificia estaba vacante, hacía ya cuatro semanas y los cardenales, reunidos en cónclave en Carpentras según las últimas instrucciones de Clemente V estaban librando una batalla que parecía no tener fin.

Todos conocían la posición y el pensamiento del rey: quería que el papado permaneciera en Aviñón, donde él lo había puesto, lo más cerca posible de su mano; quería, si era posible, que el Papa fuera francés; quería que la enorme organización política representada por la Iglesia no actuara contra el reino de Francia, como a menudo había hecho.

Los veintitrés cardenales reunidos en Carpentras, procedentes de todas partes, de Italia, de Francia, de España, de Sicilia y de Alemania, estaban divididos en tantos partidos como capelos.

Las disputas teológicas, las rivalidades de intereses, los rencores familiares alimentaban sus luchas. Sobre todo, entre los cardenales italianos, los Caetani, los Colonna y los Orsini, existían odios inextinguibles.

-Los ocho cardenales italianos – dijo Marigny – sólo están de acuerdo en un punto: llevar el papado de retorno a Roma. Por fortuna, no se entienden respecto al candidato.

-Pueden entenderse, con el tiempo – observó monseñor de Valois.

-Por eso no hay que dárselo – replicó Marigny.

En este momento, Nogaret sintió una náusea que pesaba sobre su estómago y estorbaba su respiración. Quiso enderezarse en el sitio donde se acurrucaba y tuvo que hacer esfuerzos para gobernar sus músculos. Luego, desapareció la fatiga, respiró hondamente y se enjugó la frente.

-Roma es la ciudad del Papa para todos los cristianos – dijo Carlos de Valois -. El centro del mundo está en Roma.

-Lo cual conviene a los italianos, sin duda, pero no al rey de Francia – dijo Marigny.

-De todos modos, no podéis cambiar la obra de los siglos, *messire* Engurrenando, ni impedir que el trono de san Pedro esté en el lugar donde fue establecido.

-Pero cuando el Papa quiere establecerse en Roma, no puede permanecer allí – exclamó Marigny -. Se ve obligado a huir ante las facciones que desgarran la ciudad y a refugiarse en algún castillo bajo la protección de tropas que no le pertenecen. Se halla mucho mejor defendido por nuestra fortaleza de Villeneuve, al otro lado del Ródano.

-El Papa permanecerá en su residencia de Avoñón – dijo el rey.

-Conozco a Francesco Caetani – replicó Carlos de Valois -. Es hombre de gran saber y de grandes méritos y puedo ejercer gran influencia sobre él.

-No quiero a ese Caetani – dijo el rey -. Pertenece a la familia de Bonifacio y volverá a los errores de la bula “Unam Sanctam”. *(Felipe el Hermoso puede ser considerado como el primer rey galiciano.*

Bonifacio VIII, por la bula ‘Unam Sanctam’, había declarado que ‘toda criatura está sometida al Pontífice Romano y que dicha sumisión es indispensable para su salvación’.

Felipe el Hermoso luchó constantemente por la independencia del poder civil en lo temporal. Por el contrario, su hermano Carlos de Valois erra decididamente ultramontano.)

Felipe de Poitiers, inclinando su largo busto, indicó que aprobaba plenamente a su padre.

-En ese asunto – dijo – hay suficientes intrigas como para que se aniquilen entre sí. A nosotros toca ser los más tenaces y firmes.

Tras un breve silencio, Felipe el Hermoso se volvió hacia Nogaret. Este, muy pálido, respiraba dificultosamente.

-¿Vuestro consejo, Nogaret? – dijo el rey.

-Sí, *sire* – dijo el guardasellos, haciendo un esfuerzo.

Se pasó la mano temblorosa por la frente.

-Dispensadme – dijo -, pero este espantoso calor...

-Pero si no hace calor... – dijo Hugo de Bouville.

Haciendo un gran esfuerzo, Nogaret afirmó con voz lejana:

-Por el interés del reino y de la fe se impone actuar en este sentido.

Y se calló; nadie pudo comprender por qué había sido tan breve, y tan vago.

-¿Vuestro consejo, Marigny?

-Propongo que, con el pretexto de traer los restos mortales del Papa a Guyena según su voluntad, se demuestre al cónclave la necesidad de acabar pronto. *Messire* de Nogaret podría encargarse de la piadosa misión, asistido de los poderes necesarios, así como de una buena escolta armada, como es conveniente. La escolta garantizará los poderes.

Carlos de Valois volvió la cabeza; desaprobaba ese alarde de fuerza.

-Y a todo esto, ¿se apresurará mi anulación? – preguntó Luis de Navarra.

-Luis, callaos – dijo el rey -. Para eso trabajamos también.

-Sí, *sire* – dijo Nogaret, sin darse cuenta de que había hablado.

Su voz sonaba grave y ronca. Sentía una gran perturbación en la mente y ante sus ojos las cosas empezaron a deformarse. La bóveda de la sala le pareció tan alta como la Sainte-Chapelle. Luego se acercó hasta volverse tan bajo como las de los sótanos donde tenía por costumbre interrogar a los prisioneros.

-¿Qué sucede? – preguntó, tratando de desabrochar su sobrevesta.

Se había doblado, con las rodillas contra el vientre, la cabeza gacha y las manos crispadas sobre el pecho. El rey se puso en pie, y todos los presentes. Nogaret lanzó un grito ahogado y se desplomó, vomitando.

Hugo de Baubille, el chambelán, lo condujo a su palacio, donde los visitaron los médicos reales.

Estos celebraron una larga consulta. Nada fue revelado de su informe al soberano. Pero pronto en la corte y en toda la ciudad se habló de una enfermedad desconocida. ¿Veneno? Se aseguraba que habían sido ensayados los más poderosos antídotos.

Aquel día los asuntos del reino quedaron en suspenso.

Cuando la condesa Mahaut se enteró de lo sucedido, se limitó a decir: “La está pagando”, y se sentó a la mesa. Pero prometió a Beatriz un equipo completo, es decir las seis piezas: camisa, ropa de abajo, ropa de encima, sobrevesta, capa y manto, todo de la más fina tela, y además una hermosa bolsa para la cintura, si moría Nogaret.

Nogaret, efectivamente, estaba pagando. Hacía horas ya que no reconocía a nadie. Estaba en la cama, sacudido por espasmos y escupía

sangre. Al principio había tratado de permanecer inclinado sobre un recipiente. Ahora ya no tenía fuerzas, y la sangre le corría por la boca sobre un paño grueso y doblado que un criado le cambiaba de vez en cuando.

El cuarto estaba lleno de gente; amigos y criados se revelaban ante el enfermo, y en un rincón, formando un pequeño grupo solapado y gárrulo, la familia, pensando en el botín, calculaba el valor del mobiliario.

Para Nogaret, eran sólo espectros irreconocibles que se movían lejos de él, sin objeto ni razón.

Pero otras apariciones, visibles sólo para él, comenzaban a asediario.

Al cura de la parroquia, que vino a ayudarle, sólo le pudo confesar voces de estertor y palabras inteligibles.

-¡Atrás, atrás! – gritó con espantosa voz cuando lo ungieron con los santos óleos.

Acudieron los médicos. Nogaret, acostado, se retorció en el lecho, con los ojos en blanco, rechazando a las sombras... Había entrado en las angustias.

Su memoria, que ya no le servía para nada, se vació ante él de golpe, como una botella boca abajo que se va a tirar, y le representaba todas las agonías a las que él había asistido, todas las muertes que él había ordenado. Muertos en los tormentos del interrogatorio, en la prisión, en la hoguera, en el potro, en las cuerdas de la horca, todos danzaban delante de él como si por segunda vez vinieran a morir.

Con las manos en la garganta, se esforzaba en quitarse los candentes hierros, con los que había quemado a tantos, del desnudo pecho. Sus piernas se agitaban convulsas; y se le oía gritar.

-¡Las tenazas! ¡Las tenazas! ¡Quitádmelas por compasión!

El olor de su sangre vomitada le parecía el hedor de la sangre de sus víctimas.

En su última hora, le había llegado a Nogaret el momento de situarse en el lugar de los *'otros'*; ése era su castigo.

-¡Nada hice con nombre mío! ¡Al rey!... ¡Sólo servía al rey!

Ante el tribunal de la muerte, el legista intentaba el último recurso.

Los asistentes, con más curiosidad que emoción, con menos compasión que desagrado, veían cómo se hundía en el más allá uno de los verdaderos dueños del reino.

A la caída de la tarde, la habitación quedó vacía. Sólo un barbero y un fraile de Santo Domingo permanecieron junto a Nogaret. Los criados se tendieron en el suelo de la antecámara, con la cabeza sobre sus manos.

Bouville tuvo que pasar sobre ellos, cuando vino por la noche, de parte del rey. Preguntó al barbero.

-Nada se ha podido hacer – dijo éste en voz baja -. Vomita menos, pero no

cesa de delirar. Sólo nos resta esperar que Dios se lo lleve.

Entre los estertores de la agonía, Nogaret era el único que veía a los Templarios muertos, que lo esperaban en la profundidad de las tinieblas. Con la cruz cosida a la espalda, se mantenían hieráticos a lo largo de una ruta sin fin, bordeada de precipicios y alumbrada por el brillo de las hogueras.

-Aymom de Barbonne... Juan de Furnes... Pedro Suffet... Brintinhac... Ponsard de Gizy...

¿Era la voz de los muertos o la suya propia que ya no reconocía?

-Sí, sire... Iré mañana...

A Bouville, viejo servidor de la corona, se le partió el corazón cuando oyó ese leve murmullo, que prometió repetir al rey.

Pero de golpe, Nogaret se incorporó, alto el mentón, erguido el cuello y gritó espantosamente:

-¡Hijo de Cataria! *(Los padres de Nogaret eran cátaros, es decir, pertenecientes a una secta religiosa, que contaba con numerosos adeptos en el sur de Francia, a fines del siglo XII y principios del siglo XIII.*

Divididos en 'prefectos' y 'creyentes', los cátaros profesaban la abstención de la carne y de la vida terrenal. Alentaban la no procreación y honraban a los suicidas; se negaban a considerar el matrimonio como sacramento y alimentaban una sólida hostilidad hacia la Iglesia de Roma. Fueron declarados herejes. El papa Inocencio III determinó una Cruzada contra ellos, conocida como la Cruzada contra los Albigenses, dirigida de manera salvaje por el famoso Simón de Montfort. Esta verdadera guerra religiosa intestina terminó con un tratado firmado en París en 1229.

Las sospechas que podían recaer sobre Guillermo de Nogaret por su ascendencia hereje, lo hicieron más cuidadoso e intolerante en toda cuestión concerniente a la exactitud de la fe. Igualmente fue excomulgado como consecuencia de su expedición contra Bonifacio, sanción que le fue levantada por Clemente V, bajo promesa de peregrinaje a Tierra Santa que debía cumplir él mismo o alguno de sus descendientes. En 1870, dos ancianas fueron a Roma y pidieron audiencia al Papa. Eran las últimas descendientes de Guillermo de Nogaret y habían caído en la cuenta de que la penitencia dictada a su antepasado no había sido cumplida aún, después de cinco siglos. Querían saber qué debían hacer. El Papa las liberó de la obligación.)

Bouville miro al dominico y los dos se santiguaron.

-¡Hijo de Cataria! – repitió Nogaret, y cayó sobre la almohada.

En el inmenso, atormentado paisaje de montañas y valles, que llevaba en su mente, y que lo conducía al juicio final, Nogaret había partido de nuevo para su gran expedición. Cabalgaba un día de septiembre bajo el deslumbrante sol de Italia, a la cabeza de seiscientos caballeros y de un militar de infantes hacia la roca de Anagni. Sciarra Colonna, enemigo mortal de Bonifacio, el hombre que prefirió remar tres años, encadenado al banco de una galera berberisca antes que darse a conocer y correr el riesgo de ser enviado al Papa, cabalgaba a su lado. Thierry de Hirson formaba parte de la expedición. La pequeña ciudad de Agnani les abrió las puertas. Los asaltantes, pasado por el interior de la catedral invadieron el palacio Caetani y las habitaciones pontificias. Allí, el anciano Papa, de

ochenta y ocho años, con la tiara en la cabeza, con la cruz en la mano, solo en la inmensa sala abandonada, contemplaba la entrada de la horda armada. Instado a abdicar, respondió:

-Aquí tenéis mi cuello; aquí, mi cabeza. Moriré, pero moriré Papa.

Sciarra Colonna lo abofeteó con su guantelete de hierro, y Bonifacio lanzó a Nogaret: "¡Hijo de Cataria! ¡Hijo de Cataria!"

-¡Yo impedí que lo mataran! – gimió Nogaret.

Se defendía aún. Pero pronto rompió en sollozos, como había sollozado Bonifacio tirado bajo su trono; estaba de nuevo en lugar del 'otro'...

La razón del anciano Papa no resistió a la agresión y al ultraje. Cuando lo llevaron a Roma, seguía llorando como un niño. Luego cayó en una demencia furiosa, insultando a todo el que se le aproximaba, rechazando los alimentos y arrastrándose de pies y manos por el cuarto donde lo guardaban. Un mes después, moría el Papa rechazando, en una crisis de rabia, los últimos sacramentos.

Inclinado sobre Nogaret, y haciendo sin cesar la señal de la cruz. El fraile dominico no comprendía por qué el antiguo excomulgado se obstinaba en rehusar la extremaunción que había recibido ya horas antes.

Se marchó Bouville. El barbero, conociendo su inutilidad hasta que tuviera que hacerle el arreglo funerario, se había dormido en su asiento y balanceaba la cabeza. El dominico dejaba, de tanto en tanto, su rosario para despabilar la candela.

Hacia las cuatro de la mañana los labios de Nogaret articularon débilmente:

-Papa Clemente... caballero Guillermo... rey Felipe...

Sus grandes dedos negros y achatados arañaban la sábana.

-¡Me quemo! – dijo todavía.

Luego, los ventanales empezaron a agitarse con la tímida claridad del alba, sonó débilmente una campana al otro lado del Sena, y los servidores empezaron a moverse en la antecámara.

Entró uno de ellos y abrió una ventana. París olía a primavera y a hojas nuevas. La ciudad se despertaba entre un confuso rumor.

Nogaret había muerto, y un hilillo de sangre se había sacado en su fosa nasal. El fraile de Santo Domingo dijo:

-¡Dios se lo ha llevado!

III

LOS DOCUMENTOS DE UN REINADO

Una hora después de que Nogaret hubo entregado su alma, *messire* Alán de Pareilles, acompañado de Millard, secretario del rey, fue al palacio de Nogaret para apoderarse de todo documento, pieza o legajo que hubiera en la morada del guardasellos,

Luego el mismo rey acudió para hacer la última visita a su ministro. Permaneció sólo breves momentos junto al cadáver. Sus lívidos ojos contemplaban al muerto, sin pestañear, como cuando le hacía su pregunta habitual: “Vuestro consejo, Nogaret” Y parecía decepcionado de no recibir respuesta.

Aquella mañana Felipe el Hermoso no dio su diario paseo por calles y mercados. Volvió directamente a palacio, donde, ayudado por Millard, se dedicó a examinar los documentos traídos de casa de Nogaret, que habían sido depositados en su gabinete.

En seguida entró Enguerrando de Marigny en las habitaciones reales. El soberano y su coadjutor se miraron, y el secretario salió.

-Al cabo de un mes, el Papa – dijo el rey -, y un mes después, Nogaret... había angustia, casi congoja en la manera como pronunció tales palabras. Marigny tomó asiento donde el rey le designó. Guardó silencio un momento y luego dijo:

-Ciertamente, son extrañas coincidencias, *sire*. Pero cosas semejantes acontecen todos los días, que no os impresionan porque las ignoramos.

-Nos hacemos viejos, Enguerrando, y esto ya es bastante maldición.

Tenía cuarenta y seis años; Marigny, cuarenta y nueve. Pocos hombres alcanzaban la cincuentena en aquellos tiempos.

-Es preciso examinar todo esto – prosiguió el rey señalando los legajos.

Y se pusieron a trabajar. Una parte de los documentos serían depositados en los archivos del reino, en el mismo palacio. *(En el tiempo de Felipe el Hermoso, los archivos eran una institución relativamente reciente; su fundación remontaba solamente a San Luis, quien ordenó que se agruparan y clasificaran todos los documentos sobre derechos y costumbres del reino. Hasta entonces, los documentos eran guardados, cuando lo eran, por los señores o por las comunas; el rey no conservaba para sí más que los tratados y los documentos concernientes a las propiedades de la corona. Con los primeros capetos tales documentos iban colocados en una carreta que seguían todos los desplazamientos del rey.)* Otros, sobre asuntos todavía en curso, serían conservados por Marigny o enviados a sus legistas; otros, en fin, por prudencia irían al fuego.

El silencio reinaba en el gabinete, turbado apenas por los lejanos gritos de los mercaderes, y el rumor de París. El rey se inclinaba sobre los abiertos legajos. Era todo su reinado lo que veía pasar de nuevo ante sus ojos, los

veintinueve años, durante los cuales había tenido en sus manos la suerte de millones de hombres y había impuesto su voluntad a toda Europa. Y de pronto, ese desfile de acontecimientos, de problemas, de conflictos, de decisiones, le parecía ajeno a su propia vida, a su propio destino. Diferente luz iluminaba ahora lo que había sido el trabajo de sus días y la preocupación de sus noches.

Porque descubría de golpe lo que los otros pensaban y escribían acerca de él; se veía desde el exterior. Nogaret había conservado cartas de embajadores, borradores de interrogatorios e informes policiales. De aquellas líneas surgía una imagen del rey que éste no conocía: la imagen de un ser lejano, duro, ajeno al dolor de los hombres, inaccesible a los sentimientos, una figura abstracta que encarnaba la autoridad en lo alto y el despegue de sus semejantes. Sobrecogido de asombro leía dos frases de Bernardo de Saisset. Aquel obispo, origen del gran conflicto con Bonifacio VIII... Dos frases terribles que sobrecogían: “Aunque su belleza no tenga igual en el mundo, solo sabe mirar a las gentes en silencio. No es un hombre, ni una bestia, es una estatua.”

Y leyó también estas palabras de otro testigo de su reinado: “Nada lo doblegará; es un rey de hierro.”

-Un rey de hierro – murmuró Felipe el Hermoso -. ¿Tan bien he ocultado mis flaquezas? ¡Cuán poco nos conocen los demás, y qué mal juzgado seré!

Un nombre encontrado al azar le hizo recordar la extraordinaria embajada que había recibido a comienzos de su reinado. Rabban Kaumas, obispo nestoriano chino, había ido a Francia, enviado por el gran Khan de Persia, descendiente de Gengis Khan, para ofrecerle una alianza, un ejército de cien mil hombres y la guerra contra los turcos.

Felipe el Hermoso contaba entonces veinte años. ¡qué seductor resultaba para un hombre joven ese sueño de una cruzada en la que participara Europa y Asia! ¡Una empresa digna de Alejandro! No obstante, aquel día eligió otro camino: no más cruzadas ni aventuras guerreras; quería dedicar todos sus esfuerzos a Francia y a la paz.

¿Había hecho bien? ¿Cuál habría sido su vida y qué imperio habría fundado de haber aceptado la alianza con el Khan de Persia? Por in instante soñó con la gigantesca reconquista de las tierras cristianas, que habría asegurado su gloria para los siglos venideros. Pero Luis XII y San Luis habían perseguido los mismos sueños que acabaron en desastre.

Volvió a la realidad. Cogió otro legajo. En él había una fecha: ¡1305! Era el año de la muerte de su mujer, Juana, que había aportado Navarra al reino; y a él, el único amor de su vida. Jamás deseó otra mujer, desde hacía nueve años que había muerto jamás miró a otras. Pero apenas se había quitado las ropas de luto cuando estallaron motines. París se sublevó

contra sus ordenanzas, y tuvo que refugiarse en el Temple. Y al año siguiente, hacía detener a los mismos que lo habían acogido y defendido... Nogaret había conservado sus notas sobre la marcha del proceso.

¿Y ahora? Después de tantos otros, la figura de Nogaret desaparecerá del mundo. Sólo quedaban de él esos legajos de escritura, testigos de su labor.

“¡Cuántas cosas duermen aquí! – pensó el rey -. ¡Cuántos procesos, torturas, muertes!”

Con los ojos fijos, meditaba.

“¡Por qué? – se preguntaba -. ¿Con qué fin? ¿Dónde están mis victorias? Gobernar es una obra sin final. Quizá me quedan sólo unas semanas de vida. Y ¿qué he hecho yo que tenga asegurada su permanencia después de mí...?”

Volvió a experimentar la gran ansiedad de acción que siente el hombre acosado por la idea de su propia muerte.

Marigny, con el mentón en la mano, permanecía inmóvil, inquieto por la preocupación del rey. Todo le había resultado relativamente fácil al coadjutor en el ejercicio de sus tareas y sus cargos. Todo, excepto comprender los silencios de su soberano.

-Hicimos que el Papa Bonifacio canonizara a mi abuelo el rey Luis – dijo Felipe el Hermoso -, pero ¿fue en realidad un santo?

-Su canonización fue útil al reino, *sire* – respondió Marigny -. Una familia real es más respetada si cuenta con un santo.

-Pero ¿era necesario, después, utilizar la fuerza contra Bonifacio?

-Se disponía a excomulgaros, *sire*, porque no practicabais en vuestros Estados la política que él deseaba. No habéis faltado a los deberes de rey. Permanecisteis en el lugar donde os puso Dios y proclamasteis que de nadie sino de Dios habíais recibido vuestro reino.

Felipe el Hermoso indicó uno de los rollos:

-¿Y los judíos? ¿No quemamos a demasiados? Son criaturas humanas, sufrientes y mortales como nosotros. Dios lo ordenaba.

-Seguisteis el ejemplo de San Luis, *sire*, y el reino necesitaba riquezas.

El reino, el reino, siempre el reino; en respuesta a todo acto, las necesidades del reino: “Era necesario para el reino... Debemos hacerlo por el reino.”

-San Luis amaba a la fe y la grandeza de Dios. Pero yo ¿qué he amado? – dijo Felipe el Hermoso en voz baja.

-La justicia – dijo Marigny -, la justicia que es necesaria para el bien común y aniquila a todos los que no siguen la marcha del mundo.

-Muchos han sido a lo largo de mi reinado los que no siguieron la marcha del mundo. Y muchos más serán si se reúnen los de todos los siglos.

Levantaba los legajos de Nogaret y los dejaba caer sobre la mesa, uno

tras otro.

-Amarga cosa el poder – dijo.

-nada es grande, sire, si no tiene su parte de hiel – respondió Marigny -. Nuestro Señor Jesucristo lo supo también. Habéis reinado con grandeza. Pensad que habéis agregado a la corona a Chartres, Beaugency, la Champaña, la Bigorre, Angulema, la Marca, Douai, Montpellier, el Franco-Condado, Lyon y una parte de la Guyena. Habéis fortificado vuestras ciudades, como deseaba vuestro padre, nuestro señor Felipe III, para que no estén a merced de nadie de fuera o de dentro... Rehicisteis la ley siguiendo las leyes de la antigua Roma. Reglamentasteis el Parlamento, para que formulara mejores decretos. Conferisteis a muchos de vuestros súbditos la condición de burgueses del rey (*Los 'burgueses del rey', instituidos hacia mediados del siglo XIII, constituían una categoría especial de súbditos. Apelando a la justicia real se desligaban tanto de sus obligaciones para con el señor feudal, como de la residencia en determinada ciudad. En cualquier lugar del reino no obedecían sino al poder central. Esta institución adquirió gran desarrollo durante el reinado de Felipe el Hermoso. Bien puede decirse que los burgueses del rey fueron los primeros franceses que poseyeron un estatuto jurídico similar al de los modernos ciudadanos.*). Liberasteis a vuestros siervos de muchos bailazgos y senescalías. No, sire, os equivocáis al temer haber errado. Hicisteis de un reino desgarrado un país que comienza a tener un solo corazón.

Felipe el Hermoso se levantó. Lo tranquilizaba la inquebrantable convicción de su coadjutor y se apoyaba en ella para luchar contra una flaqueza que no era habitual en su carácter.

-Puede que estéis en lo cierto, Enguerrando. Mas si el pasado os satisface, ¿qué decís del presente? Ayer, muchos debieron ser sometidos por los arqueros en la calle de Saint Merri. Leed lo que escriben los bailíos de la Champaña, de Lyon y de Orleáns. Por todas partes la gente se amotina, en todas partes se queja del encarecimiento del trigo y los magros salarios. Y los que se quejan, Enguerrando, no pueden comprender que lo que reclaman, y que no puedo darles, depende del tiempo y no de mi voluntad. Olvidarán mis victorias para recordar tan sólo mis impuestos y me acusarán por no haberlos alimentado durante toda la vida...

Marigny escuchaba, más inquieto ahora por las palabras del rey que por sus silencios. Jamás le había oído hablar tanto ni confesar tales incertidumbres, ni dejar traslucir tal desaliento.

-Sire – dijo por fin -, es preciso atender a muchas cuestiones.

Felipe el Hermoso echó otra mirada a los documentos de su reinado, esparcidos sobre la mesa. Luego de pronto se irguió como si acabara de darse una orden.

-Sí, Enguerrando, es preciso – dijo.

Propio es de hombres fuertes no desconocer las dudas y titubeos, que son patrimonio común de la naturaleza humana, sino sobreponerse rápidamente a ellas.

IV

EL VERANO DEL REY

Con la muerte de Nogaret, Felipe el Hermoso pareció penetrar en una región donde nadie podía reunírsele. La primavera caldeaba la tierra y las casas.

París vivía a pleno sol, pero el rey estaba como aislado en un invierno interior. La predicción del gran maestro no se borraba de su mente.

A menudo partía hacia alguna de sus residencias de campo donde dedicaba largo tiempo a la caza, al parecer, su única distracción. Pero muy pronto lo reclamaban de París alarmantes noticias. La situación alimentaria en el reino era mala. Aumentaba el costo de la vida; a las regiones pobres no afluían los excedentes de riqueza de las regiones prósperas. Se decía abiertamente: “¡Demasiados guardias y poco trigo!” Las gentes se negaban a pagar los impuestos y se revelaban contra los recaudadores y los prebostes. Aprovechando el mal trance, las ligas de los barones de Borgoña y de la Champaña volvían a unirse, para mantener sus viejas pretensiones feudales. Roberto de Artois, valiéndose provechosamente del escándalo de las princesas y del descontento general, reavivaba la agitación sobre las tierras de la condesa Mahaut.

-Mala primavera para el reino – dijo Felipe el Hermoso delante de monseñor de Valois.

-Estamos en el decimocuarto año del siglo, hermano mío – respondió Valois -. Un año que la suerte ha marcado siempre con la desdicha.

Recordaba, para confirmarlo, una perturbadora comprobación de los años catorce: 714, invasión de los musulmanes en España, muerte de Carlomagno y desmembramiento de su imperio; 914, invasión de los húngaros y el hambre, 1114, pérdida de la Bretaña; 1214, la coalición de Otón IV vencida en Bouvines... una victoria lindante con la catástrofe. Sólo el año 1014 estaba exento de drama.

Felipe el Hermoso miró a su hermano como si no lo viera. Dejó caer su mano sobre el cuello de Lombardo, al que acarició a contrapelo.

-Ahora bien, eta vez vuestras dificultades, hermano mío, provienen de vuestros malos consejeros – dijo Carlos de Valois -. Marigny no tiene medida. Usa la confianza que le tenéis, para engañaros y comprometeros cada vez más por el camino que le es útil; pero que no pierde. Si me hubieses escuchado en el asunto de Flandes...

Felipe el Hermoso se encogió de hombros como si quisiera decir: “Nada puedo sobre eso.”

La cuestión de Flandes resurgía periódicamente. Brujas, la rica e irreductible, alentaba los levantamientos comunales. El condado de

Flandes, de estatuto mal definido, se negaba a aplicar la ley general. Con negociaciones y combates, tratados y subterfugios, la cuestión flamenca era una llaga incurable en el costado del reino. ¿Qué quedaba de la victoria de Mons-en-Pevéle? Una vez más sería necesario emplear la fuerza.

Pero la leva de un ejército exigía oro. Y si iniciaba la campaña, el presupuesto sobrepasaría al de 1299, inolvidable por ser el más elevado que el reino había conocido: 1'642,694 libras. Con un déficit de 70,000. Ahora bien, desde hacía unos años, los ingresos ordinarios eran alrededor de las 500,000 libras. ¿Dónde encontrar la diferencia?

Contra la opinión de Carlos de Valois, Marigny convocó una asamblea popular para el 1º de agosto de 1314, en París. Ya había recurrido a tales consultas, sobre todo, con ocasión de los conflictos con el papado. Fue precisamente ayudando al poder civil a liberarse de la obediencia a la Santa Sede, como la burguesía había conseguido su derecho a la palabra. Pero ahora, por primera vez, el pueblo iba a ser consultado en materia de finanzas.

Marigny preparó la Asamblea con el mayor cuidado, enviando mensajeros y secretarios a las distintas ciudades, y multiplicando entrevistas, gestiones y promesas.

La Asamblea tuvo lugar en la Galería Merciere, cuyas tiendas se cerraron aquel día. Se había levantado un gran estrado, donde se instalaron el rey, los miembros de su consejo, los pares y los principales barones.

Marigny tomó la palabra el primero. Habló en pie, no lejos de su efigie de mármol, y su voz parecía más firme que de costumbre, y más segura de expresar la verdad del reino. Iba sobriamente vestido, tenía prestancia y gestos de orador. El discurso, por su redacción, iba dirigido al rey; pero lo pronunciaba de cara a la multitud, que, por esto sólo, se sentía un poco soberana. A sus pies, en la inmensa nave de dos bóvedas, escuchaban varios centenares de hombres venidos de toda Francia.

Marigny explicó por qué no debían sorprenderse de que los víveres fueran más escasos, por tanto, más caros. La paz mantenida por Felipe el Hermoso favorecería el acrecentamiento de la población. "Comemos el mismo trigo, pero somos más para compartirlo", dijo. Por consiguiente, se hacía preciso sembrar más, y para sembrar, era necesaria paz en el Estado, obediencia a las ordenanzas, y participación de cada región para la prosperidad de todas.

Ahora bien, ¿quién amenazaba la paz? Flandes. ¿Quién rehuía contribuir al bien general? Flandes. ¿Quién guardaba su trigo y sus paños, y prefería venderlos al extranjero antes de dirigirlos al interior del reino donde se ensañaba la penuria? Flandes. Al negarse a pagar los impuestos y derechos de comercio, las villas flamencas agravaban fuertemente la

proporción de las cargas de los otros súbditos del rey. Flandes debía ceder, o se le obligaría por la fuerza. Pero para esto hacía falta dinero, todas las villas representadas aquí por sus ciudadanos, debían, pues, por su propio interés, aceptar una elevación de impuestos.

-Así demostrarán – acabó Marigny – quiénes son los que darán ayuda para ir contra los flamencos.

Se alzó un rumor dominado inmediatamente por la voz de Esteban Barbette.

Barbette, jefe de la moneda de París, regidor, preboste de los comerciantes y muy rico por su comercio de telas y de caballos, era aliado de Marigny. Los dos habían preparado esta intervención. En nombre de la primera ciudad del reino, Barbette prometió la ayuda pedida, arrastró el ánimo de los presentes, y los diputados de las cuarenta y tres “buenas ciudades” aclamaron al unísono al rey, a Marigny y Barbette.

Aunque la asamblea fue una victoria, los resultados se mostraron decepcionantes. El ejército fue puesto en pie de marcha antes de que se cobrara enteramente la subvención.

El rey y su coadjutor deseaban una rápida demostración de autoridad más que una verdadera guerra. La expedición fue un imponente paseo militar. Apenas puestas las tropas en marcha, Marigny hizo saber al adversario que estaba dispuesto a negociar, se apresuró a ultimar, a primeros de septiembre, el convenio de Marquette.

Pero no bien se hubo alejado el ejército, Luis de Nevers, hijo de Roberto de Béthume, conde de Flandes, denunció el convenio. Para Marigny esto fue un fracaso. Valois, que llegaba hasta alegrarse de las desgracias del reino, si ello perjudicaba al coadjutor, acusó públicamente a éste de haberse vendido a los flamencos.

La cuenta de la campaña quedaba impagada y los oficiales reales continuaban, pues, percibiendo, con gran descontento de las provincias, la ayuda extraordinaria acordada para una empresa acabada ya sin éxito.

El Tesoro estaba agotado y, una vez más, Marigny debió arbitrar nuevos recursos.

Los judíos habían sufrido ya dos expoliaciones; nueva esquila proporcionaría escasa lana. Los Templarios ya no existían y su oro había sido fundido hacía ya mucho tiempo. Quedaban los Lombardos.

Ya en 1311 se había decretado su expulsión, sin intención de llevarla a cabo, sino sólo para obligarlos a comprar, muy caro, su derecho de permanencia. Esta vez, no se trataba de un rescate, sino del embargo total de sus bienes y su entrega a Francia. Eso proyectaba Marigny. El comercio que mantenían con Flandes, despreciando las instrucciones reales, y el apoyo financiero que prestaban a las ligas de los señores, justificaban la medida prevista.

Pero era un hueso duro de roer. Los banqueros y negociantes italianos, burgueses del rey, se habían organizado sólidamente en “compañías” con un “capitán general” elegido, al frente de todas. Controlaban el comercio extranjero y dominaban el crédito. Los transportes, el correo privado y hasta ciertos re-cobros de impuestos pasaban a sus manos. Incluso daban limosna, cuando el caso lo requería.

Por tanto, Marigny pasó varias semanas perfilando su proyecto. Era hombre tenaz y la necesidad lo espoleaba.

Pero Nogaret ya no estaba allí. Por otra parte, los Lombardos de París, gente bien informada y aleccionada por la experiencia, pagaban bien los secretos del poder.

Tolomei, con un ojo solo abierto, velaba.

V

EL PODER Y EL DINERO

Una tarde de mediados de octubre, se reunieron en casa de Tolomei unos treinta hombres a puerta cerrada.

El más joven, Guccio Baglioni, sobrino de la casa, tenía dieciocho años; el más viejo, Boccanegra, capitán general de las compañías lombardas, setenta y cinco. Por diferentes que fueran en edad y aspecto, había en todos los reunidos una singular semejanza en la actitud, en la movilidad de expresión y de los gestos, y en la manera de llevar los vestidos.

Iluminados por gruesos cirios colocados en candelabros forjados, aquellos hombres de tez morena formaban una familia que se entendía fácilmente. Era una tribu de guerra, cuya fuerza igualaba a la de las ligas de la nobleza o a las de las asambleas de burgueses.

Allí estaban los Peruzzi, los Albizzi, los Guardi, los Bardi, con su primer comisario y viajero Boccaccio, los Pucci, los Casinelli, todos ellos de Florencia. Estaban los Salimbene, los Buonsignori, los Allarani y los Zaccaría, de Génova; estaban los Scotti de Palestina y el clan de Siena dirigido por Tolomei. Entre todos aquellos hombres existían rivalidades de prestigio, de competencia comercial y antiguos rencores heredados de sus respectivas familias por asuntos de amor. Pero ante el peligro se unían como hermanos.

Tolomei acababa de exponer la situación, con calma, pero sin disimular su gravedad. Para nadie fue una sorpresa. Había pocos imprevisores entre los hombres de la banca, y la mayoría había puesto ya a buen recaudo, fuera de Francia, buena parte de su fortuna. Pero hay cosas que no se pueden trasladar y cada uno pensaba angustiado, colérico o despechado, en lo que tenía que abandonar: bella mansión, bienes raíces, mercancías, situación adquirida, clientela, amantes y algún hijo natural...

-Tengo un medio – dijo Tolomei – para encadenar a Marigny y tal vez destruirlo.

-En ese caso, ¡no vaciles! ¡Ammazzalo! (*¡Mátalo!*) – dijo Buonsignori, el jefe del más grande clan genovés.

-¡Cuál es tu medio? – interrogó el representante de los Scotti.

Tolomei movió la cabeza.

-No puedo decíroslo todavía.

-¡Deudas, sin duda? – preguntó Zaccaría -. ¿Y qué? ¡Acaso eso ha incomodado alguna vez a esa gente? ¡Al contrario! ¡Nuestra partida les dará buena ocasión para olvidar lo que nos deben!

Zaccaría estaba amargado. Representaba a una pequeña compañía y sentía celos de Tolomei, que tenía clientela importante.

Tolomei se volvió hacia él, y con voz de profunda convicción, dijo:

-¡Mucho más que deudas, Zaccaría! Un arma envenenada, cuyo secreto estoy obligado a guardar. Mas para utilizarla, necesito de vosotros, amigos míos. Pues debemos tratar con el coadjutor de poder a poder. Poseo una amenaza, pero quisiera acompañarla de una oferta... para que Marigny elija entre el entendimiento y la lucha.

Desarrolló su idea. Si querían expoliar a los Lombardos, era para enjugar el déficit de las finanzas públicas. Marigny tenía que llenar el Tesoro a cualquier precio. Los Lombardos se iban a mostrar benévolo y propondrían espontáneamente un importante préstamo a interés muy reducido. Si Marigny rechazaba la oferta, Tolomei sacaría el arma de la vaina.

-Tolomei, es preciso que te expliques mejor – dijo Bardi -, ¿Cuál es esa arma de la que tanto hablas?

-Si insistís, puedo revelarla a nuestro capitán, pero solamente a él.

Circuló un murmullo y todos se consultaron con la mirada.

-Sí... *va bene... facciamo così (Sí... está bien... hagámoslo así)* – se oyó.

Tolomei llevó al capitán a un rincón de la estancia. Los otros espiaban el rostro de nariz delgada, labios hundidos y ojos gastados del viejo florentino. Captaron sólo las palabras: *fratello y arcivescovo. (Hermano y arzobispo.)*

-Dos mil libras bien colocadas, ¿verdad? – murmuró por fin Tolomei -. Sabía que algún día me prestarían un buen servicio.

Boccanegra soltó una risita que gorgoteó en el fondo de su vieja garganta; luego regresó a su sitio y dijo, señalando a Tolomei con la mano:

-*Abbiate fiducia. (Tened confianza)*

Entonces, Tolomei, tablilla en mano, comenzó a anotar las cifras de las suscripciones para el empréstito real.

Boccanegra se inscribió el primero con una suma considerable: diez mil trece libras.

-¿Por qué trece?

-*Per portar loro scarogna. (Para que les traiga desgracia)*

-Peruzzi, ¿cuánto puedes dar? – preguntó Tolomei.

Peruzzi calculaba, arañando su tabla.

-Te lo diré... en seguida – respondió.

-¿Y tú, Salimbene?

Por la cara de los genoveses, alrededor de Salimbene y Buonsignori, se hubiera dicho que a cada uno le arrancaban un pedazo de carne. Se les conocía como los más duros para los negocios. De ellos se aseguraba: “Cuando un genovés echa el ojo a tu bolsa, dala por vacía.” No obstante, se decidieron. Algunos decían: “Si logra sacarnos de ésta, algún día sucederá a Boccanegra,”

Tolomei se aproximó a los Bardi, que hablaban en voz baja con Boccaccio.

-¿Cuánto, Bardi?

El mayoar de los Bardi sonrió:

-Lo mismo que tú, Spinello.

El ojo de Tolomei se abrió.

-En ese caso, el doble de lo que pensabas.

-Peor sería perderlo todo – dijo Bardi, encogiéndose de hombros -. ¿No es verdad, Boccaccio?

Este inclinó la cabeza; pero se puso en pie para llevar aparte a Guccio. El encuentro en la ruta de Londres había creado entre ellos una amistad.

-¿En verdad tu tío posee la manera de retorcerle el cuello a Enguerrando?

Guccio adoptó su expresión más seria para responder:

-Caro Boccaccio, jamás he oído a mi tío hacer una promesa que no pudiera cumplir.

Cuando se levantó la sesión, habían concluido en las iglesias los oficios de la tarde, y la noche caía sobre París. Los treinta banqueros salieron de casa de Tolomei. Alumbrados por las antorchas que llevaban sus criados, fueron acompañados de puerta en puerta a través del barrio de los Lombardos, formando en las oscuras calles una extraña procesión de la fortuna amenazada, la procesión de los penitentes del oro.

En su gabinete, Spinello Tolomei, a solas con Guccio, sumaba el total de las cantidades prometidas, como se cuentan las tropas antes de la batalla. Cuando hubo concluido, sonrió. Con el ojo entreabierto y las manos en la espalda, miraba el fuego, donde los leños se convertían en cenizas; y dijo:

-*Messire* de Marigny, aún no habéis vencido.

Luego se dirigió a Guccio.

-Si ganamos, pediremos nuevos privilegios en Flandes.

Pues aun estando tan cerca del desastre, Tolomei pensaba, sin poderlo evitar, en sacar provecho. Se dirigió a un arcón, y lo abrió.

-El recibo firmado por el arzobispo – dijo, sacando el documento -. si vinieran a hacernos lo que a los Templarios, preferiría que los agentes de *messire* Enguerrando no lo encontraran aquí. Toma tu mejor caballo y sal en seguida para Nauphle, donde pondrás esto en lugar seguro en nuestra oficina. Tú te quedarás allá.

Miró a Guccio cara a cara y agregó, gravemente:

-Si me sucediera alguna desgracia – los dos hicieron los cuernos con los dedos, y tocaron madera – entregarás este pergamino a monseñor de Artois, para que lo pase al conde de Valois, el cual sabrá hacer uso de él. Ten cuidado pues el factor de Nauphle no estará tampoco a resguardo de los arqueros.

-¡Tío, tío! – exclamó excitado -. Tengo una idea. Haré como decís, pero no iré a Neauphle sino a Cressay, cuyos castellanos siguen siendo nuestros deudores. Les presté gran ayuda y nuestro crédito es una excusa muy

aceptable. Creo que, si las cosas no han cambiado, la hija no se negará a ayudarme.

-¡Bie pensado! – dijo Tolomei -. ¡Tú maduras, hijo mío! En un banquero, el buen corazón siempre ha de servir para algo... Hazlo así, pero puesto que necesitas de esa gente, llegarás a su casa con regalos. Toma algunas telas bordadas de oro y puntillas de Brujas, para las mujeres. Hay dos hijos, me dijiste... y les gusta cazar. Llévalos, pues, los dos halcones que hemos recibido de Milán.

Y volvió al arcón.

-Aquí hay unos recibos firmados por monseñor de Artois – prosiguió -. No se negará a ayudarme, si es necesario. Pero estoy más seguro de su apoyo si le presentas la petición en una mano y sus cuentas en la otra... Y aquí tienes también, este crédito del rey Eduardo... No sé, sobrino mío, si serás rico con todo esto, pero al menos, podrás ser temible. ¡Vamos! No te retrases ahora. Haz que te ensillen el caballo y prepara tu bagaje. No tomes más que un hombre de escolta, para no hacerte notar; pero que vaya armado.

Puso los documentos en un estuche de plomo, que entregó a Guccio junto con una bolsa de oro.

-La suerte de las compañías lombardas está ahora, mitad en tus manos, mitad en las mías – agregó -. No lo olvides.

Guccio abrazó a su tío con emoción. No necesitaba esta vez crearse un personaje imaginario; el personaje venía hacia él.

Una hora más tarde, abandonaba la calle de los Lombardos.

Entonces, maese Spinello Tolomei se puso la capa forrada de pieles, pues octubre era frío, hizo que lo acompañara un criado con antorcha y daga, y se encaminó a palacio de Marigny.

Aguardó largo rato, primero en la portería, después en una gran sala de espera que servía de antecámara. El coadjutor vivía regimiento, y había gran movimiento en su palacio hasta muy tarde. Tolomei era hombre paciente. Les recordó su presencia varias veces, insistiendo en la necesidad que tenía de ver al coadjutor en persona.

-Venid, señor – le dijo por fin un secretario.

Tolomei atravesó tres espaciosas salas y se halló frente a Enguerrando de Marigny, quien terminaba su cena, a solas en su gabinete, sin dejar de trabajar.

-Una imprevista visita – dijo Marigny, fríamente -. ¿Qué asunto es trae por aquí?

Tolomei respondió con igual tono de voz:

-Asuntos del reino, *messire*.

-Aclarádmelo – dijo.

-Desde hace unos días, monseñor, corre el rumor de que el consejo del

reino prepara una medida que atañe a los privilegios de las compañías lombardas. Al esparcirse el rumor, nos inquieta y nos molesta gravemente el comercio. La confianza está en tela de juicio, los compradores escasean, los proveedores exigen pagos al contado y los deudores retrasan los vencimientos.

-Eso no es de la incumbencia del reino – observó Marigny.

-Veamos – dijo Tolomei -, veamos. El caso concierne a mucha gente, tanto aquí como en el extranjero. Se habla hasta fuera de Francia.

Marigny se frotó el mentón y la mejilla.

-Se habla demasiado. Vos sois hombre razonable, maese Tolomei. No debéis dar crédito a tales rumores – dijo tranquilamente al hombre a quien iba a aniquilar.

-Si vos me lo aseguráis, monseñor... Pero la guerra flamenca ha costado mucho al reino, y el Tesoro puede hallarse en necesidad de oro fresco. Por consiguiente, nosotros hemos preparado un proyecto...

-Os repito que vuestro comercio no me concierne...

Tolomei alzó la mano como queriendo decir: "Paciencia, aún no lo sabéis todo...", y prosiguió:

-Aunque no hablamos en la gran Asamblea, no estamos menos deseosos de acudir en socorro de nuestro bien amado rey. Estamos dispuestos a ofrecer al Tesoro un préstamo, en el cual participarían todas las compañías lombardas, sin límite de tiempo, y al más bajo interés. Estoy aquí para hacéroslo saber.

Luego, Tolomei se inclinó y murmuró una cifra. Marigny se estremeció, pero pensó al instante; "Si están dispuestos a desprenderse de esa suma, quiere decir que hay veinte veces más para quitarles."

Su vista estaba fatigada de tanto leer y de las continuas noches en vela, y sus ojos estaban enrojecidos.

-Es una buena idea, una loable intención que os agradezco – dijo, tras breve pausa -. De todos modos, debo expresaros mi sorpresa... Ha llegado a mis oídos que ciertas compañías han hecho importantes envíos de oro a Italia. Tal oro no podría estar al mismo tiempo allí y aquí.

Tolomei cerró por completo su ojo izquierdo.

-Vos sois hombre razonable, monseñor. No debéis dar crédito a tales rumores – dijo, repitiendo las mismas palabras que el coadjutor -. ¿Acaso la oferta que os hago no os prueba nuestra buena fe?

-Deseo creer lo que me aseguráis. De no ser así, el rey no podría tolerar tales resquicios en la fortuna de Francia y sería preciso ponerles término...

Tolomei no se inmutó. El éxodo de los capitales lombardos había comenzado a raíz de la amenaza de expoliación, y tal éxodo servía a Marigny para justificar su medida. El círculo vicioso.

-Veo que, al menos en esto, consideraréis nuestro negocio como cosa del

reino – respondió el banquero.

-Creo que nos hemos dicho todo lo que era preciso decir, maese Tolomei – concluyó Marigny.

-Cierto, monseñor...

Tolomei se levantó y dio un paso. Luego, de golpe, como si recordara algo.

-Monseñor el arzobispo de Sens, ¿está en París? – preguntó.

-Está.

Tolomei movió la cabeza pensativo.

-Vos tenéis más ocasión de verlo que yo. ¿Me haría la merced vuestra señoría de hacerle saber que desearía hablarle, desde mañana a cualquier hora, sobre el asunto que él sabe? Le interesaría hablar conmigo.

-¿Qué tenéis que decirle? Ignoraba que tuviera relaciones con vos.

-Monseñor – dijo Tolomei inclinándose -, la primera virtud de un banquero es saber callar. De todos modos, como sois hermano de monseñor de Sens, puedo confiaros que se trata de su bien, del nuestro... y del de nuestra Santa Madre Iglesia.

Luego, al salir repitió secamente:

-Desde mañana, si le place.

VI

TOLOMEI GANA

Tolomei no durmió aquella noche. Se preguntaba: ¿Habrá prevenido Marigny a su hermano? ¿Le habrá confesado el arzobispo qué arma tengo en mis manos? ¿No obtendría durante la noche el asentimiento real y se me adelantará? ¿No se pondrán de acuerdo ambos hermanos para asesinarme?

Dando vueltas en su insomnio, Tolomei pensaba con amargura en esa su segunda patria, a la que consideraba haber servido con su trabajo y su dinero. Puesto que se había enriquecido allí, estaba ligado a Francia más que a su Toscana, y la amaba verdaderamente, a su manera. ¡No sentir más bajo las suelas de sus zapatos el empedrado de la calle de los Lombardos, no escuchar la campana mayor de Notre Dame, no asistir más a las reuniones del Locutorio de los burgueses (*La primera 'casa comunal' de París, llamada al principio Casa de las Mercancías, y después, a partir del siglo XI. Locutorio de los Burgueses, estaba situada en el sector de Châtelet. Etienne Marcel trasladó en 1357 los servicios municipales y el lugar de reunión de los burgueses a una casa de la plaza de Gréve, emplazamiento actual del Ayuntamiento de la ciudad de París.*), no respirar más el olor del Sena! Todos esos renunciamientos desgarraban su corazón. "Recomenzar en otra parte una fortuna a mis años... ¡si es que me dejan con vida para comenzar!"

Sólo se adormeció al alba, pero en seguida fue despertado por los golpes de la aldaba y por unos pasos en el patio. Creyó que venían a arrestarlo y se precipitó sobre sus ropas. Apareció un criado, muy asustado.

-Monseñor, el arzobispo está abajo – dijo.

-¿Quién lo acompaña?

-Cuatro servidores con hábito, pero más parecen gente de prebostazgo que clérigos de cabildo.

Tolomei hizo una mueca.

-Abre los postigos de mi gabinete – dijo.

Monseñor Juan de Marigny subía ya las escaleras. Tolomei lo aguardó, de pie en el rellano. Delgado, con la cruz de oro golpeándole el pecho, el arzobispo se encaró al instante al banquero.

-Maese, ¿qué significa ese extraño mensaje que mi hermano me ha hecho llegar durante la noche?

Tolomei alzó sus manos regordetas y puntiagudas con ademán de pacificador.

-Nada que deba inquietaros, monseñor. No valía la pena que os molestarais. Yo habría ido, según mejor os conviniera, a vuestro palacio episcopal... ¿Queréis entrar en mi gabinete?

El criado acababa de quitar los postigos interiores, ornados de pinturas.

Luego arrojó unas astillas sobre las brasas de la chimenea, aún rojas, y muy pronto chisporrotearon las llamas. Tolomei ofreció asiento a su visitante.

-¿Habáeis venido acompañado, monseñor? – dijo -. ¿Era necesario? ¿Acaso no tenéis confianza en mí? ¿Suponeis que aquí corréis algún peligro? Debo deciros, en verdad, que me teniais habituado a otras maneras...

Su voz se esforzaba por ser cordial, pero su acento toscano era más marcado que de costumbre.

Juan de Marigny se sentó junto al fuego, tendiendo hacia el hogar su mano ensortijada.

“Ese hombre no se siente seguro de sí mismo y no sabe a qué atenerse conmigo – pensó Tolomei -. Llega con gran estrépito de hombres armados como si fuera a comérselo todo y luego se queda mirándose las uñas.”

-Vuestra prisa en verme dio motivo a mi inquietud – dijo por fin el arzobispo -. Hubiera preferido elegir el momento de mi visita.

-Pero si lo habéis elegido, monseñor, lo habéis elegido... Vos recordaréis haber recibido de mí dos mil libras de anticipo sobre... ciertos objetos muy preciosos, provenientes de los bienes de los Templarios, que vos me confiasteis para su venta.

-¿Han sido vendidos? – preguntó el arzobispo.

-En parte, monseñor, en buena parte. Fueron enviados fuera de Francia, como convinimos, pues aquí no podíamos deslizarlos... Espero el estado de la cuenta, y confío que todavía quedará alguna cantidad para vos.

Tolomei, apoltronado en su silla y cruzadas las manos sobre el vientre, movía la cabeza con aire bonachón.

-¿Y el recibo que os firmé? ¿Lo precisáis todavía? – dijo Juan de Marigny. Ocultaba su inquietud, pero la ocultaba mal.

-¿Tenéis frío, monseñor? Estáis pálido – dijo Tolomei, agachándose para echar un leño al fuego.

Luego, como si no hubiera oído la pregunta del arzobispo, añadió:

-¿Qué pensáis, monseñor, de la cuestión discutida esta semana en el consejo del rey? ¿Es posible que se proyecte robarnos nuestros bienes, reducirnos a la miseria, al destierro, a la muerte?...

-No estoy informado – dijo el arzobispo -. Son asuntos del reino.

Tolomei sacudió la cabeza.

-Ayer trasmití a vuestro hermano, el coadjutor, una propuesta cuyo significado creo que no acabó de entender. Es lamentable. Nos van a expoliar porque el reino está bajo de moneda, nosotros nos ofrecemos a servir al reino por medio de un préstamo enorme, monseñor, y vuestro hermano permanece mudo. ¿No os dijo nada? ¡Es lamentable, muy lamentable, en verdad!

Juan de Marigny se movió en su asiento.

-No puedo discutir las decisiones del rey, maese – dijo secamente.

-No es aún decisión del rey – replicó Tolomei -. ¿No podéis repetir al coadjutor que los Lombardos, obligados a dar su vida, que pertenece al rey, creedlo, y su oro, que le pertenece igualmente, querrían, si fuera posible, salvar la vida? Entiendo por vida el derecho a permanecer en este país. Ofrecen de buena gana lo que se pretende arrebatarles por la fuerza. ¿Por qué no escucharlos? Para esto, monseñor, deseaba veros.

Hubo un silencio.

Juan de Marigny, inmóvil, parecía mirar más allá de los muros.

-¿Qué me decíais hace un momento? – prosiguió Tolomei -. ¡Ah, sí... el recibo!

-Me lo vais a dar – dijo el arzobispo.

Tolomei se pasó la lengua por los labios.

-¿Qué haríais vos en mi lugar, monseñor? Imaginad por un momento..., es pura imaginación, ciertamente..., mas imaginad que os amenazan con vuestra ruina y que vos poseéis algo..., un talismán, eso es, un talismán, que puede servir para evitar dicha ruina...

Fue hasta la ventana, pues había oído ruidos en el patio. Llegaron cargadores con cajas y envoltorios de telas. Tolomei calculó mentalmente el monto de las mercaderías que entraban en su casa aquel día, y suspiró.

-Sí..., un talismán contra la ruina – murmuró.

-No queréis decir que ese recibo...

-Sí, monseñor, quiero decirlo y lo digo – articuló Tolomei, con dureza -. Ese recibo prueba que habéis comerciado con los bienes del Temple secuestrados por la corona. Prueba que habéis robado, y habéis robado al rey.

Miró al arzobispo cara a cara. “La suerte está echada – pensó -. Veremos quién cede primero.”

-¡Seréis considerado mi cómplice! – dijo Juan de Marigny.

-En tal caso, nos balancearemos juntos en Montfaucon como dos ladrones – respondió fríamente Tolomei -, pero no me balancearé solo.

-¡Sois un abominable pillo! – gritó Juan de Marigny.

Tolomei se encogió de hombros.

-Yo no soy arzobispo, monseñor, y no fui yo quien se apropió de las custodias de oro, en que los Templarios presentaban el Cuerpo de Cristo. Soy solamente un mercader y en este momento tratamos un negocio, os convenga o no. Esta es la realidad de todas mis palabras. Nada de expoliación a los Lombardos, y nada de escándalo para vos. Pero si caigo, monseñor, también vos caeréis, y de más alto. Y vuestro hermano, que tiene demasiada fortuna para contar solamente con amigos, será arrastrado en pos de vuestra desgracia.

Juan de Marigny se había levantado. Estaba lívido. Su mentón, sus manos, todo su cuerpo temblaba.

-Devolvedme ese recibo – dijo, agarrando el brazo de Tolomei.

Este se desprendió suavemente.

-No – dijo.

-Os reembolsaré las dos mil libras que me prestasteis – dijo Juan de Marigny – y podréis guardaros el fruto de la venta.

-No.

-Os daré otros objetos del mismo valor.

-No.

-Cinco mil. Os doy cinco mil libras por ese recibo.

Tolomei sonrió.

-¿De dónde las sacaréis? ¡Tendría que prestáros las yo!

Juan de Marigny, con los puños apretados, repitió:

-¡Cinco mil libras! ¡Las encontraré! ¡Mi hermano me ayudará!

-Pues que os ayude como yo os requiero – dijo Tolomei abriendo las manos -. Yo, por mi parte de la cuota, he ofrecido diecisiete mil libras al tesoro real.

-El arzobispo comprendió que debía cambiar de táctica.

-¿Y si obtengo de mi hermano que seáis exceptuado de la ordenanza? Se os dejará toda vuestra fortuna y vender vuestros bienes inmuebles.

Tolomei reflexionó in instante. Le proponía la manera de salvarse, a él solamente. Todo hombre sensato, a quien se hace una tal proposición, la considera y tiene mucho mérito cuando la rechaza.

-No, monseñor – respondió -. Sufriré la suerte que se nos reserve a todos. No quiero recomenzar en otra parte y no tengo razones para hacerlo. Ahora pertenezco a Francia, tanto como vos. Soy burgués del rey. Quiero quedarme en París en esta casa que yo he construido. He pasado en ella treinta y dos años de mi vida, monseñor, y si Dios quiere, en ella la concluiré... Por otra parte, aunque tuviera el deseo de restituiros este recibo, no podría hacerlo. No está aquí.

-¡Mentís! – exclamó el arzobispo.

-No, monseñor.

Juan de Marigny se llevó la mano a la cruz pectoral, y la apretó como si fuera a romperla. Miró a la ventana; luego, a la puerta.

-Podéis llamar a vuestra escolta y hacer que registren la casa – dijo Tolomei -. Podéis hasta poner mis pies a quemar en la chimenea, como se hace en vuestros tribunales de la Inquisición. Haced todo el alboroto y el escándalo que queráis; pero saldréis de aquí como habéis venido, muera o no muera yo. Pero aunque yo muera, sabed que eso no os reportará bien alguno, pues mis parientes de Siena tienen orden, si me pasa algo anormal, de hacer llegar ese recibo al rey y a los grandes barones.

Dentro de su obeso cuerpo, el corazón le latía apresurado, y el sudor le corría por la espalda.

-¿En Siena? – dijo el arzobispo -. Pero vos me habíais asegurado que no saldría de vuestros cofres.

-No ha salido, monseñor. Mi familia y yo todo es lo mismo.

El arzobispo reflexionaba. En este momento comprendió Tolomei que había ganado, y que las cosas se desarrollarían como deseaba.

-¿Entonces? – preguntó Marigny.

-Entonces, monseñor – dijo Tolomei, con gran calma -, no tengo nada que añadir a lo que ya os he dicho hace un momento. Hablad con el coadjutor y apremiadlo para que acepte la oferta que le he hecho mientras aún sea tiempo. De lo contrario...

El banquero, sin terminar la frase, fue hasta la puerta y la abrió.

La escena que aquel mismo día se desarrolló entre el arzobispo y su hermano fue terrible. Dejando al descubierto su verdadero carácter, los dos Marigny, que hasta el momento habían marchado al unísono, se hicieron trizas uno al otro.

El coadjutor abrumó a su hermano menor con sus reproches y su desprecio, y el menor se defendió como pudo, cobardemente.

-¡Tenéis cara para recriminarme! – exclamaba -. ¿De dónde proceden vuestras riquezas? ¿De qué judíos desollados? ¿De qué Templarios quemados vivos? ¡No he hecho sino imitaros! ¡Os he servido bastante bien en vuestros manejos! Servidme ahora a mí.

-De haber sabido cómo erais, no os habría hecho arzobispo – dijo Enguerrando.

-No habríais encontrado a otro que condenara al gran maestro.

Sí, el coadjutor sabía que el ejercicio del poder obliga a infames colusiones. Pero le dolía comprobar, ahora, las consecuencias de ello en su propia familia. Un hombre que aceptaba vender su conciencia por una mitra, podía igualmente robar o traicionar. Y ese hombre era su hermano. Eso era la verdad.

Enguerrando de Marigny cogió su proyecto de ordenanzas contra los Lombardos y con rabioso ademán, lo arrojó al fuego.

-¡Tanto trabajo para nada! – dijo -. ¡Tanto trabajo!

VII

LOS SECRETOS DE GUCCIO

Cressay, bajo la claridad de la primavera, con sus árboles de hojas translúcidas y el estremecimiento plateado del Maudre había quedado en el recuerdo de Guccio, como una visión dichosa. Pero cuando aquella mañana de octubre el joven sienés, que a cada momento volvía la cabeza para asegurarse de que ningún arquero le pisaba los talones, llegó a las alturas de Cressay, no pudo menos de preguntarse si no se habría equivocado. Parecía que el otoño había empequeñecido la casa solariega. “¿Eran tan bajas las torrecillas? – se decía Guccio -. ¿Basta medio año para cambiar hasta ese punto la memoria?”

Con las lluvias el patio se había convertido en un barrizal donde los caballos se hundían hasta las cuartillas. “Almenos – pensó Guccio -, hay pocas probabilidades de que vengan a buscarme aquí.” Arrojó las riendas a su criado y le dijo:

-Atad los caballos y que les den de comer.

Se abrió la puerta de la casa solariega y apareció María de Cressay.

La emoción le hizo apoyarse en la jamba.

“¡Qué hermosa es! – pensó Guccio -. Y no ha dejado de amarme.”

Entonces las grietas desaparecieron de los muros y las torrecillas recobraron para Guccio las proporciones que guardaban en su recuerdo.

Pero ya María gritaba hacia el interior de la casa:

-¡Madre! ¡Messire Guccio ha vuelto!

Doña Eliabel recibió al joven con grandes expresiones de alegría y besó sus mejillas, estrechándolo contra su fuerte pecho. La imagen de Guccio había llenado con frecuencia sus noches. Tomó sus manos, lo hizo sentar y ordenó que se le trajera sidra y pasteles.

Guccio aceptó de buen grado la acogida y explicó su venida tal como había pensado: tenía que poner en orden la factoría de Neauphle, que se resentía de una mala dirección. Los dependientes no sobaban los créditos a su debido tiempo... Doña Eliabel se inquietó al instante.

-Nos concedisteis un año – dijo -. El invierno se nos echa encima tras cosechas muy mezquinas y aún no hemos...

guccio dio a entender vagamente que los castellanos de Cressay eran sus amigos y que no permitiría que se les incomodara. El había recordado su invitación a quedarse... Doña Eliabel se regocijó. En ninguna parte de la ciudad, dijo, hallaría tales comodidades ni compañía. Guccio requirió su equipaje, que venía sobre el caballo del criado.

-Traigo en él – dijo – algunas telas que espero os han de agradar y algunos adornos... En cuanto a Pedro y Juan, tengo para ellos dos

halcones adiestrados, que les harán cobrar más piezas si es posible.

Las telas, los adornos y los halcones deslumbraron a la familia y fueron recibidos con gritos de gratitud. Pedro y Juan, con los vestidos oliendo, como siempre, a tierra, a caballo y a caza hicieron mil preguntas a Guccio. Surgido milagrosamente ahora, cuando se preparaban para el largo aburrimiento de los malos meses, les pareció más digno de afecto que su primera visita. Se hubiera dicho que lo conocían desde siempre.

-¿Y qué es de nuestro amigo, el preboste de Portefruit? – preguntó Guccio.

-Pues sigue robando todo lo que puede, pero no en nuestra casa, gracias a Dios... y a vos.

María se deslizaba por la habitación, inclinando el busto delante del fuego que atizaba o poniendo paja fresca en el lecho con cortinas donde dormían sus hermanos. No hablaba, pero no le quitaba los ojos de encima a Guccio. En el instante en que se encontraron solos, éste la cogió suavemente de los brazos y la trajo hacia sí.

-¿No hay nada en mis ojos que os recuerde la dicha? – dijo, copinado la frase de un relato de caballería que había leído recientemente.

-¡Oh, sí, *messire!* – respondió María con voz temblorosa -. Nunca cesé de veros aquí, por lejos que estuviésteis. No he olvidado nada.

Guccio biscoó una excusa que justificase su ausencia de seis meses sin enviar mensaje alguno. Pero con gran sorpresa de su parte, en lugar de hacerle un reproche, María le agradeció que hubiera vuelto antes de lo que esperaba.

-Dijisteis que vendríaís al cabo de un año por los intereses. No os esperaba antes. Pero aunque no hubierais venido os habría aguardado toda la vida.

Guccio se había llevado de Crassay el pesar de una aventura inacabada en la cual, para ser franco, poco había pensado durante todos aquellos meses. Ahora encontraba un amor deslumbrante, maravilloso, que había crecido, semejante a una planta, a lo largo de la primavera y del verano. "Tengo suerte – se dijo –, podía haberme olvidado, haberse casado..."

Los hombres propensos a la infidelidad, por fatuos que parezcan, son realmente modestos en el amor, porque juzgan a los demás por sí mismos. Guccio se admiraba de haber inspirado un sentimiento tan pujante y raro, habiéndola tratado tan poco.

-María, tampoco he dejado de teneros presente y nada me desligó de vos – dijo con todo el entusiasmo necesario para ocultar tan gran mentira.

Estaban uno frente al otro, igualmente conmovidos, igualmente confundidos en sus palabras y gestos.

-María – dijo Guccio –, no he venido por la factoría no por crédito alguno. A vos no quiero ni puedo ocultaros nada; sería ofender el amor que nos

une. El secreto que voy a confiaros atañe a la vida de muchas personas y a la mía propia... Mi tío y amigos poderosos me han encargado ocultar, en lugar seguro, escritos importantes para el reino y para su propia seguridad. A esta hora probablemente los arqueros han salido a buscarme.

Siguiendo su propensión, empezaba a hinchar el personaje.

-Tenía veinte sitios donde refugiarme; pero he venido hacia vos, María; mi vida depende de vuestro silencio.

-Soy yo – dijo María – quien depende de vos, mi señor. Sólo confío en Dios y en el único hombre que me ha tenido en sus brazos. Mi vida es vuestra, vuestro secreto es el mío, yo os ocultaré lo que vos queráis que oculte, y callaré lo que vos queráis que calle, y el secreto morirá conmigo.

Las lágrimas nublaban sus pupilas azul oscuro.

-Lo que tengo que esconder – dijo Guccio – está en un cofrecito de plomo no mayor que mis manos. ¿Hay algún sitio por aquí...?

María reflexionó un instante.

-En el horno de la vieja estufa, quizá... – respondió –. No, todavía mejor en la capilla. Iremos mañana. Mis hermanos se van al alba a cazar, y mi madre los seguirá en seguida, pues debe ir a la ciudad. Si me quiere llevar, me quejaré de dolor de garganta. Vos fingid que dormís hasta muy tarde.

Guccio fue instalado en el piso, en la gran habitación limpia y fría que ya había ocupado. Se acostó con la daga al lado y la caja de plomo bajo la almohada. Ignoraba que, a aquella hora, los dos hermanos Marigny habían tenido ya su dramática entrevista, y que la ordenanza contra los Lombardos no era más que ceniza.

Lo despertó el ruido de la marcha de los hermanos. Acercándose a la ventana, vio cómo Pedro y Juan de Cressay montaban en dos malas jacas y salían al campo, cada uno con su halcón en el puño. Se cerraron las puertas. Poco después una vieja yegua gris, cargada de años, era aparejada para doña Eliabel que se alejó también, escoltada por un criado cojo.

Momentos después, María lo llamaba desde la planta baja y Guccio descendió con el cofre de plomo bajo la capa.

La capilla era una pequeña pieza abovedada, en el interior de la casa solariega, en la parte que miraba al este. Los muros estaban blanqueados con cal.

María encendió un cirio en la lámpara de aceite que ardía delante de una estatua de san Juan Evangelista, groseramente tallada en madera. En la familia de Cressay se daba siempre el nombre de Juan al hijo mayor.

María condujo a Guccio al lado del altar.

-Esta piedra se mueve – dijo señalando una pequeña losa que tenía una orilla oxidada.

A Guccio le costó algún trabajo desplazar la losa. A la luz del cirio vio un cráneo y trozos de osamenta.

-¿Quién es? – dijo, haciendo los cuernos con los dedos.

-Un abuelo; no sé cual.

Guccio colocó en el agujero, al lado del blancuzco cráneo, la caja de plomo; después, repuso la losa en su sitio.

-Nuestro secreto está sellado ante Dios – dijo María.

Guccio la abrazó y quiso besarla.

-No, aquí no – dijo ella temerosa –, en la capilla no.

Volvieron a la gran sala, donde una criada acababa de poner sobre la mesa el pan y la leche de la primera comida. Guccio se quedó de espaldas a la chimenea hasta que, ida la sirvienta, se le acercó a María.

Entonces enlazaron sus manos, María apoyó la cabeza en el hombro de Guccio, y se mantuvo así largo rato, estudiando, adivinando el cuerpo del hombre a quien, entre Dios y ella, se había decidido que pertenecería.

-Os amaré siempre, aunque vos dejarais de amarme – dijo.

Luego sirvió la leche caliente en las escudillas y partió el pan. Cada ademán suyo era un gesto de felicidad.

Transcurrieron cuatro días. Guccio acompañó a los hermanos a cazar y no se mostró torpe. Realizó algunas visitas a la factoría para justificar su presencia. Una vez se encontró con el preboste Portefruit, quien lo reconoció y lo saludó con servilismo. Esto lo tranquilizó. De haberse tomado alguna medida contra los Lombardos, *messire* Portefruit no se hubiera mostrado tan cortés. “Y pensar que el día menos pensado puede arrestarme – pensó –. Las libras que he traído servirán para untarle la mano.”

Doña Eliabel, aparentemente, no sospechaba nada de lo que sucedía entre su hija y el joven sienés. Guccio quedó convencido de ello por la conversación que sorprendió entre la buena señora y su hijo menor. Guccio estaba en su cuarto del piso superior. Doña Eliabel y Pedro de Cressay hablaban junto al fuego, en la sala grande, y sus voces subían por la chimenea.

-En verdad, es una pena que guccio no sea noble – decía Pedro –. Haría un buen esposo para mi hermana. Es apuesto e instruido, y goza de una situación como para desearla cualquiera... Me pregunto si no deberíamos considerar la conveniencia de...

A doña Eliabel no le gustó la sugestión.

-¡Jamás! – exclamó –. El dinero hace perder la cabeza, hijo mío. Ahora somos pobres, pero nuestra sangre nos otorga el derecho de concertar las mejores alianzas. No entregaré a mi hija a un mozo plebeyo, quién, además ni siquiera es de Francia. Ciertamente el doncel es agradable, pero que no se le ocurra galantear a María porque le llamaría en seguida

al orden... ¡Un Lombardo! Por otra parte, ni siquiera piensa en ella. Si la edad no me volviera modesta, te confesaría que tiene mejores ojos para mí. Estoy segura que ésa es la razón por la cual se ha introducido aquí, como un injerto en el árbol.

Guccio, si bien sonrió al oír las ilusiones de la castellana, se sintió herido por el desdén con que miraba su condición de plebeyo y su oficio. “Esta gente nos pide prestado para comer, no paga sus deudas y todavía nos considera menos que a sus labriegos. ¿Y qué haríais sin los Lombardos, mi buena señora? –se decía, muy ofendido –. ¡Pues bien! ¡Tratad de casar a vuestra hija con un gran señor y ya veréis como lo toma ella!”

Al mismo tiempo sentía cierto orgullo por haber seducido a una joven de tan alta nobleza, y que aquella noche decidió casarse con María, a pesar de los obstáculos que pudieran oponerse.

Durante la siguiente comida, miraba a María y pensaba.

“¡Es mía! ¡Es mía!” Todo el rostro de María, sus hermosas pestañas arqueadas, sus pupilas punteadas de oro, sus labios entreabiertos, parecía responderle: “Soy vuestra.” Y Guccio se preguntaba: “¿Cómo no lo ven los demás?”

a la mañana siguiente, encontró en Neauphle un mensaje de su tío en que le hacía saber que el peligro había pasado por el momento, y le pedía que regresara cuanto antes.

El joven, por lo tanto, debió anunciar que un asunto importante lo reclamaba en París. Doña Eliabel, Pedro y Juan dieron muestras de sentirlo mucho. María nada dijo y prosiguió la labor de bordado en que se ocupaba. Pero cuando estuvo a solas con Guccio, demostró su angustia. ¿Había ocurrido una desgracia? ¿Lo amenazaba algo?

Guccio la tranquilizó. Por el contrario, gracias a él, a ella y a los documentos ocultos en la capilla, los hombres que querían la ruina de los banqueros italianos estaban derrotados.

María estalló entonces en sollozos porque Guccio iba a marcharse.

-Vuestra partida será para mí como la muerte – dijo.

-Volveré en cuanto me sea posible – dijo Guccio.

Al mismo tiempo cubría de besos el rostro de María. La salvación de las compañías lombardas lo alegraba sólo a medias, hubiera querido que el peligro subsistiera.

-Volveré, hermosa María – repitió –. Os lo juro, pues nada deseo en el mundo más que vos.

Esta vez era sincero. Había ido allí en busca de refugio; y se marchaba con un amor en el corazón.

Como su tío no le hablara en su mensaje de los documentos escondidos, Guccio fingió entender que debía dejarlos en Cressay. De este modo tendría pretexto para volver.

VIII

LA CITA EN PONT-SAINTE-MAXENCE

El 4 de noviembre, el rey debía cazar en el bosque de Pont-Sainte-Maxence. En compañía de su primer chambelán. Hugo de Bouville, su secretario privado Millard y algunos familiares, había dormido en el castillo de Clermont, a dos leguas de distancia.

El rey parecía descansado y de mejor humor que en los últimos tiempos. Los asuntos del reino le daban un pequeño respiro. El préstamo de los Lombardos había sacado a flote el tesoro. El invierno traería la calma a los inquietos señores de la Champaña y a los burgueses de Flandes.

Había nevado durante la noche, era la primera nevada del año, prematura, casi insólita. El frío de la mañana había endurecido la nieve fina sobre los campos y los bosques, transformado el pasaje en un inmenso mar blanco, e invirtiendo los colores del mundo.

Hombres, perros y caballos proyectaban el aliento delante de ellos en vaharadas que se abrían en el aire como grandes flores de algodón.

Lombardo trotaba junto al caballo del rey. Aunque era lebrele, participaba también en la caza del ciervo o del jabalí, trabajando un poco por cuenta propia; pero poniendo, a veces, a la jauría sobre la pista. Pues los lebreles lo mismo gozan de fama por su vista y velocidad que por su mal olfato. Lombardo tenía la nariz de un perro perdiguero.

En el centro del claro donde se agrupaban los cazadores, entre un concierto de pisadas de caballos y de hombres, de chasquidos de látigo, de relinchos y ladridos, el rey se entretuvo un momento contemplando su hermosa jauría, inquiriendo sobre alguna perra, ausente porque acababa de parir, y *charlando* con sus perros.

-¡Mis siervos! ¡Ea, valientes! – les decía.

El montero mayor se presentó ara dar su informe al rey. Había acorralado varios ciervos, entre ellos uno grande, que según decían los mozos de jauría tenía diez puntas. Era uno de los llamados ciervos reales, el más noble animal que podía hallarse. Además, se trataba de un ciervo “peregrino”, de esos que vagan, sin manada, de bosque en bosque más fuertes y más salvajes por estar solos.

-Acosadlo – dijo el rey.

Soltaron los perros, se les puso en el rastro, y los cazadores se dispersaron hacia los lugares donde podía aparecer el ciervo.

-Tuá! ¡Tuá! – se les oyó gritar al poco rato.

Lo habían divisado. Los ladridos de los perros llenaron el bosque, así como las llamadas de los cuernos de caza y el gran fragor de las galopadas y de las ramas rotas.

Por lo general los ciervos se hacen perseguir durante algún tiempo por los alrededores del lugar donde han sido descubiertos, dan vueltas por el bosque, confunden los rastros, tratan de encontrar a otro ciervo más joven a cuyo lado corren para desorientar a los perros y regresan al punto de donde han partido.

Aquel ciervo sorprendió a todos al tomar en línea recta hacia el norte. Presintiendo el peligro, se dirigía instintivamente hacia el lejano bosque de las Ardenas, su lugar de origen, sin duda.

Así mantuvo la carrera una hora, dos horas, sin apresurarse demasiado, a la velocidad justa para tener los perros a distancia. Luego, cuando sintió que la jauría empezaba a desfallecer, forzó bruscamente la marcha y desapareció.

El rey, muy animado, cortó el bosque en línea recta para tomar la delantera, llegar hasta la orilla y aguardar a que el ciervo saliera e al descampado.

Nada más fácil que perder una cacería. Uno se cree a cien pasos de la jauría y de los otros cazadores a quienes oye aún y, pocos minutos después, está en medio de un silencio total, completamente solo, en el centro de una catedral de árboles, sin saber por dónde han desaparecido los perros que ladraban con tanta fuerza, ni por qué hechizo o sortilegio se han desvanecido los compañeros.

Además aquel día el aire helado transmitía mal los sonidos y los perros se movían con dificultad, entre aquella escarchada que congelaba los colores.

El rey se había extraviado. Contemplaba una gran llanura blanca, donde la vista se perdía en una inmaculada capa centelleante que cubría las praderas, los setos bajos, los rastros de la pasada cosecha, los tejados de una aldea y las ondulaciones de los bosques lejanos. El sol había aparecido.

El rey se sintió de pronto como extraño en el universo. Le sobrevino una especie de aturdimiento y de vacilación sobre su montura. No le dio importancia, porque era robusto y nunca le habían fallado las fuerzas.

Preocupado por saber si el ciervo se había desemboscado o no, seguía al paso la linde del bosque, procurando encontrar en el suelo las huellas del animal. “Con esta escarcha – se decía –, debería verlas fácilmente.

Divisó a un labriego que caminaba no lejos de allí.

-¡Eh, buen hombre!

El labriego se volvió y fue hacia él. Era un campesino de unos cincuenta años, sus piernas estaban protegidas por calzas de tela gruesa y en su mano derecha llevaba un garrote. Se quitó la gorra y dejó al descubierto sus cabellos grises.

-¿No has visto huir a un ciervo grande? – preguntó el rey.

El hombre asintió con la cabeza y respondió:

-Sí, señor. Un animal como ése que vos decís me pasó ante las narices no hace un Ave María. Debía de tener en el cuerpo sus buenas dos horas de caza, porque iba agobiado y con la lengua fuera. Seguramente es vuestro animal. No tendréis que correr mucho, porque iba en busca de agua. Sólo la encontrará en los estanques de La Fontaine.

-¿Lo seguían los perros?

-Nada de perros, señor. Pero hallaréis su rastro detrás de aquella gran haya. Va a los estanques.

El rey se sorprendió.

-Parece que conocéis el país y la caza – dijo.

Una ancha sonrisa hendió el rostro moreno. Los ojillos maliciosos y castaños se clavaron en el rey.

-Algo sé del país y de la caza – dijo el hombre –. Y deseo que un rey tan grande como vos halle en ellos su placer todo el tiempo que Dios quiera.

-Entonces, ¿me habéis reconocido?

El hombre volvió a asentir con la cabeza y dijo, con orgullo:

-Os vi pasar en otras cacerías, y a monseñor de Valois, vuestro hermano, cuando vino a liberar a los siervos del condado.

-¿Eres libre?

-Gracias a vos, mi *Sire*, y no siervo, como nació. Conozco los números, y sé usar el estilo para contar, si hace falta.

-¿Estás contento de ser libre?

Contento... claro que sí. Es decir, uno se siente de otra manera, no como muerto en vida. Y sabemos bien que esa ordenanza os la debemos a vos. A menudo nos la repetimos, como nuestra oración sobre la tierra: *Considerando que toda criatura humana, formada a imagen de Nuestro Señor, debe ser igualmente libre por derecho natural...* Es bueno oír esto cuando uno se creía para siempre ni más ni menos que los animales.

-¿Cuánto pagaste por tu liberación?

-Sesenta y cinco libras.

-¿Las tenías?

-El trabajo de una vida, *Sire*.

-¿Cómo te llamas?

-Andrés... Andrés de los bosques, me llaman, porque aquí habito.

El rey, que por lo general no era generoso, sintió deseos de dar algo a aquel hombre. No una limosna, sino un presente.

-Sé siempre buen servidor del reino. Andrés de los bosques – le dijo –. Y guarda esto que te hará recordarme.

Desanudó su cuerno de caza, una hermosa pieza de marfil, labrado y con incrustaciones de oro, que valía más de los que el hombre había pagado por su libertad.

Las manos del labriego temblaban de orgullo y de emoción.

-¡Oh, esto... esto! – murmuraba –. Lo pondré a los pies de Nuestra Señora, la Virgen, para que proteja a mi casa. Que Dios os guarde, Sire.

El rey se alejó, henchido de alegría como hacía meses no había sentido. Un hombre le había hablado en la soledad de los bosques, un hombre que, gracias a él, era libre y dichoso. El pesado fardo del poder y de los años se aligeraba de golpe. Había hecho bien su trabajo de rey. “Desde lo alto de un trono – se dijo –, uno sabe que hiere, pero nunca sabe si se ha hecho el bien que ha querido hacer ni a quién”. Esta inesperada aprobación, surgida de la masa de su pueblo, le resultaba más preciosa y dulce que todos los elogios de los cortesanos. “Debí haber extendido la liberación a todo el reino... Este hombre a quien acabo de ver, si se le hubiera instruido en su juventud, habría hecho un preboste o un capitán mejor que muchos.

Pensaba en todos los Andrés de los bosques, del valle o del prado, en los Juan-Luis de los campos, en los Jacobo de la aldea o del cercado, cuyos hijos libres de la condición de servidumbre, constituirían una gran reserva de hombres y de fuerzas para el reino. “Veré con Enguerrando de ampliar esa ordenanza.”

En este momento oyó un “rau... rau...” ronco, a su derecha, y reconoció el ladrido de Lombardo.

-¡Sus, mi servidor, sus! ¡Adelante...! ¡Adelante! – gritó el rey.

Lombardo había encontrado el rastro y corría sin detenerse, con el hocico a ras del suelo. No era el rey quien había perdido la caza sino el resto de la partida. Felipe el Hermoso sintió un juvenil placer al pensar que iba a perseguir y dar a aquel ciervo de diez puntas él solo, con la única ayuda de su perro favorito.

Picó al caballo y salió al galope, siguiendo a Lombardo, sin noción del tiempo, a través de campos y valles, saltando taludes y setos. Tenía calor, y el sudor, frío, le corría por la espalda.

De pronto, vio una masa oscura que huía por la blanca llanura.

-¡Tuá! ¡Sus, Lombardo! – gritó el rey – ¡A la cabeza, a la cabeza!

Era el ciervo perseguido, un gran animal negro con la barriga de color claro. Ya no corría con la ligereza del principio de la cacería. Se movía lentamente, deteniéndose algunas veces, mirando hacia atrás y reanudando la carrera con torpe salto.

Lombardo ladraba con más fuerza viendo la proximidad de la pieza, y ganaba terreno.

La cornamenta del ciervo intrigaba al rey. Algo brillaba en ella y luego se apagaba. Sin embargo, la res no tenía nada de esos animales fabulosos de que hablan las leyendas. Pero que nunca se encuentran, como el famoso ciervo de san Humberto, infatigable, con su cruz enhiesta en la

mitad de la testuz. Este era simplemente un animal agotado que había huido sin astucia, corriendo al ritmo de su miedo a través de los campos y que pronto se vería acorralado.

Con Lombardo a los corvejones, el ciervo se guareció en un bosquecito de hayas, y no salió más. Al instante oyó que los ladridos de Lombardo cobraban esa sonoridad más prolongada y más alta, furiosa y conmovedora a la vez, propia de los perros cuando el animal que persiguen está vencido.

El rey penetró en el bosquecillo: rayos de sol sin calor se filtraban a través de las ramas, y enrojecían la escarcha.

El rey se detuvo y sacó de la vaina su espada corta. Sentía entre sus piernas los latidos del corazón del caballo; y él mismo aspiraba el aire frío a grandes bocanadas. Lombardo no cesaba de aullar. Allí estaba el ciervo grande, pegado contra un árbol, la cabeza gacha y el hocico casi a ras de suelo; su pelaje chorreaba y humeaba. Entre sus inmensos cuernos llevaba una cruz, un poco atravesada, que brillaba. Eso fue lo que vio el rey durante un instante, porque en seguida se estupor se trocó en espanto: su cuerpo se negaba a obedecerle. Quería apearse de su cabalgadura, pero el pie no soltaba el estribo; sus piernas pendían contra los flancos del caballo como dos botas de mármol. Sus manos, dejando caer las riendas, quedaron inertes. Trató de gritar, pero ningún sonido salió de su garganta.

El ciervo, con la lengua colgante, lo miraba con sus grandes ojos trágicos. En su cornamenta la cruz se apagó y brillo de nuevo. Los árboles, el sol, todo cuanto le rodeaba, se transformó ante los ojos del rey, que sintió un espantoso estallido dentro de la cabeza, y luego lo envolvió de pronto una total oscuridad.

Momentos después, cuando el resto de la partida llegó al bosquecillo, hallaron el cuerpo del rey de Francia tendido a los pies de su caballo. Lombardo ladraba sin cesar frente al gran ciervo peregrino, cuyos cuernos sostenían dos ramas secas, desprendidas de algún árbol, puestas en forma de cruz y relucientes al sol, bajo su barniz de escarcha.

Pero nadie se preocupó del ciervo; mientras los monteros contenían a la jauría, el animal, repuesto ya, huyó seguido solamente por algunos perros que lo perseguirían hasta la noche o lo llevarían a ahogarse en un estanque.

Hugo de Bouville, inclinado sobre Felipe el Hermoso, gritó:

-¡El rey vive!

Con dos resalvos cortados, allí mismo a golpes de espada, cintos y mantas, se improvisó una camilla sobre la cual extendieron al monarca. Este no se movió más que para vomitar y vaciarse por dentro, como un pato al cual se ahoga.

Tenía los ojos vidriosos y entornados.

De esta manera lo condujeron hasta Clermont donde, por la noche, recobró parcialmente el uso de la palabra. Los médicos, requeridos inmediatamente, lo sangraron.

Sus primeras palabras, penosamente articuladas, dirigidas a Bouville que velaba, fueron:

-La cruz... La cruz...

Bouville, creyendo que el rey quería orar fue en busca de un crucifijo.

Luego Felipe el Hermoso dijo:

-Tengo sed.

Al alba, tartamudeando, pidió que se le condujera a Fontainebleau, donde había nacido. También Clemente V, sintiéndose morir había querido regresar al lugar de su nacimiento.

Decidieron transportar al rey por el río para que sufriera menos sacudidas, y lo instalaron en una gran barcaza que descendió por el Oise. Los familiares, servidores y arqueros de la escolta seguían el cortejo en barca, o a caballo por la orilla.

La noticia se adelantaba al extraño cortejo y los ribereños acudían par ver pasar a la gran figura abatida. Los labriegos se descubrían, como cuando pasaba la procesión de las rogativas por sus campos. En cada aldea, los arqueros pedían pequeños braseros para calentar el aire en torno al rey. El cielo estaba uniformemente gris, cubierto de nubes nevosas.

El señor de Vauréal descendió desde su casa solariega que dominaba un recodo del Oise y acudió a saludar al rey. Lo halló con el rostro cubierto por un color de muerte. El rey no respondió más que con un movimiento de los párpados. ¿Dónde estaba el atleta que otrora doblegaba a dos hombres con solo apretar sobre sus hombros?

La noche cayó pronto. Prendieron grandes antorchas en la proa de las barcas, y la luz roja y danzarina se proyectaba sobre las orillas; parecía una gruta de llamas que atravesaba la noche.

Así llegaron hasta la confluencia del Sena, y de allí a Possy. El rey fue conducido al castillo.

Allí permaneció diez días., al cabo de los cuales parecía estar un poco mejor. Había recobrado el uso de la palabra. Podía mantenerse de pie con movimientos torpes aún y precavidos. Insistió en seguir viaje hacia Fontainebleau. Y haciendo un gran esfuerzo de voluntad, exigió que lo subieran a caballo. De esta manera, con gran prudencia, llegó hasta Esonnes. Pero allí, a pesar de todo el tesón de su energía, debió abandonar: el cuerpo real no obedecía más a la voluntad. Acabó el trayecto en una litera. La nieve caía otra vez y el ruido de los cascos de los caballos se ahogaban en ella.

En Fontainebleau, ya se había reunido la corte. Todas las chimeneas del

castillo estaban encendidas.

Cuando el rey entraba en el edificio murmuró:

-EL sol, Bouvle, el sol...

IX

UNA GRAN SOMBRA SOBRE EL REINO

Durante unos doce días, el espíritu del rey vagó como un viajero perdido. A veces, aunque se fatigaba en seguida, parecía recobrar su actividad. Se preocupaba por los asuntos del reino, exigía revisar las cuentas, pedía con autoritaria impaciencia que le presentaran los documentos y ordenanzas para firmarlos. Jamás había demostrado tanta ansia de firmar. Luego, bruscamente, caía en un extraño aturdimiento y de su boca salían palabras raras, sin conexión ni significado. Se pasaba por la frente una mano blanda de dedos crispados.

En la corte se rumoreaba que estaba ausente de sí mismo. De hecho, comenzaba a ausentarse de este mundo.

En tres semanas, la enfermedad había convertido a aquel hombre de cuarenta y seis años en un anciano demacrado que no vivía más que a medias en el fondo de un cuarto del castillo de Fontainebleau.

¡Y siempre aquella sed que lo acometía y le hacía reclamar algo de beber! *(Según los documentos e informes de embajadores que se poseen, puede llegarse a la conclusión de que Felipe el Hermoso falleció a consecuencia de un derrame en una zona no motriz del cerebro. Tuvo una recaída mortal el 27 ó 27 de noviembre.)*

Los médicos aseguraban que no tenía cura, y el astrólogo Martín, con palabras prudentes, anunció que a fines del mes un poderoso monarca de occidente sufriría una terrible prueba, prueba que coincidiría con un eclipse de sol: “Ese día – escribió maese Martín –, habrá una gran sombra sobre el reino.”

Y de improviso, una tarde, Felipe el Hermoso volvió a sentir en su cerebro aquel gran estallido y la espantosa caída en las tinieblas que le había sobrevenido en el bosque de Pont-Sainte-Maxence. Esta vez no había ciervo ni cruz. No había más que un cuerpo postrado en el lecho y sin sensación alguna de los cuidados que se le prodigaban.

Cuando emergió de aquella noche da la conciencia, incapaz de saber si había durado una hora o dos días, lo primero que distinguió el rey fue una larga forma blanca rematada por una estrecha corona negra, se inclinaba sobre él. También oyó que le hablaban.

-¡Ah! Hermano Renaud – dijo el rey, débilmente –, os reconozco... Pero parecéis envuelto en bruma.

Y al instante agregó:

-Tengo sed.

El hermano Renaud, de los dominicos de Possy, gran inquisidor de Francia, humedeció los labios del enfermo con un poco de agua bendita.

-¿Ha sido llamado el obispo Pedro? ¿Ha llegado ya? – preguntó entonces

el rey.

Por uno de esos impulsos del alma, frecuentes en los moribundos y que los retrotraen a sus más remotos recuerdos, la obsesión del rey en los últimos días había sido la de reclamar a su cabecera a Pedro de Latille, obispo de Châlons, uno de sus compañeros de infancia. ¿Por qué, precisamente, a él? Su deseo provocó la conjetura de todos y se buscaron secretos motivos, cuando sólo habría debido verse en eso un accidente de la memoria.

-Sí, *Sire*, se le ha llamado – respondió el hermano Renaud.

Efectivamente, había sido despachado un jinete hacia el obispado de Châlons, pero tarde, con la esperanza de que el obispo no llegara a tiempo.

Porque el hermano Renaud tenía una misión que no quería compartir con ningún otro eclesiástico. En efecto, el confesor del rey era al mismo tiempo el gran inquisidor de Francia. Compartían los mismos pesados secretos. El omnipotente monarca se veía privado del amigo de su elección para asistirle en el gran trance.

-¿Me habñabais desde hace mucho rato, hermano Renaud? – preguntó el rey.

El hermano Renaud, de barbilla hundida, ojillos negros, cabeza calva, estaba encargado, so capa de la voluntad divina, de obtener del rey lo que los vivientes aguardaban aún de él.

-*Sire* – dijo –, Dios os estaría agradecido si dejarais en orden los asuntos del reino.

El rey guardó silencio durante unos instantes.

-Hermano Renaud – dijo –, ¿Hice mi confesión?

-Desde luego, *Sire*, anteayer – respondió el dominico –. Una hermosa confesión que ha causado nuestra admiración y producirá la misma en todos vuestros súbditos. Dijisteis que os arrepentíais de haber cargado a vuestro pueblo, y sobre todo a la Iglesia, con excesivos impuestos, pero que no sabíais implorar perdón por los muertos que había podido ocasionar vuestro mandato, porque la fe y la justicia se deben mutua asistencia.

El gran inquisidor había elevado la voz para que todos los presentes lo oyeran con claridad.

-¿Eso dije? – preguntó el rey.

No lo sabía. ¿había pronunciado tales palabras, o bien el hermano Renaud inventaba ese edificante final propio de todo gran personaje? Murmuró simplemente: “Los muertos...”

-*Sire*, sería preciso que hicierais conocer vuestra última voluntad – insistió el hermano Renaud.

Se apartó un poco, y el rey notó que la habitación estaba llena de gente.

-¡Ah! Os reconozco a todos los que estáis aquí.

Parecía sorprendido de que le quedara esa facultad de reconocer las caras.

Todos estaban a su alrededor: sus médicos, el gran chambelán, su hermano Carlos de estatura aventajada, su hermano Felipe un poco apartado y con la cabeza baja. Enguerrando y Felipe el Converso, su legista, y su secretario Maillard sentado en una pequeña mesa junto a la cama..., todos inmóviles y de tal modo silenciosos y desdibujados que parecían situados en una eterna irrealidad.

-Sí, sí – repitió –. Os reconozco bien.

Aquel gigante, allá lejos, cuya cabeza descollaba sobre todas las demás, era Roberto de Artois, su turbulento pariente... Una mujerona, no muy lejos se arremangaba como una partera. La vista de la condesa Mahaut le recordó las tres princesas condenadas.

-El Papa ¿ha sido elegido? – murmuró.

-No, *Sire*.

Otros problemas se arremolinaban en su mente agotada.

Todo hombre, porque cree en cierta manera que el mundo ha nacido con él, sufre, en el momento de abandonar la vida, por dejar el universo inconcluso. Con mayor motivo un rey.

Felipe el Hermoso buscó con la mirada a su primogénito.

Luis de Navarra, Felipe de Poitiers y Carlos de Francia se mantenían al lado del lecho, juntos y como de una pieza, ante la agonía de su padre. El rey tuvo que volver la cabeza para verlos.

-¡Considerad, Luis, lo que significa ser rey de Francia! – murmuró Felipe el Hermoso –. Conoced cuanto antes el estado de vuestro reino.

La condesa Mahaut pugnaba por acercarse, y todo el mundo adivinaba qué perdones quería arrancar del moribundo.

El hermano Renaud dirigió a monseñor de Valois una mirada que quería decir: “Monseñor, intervenid.”

Luis de Navarra sería rey dentro de unos instantes, y nadie ignoraba que Valois lo dominaba completamente. Así la autoridad de éste crecía lógicamente. Por esto el gran inquisidor se dirigía a él, como al poder verdadero.

Valois, cortando el paso a Mahaut, se interpuso entre ella y el lecho.

-Hermano Mío, ¿creéis que no debe cambiarse nada en vuestro testamento de 1311?

-Nogaret ha muerto – respondió el rey.

El hermano Renaud y Valois se miraron otra vez, pensando que habían aguardado demasiado. Pero Felipe el Hermoso prosiguió:

-Era el ejecutor de mi voluntad.

-Sería conveniente, pues, que dictarais un codicilo para designar de nuevo

a vuestros ejecutores, hermano – dijo Valois.

-Tengo sed – murmuró Felipe el Hermoso.

Otra vez le mojaron sus labios con agua bendita.

Valois prosiguió:

-Supongo que seguís deseando que vele por el cumplimiento de vuestra voluntad.

-Cierto – dijo el rey -. Y también vos, Luis, hermano mío – agregó volviendo la cabeza hacia monseñor de Evereux.

Millard había comenzado a escribir, pronunciando a media voz la fórmula ritual de los testamentos reales.

Después de Luis de Evereux, el rey designó otros ejecutores a medida que sus ojos, más impresionantes aún ahora que aumentaba su lividez, encontraban ciertos rostros en su derredor. Nombró de este modo a Felipe el Converso, luego a Pedro de Chambly, familiar de su hijo segundo, y a Hugo de Bouville.

Entonces, Enguerrando de Marigny se adelantó e hizo de manera que su maciza humanidad ocupara toda la atención del moribundo.

Marigny sabía que, desde hacía dos semanas, Carlos de Valois resaltaba ante el debilitado soberano sus quejas y acusaciones. “Es Marigny, hermano mío, la causa de vuestra inquietud... Marigny entregó el tesoro al pillaje... Marigny pactó la deshonrosa paz de Flandes... Marigny aconsejó quemar al gran maestre.”

¿Iba Felipe el Hermoso a designar a Marigny ejecutor testamentario, como evidentemente, creía todo el mundo, dándole de ese modo una última prueba de confianza?

Millard, con la pluma en alto, observaba al rey. Pero Valois se apresuró a decir:

-Creo que hay número suficiente, hermano mío.

E hizo a Millard un gesto imperativo de que cerrara la lista. Entonces Marigny, pálido, cerrando los puños sobre la cintura y forzando la voz dijo:

-¡Sire!... Siempre os serví fielmente. Os pido que me recomendéis a vuestro hijo.

Entre aquellos dos rivales que se disputaban su voluntad, entre su hermano y su primer ministro, el rey tuvo un momento de vacilación.

¡Cuánto pensaban en sí mismos, y que poco en él!

-Luis – dijo con voz cansado –, que no se toque a Marigny si prueba haber sido fiel.

Entonces Marigny comprendió que las acusaciones habían hecho mella. Ante desamparo tan descarado, se preguntaba si Felipe el Hermoso lo había apreciado alguna vez.

Pero Marigny Sabía los poderes de que disponía. Tenía en su mano la administración, a la hacienda pública y el ejército. Conocía el “estado del

reino” y que no se podía gobernar sin él. Se cruzó de brazos, levantó la cabeza, y mirando a Valois y a Luis de Navarra junto al lecho donde agonizaba su soberano, pareció desafiar al futuro reinado.

-Señor, ¿tenéis otra voluntad? – preguntó el hermano Renaud.

Hugo de Bouville enderezó un cirio que amenazaba caerse.

-¿Por qué está tan oscuro? – preguntó el rey -. ¿Es de noche todavía?

Aunque ya era mediodía, había envuelto al castillo una súbita oscuridad anormal y angustiosa. El eclipse anunciado, ahora total, ensombrecía el reino de Francia.

-Devuelvo a mi hija Isabel – dijo súbitamente el rey – la sortija que me regaló, la que tiene el gran rubí llamado la Cereza.

Se detuvo un instante y de nuevo preguntó:

-¿Ha llegado Pedro de Latille?

Como nadie le respondiera, agregó:

-Le dejo mi hermosa esmeralda.

Luego prosiguió legando a diversas iglesias, a Notre Dame de Boulogne, porque allí se había casado a su hija, a Saint Martín de Tours, a Saint Denis, flores de lis de oro “por un valor de mil libras”, precisaba cada vez.

El hermano Renaud se inclinó y le dijo al oído:

-Señor, no os olvidéis de nuestro priorato de Possy.

Por el rostro demacrado de Felipe el Hermoso pareció como si cruzara una expresión de enojo.

-Hermano Renaud – dijo –, lego a vuestro convento la hermosa biblia anotada por mí. Os será muy útil a vos y a todos los confesores de los reyes de Francia.

El gran inquisidor aunque esperaba más, supo ocultar su despecho.

-Y a vuestras hermanas, las dominicas de Possy – agregó Felipe el Hermoso –, les lego la gran cruz de los Templarios. *(Esta cruz estaba incrustada de perlas, rubíes y zafiros. Tenía un pie cincelado de plata sobredorada. En el centro de la cruz, una pequeña placa de cristal permitía ver un grueso fragmento de la Vera-Cruz. Fue transportada al monasterio de Possy, al igual que el corazón de Felipe el Hermoso, que en opinión de los que lo vieron, era tan pequeño que “podía compararse al de un recién nacido o al de un pájaro.*

Durante el reinado de Luis XIV, la noche del 21 de julio de 1695, cayó un rayo sobre la iglesia del monasterio y lo incendió casi por entero. El corazón de Felipe el Hermoso y la cruz de los Templarios quedaron destruidos completamente.) Les llevarán también el corazón.

El rey había acabado sus donaciones. Millard leyó en voz alta el codicilo.

Cuando el secretario pronunció las palabras: “De parte del rey”, Valois, atrayendo hacia sí a su sobrino Luis y apretando con fuerza su brazo le dijo:

-Agregad: “con el consentimiento del rey de Navarra”.

Entonces Felipe el Hermoso bajó la cabeza casi imperceptiblemente, con gesto de resignada aprobación. Su reinado había terminado.

Fue preciso sostenerle la mano para que firmara en la parte inferior del

pergamino. Luego murmuró:

-¿Algo más?

Sí, aún no había concluido la última jornada de un rey de Francia.

-Sire, ahora es preciso que transmitáis el milagro real – dijo el hermano Renaud.

Ordenó que desocuparan el cuarto, para que el rey transmitiera a su hijo el poder, misteriosamente aparejado a la persona real, de sanar las escrófulas.

Recostado sobre los cojines, Felipe el Hermoso gimió:

-Hermano Renaud, ved lo que vale el mundo. ¡Aquí tenéis al rey de Francia!

En el momento de morir, aún le exigían un último esfuerzo para que pasara a su sucesor la capacidad, real o supuesta, de curar una enfermedad benigna.

No fue Felipe el Hermoso quien enseñó la fórmula y las palabras sacramentales; las había olvidado. Fue el hermano Renaud. Y Luis de Navarra, arrodillado junto a su padre, con sus ardientes manos unidas a las heladas del rey, recibió la herencia sagrada.

Concluida la ceremonia se admitió nuevamente a la corte en la habitación del soberano y el hermano Renaud comenzó a rezar las oraciones de los agonizantes.

La corte repetía el versículo *In manus tuas, Domine...* “En vuestras manos, Señor, entrego mi espíritu”, cuando se abrió una puerta; Pedro de Latille, el amigo de infancia del rey, había llegado. Toda la atención quedó concentrada en él, mientras los labios seguían murmurando.

-*In manus tusa, Domine* – dijo el obispo Pedro uniéndose al resto.

Luego todos se volvieron hacia el lecho. Las oraciones se detuvieron en las gargantas: El rey de hierro había muerto. (*Según los documentos e informes de embajadores que se poseen, puede llegarse a la conclusión de que Felipe el Hermoso falleció a consecuencia de un derrame en una zona no motriz del cerebro. Tuvo una recaída mortal el 26 o 27 de noviembre.*)

El hermano Renaud se aproximó para cerrarle los ojos. Pero los párpados que nunca se encontraban se alzaron por sí solos. Dos veces el gran inquisidor trató, en vano, de bajarlos. Debieron cubrir con una venda la mirada de aquel monarca que entraba con los ojos abiertos en la eternidad.